

Voces en la Niebla

The background of the cover features a woman's face, slightly out of focus, looking towards the left. She is positioned behind a chain-link fence that runs across the entire frame. Below the fence, a wooden walkway with railings leads from the bottom center towards the horizon, disappearing into a misty, foggy landscape. The overall color palette is muted, with greys, browns, and soft whites.

Diana Paulino

avant
narrativa

VOCES EN LA NIEBLA
Diana Paulino

Primera edición, julio de 2017

© Diana Paulino, 2017

Maquetación y diseño:

Avant editorial

Dante Aligheri, 123

08032 Barcelona

www.avanteditorial.com

info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

PRÓLOGO

Escribir es desnudar el alma y da mucho miedo, vértigo, susto, causa pavor y estupor sentirse en el paredón esperando ser linchado o aplaudido, me ruborizo solo de pensar que mi obra pueda ser leída y juzgada, pero es plenamente satisfactorio saberse capaz de acabar una novela con sentido de principio a fin.

Tengo la suerte de tener dos amigas muy críticas que han ido leyendo la novela capítulo a capítulo a medida que los iba terminando, con pequeñas incorrecciones producidas por la dislexia que provoca tener más rapidez mental que manual; gracias a sus críticas constructivas he borrado, actualizado, extendido o cambiado algunos párrafos. Estas nuevas aportaciones han otorgado pequeños guiños o pinceladas de ciertas cosas que no habían quedado del todo claras o ligadas. Espero haber podido solucionar esas dudas y espero que las personas a las que van dirigidos esos guiños puedan percibirlos.

Mis dos «cómplices incondicionales» han sentido con mi protagonista todos los estados de una relación amorosa, y me lo han ido explicando en forma de comentarios, como si hablaran de personas reales, lo que compensa enormemente habérselo dejado leer antes de su publicación.

Ellas han expresado, mucho mejor de lo que lo hubiera hecho yo, todo lo que han ido sintiendo hacia mis protagonistas. No hay nada mejor que sus propias palabras para que sepáis a qué me refiero:

«Brillante, fácil de leer, engancha, emociones descritas con mimo que hacen que el lector también pueda disfrutar de la montaña rusa que vive la protagonista»

Nuria

«Sutil, lectura jugosa y ágil, fresca, natural, con mucha seducción»

Sandra

Debo destacar también que cualquier parecido con la realidad es pura
coincidencia.

Tanto los personajes como la trama son fruto de mi imaginación.

Capítulo 1

Quizás aquel día debí parar, ya hace algún tiempo, parar a mi mente, digo. Es irrefrenable cuando se propone algo, aunque ese «algo» sea inconveniente, lo quiero, lo necesito, lo tendré... Empieza como una tontería rondándome la mente, un ronroneo apenas audible que persiste durante un tiempo indefinido. En este caso, era una tontería que me ayudaba a dormir pensando en tener dulces y románticos sueños. Así ocurriría durante las primeras semanas, hasta que se convirtió en un hábito. Dormirme pensando en cómo pasaría. Siempre he tenido mucha imaginación, he leído novelas románticas y he visto películas metiéndome en la piel de la protagonista hasta tal punto que las cosas maravillosas y penosas que les pasaban a ellas, las imaginaba en mí... ¡Qué pava! Mucha imaginación desde niña. ¿Demasiada? Puede ser.

Aquel día debí parar porque era un inalcanzable cargado de futuros problemas... O no. Al menos lo parecía, no me pillaba en bragas, como suele decirse. Aquel día te miré diferente.

Entro a trabajar como todos los días, mi uniforme de siempre, pantalón gris oscuro, botas de caña media con cordones, la camisa azul por fuera — porque soy una chula—, una coleta, sin pintar y una sonrisa iluminando mi cara. No era mi primer día y ya conocía a muchos de los que allí trabajaban, así que, entraba como cualquier otro día. Al llegar a la mesa del despacho del jefe vi esa cara que después me acompañó durante muchas noches, en un intento de dormir soñando con ser la protagonista de una —mi— novela romántica. No es especialmente guapo, ya me perdonarás, tampoco es muy amable, de hecho, tiene una seriedad notable típica de esa gente con despertares difíciles... Pero hay algo, algo en su forma de hablar y de moverse, su mirada, su sonrisa, de la que no abusa, la cultura que denota su conversación, la seguridad a la hora de hablar del problema que había sucedido esa noche en el centro... Hay algo especial en él. ¿No lo he dicho todavía? Trabajamos en un centro penitenciario, es decir, abierto 24 horas, 365 días —366 los bisiestos—.

Hablan de un interno ingresado en la unidad psiquiátrica: el día anterior no habían avisado de nada raro al pasarse el relevo y el problema que podía haberse solucionado de forma casi natural acabó en altercado de dos horas a las tantas de la madrugada y con dos enfermeros y un funcionario lesionados. Normal que su humor no fuera muy entusiasta.

«Buenos días». Mi sonrisa impecable. Ni me miran. Empezamos mal.

Pinto mi nombre con fosforito según llego a trabajar. «Déu». Me mira y me dedica un *déu* distraído, ni me ve. Será suficiente como para alimentar mis sueños esta noche.

Soy una persona normal y corriente que trabaja abriendo y cerrando puertas, vigilando y haciendo otras tareas que dicta el Reglamento Penitenciario. Es un tema que llama mucho la atención a quien me conoce, porque soy bajita y redondita, mi cara da la sensación de ser amable como la de un gnomo —nada que ver con la realidad— y mis palabras son directas pero acompañadas de una sonrisa puede parecer, a primera vista, que no tengo carácter; digamos que no tengo pinta de trabajar en un sitio así. Cuando alguien se entera de cuál es mi trabajo siempre me pregunta: ¿No tienes miedo? Miedo tengo cuando están fuera, delinquiendo y no sé quienes son. Disponen de la ventaja de mi ignorancia. Aquí, ellos saben que yo conozco de qué son capaces: la ventaja es mía. La siguiente pregunta suele ser cuál es mi tarea. A eso respondo vagamente, como ya he hecho aquí: abro puertas; cierro puertas; vigilo, observo e intento hacer cumplir el reglamento. La curiosidad no disminuye, al contrario, y la siguiente pregunta suele ser algo así como que si estoy sola con ellas o ellos y si llevo armas. Esa es parte desconocida de mi trabajo, no llevo más que la actitud, la experiencia que te dan los años, un radiotransmisor —*walkie*— y un par de guantes anticorte.

El día transcurre con normalidad, se abren puertas para que ellas salgan a las duchas, se cierran; se vuelven a abrir para que bajen a medicación y para desayunar y después se suceden actividades varias y vigilamos el patio, donde se quedan las que no quieren o no tienen nada que hacer. Las funcionarias —algunas— estamos tomando café en el despacho y nos reímos de tonterías, comentamos el incidente del que hablaban los jefes, sobre los enfermeros y el funcionario lesionados. Hay más datos que se van aportando a medida que se incorporan más funcionarias a la conversación. Anna ha oído que el funcionario es Biel y que se ha roto un dedo, a los enfermeros no los conocemos; Mila comenta que uno de los enfermeros está grave porque el interno le ha sacudido con una barra de hierro que ha sacado al arrancar el lavamanos, las noticias vuelan y se agrandan y las personas añadimos algo de fantasía a los hechos como si fuera el juego del teléfono estropeado. Así, poco a poco, nos vamos haciendo una vaga idea de lo ocurrido hasta que Naia decide mirar el informe que se ha escrito en relación a los hechos. Si es que para una funcionaria lista que tenemos... y nosotras alimentando nuestro morbo con poesía barata. Si no fuera por la chica lista y racional de turno...

Nos arremolinamos frente al ordenador y buscamos el incidente entre diferentes informes.

Naia lee: «Le informamos de que alrededor de las 02.30 horas, mientras se procedía a hacer la ronda del turno de noche con los enfermeros de guardia, al pasar por la celda 102 oímos fuertes gritos procedentes de la misma en la que habita el interno Ruiz Monzón, Alonso Mariano. Observamos por el ojo de buey...» En general, se comenta que el interno tenía en su poder un vara de hierro y amenazaba con matar al primero que entrase. Se equiparon como los antidisturbios y procedieron a abrir la celda, donde el interno consigue dar un garrotazo a un enfermero que entró antes de reducirlo y que un funcionario perdió el equilibrio cayéndose encima del dedo del funcionario lesionado. Una vez reducido, lo tranquilizan con medicación psiquiátrica y pasa la noche tranquilo. No se habla de lo que había pasado el día anterior, de por qué estaba tan alterado, y no sabíamos muy bien cómo podía haberse salvado la situación, pero nos rondaba la idea de que la falta de medicación había hecho que el interno se despertase alterado.

Comentamos que ya le vale al enfermero, pero es que es una unidad psiquiátrica, ahí somos los últimos en entrar, que es una unidad especial y... Seguimos con pocas pistas.

Continuamos con el turno de trabajo y damos unas vueltas por el patio. En el patio hay una pista que sirve tanto para baloncesto como para fútbol o para vóley, un espacio a la derecha en el que hay una ducha al aire libre, y es donde las internas toman el sol en verano y se refrescan; hay unas escaleras tipo «salón a doble altura» y más espacio para pasear con mesas y sillas de plástico. El cemento del suelo y de las paredes grises en verano hace que el sol rebote y pegue justo en los ojos provocando hasta dolor, pero en otoño es muy agradable el calor. Mientras vigilamos con quién y cómo se relacionan las internas, las funcionarias hablamos de nuestras cosas, vigilamos si todo lo que hacen es normal en relación a otros días, si hay algo que nos llama la atención o no, nos contamos las cosas tan espantosas que hacen o no hacen nuestros maridos, si tenemos o no algún hijo enfermo, si hemos pasado mala noche, el producto de limpieza estrella o el *serum* capilar perfecto... Mientras tanto —el tema del hogar me atrae más bien poco—, yo pienso en esos ojos verdes con los que soñaré durante los próximos días. Solucionamos alguna duda de internas sobre a dónde dirigir una instancia para que la visite un psicólogo, hacemos algún cacheo rutinario de celda en busca de objetos

prohibidos y/o peligrosos que no encontramos y entre unas cosas y otras llega el mediodía, cuando las internas comen y se van a sus celdas a descansar hasta casi las cinco.

Salgo a las tres y me voy a casa, donde me esperan un marido y tres niños con la comida y la mesa puesta, es sábado así que hoy también están los niños: de diecisiete, siete y cuatro años. Tres niños que sí, son la alegría de la casa, o, al menos, lo que hace que no te dé tiempo a ver las penas ni ninguna otra cosa, porque trabajo dan y mucho. Mi marido es un hombre tranquilo al que le gusta poco salir, lo más probable es que pasemos el sábado en casa con los niños aún en pijama y así seguirán todo el día... Solo pensar en vestir a los pequeños y ponerse en marcha a cualquier lado ya supone una hora. Tengo sueño, así que probablemente me duerma una siesta y pase el resto de la tarde viendo dibujos animados, leyendo o limpiando. ¡Planazo! Y mañana madrugo y trabajo todo el día. Es lo que tiene trabajar a turnos. Y muchas veces hasta lo agradezco.

Me acuesto a dormir la siesta con el pijama rosa puesto, ese finito que me regaló mi madre con una cerdita en el pecho con un lazo en la cabeza. Cierro los ojos y pienso en esa mirada. Mi imaginación vuela. «Buenos días», digo al entrar en el despacho en el que discuten sobre los incidentes de la noche.

«Buenos días», me responden esos ojos verdes. Remarco mi nombre con el rotulador amarillo mientras me fijo en que él se acerca con la mirada fija en mis movimientos y da un rodeo por detrás de mí; seguro que me está mirando, se sienta en su mesa enorme de despacho de jefe.

—¿Cómo estás? —me pregunta con una sonrisa.

—Perfecta —respondo con coquetería—. Ni te pregunto cómo ha ido la noche, me voy a currar. —Me giro y encamino mis pasos hacia afuera, donde hay un lavabo general, los jefes tienen el suyo propio.

En mi imaginación la gente son bultos que hacen su vida y no se fijan en la mía menos él, que me persigue diciéndome:

—¡Espera!, te acompaño un trocito, que quiero hablar contigo.

Le miro extrañada y sin tiempo de más, de repente, me empuja hacia el baño y lo cierra con pestillo, mi corazón late con fuerza y él intenta besarme. Me seduce la idea pero estamos casados —con otras personas, no entre nosotros—; le digo que no pero él me dice que lo deseamos los dos —y es verdad, claro, es mi sueño—, esos ojos verdosos están a un centímetro de los míos, no se aproxima aunque yo deseo que lo haga. Le he dicho que no y él ha obedecido —mierda—. Me coge por la cintura y pienso «¡hazlo! ¡hazlo!».

Y ya no recuerdo más porque se mezclan otras cosas surrealistas ,como agua, me he olvidado las botas y estoy descalza y mojada, la gente me mira, mi jefe ya no está a mi lado dándome seguridad, con sus brazos rodeándome la cintura, llego a mi módulo sin zapatos y me paso una hora buscando al responsable de suministros para que me de unas botas; mi jefa directa no sabe dónde estoy y se oye mi nombre en el *walkie* de un compañero que corre tapándose con una bolsa de basura transparente. Corre para no mojarse, no repara en mi existencia, me preocupa llegar tarde, todo me sale mal, mi compañero desaparece, encuentro un *walkie* perdido e intento comunicarme con mi jefe pero no me oyen. Está descargado... Me despiertan los niños a las cinco y media y solo recuerdo esos ojos verdes que no llegaron a besarme en sueños. Seguimos con la realidad. Aquél día debí parar... Pero no paré.

Es domingo, el fin de semana son días un poco diferentes en la cárcel. Vienen voluntarios a hablar con los internos, hay cultos religiosos, se pueden quedar más horas en sus celdas descansando y, por consiguiente, nosotros trabajamos también a otro ritmo. Aquí debo destacar que a diferencia de algunos compañeros, los del turno de fin de semana que no trabajan de lunes a viernes son un tanto diferentes —no todos, por supuesto—, viven a otro ritmo, hay mucho rarito, algunos son un poco más vagos... Quizá sea un bulo, pero si me pongo a contar los raritos me salen más que los que hay trabajando de turnos —de guardia— o de entre semana, porque, claro, yo no me encuentro entre los raritos. ¿Ellos me contarán entre las raritas? Seguramente.

Entro a trabajar como todos los días, camisa por fuera tapada con el chaquetón del uniforme, marco mi nombre con fosforito y esta vez con los ánimos más calmados y otros jefes diferentes que me dan los buenos días como a las personas. No sé por qué me atrae tanto el de ayer, si es borde y serio... pero es que tiene un punto de ironía ácida que me hace enloquecer, es bajito y tiene las entradas clásicas de los hombres que serán calvos cuando lleguen a viejos; su barba es canosa y de las de tres o cuatro días o una semana, que cuando se la recorta es irresistible, siente la curiosidad necesaria para enterarse de todo y contar lo justo: muchas veces, entre las compañeras, hemos comentado —criticado— que tiene mente de mujer. Será su forma de mandar, será que es tan inalcanzable como el que más, será que de todo sabe, o a mí me lo parece; su cultura, su forma de explicarte lo que has hecho mal en una actuación o su forma de felicitarte cuando cree que lo has hecho bien... No me considero una trabajadora diez, ni mucho menos, tengo mucho

que aprender aún y la actitud ante un episodio estresante es básica a la hora de saber reaccionar, bien o no, ante un hecho concreto. Soy demasiado impulsiva y corro antes de pensar, suele salirme bien, pero es verdad que necesito respirar, pensar y actuar. Él no lo diría así, diría: creo que te has precipitado, ¿por qué no has hecho esto o lo otro? ¿Lo has pensado? pero por el resto, bien hecho. Que lo mismo te dice eso como «no me toques los huevos». Ahora no me apetece recordarlo pero lo explicaré:

Un día traté de defender a un compañero de una llamada demasiado alterada por *walkie*, cuando tenía que haberlo hecho con calma o dejar que lo hiciera otro. Me dijo: «¿Quién ha llamado por *walkie*?». Y dije: «Yo». El caso es que era voz de hombre y yo no quería chivarme, entonces me dijo: «No me toques los huevos», y muy ruborizada por su primera advertencia malsonante le dije: «Vale». Recuerdo aquellos ojos clavados en los míos como si fuera ayer y han pasado dos meses y medio.

Hoy, como iba diciendo, entro y mi ubicación está en interior del módulo de mujeres. Cuando entras a trabajar a un centro lo haces para que se te ubique en cualquier lugar del centro y este puede estar donde hagas falta, donde lo hagas mejor o, en algunos casos, donde, aunque lo hagas tan mal como siempre, no se note mucho o no hagas mucho daño al funcionamiento normal del establecimiento. Esta vez estoy con Naia, mi amiga. Entramos riéndonos, como siempre, no sé quién es el incauto que nos ha hecho reír, seguro que nosotras mismas, nuestros maridos o nuestras vidas rutinarias... Consideramos que si somos capaces de reírnos de lo nuestro, podemos soportarlo mejor. Hay gente que no entiende nuestro humor o piensa que nos reímos de ellos y nos mira con el café en la mano, el morro torcido y el gesto de fastidio de quien no quiere ver la inocencia del momento.

Dejamos, ya en nuestro módulo, el *tupper* en la nevera y los bolsos en las sillas más escondidas —recordemos que esto es una cárcel y ya se sabe lo que hay en ellas—. Cuando lo dejamos todo y vamos a hacer el recuento de las 7.30 para comprobar que todas las internas están, y están vivas, nos cruzamos con Maribel, la funcionaria de gesto torcido que siempre está hablando mal a la gente, compañeros o internos, parece que está amargada, la pobre, triste vida la suya, seguramente; la pena es que lo pagamos los que tenemos que verla casi a diario y ver esas pocas ganas de vivir, o hacerlo sin alegría, jodiendo al prójimo si tiene ocasión. Personas de estas hay en todos los trabajos. Pero hoy mi compañía es grata y ni caso a los malos humos y a personas tóxicas.

Una vez certificamos mediante nuestra firma y número de funcionarias que todas las internas son y están, bajamos a hacer el café mañanero. Naia es como yo de alta, más o menos, aunque ella diga que mide un centímetro más; es lista, resuelta, directa, sincera y rápida, tiene las salidas más buenas que he oído en mi vida y es una gran profesional. Es una de esas funcionarias que puedes poner en cualquier sitio, que te solventará la situación, seguro; también es de esas funcionarias que si se tiene que comer una bronca, se la come y la asume... Si se la merece. Pero si no se la merece se queda hundida en la miseria y es capaz de somatizarlo y caer enferma, pero siempre tiene una gran respuesta.

El día pasa tranquilo, actividades de fin de semana, comunicaciones con sus familiares, comidas y poca cosa más. La funcionaria «oscura» decide ponerse de buenas porque no tiene a ninguno de sus lacayos riéndole las maldades. A veces son unas, a veces otras, casi siempre corderillos con miedo a ser mordidos, el problema es que cambia de cordero y de vez en cuando el mordisco le toca a una de las que le reía las gracias. Problemas de seguridad y autoestima de esas corderas, supongo, porque a nadie le gusta que lo traten así.

A la hora de comer decidimos escondernos en algún despacho solitario y hablar de nuestras cosas. Que si su hija pequeña es un terremoto, que si necesita un amante para darle un subidón a su vida... Y yo le cuento lo mismo pero no de amantes que dan problemas: tener un amante es como estar pluriempleado y no cobrar un segundo sueldo, más bien, al contrario. Jugar a ligar o un revolcón es suficiente y no haces tanto daño. Ahora pienso en mi jefe: no me importaría que entrara al trapo en mi juego... O un revolcón.

—Pues a mí no me importaría un achuchón con el jefe.

—¿Qué dices? ¿Qué jefe? —Sus ojos se abren como platos al tiempo que se amplía su sonrisa cómplice—. ¡Dímelo! ¡Por tu madre! —Aumenta su curiosidad.

—¿Tú quién dirías? —La miro sonriendo y manteniendo su interés.

—Joder, tía, no sé, es que a mí ninguno, la verdad... ¿Pablo?

—No.

—Mmm... espera. ¡Ya sé! ¡No puede ser!, Ja ja ja. —Las dos nos reímos—. No sé qué le ves, hija, de verdad.

—Supongo que no todos somos iguales, me atrae, no sé por qué y yo le veo unas cosas que valoro y tú no y yo al tuyo no lo tocaría ni con un palo, ¡ja ja ja! —La miro por si le molesta pero sonrío. Soltamos una carcajada.

—¿Por qué? Si es muy majo. Ja ja ja.

—Un poco vasco para mi gusto... Nada en contra de los vascos, son un poco brutos, y como yo también lo soy, y así me va... Sería un choque importante.

Acabamos de comer hablando de trabajo porque viene Silvia. A Silvia le gustan las tareas acabadas y rematadas. Le gusta hablar de trabajo y cotillear sobre lo que ha pasado otros días, con otras funcionarias, le gusta que se hagan las cosas bien y se pone muy nerviosa cuando ve que cometemos alguna pequeña irregularidad, como hacer el recuento cinco minutos antes. Pone caras y hace gestos únicos en ella con una sonrisa, pero ves que no le ha gustado, y que eso es una recriminación. La primera colleja laboral me la dio ella y sí, literalmente, así, como en broma, pero colleja al fin y al cabo... Debo decir que ese error no lo volví a cometer nunca más.

A eso de las siete ya entra una especie de bajón que va desde el cansancio físico al mental y las pocas ganas de conversación o risas. Solo cuando Naia dice una de las suyas o Lourdes baila y pone música es cuando me animo un poco para llegar hasta las diez, exhausta. Esta vez ni Naia ha comido su chocolate «cura carencias», como ella dice, ni está Lourdes para poner música en el ordenador.

Llega la hora de irnos y entregamos el papeleo necesario, fichamos y de paseo al vestuario nos encontramos con un funcionario al que muchas desean, yo creo que no tiene gran cosa: es joven y alto, pero muchísimas funcionarias lo consideran poco menos que un dios griego... Naia es amiga suya y se entretiene hablando con él, es simpático, de trato fácil y tiene una sonrisa amigable, pero tampoco creo que sea un dios griego... En fin, para gustos, los colores.

—Estoy reventado hoy.

—Si no haces nada nunca —dice ella al tiempo que se ríen. Siempre se ha comentado que es un gran profesional y muy trabajador.

—Venga Naia, que es hora. Voy yendo —le digo. Ella me mira, me sonrío y me espeta:

—Tú y tus bajones. No seas antisocial, que ya vamos. ¡Relaciónate!

Tiene su gracia que sea ella quien me lo diga... ¡Si soy un encanto!

Consigo arrancar sus garras casi hincadas en los pectorales del chico. Considero que si ella quisiera, lo tendría a sus pies, pero ella cree que no, que solo son amigos y que no tendría nada que hacer en caso de querer, que no es el caso. Menos problemas, seguro, a juzgar por cómo me irá a mí... Si yo

hubiera sabido en ese momento todo lo que sé ahora... ¡Otro gallo cantaría!
¿No es eso lo que suele decirse siempre?

Es hora de coger el coche, ir a casa y encontrarme a los niños durmiendo, que mañana hay cole. La cena hecha, la mesa puesta... Parezco novata.

Al llegar a casa, los niños aún están lavándose los dientes, la mesa puesta y mi marido en la cocina acabando unas sabrosas albóndigas con salsa española... Mmm

—Hola...

—Antes de que te enfades —me dice antes de que pueda decir nada—; llevo media hora cocinando y detrás de ellos para que se vayan a la cama. ¡Y no hay manera!

—Ya los acuesto yo —respondo. Ni que fuera un ogro. Ya deberían estar en la cama, mañana me toca a mí despertarlos y no habrá manera. No discuto.

—¡Besitos, niños! Vamos, que el primer culote que coja me lo como — les digo para que suban corriendo y riéndose. Esas risas de los niños me vuelven loca, esas en las que no pueden ni hablar. Ahora pellizco un culo, ahora el del peque que corre menos. Se ríen descontroladamente, es la parte más bonita de ser madre. Cuando oyes esas risas de infancia feliz...

Mientras los acuesto, busco pies entre las mantas para poder comerme algo porque no he pillado ningún culo. Se ríen e intentan huir de mis manos para poder salvar sus pies. Les doy un beso de buenas noches y apago la luz.

Me paso por mi habitación para ponerme cómoda para cenar: me quito el uniforme y me pongo el pijama. Al bajar, está todo listo y mi hijo mayor y mi marido me esperan para cenar; miramos la tele, *El Intermedio*, donde el Gran Wyoming comenta en clave de humor y con un tinte rojo, que me encanta, las noticias del día o de la semana... Tal y como está el panorama político, este hombre no se quedará sin trabajo... Estoy tan cansada que si hoy me quedo en el sofá a ver lo que sea, me duermo. Mi hijo desaparece en seguida hacia sus aposentos, ese recinto infranqueable en el que si levitas puedes atravesar la habitación entera, pero si no lo haces te tropezarás con algo; es tan probable que da miedo intentarlo. Mi marido insiste en ver una serie que se ha bajado por internet a la que estamos muy enganchados: *Dexter*, pero es que hoy si me siento en el sofá, muero. Así que declino la oferta y me voy a dormir... A dormir y a intentar soñar con caballeros de armadura brillante y ojos verdes... Él decide quedarse un rato más y a regañadientes me «deja» irme a dormir.

Adoro meterme en el edredón, con calcetines al principio, hasta que

siento calor y me los quito a media noche. Me acurruco en posición fetal y cierro los ojos con la clara intención de soñar con mi capitán de los ojos verdosos —son más marrones que verdes pero ¿y si yo quiero verlos verdes? ¡Es mi sueño!—. Esta vez seguimos en el trabajo, no oso imaginarme fuera una situación probable en la que encontrármelo, así que mis fantasías continúan en el mundo laboral. Ahora estamos en mi departamento, estoy redactando un informe sobre un incidente... Muy concentrada y seria miro el ordenador y él me pregunta:

—¿Tan difícil es?

—¿El qué?

—El informe —dice riéndose. Pongo cara de fastidio por la bromita. Se ríe más.

—Para los jefes quisquillosos sí es difícil, para los normales, no — respondo. Ahora es él quien pone cara de fastidio.

—¿Me estás llamando quisquilloso?

—No osaría... a la cara —digo esto último más bajito. Nos reímos—. Si no me dejas, no acabaré...

—Buscaré otra funcionaria más rápida. —Mira alrededor.

—No te pases ni un pelo. Mira, léelo, a ver que te parece —Se pone detrás de mí, apoya su mano en mi hombro y lee en voz alta. Noto su respiración en mi oído, me derrito, me giro para mirarlo, lo tengo tan cerca que casi puedo tocarlo con mi nariz. Me pongo nerviosa. Lo nota.

—¿Estás nerviosa?

—No, no me das miedo.

—¿Estás segura?

—No tienes huevos —le digo con una sonrisa. Su mano baja por mi brazo hasta mi mano para poder usar el ratón del ordenador; estoy casi temblando.

—¿No tengo huevos de qué? —me dice mientras modifica una errata de mi informe.

—No piques a la puerta si no vas a entrar —le espeto coqueta.

—A lo mejor quiero entrar.

Ahora me giro completamente y me levanto, lo tengo a un centímetro de mi cara. No me atrevo a acercarme y él se acerca despacio, tan despacio que mis pulsaciones se disparan, une sus labios entreabiertos a los míos... Me duermo con ese dulce beso que no sucederá nunca. Es solo un sueño. Una tontería. Un sinsentido.

Suena el dichoso despertador y recuerdo que no es para mí: yo hoy

duerme una horita más. Me acurruco y mi marido me da un dulce beso en los labios.

—Hoy no te veo, que haces tarde noche, y mañana tampoco. Hablamos por WhatsApp. Te quiero —Suena como cada día. Lo que toca. Pero lo agradezco.

—*Déu* —digo, y le devuelvo el beso rodeándole el cuello con un fuerte abrazo que no espera y le hace reír.

Me acomodo de nuevo y pienso en retomar la fantasía estúpidamente romántica de anoche.

Aquel día debí parar, pero no paré. Nos habíamos quedado en que me besaba porque tenía el valor necesario — o el deseo—; se me eriza todo el bello pero no me amedrento fácilmente y me hago la dura.

—No besas mal para ser un borde —Sigo teniéndolo cerca.

—¿Quieres más?

—Sí.

—Yo también. ¿Tengo huevos?

—No —Sonríe y vuelve a besarme... Me pierdo entre esos besos y no recuerdo nada más.

Suena el despertador, enemigo cuando mis sueños son dulces y aliado cuando son pesadillas: es hora de levantar a los enanos. Los llamo así porque así nos llamaba mi madre cuando mi hermano y yo éramos pequeños, en sentido cariñoso; teníamos mil y un apelativos: piojos, ratoncitos, enanos, *zapitos* —de sapitos pero con z—, chiquitines, *pirusaldos*... Entonces, a los míos les he nombrado también de todas esas formas y algunas otras de cosecha propia. Siempre de forma cariñosa, aunque confieso que no soy una madre normal.

Capítulo 2

Quizás aquel día debí parar... Y no pienso justificarme porque cada vez que lo hago significa reconocer que no merezco ser feliz por el hecho de estar envuelta en un matrimonio sin magia. Hacemos las cosas que hacen todos los demás, y las hacemos con una sonrisa, pero me esfuerzo cada día y cuando es un esfuerzo deja de ser placentero. Tampoco voy a decir nada malo de mi marido porque es una persona tranquila a la que no le gustan los conflictos, es serio, un gran profesional y una buena persona. La culpa de que un matrimonio se rompa no es de nadie, de ninguno de los dos, en este caso, ni de los niños ni del estrés. La culpa es algo relativo; simplemente dejé de amarlo locamente para quererlo. Dejé de amarlo como a un hombre o me perdí entre mis fantasías estúpidas de cuentos casi infantiles. Nadie te explica qué pasa después de que la princesa infeliz se case con el príncipe perfecto.

Quizás aquel día debí parar pero no lo hice, seguí soñando en secreto con otro hombre, sin hacer más que eso: soñar en secreto y mirarlo cada vez que coincidíamos. Y tal vez, y sin darme cuenta, esos sueños alimentaron una posibilidad muy remota. Ese señor tan distante a veces, tan cercano otras, tan serio muchos momentos y tan irónico-gracioso-punzante-agudo-ácido en algunas ocasiones... Ese inalcanzable era cada vez más y más deseable. Pero no «estaba» a mi alcance, así que me conformaba con soñarlo...

Esa tarde-noche, turno eterno desde las dos de la tarde hasta las ocho de la mañana, pasó como tantas otras. Naia y yo con otra funcionaria, las tres, de noche, en el despacho, juntas, cenamos mientras nos reímos de la vida; Naia y yo nos miramos con complicidad cuando Soraya empieza a contar sus vacaciones que nos interesan relativamente. Atendemos, aún así, y las comentamos con ella. Llega la hora de descansar un poco, la cena ha sido copiosa y el café se alarga. A las once y media se apagan las luces de todas las celdas del centro para permitir el reposo nocturno de los internos y que descansen las horas que el reglamento establece. Las tres somos tan obedientes que a las once y media clavadas, procedemos. Nos damos unas vueltas por los diferentes departamentos de nuestro módulo de mujeres para comprobar que todo está correcto, cerrado y en orden. La noche promete ser tranquila: hoy no está mi jefe, digo «mío» aunque jamás lo sea, porque en mis sueños me lo he apropiado... Descansamos a turnos porque alguien tiene que estar vigilando para que todo permanezca tranquilo...

Hoy me toca descansar la primera; me acurruco en un sillón reclinable, que si alguien de la administración lo compró para ponerlo ahí fue para usarlo

de esa forma y a mí no me gusta hacer ese tipo de «feos». Me coloco la chaqueta del uniforme por los hombros para no tener frío e intento echar una cabezadita. En dos horas se pueden soñar muchas tonterías, tengo la buena o mala suerte de acordarme de todas. Cierro los ojos mientras oigo murmurar a Soraya y a Naia, pierdo sus voces entre la niebla de mis pensamientos...

«Una llamada de teléfono me sorprende en plena noche, no sé dónde estoy, está oscuro y estoy sola. Debe de ser el trabajo porque no adivino a saber el lugar donde me encuentro. Cojo el teléfono, somnolienta, y oigo esa voz rasgada inconfundible:

—Hola, bella durmiente. —Miro el teléfono, no puede ser...

—Hola —digo con una voz más de ultratumba que sensual.

—¿No estarías durmiendo?

—No, en el trabajo no duermo. ¿Quién eres?

—Sergio. ¿Qué estabas haciendo?

—¿Una ronda?

—¿Segura?

—Mmm... ¿sí?

—Mentira. Anda ven, que estamos haciéndola y faltas tú.

—Voy. ¿A dónde?

—Estás muy dormida, ¿eh?

Miro a mi alrededor, imagino que debo ir al centro de control. Por suerte, reconozco que estoy en el módulo 2 de hombres y control está cerca. De esta me he salvado, creo...

Cuando voy a abrir la puerta y salir corriendo, me tropiezo con Sergio, ¿me ha venido a buscar? ¿tanto he tardado en calzarme? Del susto, pego un grito y él un salto hacia atrás, mis manos están preparadas para dar un puñetazo; los sustos me hacen actuar antes que pensar pero, por suerte, no le pego:

—¡Coño! ¡Qué susto!

—¿Me ibas a pegar?

—Hombre, primero doy y luego pregunto —respondo, como dice Naia siempre—. Podrías haber sido cualquiera... ¡Joder! casi me da un infarto.

Su carcajada, divertida por la situación, es contagiosa y retiro mi mano de su pechera y se la plancho con las dos manos, como si quisiera retirar las arrugas creadas por mi puño, y con un movimiento suave me coge una de las manos y la aprieta contra su pecho, noto los latidos de su corazón, mi mirada se queda congelada ante esos ojos en la sombra de los pasillos nocturnos; ya

no estamos en la puerta de ese módulo, ahora estamos solos en un despacho que no conozco: hay un sofá de color gris perla, parece de piel, y una mesa de despacho color cerezo, su mano sigue cogiendo la mía y yo no deseo que la suelte, se acerca despacio y ahora sus latidos aumentan. ¿Puede ser que él también esté nervioso? Miro sus labios, sus ojos y otra vez a sus labios, se acercan despacio y me besa... Es un beso húmedo y largo, su lengua recorre parte de mi boca sin demasiado atrevimiento, sin avidez, despacio, es un beso sensual, y me pierdo en esas sensaciones únicas. Nos separamos y me rodea con sus brazos fuertemente, mi voz no puede salir, deseo decir tantas cosas... Pero no digo nada, lo miro anonadada, no tengo clara la mueca de mi rostro porque nos ve desde arriba, nos ve... ¿cómo puede ser?»

Se cuelean entre la niebla de mis sueños el sonido de las voces de Soraya y Naia, que se ríen en susurros y me despiertan sin querer. Me resisto a despertarme, quiero seguir soñando, quiero seguir en aquel despacho, sea cual sea, quiero seguir perdiéndome entre la mirada y los besos cálidos de Sergio García N... ¿Cuál será su segundo apellido? Pero toca café cargado y que descansa otra. Por favor, que Naia no tenga sueño, que si Soraya me vuelve a explicar sus vacaciones entonces sí que no podré aguantar lo que queda de noche.

Por suerte ella hoy puede aguantar dos horas más y hacemos el café mientras Soraya se descalza y se tumba en el sillón reclinable. ¿Tendrá sueños eróticos ella también? Naia me cuida mientras me despierto del todo y de no muy buen humor... Quería seguir allí, entre la niebla en la que Morfeo me acuna cariñoso y susurrante.

—¿Café y ronda?

—¡Venga! —digo algo más animada de lo que en realidad estoy. Soraya se incorpora...

—A mí no me dejéis sola. Yo voy con vosotras.

—Va... tonta, descansa.

—No, no, no... Voy, voy —dice casi sin respirar.

—Bueno, descansas luego, la hacemos cortita —dice Naia con cara de fastidio.

Las rondas con Naia son divertidas pero seguras: ella coge la porra —supongo que más por norma que por miedo—, todas las celdas están cerradas pero se hacen rondas para evitar fugas o interceptar ruidos molestos para el descanso de las otras internas. Es posible encontrarte a alguien y tienes que tener algo para defenderte. Nunca nos ha ocurrido pero hay muchas leyendas

«carceleras» que hablan sobre celdas que se abren solas y las internas vienen a pedir, en plena noche, que se las cierren, que tienen miedo... Surrealista, pero eso dicen. Y el susto que se tiene que pegar la funcionaria que se encuentra una cara de interna pegada al cristal del despacho suplicando que la encierren por miedo, no debe de tener precio. Esa noche la ronda transcurre con normalidad y comprobamos que no hay nadie por los pasillos, que no hay jaleo de pelea en ninguna celda, que las puertas que deben estar cerradas, lo están... Comprobamos que todo esté en orden y volvemos a nuestro nidito nocturno. Soraya vuelve a tumbarse mientras Naia y yo hablamos entre susurros.

—¿Has llamado a tu marido? —le pregunto.

—Paso.

—¿Pasas? Siempre lo llamas cuando haces noche para dar las buenas noches ¿Qué pasa?

—Hemos discutido.

—Oh, vaya ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre, que me pongo a limpiar todo mientras él está en el sofá y no se le ocurre levantarse a echar una mano, que no digo que planche, que no digo que ponga lavadoras... pero si me ve con toda la casa y las niñas persiguiéndome, al menos que haga la comida, que entretenga a las niñas, pero nada, jugando a la play en el sofá...

—¡Hombre! Ya es grandecito para jugar a la play.

—Pues eso digo yo, entonces ya se monta el pollo: que si llega cansado de trabajar y nunca puede, que si yo tengo muchos días libres...

—No se dan cuenta de que los niños agotan, ensucian y dan mucho trabajo.

—Son hombres. Anda, que si lo hubiera sabido...

—¿A mí me lo dices? —me río sonoramente. Soraya se mueve pero no parece despertarse.

—Ya, pero si no son los niños, es el resto, es todo...

—Pero ayudan a manchar que es una pasada...

—Si colaborara no sería tanto —A veces pienso que Naia se separará.

—Si no se acostumbran desde el primer día, no hay nada que hacer. Asústalo.

—Este es capaz de irse, déjalo —Nos reímos en susurros—. Tú nunca llamas al tuyo.

—No, un wasap de «me voy a dormir hasta mañana» y poco más. Hace

mucho que no cuidamos la relación. Y ya ni se me ocurre.

—¿No estáis bien? —Su típica mueca de cabeza ladeada me indica que siente pena.

—Sí, no estamos mal, no es genial, pero no estamos mal... supongo que necesito un caballero andante de armadura brillante subido a lomos de un caballo blanco que venga a rescatarme de mi vida.

—No veo a Sergio a lomos de ese caballo; no da la talla —Nos reímos a carcajadas.

—No es alto, pero... Este caballero en concreto, de armadura un poco mate y sin caballo, me hace reír y sus «palabros» cultos me hacen aprender; su curiosidad le ha hecho conocer muchas cosas, costumbres y usos, su lenguaje es fácil pero podría complicarlo, su conversación es interesante, se ha cultivado y se nota. Esas cosas sustituyen la fuerza bruta y hasta el caballo blanco.

—Estás fatal, tía. Te estás enamorando, no es tanto como dices: su conversación es normal, es culto, sí, pero es bajito y parece el pitufo gruñón. Por las mañanas es borde y en cuanto al resto, no tiene nada especial... ¿Te estás enamorando?

—No, no creo. Lo que pasa es que a mi matrimonio le falta magia, le sobran niños y cosas que hacer y a mi vida le falta un color rosa chicle, así como romántico...

—Los romances son problemas. Un polvo y punto.

—¡Hala! No puedes echarle un polvo, estando casada, a un casado que es tu jefe. La que se lía es pequeña —Nos reímos.

—Se lía parda, sí. Ahí no te metas... De todas formas, hay una frase que dice que «torres más altas han caído». Si lo logras, te idolatraré —dice riéndose—. Y que sepas que allá donde te metas, estaré a tu lado. Siempre. Aunque la cagues.

—¡Qué bonito! Te quiero tanto... —La abrazo a pesar de que sé que ella no es muy tocona.

Me río intentando no hacerlo de forma ruidosa. Soraya ronca un poco y Naia no tiene sueño; decidimos hacer la última ronda. Salimos muy despacio del despacho, cogemos la porra y vamos a visitar los diferentes departamentos y salas de nuestro módulo. Enfermería en silencio, gimnasio y aulas en silencio, ingresos en silencio, departamento especial en silencio, sala de día en orden, patio vacío, pasillos correctos y módulo general en silencio... Queda poco ya para que empiece el día, Naia ha decidido no

dormir y darle el gusto a Soraya, así hablamos de nuestras cosas, ya dormirá en casa. Pobre, es más mona...

—¿Te imaginas que entra al trapo? —me pregunta «ojiplática», como ella misma dice.

—¿Quién?

—Sergio García, mi Sergey. ¿Cuál es su segundo apellido? ¿Lo sabes?

—Niebla.

—¡Ni de coña! ¿Sí?

—Sí.

—Me parto, tía...

—Si entrara al trapo, que no lo hará ¿tú me has visto bien? Juego y ya está.

—¿Rollo psicológico? ¿Podrás parar?

—No me lo pincho, tía; he parido tres veces, mi cuerpo no es el que era, me rajo, me echo atrás, no me toca ni por fuera —me río. Es imposible.

—Jugar es peligroso. Si no quieres nada con él no juegues, si quieres algo con él, piénsatelo primero. Yo es que soy muy lógica y muy terrenal. A veces pienso que demasiado.

—Demasiado, sí, jugar es divertido y peligroso. No entrará al trapo y a mí me gusta verlo, me alegra el día. Punto.

—Punto. Si tú lo dices... Punto. ¿Café?

Nos tomamos el último café mientras esperamos que despunte el día, estamos cansadas; Soraya se va al primer acceso a recibir a los entrantes y nosotras nos quedamos solas. Naia, además de una gran persona, es una gran profesional, su único defecto es que tiene una boquita... Y eso le da una fama que nada tiene que ver con la realidad. Sé que sabrá cómo actuar en cualquier situación que nos sobrevenga, y entre eso y la seguridad en mí misma a la hora de trabajar, tenemos todo controlado. Sea lo que sea. Somos un equipo y sabemos trabajar, nos entendemos con una sola mirada. Ella mantiene la calma y ambas actuamos. Ella es fría y piensa con más claridad, yo soy más energética. No tenemos miedo ni a la noche ni a los incendios ni a las posibles agresiones. Es algo que da la experiencia. Con Naia me siento segura.

—Una cosa: ¿quién entra de jefe hoy? —le pregunto.

—Ni idea, no lo miré ayer. ¿Por qué?

—Por ponerme un poco de maquillaje.

—Si no te pones nunca, loca...

—Por eso, para no ir con cara de muerta. Para ver si así...

—Estás guapísima con ojeras y sin dormir, al que no le guste que no mire.

—Es que quiero gustarle...

—Ya estamos. Te lías, lo veo. Y es un peligro. Pero torres más altas han caído... Y si lo consigues te idolatraré. Y como es inútil decirte que no entres ahí, pues ¡entra!

—No me idolatrarás porque no conseguiré nada.

Por fin llega el relevo. Para que podamos irnos, las entrantes deben comprobar que todas las internas están bien y firmarlo en el libro de servicios. Una vez hecho, podemos ir al despacho de los jefes, al lado de control, para que firmen también su conformidad y entonces hemos terminado el servicio. Si en este momento se descubre que una interna está muy grave o ha fallecido durante nuestro turno, tendríamos que esperar al médico de guardia, ambulancia si fuera necesaria, inspector de la Dirección General, juez de vigilancia y pompas fúnebres. Saldríamos entre las once y la una. Tendríamos que acudir en unos meses a una entrevista con el inspector. Desagradable y cansado en general. Hoy está todo bien y podemos salir. No está Sergio, hace días que no lo veo, quizás sea lo mejor. Me estoy obsesionando... Voy a dormir toda la mañana. Mi marido lleva a los niños al cole y me espera porque en cuanto yo llego, él se va a trabajar; el relevo es rápido y apenas nos damos los buenos días y un beso. Antes de acostarme desayuno una magdalena y un café con leche, me ducho, me pongo el pijama y me meto en la cama. Soñar es gratis... Cierro los ojos, la cama no está muy caliente, así que me acurruco y arrugo bien el nórdico alrededor de mi cuerpo. Mientras estoy despierta pienso en esos ojos verdosos que me seducen. Sonrío sin darme cuenta y borro el gesto de inmediato, en cuanto me percato de mi mueca de idiota. Me duermo enseguida y tan profundamente que no recuerdo si sueño.

Pasan los días entre tareas rutinarias de niños, casa y demás. Me relaciono mucho con el AFA (Asociación de Familias de Alumnos) porque me gusta hacer el carnaval en conjunto, con más gente, me gusta disfrazarme en familia y es más divertido si se hace en comunidad, con un mismo tema y con el proyecto común de ganar algo, aunque sea un diploma. Todos los años somos primeros de carroza o de comparsa. El trabajo bien hecho, supongo. Los recursos monetarios del ayuntamiento para estos temas son escasos, así que, con suerte, se gana lo gastado. Ya he dicho que no soy una mamá normal, veo los defectos de mis hijos, no creo que sean los más guapos de

todos, valoro en su justa medida sus logros y no soy de las que van al parque. Odio perder el tiempo en el parque para que otros niños malcriados eduquen a los míos mientras yo hablo como un papagayo con otras madres de cosas poco interesantes... Soy rara. Bien, no pasa nada. Voy de vez en cuando al parque, solo de vez en cuando, para que no se convierta en una exigencia de mis hijos; voy y me siento. Sola. Leo o los vigilo y observo a otros papagayos. Estoy el tiempo justo —para que ellos puedan desahogarse y yo no me aburra mortalmente— y *pa'* casa. No los baño todos los días, creo que hay un exceso en eso de bañar a los niños, un día sí y uno no, creo que eso es suficiente. Me gusta que jueguen y me da igual que desordenen, adoro que usen su imaginación: toda la casa es un gran salón de juegos. Mis hijos juegan solos, consigo mismos o entre ellos, y el armario hoy es una montaña y mañana el fuego eterno.

Lo que decía: hoy toca ir al AFA a pensar en el disfraz de este año, estoy estudiando una carrera, tengo tres hijos, trabajo y me da tiempo a ir a una reunión al AFA una vez a la semana —o dos—. Sí. Soy supermamá. O hiperactiva selectiva... Nos sentamos en la biblioteca alrededor de una mesa con sillas de colegio —minúsculas para mi culo— y cuando las otras mamás exponen lo que han pensado, yo abro y cierro los ojos y/o la boca en vista del trabajazo que nos espera. Al final, el tema lo limitamos a los años 80, está de moda lo retro, hay que buscar un tema de esa época... Pasamos por *Thriller*, *Michael Jackson* y *Madonna*, material escolar de «yo fui a E.G.B.», *Star Wars* —la nueva la están dando ahora en cines—, *Mary Poppins*... En fin, que no sea por falta de ideas.

La mamá de Martina, una chica rubia con los ojos claros, algo rellenita, como yo, y buena como el pan —de más—, se encarga de moderar las conversaciones porque hay mamás que adquieren un protagonismo repetitivo e innecesario que me hace poner cara de póker y al resto les hace perder el tiempo soberanamente. Miro el móvil y el WhatsApp, contesto a Naia, que siempre está ahí dándome ánimos, sin noticias de Sergio en estos largos cinco días. ¿Por qué iba a tener noticias tuyas? Ni tengo su número ni es amigo mío en Facebook ni he ido a trabajar. Empiezo a perder su fisonomía en mi mente, me distraigo y pienso en sus ojos o en lo que estará haciendo en estos momentos... Me distrae un papel moviéndose en mi cara distraída:

—¿Votamos? ¡Apunta!

Empieza ganando *Thriller*: que uno vaya disfrazado de Michael Jackson y el resto de zombis y la guapa pide que, por favor, le toque de novia... Pero

las últimas mamás cambian la balanza hacia *Star Wars*. Se fija una reunión la semana que viene para decidir personajes; advierto de que mi tiempo es limitado.

Wasap de Naia:

—Mañana te veo.

—¡Sí! Por fin a currar, ¡qué ganas de verte!

—Ponte *wapa*.

—¿Por qué? ¿Como siempre?

—No digo más.

Me deja con la intriga pero algo me huelo... Mañana me pinto.

Por fin llegamos a trabajar: siete y veinte, Naia viene seria pero sonrío al verme, está enfrascada en una conversación seria, no se puede estar tan seria estas horas.

—¡Hola guapa! ¡Qué ganas tenía de verte!

—¡Qué guapa estás! —Su sonrisa me indica que hoy tenemos a mi chico mandando. Otro sueño para las próximas noches...

—Me he pintado, me he hecho un moño y lo que dijiste... ¡A darlo todo!

—Esa es la actitud.

Entramos riéndonos de todo, como siempre, eso que tanto fastidia a los caracteres intragables mañaneros. Con las mismas ganas de siempre, de estar juntas, no de trabajar... Que nadie se confunda, trabajamos pero no es un trabajo motivador. Decimos buenos días a todo el que nos cruzamos, lo normal hasta llegar al despacho del jefe. Está él. Se me dispara el corazón. Coloco mi mejor sonrisa, suspiro y empieza el juego:

—¡Buenos días! —digo con mi sonrisa más «profidén».

—Buenos días ¿Cómo estás?

—Encantada de verte ¿Y tú?

—Sorprendido de tu respuesta pero bien —Empalidezco—. ¿Quieres ser auxiliar de jefatura hoy?

—¡No, por favor! —digo, aunque me muero de ganas. Ser auxiliar de jefatura es como ser comodín, debes ir allí donde falte alguien y mientras no falta nadie, estar muerta de asco esperando algo, cerca de él... No me gusta, si no está él. Se ríe y dice—: Era broma. Al especial de mujeres.

—Venga, gracias. ¿Estarás todo el día conmigo?

—No, estaré todo el día con tu guardia, en el centro, como no quieres ser mi auxiliar... —Vuelve a reírse, a eso me refería y lo sabe. ¿Juega? ¿Es así?

—Si por mí fuera... Pero seré más útil en la otra ubicación. ¡Hasta el

café! —digo para despedirme.

Me mira extrañado por lo de «hasta el café», no se lo cree o no espera verme, porque ellos lo hacen a primera hora y yo subo a media mañana. Ellos lo hacen entre ellos y nosotras —Naia y yo— lo hacemos juntas, si podemos y si no hay problemas en el módulo. Hoy Naia estará en el módulo, no en mi departamento, tres pisos más abajo, pero podremos vernos a ratitos; el día sin ella no es lo mismo, pero si podemos vernos y llamarnos mejora notablemente. Llego a mi sitio, hacemos recuento, todas las internas bien, y comienza la mañana con una euforia placentera, desbordante y motivadora.

Tenemos una interna nueva en el especial, según dicen subió por una pelea en las duchas; no lo entiendo: una interna que jamás se metía en líos, que pasaba desapercibida, que no había estado nunca en el especial, que no había tenido problemas en su módulo nunca, y está aquí... Investigaré qué ha pasado porque no es normal. Hacemos un café y sube Naia con nosotras, hablamos del policía que me atendió en Canarias cuando me robaron el móvil, que muy maja yo le pregunté si podía entrar mi hijo mayor a ver cómo hacían su trabajo y me dijo que sí... Si llego a saber que era tan guapo no le digo nada a mi hijo. Hablamos de las pruebas de evaluación continua de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), hablamos del marido de Saray y de la mujer de Jesús y su embarazo y al terminar el café me pongo a buscar el parte informativo por el que se suben a Sierra Peralta, la interna nueva. Encuentro el informe y dice que anteayer, durante las duchas, se oyeron fuertes gritos en el segundo piso; al acudir, las funcionarias se encuentran con una pelea entre esta interna y otra habitual de especiales, con conducta agresiva continua, y que preguntadas por el motivo de la pelea, Sierra calla y la otra dice que le quiere quitar a su chica. En la cárcel también hay relaciones afectivas entre mujeres, como es lógico, pero los problemas se gestionan de otra manera: allí las novias muchas veces son «propiedad de», como en la España profunda... En este caso se suponía que Sierra, la novata, le quitaba la novia a la veterana y esta se había tomado la libertad de «impartir justicia». Lo que yo llamo «ataque de cuernos». El resultado es que Sierra tenía moratones y golpes por todas partes, porque la habían pillado despistada, y la otra tenía el orgullo o el «honor» limpio. Esto es otro mundo... Luego hablaré con ella. Puede que se trate de otra cosa.

Seguimos con la rutina. Hacemos duchas de una en una porque al estar en régimen cerrado solo puede hacerse así, sacamos al patio a las que lo han pedido, juntas, si están en la misma fase del tratamiento, y por separado o

solitario, dependiendo también de la fase en la que se encuentren... Y de repente se oye en el *walkie*: «De Mujeres a todos los departamentos. Entran los jefes de servicios».

¿Habrá pasado algo abajo? ¿Será solo visita de cortesía? ¿Sergio? Entra Naia en el despacho, que estaba de camino para venir a buscarme e ir a desayunar y me mira y me dice:

—Supongo que esperamos para salir a desayunar, ¿no? Abajo no ha pasado nada: es visita.

—Ok. Esperamos, sí.

Entran los jefes de servicios, esta vez son Sergio y Andrés. Mi Sergio...

Entran sonriendo y Sergio se dirige a mí, pasando de largo a las otras cuatro funcionarias, me coge la mano como en un saludo entre varones, gira la mano, la lleva hacia su boca mirándome a los ojos pero en el último momento besa la suya... Lástima, me hubiera gustado notar sus labios. ¿Está coqueteando? ¡No! ¡Qué va!

—¿Ese café que me dijiste antes?

—No sé a qué te refieres, Sergio —digo sonriendo.

—Si no tienes no pasa nada.

—Tengo, ¿cómo lo quieres?

—Solo, con un chorrito de leche... —le miro con mueca desconcertada y sonrío.

—¿Una nube?

—¿Una nube? Eso. Sí. Un chorrito. Gracias.

—Es un verdadero placer.

Naia se pone conmigo a hacer cafés varios, la conversación se anima y Andrés, que es más divertido, comenta que a veces hay funcionarias que también les ofrecen pastitas y que dependiendo de la oferta, ellos pueden ser más o menos benévolo con los servicios y hacer favores para que las amigas estén jutas. Se ríe mientras nos mira:

—Lo siento, no hay pastitas hoy, tenemos café y conversación, como si me pones en segundo acceso con Berta —digo refiriéndome a la funcionaria con la que nadie quiere estar.

—Pues si esa es tu petición, te será concedida —Se ríe más aún.

—No me hace gracia —miento—. Lo haré todo mal, tiraré cosas, os llamaré para preguntar por todo, la liaré, haré llorar a Berta... —Andrés se ríe, mira a Sergio y dice:

—No puedes luchar contra las mujeres, tienen una mente ligeramente

oscura y retorcida.

—Ella no —dice Sergio, me mira y se ríe. Hace un silencio—: la suya es peor —Nos reímos todos.

—Me encantaría coger una autocaravana y recorrer Europa.—digo cambiando de tema.

—¿Sabes lo que me gustaría a mí? —dice Sergio mientras lo miramos con cierta intriga—: Si me sobraran diez mil euros me iría en autocaravana a Nueva Zelanda... Un mes

—¡Oh! —se me escapa la admiración, le miro embelesada.y sigo hablando—: Qué bonito, sí. A ver si convences a mi marido...

—Sería el viaje ideal, ¿eh? He dado en el clavo.

—Lo que pasa es que allí las estaciones son las contrarias, hay que ir cuando aquí es invierno.

—Si allí es primavera u otoño también va bien —dice y se centra el tema en las vacaciones y autocaravanas: mi tema, sabe que me entusiasma. Es un tema que me interesa especialmente, llevo tiempo intentando convencer a mi marido de comprarnos una para los fines de semana, pero no hay manera... Entre que es un chico muy casero y que no le gusta viajar, entre que es gastar dinero y que no le atrae mucho el tema, no lo consigo.

Mientras tomamos café, la mirada de Naia va enviándome mensajes que a veces entiendo, otras no y algunas confundo. Se pone nerviosa y se ríe. La miran y le preguntan el motivo. Nos miramos riéndonos y dice:

—Nada, cosas mías.

—Nuestras —corrijo.

—Vámonos, Sergio, que cuando dos mujeres se ponen de acuerdo perdemos seguro.

Miro a Sergio. Intento hipnotizarlo para que se quede. Me mira, su mirada fija me incomoda porque creo que los demás notarán que algo raro pasa, bajo la mirada y gana él esta vez. Acabamos el café entre risas, quiero pasar a mi sitio en la silla de detrás de la mesa del despacho, tengo que tocarle la cintura un poco para poder pasar, porque el sitio no es muy ancho y yo no estoy delgada, que digamos. Mientras paso, me mira de reojo, sonrío y suena el *walkie*: «De Módulo 2 a jefe de servicios. Tenemos un interno entre cancelas». ¡Vaya! Eso es que se tienen que ir. Ha debido de haber un altercado que ha hecho que fuera necesario aislar al interno problemático y conducirlo al departamento especial de hombres, si los jefes consideran que se cumplen los requisitos... Sergio mira a Andrés.

—¿Vas tú?

—Sí, ¿te quedas?

—Un rato.

Yo no me lo puedo creer y Naia abre los ojos enarcando las cejas y me clava la mirada mientras se va a su departamento.

Quizás ese día debí parar...

Capítulo 3

Se queda pero no se queda, porque automáticamente se va hacia su compañero y dice:

—Espera, mejor te acompaño.

—Ya decía yo...

Me quedo con cara de idiota, esperando el motivo por el que ha decidido «desregalarme» su compañía. Me dedica una última mirada y me guiña un ojo sin que nadie lo vea. Me quedo petrificada, primero por la desilusión y luego por el guiño. No tengo claro si juega o si me está vacilando. Naia se ha ido a su departamento y al momento me llama por teléfono:

—Vete al otro número, al del despacho de dentro, y me llamas a mi extensión. Estoy sola. Así hablarás sin que nadie te oiga.

Obedezco. Las órdenes de Naia son órdenes y punto. Llamo:

—¡Tía! —me dice nada más descolgar—: ¿Eres tú?

—Soy yo —me río—, dime.

—Ha ido directo a ti. «Aquí hay tema... ¡pero vamos!»— dice imitando a la serie de televisión *La que se avecina*.

—¡Qué va! Ha hablado con normalidad, lo de la mano ha sido una chorrada, se la ha besado a sí mismo.

—Que no, que ha focalizado en ti, te ha buscado.

—Que no, se ha ido, podía haberse quedado y se ha ido. No hay nada. Le gusta gustar, nada más.

—No podía quedarse a flirtear teniendo un interno entre cancelas y enviar a su amigo... Si es que sí, me debes una mariscada. —dice riéndose—. ¿Y la nube? Se te va... ¡¡Has estado ideal!!

—Se ha notado, ¿no?

—No. Yo sí, porque lo sé, pero alguien que no lo sepa no se empana. Te idolatro, tía. Eres mi heroína, de héroe y de droga, ¿eh? Eres mi maestra.

La mañana pasa y me divierto trabajando, supongo que tenerlo allí es un aliciente. Me encargo de subir papeles por si me lo encuentro pero no hay suerte, tienen reuniones con la dirección y no hay forma; se oyen cosas por *walkie* pero solo me da pistas de que tienen trabajo. Finalizamos el turno y por fin subimos el papeleo.

—Hola Sergio, el informe y el recuento

—Dame el de ingresos primero —dice mientras le entrego el otro—. Bueno, pues dame el otro —dice con ironía.

—Pídeme lo que quieras —digo sin darme cuenta de la frase.

Sus ojos dejan de mirar el papel y se clavan en los míos, mi sonrisa congelada se da cuenta de que quizás podía interpretarse de otra forma... Siento calor en las mejillas, el rubor se generaliza por todo el cuerpo, siento un escalofrío, sus ojos siguen en los míos y yo sigo congelada. No dice nada, baja la mirada y continúa con el papeleo.

—Gracias. Ve a cuidar a tu marido y a tus hijos —dice.

—Los tengo enseñados, se cuidan solos. Hasta mañana.

¿Qué coño ha pasado ahí? La frase no tenía otro sentido, me refería a que me pidiera el papel que necesitaba, no a otra cosa, que también, por favor, pídemelo lo que quieras, pero no era mi intención. La respuesta ha sido contundente: «Ve a cuidar a tu marido y a tus hijos». Empalidezco. ¡Qué vergüenza! Esto no va como yo pretendía, solo quería jugar... Miro a Naia, no se ha enterado de nada. Se lo cuento de camino a la salida y solo acierta a decir:

—Es un cabrón irónico. Ni caso. Esta mañana iba a por ti, ese es su humor. Pero qué cabrón...

—Hecha polvo me voy a casa...

—Que no, tonta, que se nota que juega. Tu mejor sonrisa y a vivir la tarde con tu churri y tus niños.

—Comparable, claro.

Salimos riéndonos pero el bajón es importante. Si no quiero nada ¿por qué me importa tanto? Llego a casa y mi marido tiene la mesa puesta. Está viendo la tele, las noticias, creo. Se levanta y me da un suave y fugaz beso en los labios. Es un hombre tranquilo; hace un tiempo le hubiera dado un largo y apasionado beso, pero ahora ya solo juego en momentos puntuales, por no perder lo que hubo. No es mal tío, ha aprendido a convivir. Cuando empezamos era muy joven y muy egoísta, pero el amor y la pasión sustituía todo lo que me gustaban menos. Supongo que poco a poco esas cosillas se han ido haciendo menos sustituibles por la pérdida de la pasión primera; mis miradas desaprobatorias ante lo que antes eran cosillas y ahora son defectos han hecho también pasar de tener besos apasionados a fugaces picos...y es que yo soy una mujer de pasiones, o todo o nada. Y en estas medias tintas me muevo bien pero no de forma cómoda. Supongo que la culpa de esto la tiene la vida misma, la rutina o la costumbre. Él no se molesta en que el paseo por las nubes continúe, no hacemos planes que me estimulen, solo salimos a cenar alguna vez, cerca, no vaya a ser... Ya no me esmero, no me pongo guapa para salir con él. No es romántico, aunque a veces tengo que reconocer

que lo intenta. Recuerda las fechas importantes y procura quedar bien con regalos poco acertados. No mueve un dedo para darme una sorpresa, no me ha regalado un ramo de flores en mi vida —que yo recuerde—. Es sencillo: vivo con él porque es un buen padre, es un buen marido y hacemos el amor porque es una necesidad fisiológica para ambos; aunque no haya pasión, no existe ese sentimiento especial de antaño, ¿lo hemos olvidado? Es como un gran amigo al que no quieres hacer daño o eso creo.

—No me has avisado de que salías.

—Ostras, pues no, perdona.

—No pasa nada. La mañana ¿bien?

—Perfecta.

—¿Dormirás siesta?

—No debería.

Mi marido trata de ser cariñoso, y digo «trata» porque sus gestos son bastante torpes o forzados, pero cada uno es como es y quizás yo sea algo más empalagosa o me parezca que mis gestos son más notables aunque los suyos seguramente sean más sinceros. Los niños llenan la casa de ruido: hoy el mayor ha quedado y llegará más tarde, los peques crecen y hacen cosas muy graciosas, como todos: ni más ni menos. Considero que la maternidad está sobreestimada, mis hijos hacen cosas como todos los críos y soy una madre que reconoce que sus hijos no son ni los más guapos ni los más feos ni los más listos ni los más tontos... A veces, oigo hablar a las otras mamás que dicen lo maravillosos que son sus hijos. Que sí, que lo son... Pero, a ver: no cantan como Joselito, no bailan como Sara Baras, no son graciosísimos como Jim Carrey... O sea que mis hijos son niños normales a los que quiero mucho y veo con ojos de madre —no de madraza—. No soy una madre normal. Joel es un niño gracioso con pecas con un humor cambiante, en eso se parece a su padre, y muy risueño, en eso se parece a su madre. Miguel tiene cuatro años y es un niño muy autónomo y con las ideas bastante claras, a pesar de su edad. Le gustan las pelotas, romper cosas e intentar trepar a sitios a los que no llega. Siempre quise tener una niña. Cuando empecé a plantearme la maternidad con mi primer marido, padre de mi primer hijo, deseé una niña con toda intensidad, pero salió un niño. Dicho así parece que no lo quiera... Pero no es cierto. El mayor es maravilloso por dentro y por fuera, un poco vago pero obediente y con muy buen fondo, muy empático y tiene buen *feeling* conmigo. Como iba diciendo, no era una niña... Sus trastadas y su cara de pillo cuando era pequeño hacían la delicia de abuelos, padres y

amigos. Así que, después del palo de la noticia que me dieron en la ecografía de los cinco meses, una se da cuenta de que da igual si es niño o niña, que es perfecto... Cuando lo ves, es cuando sabes que lo querrás para el resto de tu vida, haga lo que haga. Te olvidas de que querías una niña. O no te olvidas, pero ahora quieres a este que ha nacido y además quieres una niña.

Las cosas hicieron que cambiara de marido, con sus dificultades y traumas y esas cosas, pero ahora eso no es importante. Su mal carácter y mi imposibilidad de parecer sumisa, y de serlo, hicieron que las cosas no fluyeran y que pudiera conocer a mi segundo marido, que no era machista, que era guapo y tenía unos ojos azules preciosos y que ya advertía que tenía tres defectos: «soy vago, cabezota y un poco tacaño». Entonces llegó el momento de tener hijos. Y yo volvía a desear una niña... Pero en la ecografía de los cuatro meses y medio me volvieron a dar la noticia de que sería un niño. Bueno, empieza a ser frustrante pero cuando hay complicaciones en el embarazo deseas que sea lo que sea, por favor, que nazca sano... Y nació por cesárea por una complicación. Cuando provocaron el parto porque no crecía y había sufrimiento intrauterino, se dieron cuenta de que con cada contracción provocada el bebe sufría y su corazón también; no quisieron arriesgarse, cosa que agradezco, y fui directa a una cesárea... Nació y con un besito muy fugaz se lo llevaron a la incubadora. Pesaba 1,830 kg. Era un niño, sí, pero estaba sano, a pesar de su peso. Le llamamos Joel después de largas conversaciones en las que ponerse de acuerdo era una quimera; digamos que impuse un nombre porque el del abuelo paterno para mí era nombre de abuelo paterno y no de bebé. Así que ya tenía dos niños. Este último lloraba continuamente, no dormía ni de noche ni de día, mi marido y yo discutíamos continuamente: el cansancio, las cosas que hacer, el mal humor generalizado por el llanto que no sabíamos calmar, la falta de sueño reparador... Esta etapa duró dos años, el amor pasó a un segundo plano a pesar de mis intentos por demostrar que aún en esta situación la pareja era la pareja y yo podía y debía ser madre y esposa y amiga, y no solo madre. Considero que muchas mujeres desde que se convierten en madres olvidan que para ellas su pareja fue algo importantísimo y fundamental o, en el peor de los casos, un mal necesario para llegar a ser madres... Ellos —los padres— no tienen la culpa de no padecer el trauma de la deformidad y el dolor y los cambios de estado de tu cuerpo o tus hormonas; ellos solo quieren seguir siendo importantes, no más que tu hijo, pero tampoco pasar a un último plano.

Después de un tiempo, yo seguía queriendo una niña —estaba obstinada— y él quería otro bebé, cosa que nunca entenderé porque a él solo le gustan los niños quietos y callados, pero no conozco niños así... No sé por qué quería otro pero yo tenía la esperanza de que esta vez hubiera suerte

Los primeros resultados de la analítica dicen que tenemos probabilidades altísimas de tener un bebé con síndrome de Down. Yo lloraba y lloraba solo con la idea pero él me tranquilizaba: que nos harían una amniocentesis, que esperásemos resultados y decidiéramos... La amniocentesis es una prueba en la que descartan algunas enfermedades o anomalías. El resultado fue que sería otro niño sano. Lloré de la alegría. Daba igual si no era niña, al menos estaba sano. Le llamamos Miguel.

Ahora tenemos más trabajo: mi marido estaba malhumorado y mis contestaciones, rápidas y sin pensar, eran un poco tajantes; los «zascas», como les llaman ahora, hicieron que la relación volviera a tener un pinchazo. La poca paciencia de mi marido y el hecho de hablar diez mil veces de las cosas que empezaba a no soportar, sin llegar a resolver nada, hicieron que decidiera empezar a pasar de todo y continuar con mi vida hasta que el cuerpo aguantara. Aún así, procuraba mantener relaciones sexuales, elaborar algunas sorpresas, poner un poco de interés en algunas actividades... Pero en mi interior ya no era lo mismo: él era como un amigo muy guapo con el que me apetecía hacer el amor de vez en cuando.

Como iba diciendo, mis hijos llenan la casa de ruido, hacemos meriendas y vemos dibujos animados. Planazo. Otro día estupendo que pasa sin pena ni gloria. Él hace la cena porque ahora va de chef de la muerte y yo halago lo que hace y así no me toca hacerlo a mí, aunque, a veces, hay que decir que podría ser mejorable. Él se siente orgulloso y me recuerda la suerte que tengo con el marido que me he buscado. Si tú supieras... Pero sonrío, porque no es malo. Si es feliz así y a mí no me cuesta nada... Pues sí, maridazo. Una mentirijilla piadosa.

Mañana nos vamos al zoo con mi amiga Laura y su hija Sandra, de la edad de mi mediano. Día de mamis y niños, sin papis. Hay que hacer planes de niños con adultos porque sino es insufrible. Mi amiga Laura disfruta de las cosas que hacen las madres, no necesita adultos para que la actividad no sea insufrible, pero si viene más gente y con más niños, pues mejor. El día pasa con un sol precioso, el plan no deja de ser ver animales y acabar con dolor de pies en medio de Barcelona; los niños comen a trompicones y más bien mal y caro, pero un día es un día. Los animales están agobiados y durmiendo, salvo

algún pájaro, los lobos escondidos, las cabras no saltan, los leones duermen y los delfines hacen lo mismo de siempre, pero para los niños no es lo de siempre. Se pelean, corren, se ríen y descubren el parque.

—¿Podemos ir al parque?

—Tenemos parques gratis al lado de casa, hemos venido a ver lo que no vemos gratis en casa.

—Pero yo quiero ir a este parque que no está en casa...

—Vamos a ver los pingüinos y luego ya veremos.

De los pingüinos a las focas y de las focas a los monos... y entonces:

—Vale, muy bonito. ¿Podemos irnos ya al parque?

—Venga, sí, que así nosotras nos sentamos y hablamos —dice Laura

Pues nada, si una autoridad dice sí, la otra no puede decir no. Hablamos de la vida, del matrimonio, del trabajo y de los hombres, tema espinoso... Le hablo de que creo que la relación con mi marido ya no es lo que era:

—Nos pasa a todas. Hay que buscar el lado positivo: nadie conoce tus manías como él y las acepta, ya conoces las tuyas y no lo llevas mal —dice poco convencida.

—No lo llevo mal ni lo llevo bien; cada vez peor.

—Habla con él.

—Ya hablo, de forma subliminal, no quiero ser borde. Lo que pasa no es para tanto, no es algo que él pueda cambiar, no sé como explicarte.

—¿Pero es algo que ha hecho?

—No, es que no quiere ir a ninguna parte, es que todos los planes los hago yo y viene como obligado, es que tenemos la casa desordenada siempre y me ve hacer y no se mueve...

—Pero cocina.

—Sí, cocina y hace cosas. Pero no sé...

—Eso ya lo sabías cuando lo conociste.

—Sí, pero eso no exime que ahora me dé rabia o que ya no me compense.

—Yo, a tu marido, lo que le veo son falta de ganas de todo —dice Laura.

Nos reímos.

—Sí, pero es que hace otras cosas que sí me gustan y no sé, quizás sea yo... He perdido las ganas, el romanticismo. Intento que no sea nada.

—¿Has conocido a alguien? —la miro y no digo nada. Ella exclama—: ¡No!

—No, no es que haya conocido... Es que hay alguien que me hace un poco tilín, no para hacer nada, no para estar con él y no para nada. Solo para

jugar —digo, y mi sonrisa me delata...

—¡Venga ya! ¿Quién es?

—No es nada, ni me mira, no sabe que existo.

—Ya, ya —Laura se pone ansiosa—. Dime más —me pide mientras me tira del jersey y nos reímos. Viene su hija a quejarse de algo que le ha hecho el mío, ella le da largas y la manda a jugar; le interesa más mi tema que riñas de críos—. Va, ¿qué?

—Nada, es un jefe, pienso en él de vez en cuando, nada más —comento quitándole importancia.

—No me lo creo... Cuéntamelo.

—Me gusta cómo mira, cómo se mueve, cómo manda y cómo sonrío; me gusta cómo habla y su voz y ese carácter enigmático y misterioso, esa forma borde de meter «zascas» a la gente medio en broma medio en serio, la relación que tiene con sus compañeros... No sé. Me gusta pero no hay nada que hacer, no voy a hacer nada y no va a pasar nada.

—Ya... Solo jugar... Cuidado que te quemas. Mírame a mí.

—Lo tuyo fue poner el ojo y poner la flecha...

—Tardé un año en conquistarlo.

—Tardaste un año en tenerlo, en conquistarlo tres partidas al parchís on line.

—Hija de...—dice Laura mientras las dos nos reímos—. Es sensacional, es un hombre especial, me hace reír, es apasionado, atractivo, alto, guapo... Todavía tengo mariposas en el estómago.

—Qué bonito, Laura.

Una punzada de envidia sana me retuerce el corazón. Hace mucho que no siento esas mariposas. Pobre de mi marido. Lo quiero, sí, pero mariposas... pues ya no. Me alegro por ella, su ex marido no la merecía y de verdad que parece un encanto. Unos quince años mayor que ella pero con un aspecto juvenil y una vitalidad envidiable. Nuestros hijos juegan alegres, supongo que al final pagar la entrada para jugar en el parque no ha sido mala idea, se paga para estar en todas las instalaciones y así nosotras descansamos. No soy una madre normal. Pienso en lo que estará haciendo ahora mi ojos verdes, estará con su mujer y su vida envidiable... ¿Será feliz? Debo parar pero esa atracción desconocida no me deja. Pienso muchas veces en eso, ahora que puedes, para... Y paro.

Pasan los días y los ciclos y mi matrimonio sigue como sonámbulo. Voy a trabajar, veo a Sergio. Estoy con Paulo en el descansillo de la cafetería y

hablamos de cosas poco serias, Paulo me dice que he adelgazado, que si estoy enamorada, nos reímos. Y Sergio comenta algo sobre que el culo lo tengo igual de grande. Sonrío pálida porque no sé si lo he entendido bien. No me sienta bien su comentario, tengo algunos problemas en cuanto a mi autoestima y mis kilos de más. Supongo que soy otra Bridget Jones en potencia. Con un comentario sobre el trabajo me despido y me voy. No estoy bien, me ha molestado, no hay suficiente confianza como para decírselo; otro indicador de que no le gusto y de que se ha dado cuenta de que él a mi sí... Mucho.

Paso varias semanas sin hablarle apenas, intento que lo note. Me hace bromas y las esquivo, me mira y hablo con otras personas, me hace comentarios para que mi resorte bucal llamado lengua salte pero no entro al trapo... A las seis semanas, Naia y yo estamos trabajando en el departamento especial, han vuelto a pillar a Sara Vegas en una pelea en las duchas y nos la han traído al departamento de aislamiento hasta que se tranquilice y estamos a la espera de sanción. Tienen que venir los jefes... Está Sergio, mala suerte. Hago el papeleo serio, Naia trabaja y no se da cuenta. Se oye por *walkie*: «Entran los jefes de servicios». Mi corazón se acelera pero yo sigo trabajando a mi ritmo. Me equivoco con el teclado del ordenador continuamente, rectifico y sigo. Se acerca Sergio:

—Hola.

—Hola, acabo en seguida.

—¿Te pasa algo conmigo? —la pregunta me pilla por sorpresa y me deja helada. ¡Qué directo!

—Pues mira, sí.

—¿Sí? —pregunta con cara de asombro esperando explicación—. Ven, deja eso y explícamelo, por favor.

Tiemblo. Me separa del resto y Naia me mira extrañada pero sonriente y continúa con mi trabajo.

—Dime.

—El otro día. Hace como mes y medio o dos meses.

—¡Joder! —dice Sergio y a mí se me escapa una risa de idiota; ahora que lo pienso soy muy idiota.

—Hiciste un comentario sobre lo grande que era mi culo —le confieso. Ahora me parezco más idiota todavía. Su cara es de asombro abismal.

—¿Eres tonta? —me espeta. Ahora la de asombro es la mía.

—No.

—¿En serio? ¿Y me lo dices ahora? Es una tontería, perdona si te molestó pero me parece una chorrada. ¿Hace cuánto que dije eso? y ¿qué dije?

—Hace unos dos meses y que era *muuy* grande.

—Es pequeño —dice serio. Irónico cabrón, pienso.

—No. Es grande. Pero yo no te digo que eres medio calvo y bajito.

—Lo soy, no me molesta. Complejitos. Dame un abrazo, anda...—me dice y yo pienso que sí, que soy idiota... ¡Y qué abrazo! Lo saboreo. Él continúa—: ¿Me invitas a un café, culo pequeño?

—Por supuesto, calvo incipiente.

—No comentaré nunca más nada sobre tu culo —replica riéndose burlonamente.

—Ja. Ja.Ja. —digo espaciando con ironía las supuestas carcajadas—: Entonces tu altura estará a salvo. —Él se ríe.

—Cabrona...

«Ojalá algún día comentés algo», pienso.

Naia nos mira, está deseando preguntarme, su mirada me dice que ansía saber qué está pasando. Y se lo contaré de inmediato, en cuanto se vaya Sergio, al que ya vuelvo a mirar embelesada. En cuanto salen por la puerta y me doy cuenta de lo estúpida que es mi mueca, Naia me espeta:

—Desembucha.

Yo me río con un subidón impropio:

—Nada. Que por qué estaba enfadada.

—¿Y?

—Se lo he dicho.

—Qué vergüenza... ¿Y?

—Pues que soy tonta pero que le perdone, que no volverá a mencionar mi culo.

Nos reímos estrepitosamente.

Hoy es el cumpleaños de mi marido. Tengo a los invitados escondidos detrás de la puerta del salón, en el lado opuesto al lugar por el que entrará mi marido; la mesa puesta para ocho, un montón de canapés y la lástima es que algún invitado ha dejado un coche a la vista... Puede que me pille la sorpresa en cuanto aparque, al llegar de trabajar. Pero aún así, sigue siendo una sorpresa. Joel no hace más que correr desde la puerta de entrada de mi casa con piscina, ubicada a tomar por culo de todas partes, hasta detrás de la puerta donde se esconden nuestros amigos. Le digo que se esté quieto, que disimule, pero no hay manera, no para, está emocionado. Su hermano le

persigue y, mientras tanto, las risas de los invitados por ver a los niños descontrolados por la sorpresa se oyen desde donde estoy. Escuchamos el motor de un coche que llega. Aviso. El niño sigue sin parar y los invitados tratan de no reírse... Mi marido asoma la cabeza y ve la mesa para ocho con un montón de canapés y a mí al final de la misma, vestida para la ocasión. Mira alrededor. En seguida sale Joel diciendo:

—¡Sorpresa!

Los invitados salen diciendo la misma frase, muertos de risa porque el niño la ha fastidiado. Mi marido sonrío y saluda a todos y me da un beso en los labios.

—Feliz cumple, cariño.

—Gracias, no tenías que hacer esto, yo nunca te hago sorpresas.

—Es para que aprendas.

Nos reímos. No puedo dejar de hacer estas cosas para ver si nuestra magia regresa, la de siempre, la del principio.

La velada transcurre entre conversaciones, ruido, música y regalos. Lo normal para un cumpleaños. Estoy cansada y tengo sueño pero la última pareja se resiste a abandonar la noche y yo ya bostezo, la conversación me aburre y me parece tediosa. Por fin, a las dos deciden que se van. Mis niños madrugarán y mañana me tocará limpiar y madrugar. La pareja dormirá hasta tarde y no limpiará: a veces, los invitados no nos damos cuenta... En realidad, no tiene importancia pero hoy estoy cansadísima.

Al irse la última pareja, mi marido y yo nos miramos con una mirada de «por fin». Hoy no hay sexo, creo que caeré como las Nancys, esas muñecas de hace cuarenta años que a medida que se tumbaban se les cerraban los ojos. Mi marido se lo ha pasado bien y tiene un pijama de más, un libro de curiosidades de su serie de dibujos animados favorita, una colonia, una camiseta y unos tejanos... No ha estado mal la sorpresa. No compensa la infidelidad mental, pero no ha estado mal...

Al acostarme pienso en mis «ojos verdosos». Tengo que buscarle un nombre, tiendo a personalizar mi forma de llamar a la gente. A mi primer marido le llamaba «nene», a este le llamo «cariño» o «churri», a mi amiga Ana le llamo «Ani». A Naia aún no le he puesto nombre cariñoso. Vuelvo al día en que me preguntó si me pasaba algo con él y pienso: «Hola, ¿te pasa algo conmigo? —dice—. Sí —respondo yo—, me atraes mucho, he intentado que no fuera así pero no puedo evitarlo, he intentado separarme de ti y huir de tu mirada pero no puedo: me atraes. Su mirada es de anonadado». Borro el

pensamiento, empiezo de nuevo:

«Hola, ¿te pasa algo conmigo? —dice él—. Sí, me pasas tú —respondo yo—. ¿Cómo que te paso yo? —pregunta—. Acércate más —contesto—. ¿Me vas a pegar? —susurra—.»

Me duermo y no recuerdo más de mi sueño. Lástima, este iba bien...

Capítulo 4

Otra vez mis compañeras del trabajo intentan hacer una excursión; es divertido salir con algunas de ellas, las hay muy locas y las hay muy cuerdas, muy simpáticas y muy risueñas y alguna que otra algo malhumorada, que si la tienes de tu lado... pues es hasta graciosa. Son difíciles las relaciones humanas. La malhumorada lo será con otras, mientras no lo sea conmigo... Sabemos que no debe de ser así, decidimos que es nuestra amiga y con ella vamos a muerte, aunque sepamos que ese mal humor, quizás, algún día, sea dirigido hacia nosotras. Por suerte ya sabemos manejarla.

Esta vez la excusa es salir a buscar setas, es otoño, no hace frío pero tampoco calor; entre mis amigas hay amigas de Sergio. Sergio es un experto en este tema, intentarán apuntarlo. La pena es que si viene él —único hombre—, viene su mujer —única mujer que tiene—. Si viene, se acabó el juego. Es peligroso y repugnante, no me gustaría estar en su lugar, en el de ella. Deciden venir los dos. No puedo desapuntarme porque lo he montado yo, he buscado el día, he organizado los coches; seremos trece. Puedo escaparme si me encuentro mal en el último momento, será lo que haga. Montamos un grupo de WhatsApp para poder organizarlo mejor. Tengo su número de teléfono, un adelanto es un adelanto, los hago administradores a todos, no busco ese tipo de protagonismo. De momento las conversaciones son entre todas pero ellos no participan: hablan poco o nada, leen, eso sí, puede adivinarse si iluminas el comentario y haces clic en la «i» de información, él lo lee todo, no comenta nada...

Quedamos un 10 de octubre. Lo organicé ese día porque el día 17 me voy a mi pueblo a recoger castañas. Mi pueblo, mi refugio y mi paraíso, es una aldea donde las castañas antaño se usaban para dar de comer a los cerdos, hasta que empezaron a venir comerciantes a comprarlas a precios irrisorios —aunque fuera más del que pagaban los cerdos—. Me suelo ir unos quince días y entre todos recogemos castañas y repartimos el dinero. Un extra más, por poco que sea, no viene nunca mal para la economía familiar. Comento en el grupo que los que conocen algo del lugar al que iremos busquen restaurante. En unos días dirán algo, no dicen nada, busco por si nadie dice nada y encuentro uno que está bien de precio; en unos días lo comento, si nadie dice nada.: no quiero quedarme sin restaurante; mientras tanto, en el trabajo seguimos hablando de la excursión:

—Yo ya tengo cesta —dice Sandra.

—Yo llevo bolsa del Mercadona —dice María

—Está prohibido. —Sandra levanta una sola ceja.

—Pues no tengo cesta.

—Pues lleva bolsa. —Reímos—. Seguro que Sergio tiene; si hoy viene le preguntamos. ¿Quién está de jefe?

—Sergio y Pedro.

Naia me mira con cara de «ya lo sabías *pa'* que preguntas».

—Ah, pues lo llamamos.

—¿Para eso? No, me da vergüenza —dice Montse.

—Llamo yo —digo—, soy organizadora.

Todos se ríen.

Descuelgo el teléfono y mi sonrisa me delata. Pero ellas no se dan cuenta, me miran como cuando alguien hace una travesura, no saben a qué juego en realidad. Aquel fue el día que realmente debí parar... Pero no paré.

—¿Sergio?

—Hola funcionaria del especial. Dime.

—Una cosita... ¿Está prohibido llevar setas en bolsas?

—Sí.

—María no tiene cesta, ¿te sobra alguna?

—No lo sé, ya lo hablaremos por WhatsApp. —Jarra de agua fría por mi espalda—. Luego bajo a verte y lo hablamos.—Jarra de agua tibia por mi espalda—. ¿Estáis ocupadas? Puedo bajar ahora. —Jarra de agua calentita por mi espalda—.

—Puedes bajar, claro, eres el jefe...—digo riéndome.

—Tienes una voz preciosa por teléfono.—La cosa se pone interesante.

—¿En persona no?

—Ya estamos dándole la vuelta a las cosas...—Nos reímos—. Ahora bajo.

—Que baja.

Ya la he liado parda, ahora bajaré, hablaremos de las setas, se me ve superinteresada, pero no iré. Una pena, me apetecía mucho compartir fuera del trabajo alguna actividad con él. Sin su mujer. Naia adelanta que no podrá ir porque no puede cubrir a sus peques, mi mejor baza me abandona. Seremos doce.

—Hola Sergio, a ver, siéntate. —Le ofrezco la silla que hay a mi lado—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

—¿Con una nube?

—Sí, gracias. Te acuerdas. Me sorprendes...—Esto último solo lo oigo yo.

—Y lo que te queda

Miro de reajo y continúo hasta la cafetera. Se levanta y me persigue:

—Ya te lo hago yo, siéntate.

—Voy a fumar. —Corte que me llevo.

—¡Ups! Perdón.

—Y así te acompaño... —Su mirada delata cierto interés pero cambia de tema—: A ver, hay que llevar cestas, no creo que encontremos muchas setas porque es lunes y el fin de semana habrán dejado poca cosa, así que podemos compartir cestas. Nuestras setas os las daremos, nosotros ya tenemos bastantes, solo voy a enseñaros. —Todas están encantadas con la noticia de que habrá cestas y de que las suyas serán nuestras. Las de ellos, de su mujer y suya. Jarra de agua fría...

María esta muy ilusionada, tiene muchas ganas de salir a la montaña, de aprender y de traerse muchas setas para su madre. La soltera de oro de 49 años, con sus chacras muy abiertos y un cuerpazo, no para quieta. Todos la miran divertidos mientras ella hace teatro de cómo se cogen las setas y las mete en su cesta imaginaria y hace que no puede con ella del peso... Se ríen. Sergio aprovecha para hablarme.

—Gracias por el café.

—Es un verdadero placer, siempre.

—Mañana haces noche?

—Sí.

—Yo también. Sed buenas y no me deis mucho trabajo.

—El justo y necesario. ¿Bajas a cenar con nosotras?

—Yo no ceno nunca con la guardia.

—¿Y eso? No te vamos a hacer nada que tú no quieras. —Se ríe.

—Ya lo sé, pero creo que tanto *colegueo* en el trabajo no me permitiría echar alguna bronca necesaria.

—Tú te lo pierdes, no cocino mal.

Las otras chicas siguen hablando, de vez en cuando nos miran y le preguntan algo; se hace el interesante, conoce todas las setas y sus formas, colores, sabores y olores; me deja anonadada mirarle.

—¿Hay algo que no sepas?

—Muchas cosas... No sé nada. Soy curioso, me gusta saber. Venga, me voy, gracias por el café. Hablamos por WhatsApp.

—¡Oye! Te he dado que sí a la solicitud de amistad de Facebook —dice María.

Me giro hacia él para pedir una explicación de por qué yo no tengo esa solicitud. Ni se da cuenta, no la pido, me callo porque creo que si quisiera ya me la habría ofrecido. Bajón de moral mientras se da la vuelta para irse... Jarra de agua fría por mi espalda. Dicen que los cambios de temperatura es la última moda en los *spas*. A mí no me hacen gracia. De repente, se empiezan a oír fuertes gritos en la celda 606; se oyen golpes, corremos hacia allí mientras nos ponemos los guantes, por si tuviéramos que tocar algo punzante o por si nos pudieran morder... No sabemos lo que hay. Miramos por el ojo de buey: estando el jefe allí será él quien decida. La interna tiene algo en la mano, parece un bolígrafo. Por el ojo de buey podemos verla alterada, dando golpes a la taquilla y gritando. Una de nuestras tareas es guardar la integridad física de las administradas, de forma que no puedan hacerse daño a sí mismas, y en caso de que eso ocurriera, de que la interna consiga hacerse daño, tenemos que evitar su fallecimiento. Aunque haya sido su voluntad, la Administración debe pagar a la familia por considerar que no hemos sido capaces de salvaguardar su vida... Los gritos continúan. Desde el ojo de buey, Sergio le ordena que deponga su actitud o nos veremos obligados a entrar y, por su seguridad, a llevarla a la celda de contención. La interna no obedece y se altera más todavía; estamos acostumbrados a este tipo de escenas:

—¡Entra, cabrón, que te pelo! —dice la interna al jefe.

Cuando se ponen nerviosas, alguna de ellas nos sorprende con regalitos verbales de este tipo. Como profesionales que somos, ni entramos al trapo ni contestamos, solo intentamos tranquilizarlas. Sergio no parece alterarse, nos ordena que nos vistamos dos de nosotras. No es que estemos desnudas o sin uniforme reglamentario. «Vestirse» es ponerse los antebrazos, piernas, peto, casco, escudo y porra, como los antidisturbios.

—Tú te vistes y coges la porra —me dice y continúa—: María, te vistes y escudo.

Sus órdenes son contundentes. Mientras tanto le pregunta a la interna, en tono relajado, qué es lo que quiere. Ella solo le insulta cada vez más fuerte:

—¡Camionero! ¡Entra, si tienes cojones! ¡medio metro! No quiero nada de ti. Sácame de aquí, que te las follas a todas...

—¿Cómo se llama? —me pregunta mientras me visto con la respiración acelerada, a un lado de la puerta para que la interna no pueda ver lo que hago y no se ponga más nerviosa.

—Solivella.

—De nombre.

—Mmm... Isabel.

—Isabel —se dirige a ella—, dime qué pasa o no podré ayudarte. Tranquilízate y hablamos.

—¿Que me tranquilice? ¡Tu madre se tranquiliza! Sácame de aquí o... Grrr ¡Me ponéis negra, *jichas* de mierda! —la interna está fuera de sí—.

Su vocabulario es cada vez más soez. En cinco largos minutos estamos vestidas y el jefe ha conseguido que la interna no se siga golpeando mientras es insultado... Supongo que es lo que pretendía.

—Naia detrás de ella —ordena Sergio refiriéndose a mí—. María la primera y aplastas. Tú coges la mano en la que no lleva nada. Yo me encargo de la que lleva el boli. Naia, esposas, si es necesario. Se va a la celda de aislamiento atada hasta que se tranquilice. ¿Entendido?

Entendemos las órdenes porque estamos acostumbradas a este tipo de actuaciones. El departamento al que alude es en el que están todas las inadaptadas a la vida del módulo, castigadas o en régimen de vida cerrado porque ya las han liado muy gordas donde están todas conviviendo. Se las separa hasta que aprendan a vivir en sociedad y en este régimen de vida el trato es más individualizado. Las educadoras, psicólogos y demás profesionales ponen especial atención para que puedan volver a vivir entre el resto de internas. De su comportamiento depende... A juzgar por el comportamiento de Solivella, pasará aún algún tiempo en este departamento. Sergio está serio, esto es trabajo, lo tengo cerca, puedo olerlo... Hoy no se ha duchado o los nervios del momento le hacen sudar, no me importa, me concentro. Abre la puerta. María entra en la celda conmigo y Sergio a mi lado. Naia, detrás de mí. La interna nos espera en la entrada y levanta la mano en la que tiene lo que parece un bolígrafo. Eso puede doler... María aplasta a la interna con el escudo antidisturbios para evitar que se haga daño a sí misma o a nosotras. De esta manera, queda inmovilizada contra la pared y yo rápidamente me centro en la mano que me toca. Sergio ya tiene la mano del bolígrafo, justo antes de que ella pudiera bajarla y hacer daño a alguien. María no deja de aplastar para que podamos inmovilizarla y nadie se dañe. Cuando tenemos las manos, Sergio da la orden:

—¡María, fuera!

Ella sale con el escudo. La interna, al ver que puede moverse, contrae el cuerpo y lo sacude; es un momento difícil, no podemos soltar la mano, hay

riesgo importante de que nos haga daño. Naia se encarga de ayudarme a poner detrás la mano que tengo. Es una profesional, me gusta trabajar con ella, no es necesario hablarnos, trabajamos en equipo con una sincronización perfecta, nuestras miradas hablan; tengo mucho que aprender de ella, de su calma resolutiva al trabajar. La interna parece cansada pero no para de soltar improperios contra nosotras, ha olvidado al jefe y se centra en mí:

—¡Zampabollos! Suéltame o te rajo. —No entro al trapo. Hace mucho que ya no me hacen daño los insultos de las internas, es parte de mi trabajo, lo hacen porque se ven sometidas y no pueden descargar su rabia de otra forma; no creo que sea nada personal contra mí en concreto, me insulta porque es a mí a quien está mirando.

Con un movimiento hábil, Naia esposa la mano y pide la otra. Sergio se la entrega en la posición adecuada. La interna no para de moverse e intenta dar patadas al aire.

—Tranquila —dice María, que ya ha tirado el escudo y viene en nuestra ayuda—. Ahora nos explicas a qué viene esto.

El jefe la mira con cara de mala hostia, María ni lo ve... Trabajando y serio es casi más sensual que de cachondeo. ¿Nuestra primera batallita juntos? Seguro que no... Pero será memorable. Mientras la trasladamos, no para de intentar soltarse y golpearnos y trata de frenarnos; la cogemos en volandas para trasladarla. La acostamos boca abajo en la celda de A/P (Aislamiento Provisional), es una celda especial en la que se deja a las internas con comportamientos agresivos hasta que se tranquilicen y puedan pasar a su celda sin tener más altercados. Procedemos a colocarle las correas psiquiátricas para que no se haga daño a sí misma ni a ninguno de nosotros. La interna es alta y eso hace que a pesar de estar atada tenga cierto margen de movimiento. En esta posición, las extremidades quedan sujetas a las esquinas de la cama con correas de tela preparadas para que no se hagan daño. La interna, al ser alta y tener las extremidades largas, llega sin dificultad a las esquinas. Ahora, Solivella intenta separar el colchón de la estructura de hierro de la cama para golpearse en la frente con el somier. Sergio decide preparar en la celda contigua un colchón doblado para meterlo debajo del otro. Lo sujeta con correas psiquiátricas enlazadas entre sí. Lo miro, procuro ser profesional, nunca había visto cómo se hacía esto. Me da órdenes claras y concisas mientras me explica los motivos:

—Ahora la trasladamos. Naia y María, sujetáis las piernas. Tú, la correa de la mano izquierda y yo la de la derecha. —Lo tengo tan cerca que puedo

oler su sudor y, por desgracia, supongo que él también huele el mío.

Cuando la desatamos seguimos oyendo improperios, se centran en él y en mí, mientras mira con desdén a las otras funcionarias.

—¿Qué pasa? ¿Que al camionero le gustan gordas? ¿Te lo trincas? Eres una chupa...

Las voces de las funcionarias dando órdenes de traslado y de atar y desatar no me dejan oír sus lindezas. Me muero de vergüenza... ¿Me ha dicho que me lo trinco? Naia me mira con los ojos redondos, las cejas arqueadas y una sonrisa maligna. Naia no pierde las formas en ninguna intervención, no pierde los sentidos, y tampoco el del humor; me recordará este momento durante mucho tiempo. Se ríe mientras sujeta... El revuelo ha hecho subir a funcionarias de los pisos de abajo; intentan colaborar pero no hay sitio suficiente, así que ayudan preparando las nuevas correas. La interna se ve rodeada de muchas de nosotras, lo que la altera aún más. La maniobra del colchón doblado hace que la interna quede más «tensa» y no pueda golpearse la cabeza. Supongo que busca ir a enfermería con el beneplácito del médico y librarse del castigo. El médico la mira y considera que está bien atada, que no se hará daño. El jefe me mira y me indica que vaya al despacho a hacer el informe. Me quito los guantes. Está serio. Cuando llego al despacho, Montse está haciéndolo. Él se queda hablando conmigo:

—Muy bien, lo habéis hecho muy bien. Solo una cosa.

—Dime.

—¿A quién te trincas? —Me río y me sonrojo.

—A un camionero, creo que ha dicho.

—Y yo sin enterarme...

Nos reímos. Es lo que tiene nuestro trabajo, que después de una actuación que no ha salido mal, ni ella se ha hecho daño ni nosotros tampoco, tenemos que volver a la normalidad. Supongo que podemos compararnos con las personas que trabajan en hospitales con moribundos o niños enfermos; aprendes a vivir con eso, con las muertes y las lágrimas, sin que te afecte demasiado, ya que si no acabarías siendo un espíritu triste. Se va a su despacho dejándome un montón de trabajo pendiente. Miro el móvil. Mensaje de mi marido:

—Hola

—Eo

—¿No estás? —Leo las tres frases seguidas de mi marido.

—Hola, perdona. Inmovilización. Dime.

No contesta. Sergio se ha ido a su despacho y le enviamos el informe guardándolo en su carpeta en el ordenador, cosas de las conexiones entre ordenadores en grandes empresas... Supongo que estará ocupado ahora. Montse acaba los papeles, no sin cierta dificultad. Llamo por teléfono.

—Hola Sergio. Te hemos puesto el informe, ¿nos dices algo?

—Ahora mismo, no cuelgues. —Me quedo esperando al teléfono mientras le oigo despedirse de su compañero—. Hola, preciosa. —Tiemblo. Jarra de agua calentita por mi espalda. Me río de forma sonora e idiota.

—Hola, dime.

—No estás sola, claro.

Ojalá estuviera contigo, pienso.

—No —respondo. Mis compañeras me miran extrañadas pensando que hay algo del informe que no está bien.

—El informe está perfecto. —Jarra de agua tibia por mi espalda.

—Gracias. Hasta luego.

—Adiós, sonrisa preciosa. —Jarra de agua rosa y púrpura con multitud de sensaciones térmicas por mi espalda.

Me quedo mirando a la nada, no entiendo a este hombre, ¿hay posibilidades serias o me toma el pelo? Siento un vértigo en el estómago parecido a cuando te montas en una montaña rusa. ¿Es lo que quiero? Estamos casados, nuestros cónyuges trabajan aquí... Es un riesgo que puede acabar con mi matrimonio. ¿Qué estoy haciendo? ¿Pensará él lo mismo? Esto es una chorrada, solo juega. ¿Y yo? Yo seguro. ¿Un polvo y ya está? Ni eso, que no me vea desnuda que me muero. ¿Y si me enamoro? ¡Qué me voy a enamorar! Un polvo y si nos gusta dos, por aquello de que el primero estás como inhibido... ¡Para!, pienso. Aquel día debí parar... ¿O ya era tarde?

Naia sigue hablándome de que lo que pasó entre Sergio y yo no era normal y yo sigo quitándole importancia mientras muestro una sonrisa de triunfo. A la salida, entrego los papeles con mi mejor actitud. Mirada penetrante, sonrisa «superprofidén»... Él está enfrascado en una conversación telefónica que no parece agradarle; entrego los papeles y apenas me mira, dice un adiós distraído con la mano. Me deja alucinada. ¿Dónde están los «preciosa», «no estás sola» y pavoneos varios de esta tarde? Salgo del despacho con una sensación de desazón importante. Jarra de agua fría por la espalda. Sesión gratis de *spa*... hay que tomárselo con humor. Solo me veo a mí, desde arriba, como en un plano diferente, haciendo el ridículo, persiguiendo a un carácter misterioso, un hombre culto, con un matrimonio

estable y que parece feliz... Mi marido es como es pero no merece algo así ni de lejos. Aunque yo merezca ser feliz y que este sueño se haga realidad, él no merece que le sea infiel ni de pensamiento. Soy deplorable... Mi bipolaridad empieza a molestarme. No sé cómo decir que no a la salida a buscar setas y no sé qué puedo hacer para ir y ser lo más aséptica posible con él. Supongo que viene por hacernos un favor, por complacer a su mujer, por pasar un día en la montaña haciendo lo que más le gusta... Pero creo que yo sobro. Sopeso esa posibilidad mentalmente mientras conduzco hacia casa. Allí estará él, mi marido, el niño que me iluminó con su mirada hace diez años, cuando mi vida estaba hundida por un matrimonio con un maltratador psicológico, inculto, sin aspiraciones y con la mentalidad de un anciano de ochenta años de la España profunda de los cincuenta. Es verdad que mi marido no es la alegría de la huerta, es verdad que se pasa el día refunfuñando, que se ha pasado los primeros ocho años jugando a la *play* y protestando por cosas como no poder oír la televisión o que los niños son inquietos o que para qué hay que limpiar la casa más que nunca cuando viene visita... Pero de ahí a lo que mi cuerpo y mi mente desea que pase... Sergio es mayor que yo, tiene una personalidad oculta, el misterio me atrae pero no nos conocemos, puede no ser lo que espero ni yo lo que espera él, puede ser un fiasco y un fracaso estrepitoso. Mi marido me da seguridad, me da un amor tranquilo, me da sexo de forma habitual, cuida a los niños, hago siempre lo que me da la gana y le parece bien, y si no le gusta, lo hago igual y no se enfada. No demasiado. ¿Qué coño estoy haciendo? Llego a casa y los niños están acostados y él parece cansado. Me acerco y le doy un beso dulce que pretendía ser largo; hace tiempo que no me da besos largos y húmedos sin esperar una sesión de sexo. Solo lo hace en vísperas de sexo inminente. Me deja con la cara hacia adelante intentando seguir pero me mira extrañado:

—¿Qué te pasa? ¿Cansada? ¿No has mirado móvil?

—No. Bien. Hemos tenido movida pero bien. Por eso he abandonado el móvil. Pero te he contestado.

—¿Con qué jefe?

—Sergio. —Casi me da miedo decir su nombre.

—¡Ah! Es bueno... ¿Quieres cenar? Hay ensalada y pescado hervido.

—No, gracias. Ven a darme un beso. —Me lo da. Esta vez consigo mi objetivo. El beso es largo y húmedo, como nos gustaban.

En seguida se pone en posición de ataque, me abraza y acabamos en la cama. Estoy agotada, me acurruco y pienso en todo lo que ha pasado hoy.

No debo. No puedo. Debo parar esta locura. No le gusto, no debo. Me convengo a mí misma: soñar con él no es malo... Cierro los ojos y en seguida me viene a la mente esa sonrisa pidiéndome un café con un chorrito de leche, con una nube, como nos decimos. Me gusta vivir en mi nube rosa, y me gustaría invitarte, me gusta estar en mi mundo de luz y color en el que tus ojos me buscan y tu boca también. Deshago los pensamientos inválidos por el bajón y me duermo pensando en la sensación de pérdida de objetivos en la vida que me han llevado a hacer estas tonterías. Estoy tan cansada que los pensamientos se difuminan y sueño con la playa y muchas olas enfadadas y muy altas; no me atrevo a meterme en el agua y las olas casi me amenazan. El despertar es dulce. Mi marido me da un beso de buenos días y me dice que no me levante, que hoy lleva él a los niños al colegio. Eso es el polvo de ayer, pienso mientras me acurruco con una sonrisa. Me duermo de inmediato. En un par de días tengo que ir a las setas con Sergio. De doce es el único hombre y diría que hay otra en el grupo a la que también le interesa de forma enfermiza. Aparte de su mujer. Mal empieza. Me aparto. Paro.

Un wasap de Naia:

—Hola, princesa ¿Cómo estás?

—Bien, loca de atar pero bien. ¿Y tú?

Miro el grupo que he creado para comunicarnos entre los que vamos a ir a buscar setas. Ni rastro de Sergio, lo lee todo, pero no comenta. El resto están en su línea: Ana de cachondeo, María emocionada, Sara infunde calma... Lo de siempre. Vuelvo al chat de Naia:

—Sí, un poco loca estás... Yo bien, he recibido wasap de Pol, te envió pantallazo.

—Uy, que miedo me das...

Leo el pantallazo:

08.02 (Pol) Hola guapa es la segunda vez que lo intento y no habrá más intentos. ¿Te apetece un café a las 9 o a las 10? Estoy en tu barrio.

08.07 Pues me pillas que debo llevar a las niñas al cole... ¿Que es la segunda vez? No recuerdo la primera. Refréscame la memoria y si me acuerdo esta vez voy. Jajaja.

08.07 (Pol) La semana pasada, jueves, a las dos, te dije algo así «Hola ¿Te apetece un café con un amigo?». Contestaste: «No puedo, médico con los abuelos. Otro día, majete». ¿Recuerdas?

08.08 Jajajaj, ok. Me acuerdo. A las 9.30 donde quieras...

No veo más porque el pantallazo se me ha quedado pequeño. Releo abriendo los ojos y con la apertura bucal típica del asombro y se me escapa una sonrisa maligna. Me tapo la boca aunque sé que nadie me ve; es una

especie de vergüenza. ¡Pero si yo no voy a ir a tomar café con Pol! ¿Por qué me pongo así? Me río, le envío otro wasap:

—Tía, tía, tía. Aquí hay tema...

—¡Pero vamos!

—¿Y si te entra?

—¿Qué va a entrar? ¿Qué dices? Jajajaja

—Por tu madre, ¡cuéntamelo todo que me estoy mordiendo las uñas desde ya!

—Jajajaja A su debido tiempo...

—¿?¿ ¡NO! En cuanto que llegues a casa ¿Qué digo a casa? ¡En cuanto te subas al coche de vuelta!

—¿Hola? ¿Te estás pintando?

—Eeeeeoooo

—Mis intentos no dan resultado. Pruebo la técnica de los jóvenes mediante el envío de varios wasaps intentando que suenen su móvil muchas veces:

—H

—O

—L

—A

Se supone que en menos de un minuto ha recibido seis mensajes. No puede ignorarlo pero lo ignora... Pienso en mis ojos verdes y si llegará el día en que me invite a un café... no que pague él, que también, sino que me invite a merecer su compañía... Esos ojos me perseguirán algún tiempo, haré el mayor ridículo de mi vida siempre que me atreva a decirle algo y luego lo olvidaré para ruborizarme cada vez que lo recuerde... Llega mi marido y se mete en la cama conmigo:

—¿Con quién hablas? ¿Naia?

—Sí. ¿Los niños?

—Bien. Estás preciosa recién levantada. —Le miro y sonrío.

—Ven, ojazos, que lo pasaremos bien un rato.

Él está encantado con la sesión de sexo inesperada, una anoche y otra esta mañana, insólito y, a pesar de que la idea ha sido mía, la verdad es que por las mañanas no me gusta demasiado. Nos levantamos relajados después de una mini siesta mañanera, desgastados por el ejercicio y desayunamos con muchas ganas. En un rato empiezo mi proceso de reparación de chapa y pintura para poder ir a trabajar. He decidido arreglarme, hoy muy

especialmente: hacemos noche juntos. No en el mismo despacho pero sí en el mismo centro. Tengo varias horas para poder pensar el próximo ataque coqueto. Naia no me ha escrito nada, miro su última conexión y es a las 9.35 de la mañana... ¿Seguirá con él? ¿Le escribo? Aquel día ella también debió parar... O no. Estoy deseando verla y que me cuente. No oso interrumpir lo que sea que pase ahora mismo.

Mi marido, en su afán por ser encantador y hacerme sentir una mierda de persona, decide hacer mi comida preferida para que la cene en el trabajo y, de paso, hace otra ración para que Naia pruebe su riquísima receta. Nos sorprende con una tortilla de patata estupenda: gordita y no muy pasada, sin jugos extraños, me conoce bien. Yo hago la comida, me ducho, como, me pinto y me visto. Por ese orden. Al verme pintada, mi marido se extraña y me mira sorprendido:

—¿Debo preocuparme?

Se me salta el corazón, casi lo tengo en la boca, pero él se ríe y yo sonrío y le resto importancia.

—Cuando duermo tanto tengo ojeras.

—Ya lo sé, cariño. Confío en ti. Era una bromita.

Ahora ya lo sé seguro: soy una persona odiosa.

Envío un wasap a Naia:

—Espero que estés de camino... ¡A trabajar! ¡Cuéntamelo todo! Te veo en 25 minutos máximo. Es una orden, jajajajaja. Hoy está mi «sergey»...
Mmm

No recibo respuesta. Asumo que está conduciendo y espero impaciente su llegada con noticias frescas y sus muecas acompañando una explicación detallada. Espero.

Capítulo 5

Por fin llega Naia y mientras nos vamos a cambiar espero que me de unas pinceladas. No nos debe oír nadie; aquí la gente es muy chismosa y corren bulos en seguida. Especialmente si se entera la mujer de Sergio, Úrsula. Entre ella y sus amistades... No parece mala chica, es mona, no tiene ni una arruga, conserva una figura aceptable, tiene una sonrisa casi permanente... Pero hay algo... No es que sea su mujer... es que es como si quisiera ser demasiado simpática, hay algo en ella que no me gusta y que a primera vista no sabría explicar; es como esa mirada de demasiado interés en la chorrada que te están contando. Estoy impaciente y Naia lo sabe y pone cara de interés:

—Naia, por tu madre —suplico.

—Voy... A ver, no ha pasado nada, he ido a tomar un café a una terraza, hacía sol y la temperatura era buena.

—Me importa una mierda el calor... ¡Por favor! —Nos reímos.

—Él estaba esperándome, ha ido en moto, una moto negra enorme y preciosa y brillante.

—¡¡Naia!!

—Vale, vale. Qué poco romántica eres... Te estoy poniendo en situación. Estaba guapísimo, llevaba unos vaqueros azul oscuro, una camiseta blanca con una línea oblicua de color rosa que iba del hombro a la cintura, le quedaba de infarto y llevaba puesta su sonrisa más bonita.

—Uy, *quefuertequefuertequefuerte*. — Así todo seguido—. ¿Qué más?

—Pues nada: nos dimos dos besos, nos tomamos un café y hablamos.

—¡Joder, Naia! ¿De qué hablasteis? ¡Que me va a dar algo! ¡Por tu madre!

—De trabajo, de la familia, de su carrera como fotógrafo, que no arranca, y luego de nosotros.

—¡Ahí va! —Mi boca se abre y aspira aire, estoy boquiabierta y ansiosa. Naia se ríe—. ¿Ha pasado algo?

—Ja ja ja. No, espera. Me ha dicho que estoy muy guapa, que el otoño me sienta muy bien y que tenía ganas de tomar café conmigo; que se ríe mucho conmigo, que soy especial y que los silencios, cuando los hay, que son pocas veces, no son incómodos, son un paisaje hermoso...

—¿Y tú?

—Que me cae muy bien, que me río mucho con él pero que no puedo estar quedando porque tengo una vida complicada con dos niñas pequeñas y poco tiempo libre sin ellas.

—¿Y él?

—Que mientras están en el colegio, un café de media hora algún día a la semana podríamos tomar... —Vuelvo a aspirar aire con la boca abierta—. Me ha dado miedo, no puedo hacer esto, me gusta y no puedo, las niñas, mi marido...

—Ya veremos... Será que hay algo que con este no funciona ahora, ¿no? No te enamores —digo casi burlona—. Piénsalo muy bien, si lo haces, no repitas, pero no te quedes con las ganas.

—Hemos hablado durante casi dos horas que se han pasado en un suspiro y al final me ha llevado en moto a casa. ¡Que tableta tiene! ¡Qué pectorales!

—¡Hala! Y tú ahí agarrada como una lapa, como si te fuera la vida en ello.

—Las motos son muy peligrosas —me dice con un tono vacilón. Nos reímos a gusto mientras vamos a marcarnos al despacho de los jefes y entramos.

Como íbamos distraídas casi olvido que hoy hacemos noche con Sergio. El corazón me da un vuelco al recordarlo, me miro en el cristal que hay entre el pasillo y el descansillo del despacho y veo que podría estar mejor, pero me siento guapa, me siento atractiva, ilumino de nuevo mi cara con lo mejor que tengo: mi sonrisa. Naia se da cuenta y deja el tema para cuando se sienta más atendida; ahora mis hormonas hacen que todos mis sentidos estén pendientes de Sergio. Entramos en el despacho muertas de risa. Está sentado detrás de su mesa mirando hacia la puerta:

—Te he reconocido por tu forma de reír —me dice con una sonrisa encantadora.

Hoy es mi día. Lo veo, lo noto.

—¿Soy un poco escandalosa, quizás? —digo ruborizada.

—No. Es una risa preciosa, llena de vida.. —Ahora no estoy colorada, ¡estoy violeta!

—¡Bah! ¡Adulador!

—No te fíes de los hombres que te doran la píldora o te comen la oreja... —dice Naia con una sonrisa, atacando y buscando la controversia.

—Ella sabe que no es adulación barata. Ella sabe que tiene una sonrisa preciosa. ¡Vaya amigas tienes! —Su mirada se clava en mí, yo sigo sonriendo, coqueta, no puedo negar que me ha gustado todo: que me hubiera reconocido, su defensa contra Naia, la de Naia contra él...

—¿Eres como todos? Algo querrás, a ver ¿dónde estoy puesta hoy de

servicio?

—Donde siempre, desconfiada. Soy como todos, más o menos. Nunca lo sabrás —me dice enseñándome el cuadrante de servicios.

—Nunca es mucho tiempo, Sergio.

—¡Ah! —exclama Naia—: Es a tu amiga a quien ha puesto en otro sitio.

—¿Dónde estás? —Miramos el cuadrante—. Estás conmigo, ¿ves? Es un buen hombre, ¡no lo vapulees!

—Se deja... —dice Naia.

Nos reímos mientras él sonríe divertido.

La gente sigue entrando y saludando y anotando que ha llegado y nosotras seguimos ahí sin hacer nada y sin ir a nuestro puesto, solo hablamos con él, solo mirándolo.

—Voy tirando *pal'* módulo —anuncia Naia

—No, espera, que tienes cosas que contarme.

—Tenemos toda la tarde. —Se da la vuelta y se va, me deja allí con él y no sé cómo seguir, debería irme con ella. Él se levanta y se acerca.

—Vete si quieres, luego bajo a tomar café. Recuerda que pasado mañana nos vamos a buscar setas.

—¿Bajarás a verme? —pregunto.

—Claro, no me perdería esa sonrisa por nada del mundo.

Aquel día debí parar... Pero no paré.

Alcanzo a Naia para que me siga contando. Es imposible, la gente no hace más que interrumpirnos: «buenas tardes», «buenas tardes», ¡qué pesados son! La educación para luego, que tenemos cosas que hablar... No hay manera de que acabe la narración y me muero de ganas de saber más sobre su amiguito motero.

Por fin estamos en el módulo, hacemos el recuento y los que hacen hoy turno durante todo el día se van a comer —incluido mi Sergey— y nos dejan solas:

—Por tu madre, cuéntamelo todo, que me tienes en ascuas... —digo entusiasmada.

—Ya te lo he contado —me dice seria, como si no hubiera pasado nada más. Mi cara es un poema y ella por fin sonríe. Será hija de...

—Nada, hemos hablado de mil cosas. Cuando se fue al lavabo, busqué el móvil en el bolso para poder decirte algo, pero me lo había dejado en casa.

—Por eso la desconexión desde las nueve y media... y yo mordiéndome hasta los muñones.

—Estoy buscando el móvil y me pone las manos en los hombros a modo de masaje, del susto casi tiro el bolso y él se empieza a reír con esa risa maravillosa, enseñando los dientes superiores perfectos, esa dentadura blanca perfecta...

—Tía... Estás enamorada. —Mis ojos se salen de las cuencas.

—¡No! ¿Estás loca?

—Loca tú y por él... Oh Pol, Pol, que te como *too* el ¿formol?

—¡Qué bruta eres!

Nos reímos a gusto, a carcajadas, cuando empezamos a desvariar no hay quien nos gane y nos potenciamos una a la otra que da miedo.

—Espera, ahora yo... Pol, quiero tu sonrisa en mi... No me rima nada con pitorro.

Se ríe con la boca abierta, enseña esos dientes característicos por una pequeña separación entre los incisivos. A mí se me quieren escapar las lágrimas de tanto reírme, me pasa a menudo.

—Sí, lo buscamos: este se baja al pilón... Oh Pol, no me sonrías al viento, sonríeme aquí abajo...

—No rima.

—No, pero que lo haga, que lo haga.

Nos reímos de nuevo, me doblo porque la carcajada me provoca dolor de estómago primero y de riñones después.

—En serio, este tiene que ser un tierno...

—Sí, hasta que se baje los pantalones, ¿qué tierno? ¡Pasión!

—Pasión, pasión —dice muy seria—. A mí los muermos no me van... ¡Acción!

—Cansa la acción. Al principio bien pero luego el entusiasmo se acaba.

—¿Qué principio? Un polvo y basta.

—¿Cómo que basta? Dos, que en el primero estáis inhibidos: los segundos son mejores.

—Pues dos y cada uno a su casa. Yo no me complico la vida.

—Ya. ¿Y si te enamoras?

—Te desenamoras.

—¡Hala! No será tan fácil, ¿no?

—¡Y tanto que lo es! Pero te adelanto que no va a pasar nada. Aunque tenga tableta, unos pectorales marcados y deseables, una sonrisa preciosa...

—Y los ojos juntos —le digo para manchar su idílico plan.

—No los tiene juntos. ¡Serás putón!

El tiempo de la comida de las compañeras pasa en un suspiro y vuelven al departamento; toca ponerse a trabajar. Mientras tanto, espero deseosa la merienda en la que vendrá mi Sergey a tomar café y a deleitarme con sus frases ocurrentes y sus aduladores comentarios; vuelvo a mi nube rosa...

Tengo una llamada perdida: es de mi marido. Envío un wasap para ver si pasa algo. Su respuesta es: «Nada, amor, te echaba de menos». Jarra de agua helada por mi espalda, que me devuelve de repente a la realidad en la que soy una persona horrible... Me cambia la cara. Naia me pregunta: «¿Bien?», «bien», contesto. Ella sabe que luego se lo cuento. Nos comunicamos con la mirada aunque debo advertir que no siempre nos entendemos. En esas ocasiones, Naia se pone enferma y a mí me hace reír.

El trabajo transcurre sin incidentes, nos dedicamos a hacer las tareas de siempre: sacar a las internas sancionadas a la ducha de una en una —porque hasta eso lo tienen que hacer solas cuando tienen este régimen de vida cerrado—, facilitarles las instancias, que son papeles con formatos a rellenar en los que solicitan lo que desean o con quien quieren hablar, cachear las pertenencias de alguna interna para ver si tiene alguna de las cosas no permitidas en este departamento. ¿Cómo qué? Pues no pueden tener punzones, cuchillas, mallas o cordones, que puedan servir para ahorcarse, bolígrafos que no sean transparentes y puedan albergar sustancias prohibidas como cocaína, tacones de más de siete centímetros, etc. Mientras Montse y yo sacamos a la interna se oye por el *walkie*: «De cabina a todos los departamentos: entran los jefes de servicios». Jarra de agua estupenda y tibia tirando a calentita por mi espalda. Subidón de adrenalina. Me da tiempo a cerrar a la interna en la ducha e ir al despacho a guardar lo que no pueden ver mis jefes pero que todo el mundo sabe que tenemos: el móvil, para ser exactos. El nerviosismo no me lo nota Montse, pero en el despacho debe de estar Naia esperando mi «recibido» para saber que lo sé. Me meto en el despacho, Naia me mira como diciendo: «tranquila, todo está guardado», a pesar de que sabemos que no nos diría nada. No es cuestión de abusar de la semiamistad que se está fraguando. Miro la cafetera, que tiene agua, miro mis cápsulas de café, tengo bastantes, y se oye a Montse:

—¿Qué coño querrán ahora?

—Cualquier chorrada, de visita. Se aburren... —responde Naia. Me mira y se sonrío. Me encanta esta complicidad entre Naia y yo. La adoro y lo sabe.

Se oye el timbre y por el ojo de buey de la puerta que da a la entrada/salida del departamento veo que es él. Mira hacia el despacho con

una mueca seria. Algo pasa. Entra y sonrío. Pues algo no pasa...

—¡Hola! ¿Todo bien por aquí?¿ Me invitas a un café? —me dice directamente.

—Claro... ¿De visita? —Me mira con una mueca de fastidio por hacerle improvisar.

—Sí. Vengo del Módulo 4 y me paso a veros. ¿Algún problema?

—Ninguno. Eres el jefe...—Nos reímos—. Todo bien, sí. ¿Cómo quedamos pasado mañana?

—Nosotros iremos por nuestra cuenta. Nos vemos allí.

Jarra de agua fría por mi espalda

—Si salimos del mismo sitio...

—Sí, pero llevamos perro.

—Me cabe.

—Deja pelos, vamos por nuestra cuenta.

No me atrevo a seguir sugiriendo pero pienso:

«Por favor, no me importan los pelos de tu perro, ni sus babas, si las tiene, ni sus ladridos ni si es monstruosamente grande o feroz... Quiero tenerte de copiloto y que me guíes por los senderos dulces del amor...» Pero ha sido tajante. Ellos, es decir, su mujer y él, irán por su cuenta. Me queda entonces un viaje con cuatro de mis compañeras deseando llegar al monte dichoso para poder verlo. Y pienso que debo ser distante, debo ser distante. De repente, pica la interna de la ducha. Cuando las internas finalizan, al no tener llaves ni estar abierta la puerta de las duchas comunes, como es lógico, tocan la puerta para que sepamos que están listas y podemos ir, en cuanto nos sea posible, a sacarlas de la ducha y devolverlas a sus celdas. Esto ocurre en mi departamento, recordemos que trabajo en un módulo de régimen cerrado. Mis compañeras, que me ven ocupada haciendo el café, desaparecen para ir a abrir a la interna y nos dejan a solas. Tiemblo. No puedo ser distante.

—¿Y la sonrisa bonita? ¿Ha desaparecido?

—La sonrisa, pasado mañana.

—Vaya. ¿Está todo bien?

De repente me siento muy idiota, lo tengo a unos centímetros, estamos a solas y no sé qué decirle.

—Todo bien, sí. Nos vemos allí, entonces. Sandra sale de noche, así que salimos de aquí sobre las ocho y cuarto. Nos vemos allí a las nueve y media.

—No, no tardaréis tanto, nos vemos a medio camino; a las nueve menos cuarto. Quedamos en la gasolinera del Bruc y desde allí vais detrás de mí...

Que sino seguro que te pierdes.

Se ríe porque sabe que me picaré. Pero no entro al juego:

—Seguro que me pierdo. He reservado mesa.

—Perfecto. Eres una máquina.

Llegan las compañeras y la conversación se reduce a trabajo. Se toma el café y me mira.

—Está muy rico.

Adulador cabrón retorcido...

Él no se va: llega la hora de repartir la cena. En nuestro departamento se reparte con un carrito de celda en celda, una interna de confianza se encarga de ello y a esta «ordenanza», que es como la llamamos a la interna que cumple con este cometido, le paga una empresa de reinserción social. O eso dicen, porque muy a pesar de esa empresa, las internas ganan una porquería por 8 horas de trabajo en los talleres. El trabajo es como esos que se suelen hacer en casa: colocar determinado número de tornillos en una bolsa, poner mantillas en el suelo de una cestita de plástico donde luego irán fresas y cositas por el estilo. Tendríamos mucho de qué hablar en este punto porque los economatos de los centros también los lleva esta empresa. Un economato no es necesariamente un establecimiento barato donde no te quedan más cojones que comprar porque no hay ninguna otra parte donde puedas hacerlo. Lo que sí es, es un establecimiento en el que no tienes más cojones que comprar porque no puedes salir de allí. ¿Qué pasa con eso? Pues que se toma como referencia el centro comercial más próximo, con la mala suerte de que en nuestro centro, el establecimiento más cercano es una gasolinera. Podemos afirmar que en centros penitenciarios como La Modelo, el economato es, de verdad, un establecimiento barato donde los administrados tienen que comprar porque no pueden salir pero en Los Brianes 1 y 2, no. Ahí, una caja de tampax cuesta unos cuatro euros, y les aseguro que las mujeres encarceladas siguen teniendo la menstruación cada mes. Un champú tipo Fructis cuesta una fortuna. En fin, es todo un despropósito. No entiendo cómo sigue así este asunto, cómo no lo arreglan las internas y sus abogados y los antisistemas organizados que defienden sus intereses. Supongo que es más llamativo gritar a los cuatro vientos que maltratamos a los presos y esas cosas... Dan más nombre, hacen más ruido y arreglan más bien nada. Cosas de los grupos que están en contra de la cárcel... Que tampoco lo entiendo: ¿qué habría que hacer con la gente que delinque? ¿Los dejamos libres a todos? Libres y con un papelito con la dirección de todos aquellos que desean

la libertad de violadores, asesinos, ladrones, traficantes de personas y drogas y estafadores. Como decía, el régimen es especial, lo que hace que una interna que se hace daño y no puede seguir haciendo de ordenanza se da de baja —de forma voluntaria—. ¿No existe la baja remunerada? Pues yo creo que no. Que se investigue, más trabajo para los organizados amigos de los presos. ¡Ahí! Dando ideas. De esta me echan. ¡Ah, no!, que soy funcionaria... De esta, me expedientan

Como decía, estaba con mi Sergey... Se empieza a repartir la cena, mis compañeras hacen la misma operación y desaparecen todas para repartirla, dejándome en el despacho para abrir las puertas mediante una botonera que parece una nave espacial, llena de colores que sorprenden porque el rojo en la cárcel es para abrir. Claro, entendamos que abrir en un centro penitenciario es, como mínimo, para prestar atención.

—El café estaba riquísimo. Como todo lo hagas igual...—Mirada pícara.

—¡Uy! ¡Y mejor! —Nos reímos.

—Bueno, me tengo que ir —dice. Me ofrece su mano, que cojo a modo de saludo entre hombres, y se la lleva a la boca y otra vez besa la suya. —Nos reímos.

—Hasta luego, no te canses. Me alegro de que hayas venido.

—¿Por qué?

—Me caes bien.

—Gracias por el café.

—Gracias por la visita.

—Esta noche te llamo al módulo para ver qué tal se presenta la noche.

—¿Quieres venir a cenar con nosotras?

—No ceno con los funcionarios nunca.

—¿Postre?

—Venga... Vendré al postre. —Sonrío y nos despedimos.

Sigo sin entender por qué no cena con funcionarios... pero si se toma el postre, sale con nosotras a buscar setas e incluso, a pesar de que lo que me estoy imaginando no ocurriera, el colegeo es el mismo o mayor... Él sabrá.

Ahora mismo estoy de un subidón... No puedo parar de reír, de decir y hacer payasadas, todas se ríen y contagio mi buen humor. Porque aunque trabajemos en la cárcel y el ambiente suele estar enrarecido por las vidas tristes de muchas personas, nosotras también tenemos vidas y no nos tenemos por qué ver arrastradas... Sería desastroso que nos afectara porque al cabo de los años, nos convertiríamos en almas en pena. Así, transmitiendo

alegría, no solo nuestro trabajo se hace más ameno y las horas más cortas, además hacemos amistades duraderas y contagiamos un poquito de energía positiva... Para eso tenemos a María, «la chacras» del grupo, que considera que las energías se adquieren dependiendo de cómo nos enfrentemos al mundo y de si dejamos a los «vampiros de energía» que «chupen la nuestra»... Siempre nos miramos cómplices entre todas cuando María empieza a hablar de estos temas. Y ella lo sabe, no le importa, no mucho, y a veces se ríe con nosotras y nos dice: «No me creéis, lo sé, pero es verdad lo que digo y me da igual que os riáis». Hay buen rollo. La queremos mucho.

—Hola nena, tengo ganas de verte.

Vaya, otra jarra de agua fría, un wasap de mi marido, pobre hombre, es un encanto; es cierto que no hemos pasado un buen año y es cierto que a veces tiene mal humor y gruñe y se pone nervioso con el mundo y es un poco —mucho —vago pero luego tiene otros detalles que le hacen ser un encanto y, por tanto, a mí me hacen parecer un a arpía... Contesto.

—Hola, yo también.

—Descansa, que mañana tienes niños todo el día.

—Sí, cuando llegues de trabajar podemos ver *Juego de tronos*.

—¿No estarás muerta?

—Puede. Y al otro voy a lo de las setas, ¿te acuerdas?

—Es cierto, no me acordaba.

Madre mía, me siento como una serpiente fea y venenosa retorciendo a un conejito blanco. Se ensombrece mi rostro y mis compañeras me lo notan; ya no estoy de subidón, no me entienden, claro, si yo les contara... Solo Naia es capaz de entenderme. Y me mira extrañada porque no sabe lo de la conversación con mi marido. Aún así, ella sabe muchas cosas, sabe que no estoy contenta con él, que hace muchas cosas en casa, cocina y se acuerda de mí, tenemos mucho sexo y procura ser cariñoso... Pero sabe también las contrapartidas y que desde hace un tiempo no siento lo mismo, la monotonía, y que, poco a poco, ha descuidado todas esas cosas que no son él y lo que desea... A veces me siento en la obligación de mantener relaciones sexuales por eso de que una vez a la semana es poco, así está contento, presume de esposa y esas cosas. Pero no sabe que la mitad de las veces no me apetece y hago un esfuerzo ni que esas veces finjo el orgasmo para acabar pronto y dormir. En muchas ocasiones, para dormir pensando en Sergio. Es mi forma de conseguir mantener la paz en el hogar y que la convivencia sea soportable. Soy yo, lo sé, no es él. O también... Muchas veces dice cosas como «mira

qué buen marido tienes» o «mira qué partidazo de marido soy»... y en realidad, desde su punto de vista, lo es. Un chico rubio de ojos azules como el mar, seis años más joven que yo, con un trabajo de por vida y un sueldo nada despreciable —igual que el mío—, que hace tareas del hogar —no mantenimiento— y sabe cuidar de sus hijos incluso cuando están enfermos. Pero es que un partidazo o un maridazo no es solo eso... Y no me atrevo a contradecirle porque nunca ha llevado muy bien las críticas constructivas. Cabe destacar que no soy muy ducha en hacer críticas constructivas de manera que no parezcan destructivas. Mi temperamento hace que diga las cosas sin maldad y por arte de magia parezcan «zascas» bordes. Peor aún cuando intento explicarlo. Ahí ya, mejor me doy la vuelta y me voy procurando no hacer ruido, de puntillas y hacia atrás, despacito... Así que ya no lo intento. Digo sí, cariño, maridazo, y sí, cariño, partidazo.

Naia me explica la última conexión por wasap con su Pol. ¡Madre mía! ¡Qué nombre! No rima con nada, no encuentro una rima para poder hacer juegos de palabras con ellos dos. Es un nombre que no deja cabida a la burla. Lo intento con «Polito»:

—¡Naia! ¡Oh! Polito, Polito, déjame tocarte un poquito...

—Ja ja ja ¡Qué cabrona! Yo quiero mojar, no tocar.

—Venga, que voy: Polito, cariño, tócame con el pincelito.

—¿Pincelito? No... él tiene brocha.

Nos reímos tanto que casi nos doblamos sobre nosotras mismas y no podemos seguir; las lágrimas nacidas de las carcajadas son el alimento de las almas alegres.

Entonces es cuando me entra esa risa tan estúpida que no me deja ni hablar pero, como quiero que se ría conmigo y compartir eso que me parece tan gracioso, tengo que seguir hablando pero, como me río, no me entiende y ella no puede parar de reír tampoco, mirándome con incredulidad. Sigo intentando rimar, he encontrado el filón... Polito rima con todo ¡es una mina! Intento seguir pero no me entiende y la situación absurda hace que lllore de la risa, que me siente con las manos entrelazadas en el estómago porque no puedo más: me duelen los riñones del esfuerzo. Naia no para.

—Polito de mis amores, déjate tocar los... —No sigue porque es evidente y ya se ríe casi como yo. Retoma—: Pol, amor, sácame de esta aburrida vida, llévame a surcar mares si no te mareas, abrázame mientras la bruma nos hace perder la ruta, méceme entre tus brazos...

—¡Entre tus piernas, poeta! —Imposible parar.

—¡Eso! Mejor entre mis piernas...

Las carcajadas han hecho que las compañeras nos miren de reojo pensando, tal vez, que estamos locas. Y seguramente yo muy cuerda no esté... Un poco bipolar; si yo misma no me entiendo ¿cómo pretendo que me entienda nadie? ¡Ni Naia!

Llega la hora del recuento donde certificamos que están todas las internas y tomo el relevo de la noche. Lo que toca ahora es colocar la correspondencia, que será repartida mañana, pasar a un libro —¡a mano!— el registro de instancias en el que las internas solicitan cosas y ¡cenar! Naia sabe que el jefe viene a tomar postre y café pero Soraya y Mar no. Lo que debemos hacer cuando el jefe nos llame para saber si todo está en regla es invitarle otra vez, para que parezca inocente, casual, como si se nos hubiera ocurrido en el momento, así, Soraya y Mar no podrán enfadarse por no haber contado con ellas. ¡Lo que hay que hacer para ligarse a un tío! ¿Me lo estoy ligando? ¡Ahora ya es personal! Es cierto que el jefe puede venir al módulo cuando quiera para ver si todo está bien, para hacer rondas o para lo que quiera, pero si es una invitación para pasar un rato informal, qué menos que informar a todos los «perjudicados». Ponemos la mesa con un mantel hecho de tiras de rollo de papel de cocina industrial pegadas entre sí sobre el que colocamos nuestras creaciones culinarias. A veces, hacemos cenita comunitaria, cada una trae una cosa, la bebida, el postre, el primero... Pero hoy habíamos decidido traer cada una la nuestra. Mar trae «coca de recapte», una especie de pizza cuadrada muy típica en Lleida que lleva calabacín, pimienta roja... Está muy buena, nada que ver con la pizza, claro —me matan los *lleidatans* por la comparación—; Soraya trae un precocinado de tienda, una especie de pollo a la pepitoria, también muy rico, al menos tiene buena pinta; Naia trae arroz, para no variar. No sé qué le pasa con el arroz a esta chica: cuando no es arroz con sepia, es paella, cuando no es paella, es arroz tres delicias y cuando no, es arroz negro. ¿Será solo cuando viene aquí por la comodidad? ¿o será que le gusta mucho el arroz? Yo traigo salmorejo que me ha hecho mi marido y tres albóndigas que han sobrado de mediodía. Suena el teléfono y me levanto como si tuviera un resorte en el culo. Mar había hecho el ademán de levantarse pero, justo en ese momento, Naia le preguntó algo, muy lista mi niña, siempre echándome un capote en el momento justo:

—Mujeres —digo mencionando el módulo que recibe la llamada.

—Hola, soy Sergio ¿Cómo va todo? ¿Todo bien por ahí?

—Todo bien, sí. Estamos cenando. ¿Te apuntas al postre?

—Ya te había dicho que sí ¿no? —Me siento idiota, no entiende.

—¿Sí? Perfecto, cuando bajas avisa, que te abrimos. —Lógicamente, de noche, la cárcel está cerrada a cal y canto.

—¿Qué hay de postre? —Pienso: «yo», el postre soy yo...Pero callo.

—No lo sé, aún no lo he visto. Algo de chocolate, creo.

—¡Perfecto! ¿Bajo ya?

—¡Venga! Baja, que voy a abrirte.

Evidentemente voy yo a abrirle, que son dos minutos de intimidad y no me lo perdería por nada del mundo

Capítulo 6

Abro la puerta y ahí está mi Sergey, como siempre, cabeza alta, por aquello de que no es muy alto y algo de complejo desde pequeño le habrá hecho caminar con la cabeza bien alta —a pesar de que siempre dice que ser bajito son todo ventajas: las articulaciones, no te das golpes en la cabeza, las caídas al suelo son desde más cerca, etc. Cada uno se consuela como puede—. El uniforme no le hace un culo respingón, quizás porque no lo tenga; su semblante es serio, está cansado, con unas ojeras vistosas... Y aún así me parece irresistible. Me mira fijamente, no sonrío con la boca pero sí con la mirada; esa barba de tres días con una incipiente aparición de canas y cautivadora, esa mirada desafiante y, por fin, esa sonrisa... Yo miro cómo se acerca a la puerta desde fuera, hay una especie de patio que atravesar antes de llegar hasta la puerta que he abierto. Me fijo en su forma de caminar, en su semblante, en sus ojos...

—Hola. ¡Qué guapo estás! —le digo cuando está a punto de llegar.

—¡Qué va! —responde con esa sonrisa arrebatadora—. Tú estás guapa siempre.

Distancia, me digo mientras cierro la puerta y él me espera. Siento su mirada en mi codo —trasero—, no me atrevo ni a mirar pero al cerrar no me queda más remedio.

Caminamos mientras me pregunta qué hay de postre y si estoy bien. ¡Qué manía de pregunta! Entre tus brazos con un beso apasionado estaría mejor, pienso. Pero me callo y digo que bien. Caminamos uno al lado del otro, estamos cerca, parecemos una pareja paseando, más que un par de colegas trabajando, y fantaseo con la idea. Su mano me roza distraída o eso creo. Llegamos en seguida a nuestro destino, donde las funcionarias charlan animadamente mientras hacen el café —descafeinado para mí, que hoy quiero soñar en mi turno de sueño, pero ¿para qué soñar si lo tengo ahí de verdad? Palpable—. No me atrevo ni a mirarle. Es como si pudiera leer mis pensamientos, de los que me avergüenzo como una quinceañera... ¡Pero si tengo 40 años!

El postre lo tomamos con una conversación en torno a mi Kitchen Aid, con la que hago las masas de bizcochos para pasteles decorados con *fondant* —de lo que también entiende— y pregunta si el movimiento de las varillas de la Kitchen Aid es planetario... Mi cara de idiota lo dice todo:

—No.

—¿No?

—¿Sí? ¿Qué es planetario? —pregunto muerta de vergüenza.

—Que el movimiento de las aspas es sobre sí mismas y en torno a un eje.

—¡Ah! Sí, perdona. Sí que es eso, no te había entendido... —respondo colorada como un tomate, ante la atenta mirada de mis compañeras que no atinan a decirme que lo raro es que yo no sepa qué es el movimiento planetario.

Naia me mira entre divertida y atónita. Es de esas miradas que no acabo de entender, tenemos que trabajar un poco más la compenetración y la comunicación no verbal. Trabajando la tenemos pero está visto que, a veces, en ambientes más distendidos, la perdemos. La conversación deriva a la pasión que siento por las autocaravanas y el hecho de poder viajar por el mundo sin ataduras, con la casa a cuestas, como los caracoles; me encantaría viajar por Europa y lo que no es Europa con una de esas... Con los niños viendo la tele, entretenidos, con sofás cómodos, con una mini cocinita, con las camas allí mismo... Un apartamento portátil para poder moverte por el mundo sin pagar hotel ni comidas. Sería feliz con un chisme de esos. Creo. Casualmente él dice:

—¿Sabéis lo que haría yo si me sobraran diez mil euros?

—No —decimos las cuatro casi al unísono.

—Me iría en autocaravana a Australia. —Mi boca abierta de asombro.

—¡Oh! ¡Alucinante! Llévame contigo. —Todas se ríen... Pero lo digo en serio.

—Pues a mí no me gusta la autocaravana. Prefiero ir a un apartamento a la playa y descansar —dice Soraya.

Naia y yo nos miramos porque sabemos a qué se refiere y que en breve contará sus vacaciones con la familia en ese apartamento de la playa...

—A mí, autocaravana no y camping tampoco... Un todo incluido o algo así, que me lo hagan todo —dice Naia.

Mar no se aventura, creo que tiene sueño; cuando tiene sueño y quiere que el invitado se vaya para poder descansar, se sume en un silencio incómodo y bostezo de vez en cuando. Muy sutil, ella. Casi me enfada que quiera echar a mi ángel de la guarda, a mi dios griego particular. Tendré que conformarme con soñarlo. Él se resiste a entender el mensaje. Además, aquí no se viene a descansar. De repente, y no sé cómo, mientras estoy haciendo una segunda vuelta de cafés, la conversación gira en torno al amor y a las infidelidades. Me quedo muerta. Miro a Naia atónita, como riñéndole, pero parece que no quiere entenderme y me mira divertida y me dice:

—Pues una canita al aire... ¿Tú? ¿Una canita?

—Mmm.... —Mi cara disimulando mientras le inyecto una mirada de odio profundo hace que ella sonría aún más. Sergio espera divertido—. Depende del macho alfa que se me acerque —digo y reímos todos. Sergio me mira con interés.

—Me interesa. ¿Lo serías? ¿Infiel?

—No seas cotilla, Sergio. ¿Tú?

—Depende... Sería un marrón.

—Pues eso, no seas cotilla, tendría que ser un marrón maravilloso en una nube rosa primero y de colores, después. Debería ser así, enamorada a rabiar, sentir que triunfa el amor...

—Me refiero a una infidelidad, no a dejar a nadie por amor.

—Uf, ya le estás quitando romanticismo. Las mujeres, para ser infieles, tenemos que sentir algo, serlo por serlo, follar por tener sexo, no. Somos menos físicas que vosotros.

—Yo no he dicho que no necesite sentir algo... —¡Ay! Qué peligro, por favor, pienso.

—Yo también necesitaría sentir algo —interviene Naia, por fin, siempre ayudándome—. ¡Ay! ¡Que me pongan a prueba con un dios griego! —Nos reímos a carcajadas.

—A mi nube rosa invitaría a un hombre cariñoso y apasionado —digo al grupo y dirijo mi última mirada para él.

—¿Nube rosa?

—Sí, vive en una nube rosa constante —aclara Naia sonriendo y arqueando las cejas.

—Yo me subiría a una nube rosa —dice Sergio.

—Yo no, que me *espiño* de la nube y me quedo sin dientes —responde Naia, viendo que la conversación se está poniendo interesante delante de gente que no debe saber tanto de mi vida. Capote que me echa de nuevo, la adoro.

De repente, Sergio se levanta y dice que se tiene que ir. Nos levantamos todas y yo voy a abrirle la puerta muy gentilmente —interesadamente—. Mientras subimos, roza sin querer su mano con la mía, otra vez... ¿O queriendo? No, sin querer. Seguro. ¿O no? Tiemblo por dentro. Esto se me está yendo de las manos. Siento cosas, no sé qué quiero. Si quisiéramos un polvo y ya o dos... O tres... ¿Después qué? Me habla sobre las setas y me recuerda que debemos llevar cesta y el punto de encuentro. Me dice adiós

clavando la mirada directamente en mis pupilas. Y muero. Quizás ese día debí parar...

—Gracias por la noche. —Me coge la mano y se besa la suya de nuevo... Besa la mía, pedazo de cabr... Pienso con los dientes apretados.

—*Bona nit*. Esa no era la mano que debías besar —le digo. Me siento una pava, se da cuenta. Su risa burlona alimentará mis sueños esta noche... Si puedo descansar una par de horitas.

Me pido el primer turno, casi siempre lo prefiero. Al acabar el día estoy medio muerta o muerta entera y necesito al menos dos horitas para seguir tirando. Mis *compis* me dejan porque, entre otras cosas, prefieren irse más tarde, cuando la noche está más cerrada y Morfeo mece de forma más convincente.

Mientras me acurruco en un sofá para dar rienda suelta a mi imaginación, mis compañeras hablan de la educación en sus colegios, de cómo las profesoras se implican o dejan de implicarse en las trifulcas, más o menos serias, de las niñas. Pierdo sus voces entre la niebla de mis pensamientos. Me descubro con una sonrisa en los labios mientras pienso en Sergio, inmediatamente la borro por el miedo a parecer estúpida incluso ante mí misma. Morfeo me llama pero yo me resisto para que me deje soñar con él: «Sergio me mira, está muy cerca, no me toca pero está apenas a unos milímetros, diciéndome lo mucho que desea ese beso que no llega; me dice que no puede ser pero que se siente irreversiblemente atraído y no puede evitar, aún sabiendo que está mal, acercarse cada vez más a mi boca. Me mira a los ojos y luego a la boca y parece sincero. Yo no puedo evitar sentirme atraída, me da igual si está bien o mal, solo quiero que me bese, me callo, espero pacientemente, se acerca un poco más y soy incapaz de mantener los ojos abiertos, los cierro y entreabro mis labios esperando con avidez los suyos, húmedos, y nos fundimos en un beso dulce; no es pasión, es puro amor, dulzura, suavidad... No puedo dejar de pensar lo mucho que necesito sus besos para respirar, me ahogo, siento la falta de aire en mis pulmones y un codazo tremendo en las costillas». Me despierto sin saber dónde estoy y qué puñetas ha pasado y solo oigo:

—Roncas.

Me doy la vuelta y mascullo un perdón malhumorado. Era Naia, avisándome de la vergüenza que pasaré mañana cuando me lo recuerden; me aferro a mi sueño pero no lo recupero. No sé si sueño o no pero me tengo que despertar para atender a mi turno. Esta vez, Naia está muerta y me deja

escuchando las vacaciones de Soraya con su tío no se quién, su tía no sé qué, su prima no me acuerdo de su nombre y un sinfín de familiares... Me cuesta concentrarme. Naia duerme, o eso parece, de vez en cuando se mueve; ni un solo sonido de respiración profunda sale de su cara de ángel —cuando duerme tiene cara de ángel—. Es guapa hasta durmiendo y eso que la mayoría de nosotros durmiendo y relajados tenemos cara de muertos... ella es así de divina. ¿O soy yo que la veo así porque la quiero? De repente oigo una pregunta:

—¿Tú te crees? —No sé de qué va. ¡Me distraje!

—Ya ves —digo intentando parecer lo más neutral posible para que no se dé cuenta de que no atendía.

—Pues eso digo yo... Ya ves. Mi hermano, qué cara más dura.

—Más dura —digo recordando el capítulo de *La que se avecina* en el que enseñan a Amador a que una mujer crea que atiendes a lo que dice: repetir siempre la última palabra de la frase aunque no hayas escuchado el resto. Sigo con el ejercicio intentando saber de qué coño me habla.

—Le deja al niño a mi madre, harta de trabajar todo el año para irse de *spa*.

—De *spa*, qué morro. —Me río para mis adentros intentando que no se dé cuenta.

—¿Y no va y le dice a mi madre que no le ayudan nada con el crío, los muy jetas?

—Jetas, sí. —Si me ven ahora mi marido y Naia se mueren de risa. Somos superfans de la serie.

La noche pasa sin más. Se avecina el día de las setas, ya es mañana y estoy nerviosa. Al entregar el recuento por la mañana a mi Sergey, me mira fijamente y me dice:

—Has descansado ¿eh? ¡Qué cara de dormida! —Aprieto los labios y los ladeo en un claro intento de mostrarle mi fastidio.

Llega el día. Me presento esa mañana «cesta en mano», esperando a la compañera que sale de noche y viene sin dormir: ya son ganas... El primer mensaje de la mañana de «buenos días, salimos ya para el Bruc» no lo recibo, el tío es más soso que la mojama... ¿Lo envió yo a pesar de mi promesa de ser distante? No, no lo envió, las *burcho* a ellas para que lo hagan; las utilizo, sí, pero mi objetivo final requiere que por ahora me quede agazapada esperando el momento justo. Les pido que envíen un wasap para ver si se han dormido o han salido y para que les digan que salimos en unos diez minutos.

En seguida hay una voluntaria: «ya lo envió yo», dice. Su mujer contesta: «Sergio está conduciendo, nos vemos allí». Primer jarrazo de agua fría. Mi humor se desvanece y ahora soy solo una taxista que canta alegremente con el *pen* de mi música: «Esta soy yo» de El sueño de Morfeo, «Soy gitana» de Shakira o «Me muero por besarte» de La quinta estación... Quizás no sea tan malo el día, después de todo podré verlo.

Por fin llegamos al punto de encuentro, ahí están esperándonos su mujer, el perro y él. De repente, sale Sandra corriendo de mi coche y va a abrazarlo, el abrazo es muy pegado, él la coge por la cintura y la levanta unos centímetros. Miro a su mujer que o se hace la tonta o lo ve normal. Siento una especie de celos por no ser la que abraza a mi Sergey así de pegados, miro a mi alrededor, estoy seria, me ha cambiado el humor; él me mira y me dice hola desde donde está, curioso por no acercarme a saludarlos. Sigo sin separarme mucho de la puerta de mi coche. Ni me acerco yo a saludar ni lo hace él. Saluda al resto de las personas y seguimos la ruta hasta el dichoso monte en el que tendré que pasar el resto del día pensando en ese abrazo que no me ha dado. Es así con todas, no soy única, soy estúpida por pensar que quizás yo significaba algo diferente para él. Nos acomodamos en los coches. Ellos llevan a una compañera en el asiento del copiloto, su mujer y el perro van detrás. Lo que daría por ir de copiloto... Lo que daría por ese abrazo. Disimulo mi desconsuelo para que no se note, pero seguro que verán que no soy la misma de antes... Llegamos al sitio, aparcamos después de cincuenta mil curvas y llevo a un par de *compis* mareadas. Salen todos de sus coches y preparan hasta palos de montaña. Ups, yo no llevo de eso. Cada uno con su cestita, subimos monte arriba. María está emocionada, no llevamos apenas unos metros y él ya se ha adelantado montaña arriba y su mujer, que camina más despacio, está más abajo. Me apresuro porque, a pesar de tener la sensación de estorbarle, no puedo quedarme con la duda... Estamos tres o cuatro arriba, otras tres o cuatro a media montaña y el resto, rezagadas, mirando algo, unas setas que han encontrado. Se oyen voces que nombran a Sergio y a Úrsula para saber si lo que han encontrado es venenoso o no. Yo subo casi sin respirar porque es difícil seguir el ritmo de este hombre y ese par de atletas de élite, pero mantengo la dignidad... «Úrsula ¿Esta es buena?» «A ver... No».

Él sube casi sin mirarme y yo ya no sé qué hacer para llamar su atención. ¿Dónde está aquel hombre atento y simpático? ¿Quién es este muermo que no me hace ni puto caso? Encuentran algunas setas y las mira interesado. Laia

decide parar a echar unas cervezas mientras se reúne el grupo. Sorprendido nos dice que así pocas setas encontraremos... Pero que no le dirá que no a una cerveza. Mientras subimos a un sitio más planito me dice algo del restaurante que he reservado. No entiendo muy bien: algo de que no comerá de mi mismo plato, interpreto que no quiere nada conmigo, que no tiene nada que ver con los platos, no pregunto por no parecer idiota y porque no estoy de humor... De repente se agacha y nos dice a Sandra y a mí:

—Esta es una seta que se puede comer cruda. Mira, toma —le da un trocito a Sandra, que se lo mete en la boca—. ¿Quieres? —me dice sosteniendo otro trocito.

—No, no comeré de tu mismo plato. —Mi gesto es de «te devuelvo la de antes». Pone cara de no entender nada.

Me siento una idiota. Su mirada se ensombrece y yo no sé qué me pasa y por qué le hago esto si estoy dispuesta a comer el mismo barro si él me lo pide. Laia nos espera en un sitio estupendo, lleno de piedras, donde nos sentarnos y le da una cerveza. Me mira:

—¿Compartimos? —Me mira serio pero me ofrece la botella de cerveza. No me gusta la cerveza pero compartiría lo que me ofreciera. Su mujer parece no enterarse o no importarle...

—Claro.

—Bebo a morro, ¿eh? —Todas mis hormonas saltan de alegría.

—No me importa —respondo, de hecho, estoy feliz... Pienso ensimismada. Jarra de agua tibia por mi espalda. Será así con todas pero al menos también lo es conmigo.

Seguimos con la conversación mientras nos pasamos la cerveza, yo la saboreo como si fueran besos fugaces y él parece no darle importancia... ¡Seré pava!

Seguimos subiendo y encontrando setas y preguntándole, y llega la hora de la comida, por fin. Bajamos a los coches y vamos al restaurante: no es muy bueno el que encontré... Hay una mesa rectangular preparada y un *self service* para el primer plato. Cada uno va poniendo sus cosas en algunas sillas y yo dejo que sea él quien ponga las suyas. No las pone, espero, no las pone, se van ocupando los asientos, se acerca y me dice:

—¿Dónde nos sentamos?

—Yo ahí. Tú con tu mujer.

—No. Yo a tu lado. —Mis ojos sonrían solos, sorprendidos y muy abiertos. Tengo que enviarle un wasap a Naia, no se lo creerá, es urgente,

urgente, urgente. No hay internet

—Pone sus cosas en el sitio justo en frente de mí, a mi lado, Montse, con sus tetas perfectas y su cuerpo perfecto y su sonrisa siempre dispuesta pero como una chota y al lado de mi Sergey, Mon. Como hay dos Montses a esta le llamamos Mon.

Mi humor ha mejorado notablemente, tanto que no me lo puedo creer. Mientras buscamos nuestros primeros en el *self service*, procuro ponerme poco para que no vea que como una cerda. Cosas estúpidas de la educación diferenciada de la sociedad entre hombres y mujeres: las mujeres comen poco —menos yo—, los hombres comen mucho y no pasa nada.

—¿Solo eso? —Mira mi plato. Me siento estúpida.

—Luego me levanto a por más. Voy a lavarme las manos.

En el servicio nos vamos encontrando unos con otros. Una entra al váter y yo me lavo las manos cuando entra él y se las lava. Sale la del baño, dice una tontería y se va. Entra otra, dice una tontería y entra en el váter. Él me mira de forma penetrante mientras se seca las manos sin decir anda. Mira a ambos lados. No puedo dejar de mirarlo como hipnotizada. No se atreverá ahora... Que se atreva. Vuelve a mirar hacia los lados, sale Laia del váter y él me dedica una última mirada penetrante y profunda y duradera y significativa y se va. ¡Mierda! Pienso a mil por hora. ¿Qué ha pasado aquí? Naia, ¿por qué no has venido?! Miro el móvil. Sin cobertura. Me voy a mi sitio. Me mira. Disimulo.

Se acaba la comida mientras los fumadores entran y salen a fumar y a vigilar a los perros. Yo no me muevo de mi sitio. Pedimos los cafés y, en ese momento, Sergio está fumando, su mujer habla animadamente con Ana y me tomo la licencia de pedir por él. A mí, un cortado. A él... no sé... Un cortado. De repente, Úrsula dice:

—¿Es para Sergio?

—Sí.

—Uno solo, él no toma cortado...

—Ah, pues eso. —¿Que no toma cortado? Con una nube, ¿cómo que no?, pienso. Pero bueno, quizás después de comer tome el café solo... En fin, metedura de pata.

Cuando se sienta, la sobremesa se anima y Mon me pregunta que qué le he visto a mi marido en su día... Sergio me mira divertido esperando mi respuesta. Todos conocen a mi marido. La miro y contesto sinceramente, procurando no dejar entrever que ya no queda magia o que ya no somos puro

romanticismo. Tono neutro.

—Me hace reír, sus ojos son de un azul impresionante. Hacemos muchas cosas juntos. Sus silencios no son incómodos. Me mira como si fuera la única mujer en el mundo...—Todos me miran en silencio. La mueca de Mon es de incredulidad pero no me importa. Sergio quiere intervenir, no se atreve.

—Te ríes con facilidad.

—Sí, me río mucho pero si me hacen reír no me tengo que inventar un motivo. —Nos reímos todos. Le interesa el tema pero no se atreve a seguir—. Me gustan los hombres que me hacen reír, pero no me gustan los «chistosostodoeldía». Me gusta que tengan en cuenta mi opinión y me gusta que sepan discutir la suya propia, si no es la misma que la mía.

—Interesante.

La conversación (des)varía hacia los novios de la estupenda que está a mi lado, cuando dice que le gustan los que no la agobian, que no sabe qué le he visto a mi marido, que es muy soso y que puede que conmigo no sea tan soso. En fin, contesto:

—Prefiero que no te guste. —Nos reímos de nuevo.

—Yo no lo iba ni a tocar, si es el marido de otra, ¿eh? —dice. Se pica.

—Ni él a ti... Y si lo hace, no me lo contéis. —Yo quiero tocar al marido de otra... Deplorable.

—¡Qué bruta!

—No te piques, tonta, mi marido es un encanto con unos ojos azules preciosos. Me alegro de que no os guste. —Sonrío.

—Tonta eres... Tú, que estás muy enamorada. Será eso. —Sergio me mira divertido y yo le miro preocupada por dilapidar mis esperanzas con esa frase tan inoportuna como inapropiada.

Pedimos la cuenta, dividimos entre doce y pagamos. Salimos e intento poner un wasap a mi marido para decirle que he llegado. Las demás están mirando cómo juegan los perros entre ellos. Sergio se ha quedado conmigo en una especie de terraza y mira como escribo:

—¿Qué haces?

—Me interesaría saber por qué no hay cobertura aquí.

—A mí me interesas tú. —Me da un vuelco el corazón, pero casi sin mirarlo, porque no me lo creo. Respondo:

—No me lo creo.

—Vaya. —Da media vuelta y se va. Me quedo mirando el móvil

pensando en qué coño ha pasado:¿Ha dicho que le intereso? ¿Será verdad? No me lo puedo creer.

Dejo el móvil por imposible y le miro jugar con los perros y hablar con todas ellas, es el centro de atención, es divertido, interesante, no sé qué tiene, no es especialmente guapo, no es por su físico...Es un no sé qué. Le miro y sigo preguntándome por qué he dicho eso y no he seguido preguntando. ¿A dónde quería llegar? ¿Será mentira? ¿Será verdad? Estoy exultante. Bajo con todos y me coloco a su lado, hablamos de autocaravanas; creo que es él quien saca el tema, sabe que me interesa. La vuelta en coche la hago contenta por un lado, por el día en general, y triste por otro: tardaré en volver a verlo. Pero ¡¿me ha dicho que le intereso yo?! No sé si creérmelo, si me está vacilando, si esto está pasando... Si espera un primer paso o si está jugando con mis sentimientos. Quizás —seguro— aquel día debí parar... Pero no paré. No lo hice porque me gusta lo que siento, lo que me hace sentir, porque me gusta él, porque me atrae aunque no quiera, y quiero.

Llego a casa y lavo cuidadosamente las setas recogidas, con algunas de ellas preparo una tortilla que comemos todos animadamente. Están buenas. Las que han sobrado, casi una cestita, las dejo a secar en una caja de madera con agujeritos; en tres o cuatro días las podré meter en tarros y podremos comérmolas en cualquier momento del año. Mi marido está contento, no está cansado. A mí me duelen los pies y estoy abatida, pero como estoy animada por lo ocurrido, mi humor es bueno y mi marido tiene ganas de sexo. Después de una buena sesión caigo rendida. A veces creo que mi marido tiene razón cuando dice que no estaré nunca plenamente satisfecha, y no me refiero al sexo, me refiero a que siempre necesito más. Más de todo, necesito estudiar para tener un título y poder concursar a jefa, necesito un coche más grande, necesito unas vacaciones en el extranjero y unas vueltas por España, necesito una reforma en la cocina y un baño más grande, necesito ser autodidacta, hacer un blog, una página web, montar un negocio *on line*... Mi cabeza no para de dar vueltas alrededor de mejoras en nuestras vidas —en la mía—: una autocaravana para poder viajar por Europa sin necesidad de alojamientos ni coches de alquiler... No paro. Sé que puede ser agotador vivir conmigo, juraría que siempre he sido así. Él es mi freno, solo puedo hacer las cosas relativamente baratas y las gratuitas, si eso no incide directamente en tareas para él, es decir, si no le cuestan dinero y no tiene que hacer nada. El problema viene cuando mis ideas —de astronauta— requieren algún esfuerzo por su parte, económico o personal.

En unos días me voy al pueblo de mis padres, hay que recoger todas las castañas de los casi cien castaños que hay, meterlas en sacos y venderlos antes de que empiece el frío y de que bajen de precio las castañas. Hay años en los que las pagan bien y los hay en los que lo que ofrecen es irrisorio. Cuando ocurre esto es desconcertante, desolador, frustrante... tantas horas cogiendo castañas del suelo, agachándote y cargando peso para recibir a cambio una cantidad insultante. Dicen que ocurre esto los años en los que hay mucha cosecha. La demanda se cubre fácilmente, los dueños de los castaños no se pueden quedar con los casi seis mil kilos de castañas porque se estropean, se secan, pierden peso, etc. Y como acabo de decir es desolador... Debo preparar el viaje, es el primer año que viajo sola en coche desde mi casa: hay 800 km de distancia. No es difícil pero voy sola y si me pierdo puede suponer una hora más de coche. Preparo la maleta mientras miro WhatsApp y Messenger. Todo a la vez. Me estoy convirtiendo en una adicta a este tipo de redes sociales y soy consciente de ello. Vaticino un enganche absoluto a mi móvil. Preparo la maleta mirando la lista que unos dos días antes empecé a elaborar: lo primero, siempre, es móvil y cargador, siempre es también lo último que tacho. Ropa de invierno y camisetas de verano: es impredecible en esta época del año. Ordenador y cargador. Calzado. Neceser... No es la primera vez que aparezco en diciembre sin las chaquetas de invierno. Menos mal que en el pueblo, en mi hogar, siempre se han ido dejando prendas que se estima que no se van a usar mucho pero que no están como para tirar o regalar. Es decir, que es el armario ropero de lo que no me voy a poner nunca —a no ser que me olvide— desde los años 60 en adelante. Hay ropa de cuando mi madre iba a guateques... Con eso lo digo todo.

El viaje se acerca y eso supone estar lejos de mi marido, de mis hijos y de mi Sergey. Quizás sea un buen momento para poder ordenar mis ideas. Estando en casa sola con mis padres, a muchos kilómetros de distracciones, debería pensar bien en mi futuro. En nuestro futuro. Vale. Me estoy volviendo loca.

No dejo de pensar en la frase «a mí me interesas tú».. Dijo eso. Lo dijo. Y yo, en mi mundo de luz y color, lo dejé escapar. Esa mirada en el baño del restaurante. Fija, directa a mis pupilas, casi intimidante. Lo dejé escapar y, quizás, estar alejada de él sea lo mejor en estas circunstancias. Preparo la maleta y una cena con amigos en casa. Hoy mi marido trabaja y esta noche vienen a cenar dos parejas, así que hago unos cuantos platos para picar, fáciles y rápidos, y pongo la mesa para poder estar pendiente de mis

invitados. Tortilla española, tostadas de queso de cabra con mermelada de pimientos, patatas *chips*, olivas, espárragos con mayonesa, tomates *cherry* con queso fresco y orégano, hojaldre relleno de jamón y queso, mini *pizzas*... El caso es pasar una noche entre amigos. Fotografío la mesa. De repente, un *din* del móvil me sorprende. Hace unas dos horas no resistí la tentación de enviar una solicitud de amistad de Facebook a mi Sergey, que no contestó y que me hizo *wasapear* preocupada a Naia, en plan Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*. Sí. Dramática. ¿Y qué? Naia, cariño, mi Sergey no me la responde, no quiere ser mi amigo, no le intereso, lo de la excursión era un juego, se ha cagado vivo de miedo al recibir mi solicitud... Y desdigo todo porque acepta mi solicitud y me dice «Hola». Escribo a Naia con faltas de ortografía por la rapidez y los nervios. Miento. Escribo siempre así porque quiero ir rápido y no miro lo que envío, tengo los dedos gorditos y aprieto teclas que no son, a veces me dicen que para entender mis mensajes necesitan una traductora. Tienen razón. Escribo de forma atropellada:

«Tiatiatiatia»

«¡Ha aceptado mi solicitud y me habla!»

«Te dije nada más verlo que después de la siesta te daría amistad. Eres una ansias. Escribe bien que no entiendo nada! Jajaja», responde Naia.

Vuelvo a mi Messenger: «Hola, encanto», consigo escribir. La respuesta no se hace esperar: «¿Qué haces?». «Preparo cena para amigos». «Ok. Te dejo tranquila». Ya la he cagado. ¡¡No!! ¿Por qué no le he puesto «nada, solo espero ansiosa hablar contigo y sobre todo saber de tus intereses, en especial por mí»? He tenido que poner que estoy ocupada y, claro, él me deja trabajar... ¡Ocupada! Pues insisto, me arriesgo e insisto: «¿Qué haces tú?». «Un curso *on line* de finanzas». «Ups. Te dejo», «Jajaja. Ok. Hasta luego». Me quedo pensando que está ocupado, que está haciendo un curso *on line* y que le molesto, que mejor no le escribo, que sigo a lo mío; me desinflo y mis pensamientos no dejan de volar hacia escenarios oscuros y deprimentes que insisten en hacerme ver que no está interesado en mí. No al menos de la misma forma que yo. Ahora no estoy segura de si la jarra de agua cayendo por mi espalda es fría o tibia... Me dijo que le interesaba y me ha dado amistad sin demora. Pero como a todas las otras... Pero yo le intereso... ¿Las otras también? O ninguna. Mis dudas han estado siempre conmigo, soy así y no lo puedo evitar. Soy insegura y dudo. Pero cuando me lanzo, me lanzo. Espero prudencialmente mientras le dejo estudiar un curso *on line* de finanzas —lo que me hace apreciar más su intelecto— y publico en Facebook mi mesa

puesta para ocho llena de comida: dos parejas, mi marido, mis dos piojos y yo —el peque duerme—. La reacción no se hace esperar y tengo dos «me gusta» en un periquete. Uno de Naia —¿cómo no?— y el otro de Sergio. Me da un vuelco el corazón y otro *din* que me avisa de un comentario en mi foto: «Me invitas?» Pienso a ciento veinte por hora. Por supuesto. Claro. Ven. Te espero. Cuando quieras, ¿me desnudo?... Pero escribo un simple «jajaja».

Entonces le escribo un privado, porque soy una valiente y una inconsciente: «Cuando quieras te hago una solo para ti». Respuesta de mi Sergey: «¿Y tú no comerás?». Me río nerviosa: «Jajajaja para los dos». A ver qué dice, por favor... Nos enfrascamos en una conversación mientras mis invitados empiezan a llegar, lo que me hace quedar como una maleducada, mirando el móvil continuamente, y además me hace responder de forma escueta a los mensajes para no desatender demasiado a mis amigos. Esta conversación no me la pierdo por nada del mundo:

—Estás segura?

—Segurísima. No me das miedo.

—Seguro que no. Ja ja ja

—¿Vendrás?

—Hoy me viene mal.

—¿Otro día? —insisto.

—Cuando quieras. Y con quien quieras. —Me pilla fuera de juego.
¡Quiero contigo, joder! ¡A solas!

—Hombre, había pensado en no invitar a nadie más...

—Tendrás lo que quieras.

—¿Lo que quiera?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí. Todo.

—¿Con quien quiera?

—Claro. Con quien quieras, eres increíble.

—¿Contigo? —Me lanzo.

—O sin mí. —Jarra de agua fría con cubitos por mi espalda.

—Sin ti no mola.

—Pues conmigo. —Jarra de agua calentita y jabonosa y suave y con olor a rosas... Mmm

—Pues mañana me voy a mi pueblo.

—Pues esperamos a que vuelvas. Que tengas un buen viaje. Una

curiosidad: ¿a qué vas?

—Te lo dije, a ayudar a mis padres en la recogida de las castañas.

—¿Cuándo vuelves? —¡Ay, mi madre! ¡Este quiere tema! Estallo de placer y se me nota.

—El día 31.

—Ok. Buen viaje. Recoge muchas y tráeme unas poquitas.

—¡Hecho!

Dejamos el chat porque llega mi marido y nos tenemos que poner a cenar, aún así, no dejo de mirar por si me escribe algo más; estoy contenta, exultante, frenética. No paro de moverme y de ser servicial. Necesito moverme y que los nervios no afloren demasiado. No estoy segura de lo que estoy haciendo, no está bien y lo sé, pero es que si lo tengo cerca no puedo evitar sentir mil mariposas en el estómago. Hace unos días que me salto algunas comidas, siento hambre pocas veces y cuando sucede me sacio en seguida: estoy adelgazando y lo noto en mis pantalones. Son los nervios, es el amor repentino. ¿Me estoy enamorando? ¿Estoy ya enamorada? No. Lo dejo cuando quiera. Esta sensación de gustarle a alguien, el juego, saberte ganadora, o de intriga, esas cosquillas en el medio del estómago, el juego del escondite en el que quieres que te encuentren... no es amor. Estamos jugando a un juego peligroso, pero un juego, al fin y al cabo.

Cojo el coche y meto una pequeña maleta con ropa de trabajo, básicamente, y me despido de mi marido con un «esto ya no es lo mismo, las despedidas ya no son como antes». Recuerdo el año anterior, la despedida con lágrimas en los ojos por estar ausente diez días. Me despido también de mis hijos con una sonrisa amplia: es octubre, hay colegio y no pueden viajar conmigo. Cuando voy a trabajar no me da la sensación de estar abandonándolos. Cojo el papel de las indicaciones de los kilómetros en los que la carretera cambia o en los que tengo que cambiar yo de dirección y lo pego al salpicadero con un trocito de celo. Así lo tengo a la vista y no hay necesidad de dejar de mirar a la carretera para atender a las indicaciones que mi marido, muy cuidadosamente, me ha escrito. No tengo perdón. Evito los pensamientos de culpabilidad. Pongo la calefacción, el día está nubladísimo y amenazan tormentas durante el trayecto. No me importa, música romántica en español para poder cantar a viva voz. Cierro las ventanillas, bajo la calefacción y canto con la Oreja de Van Gogh del USB: «Igual que el mosquito más tonto de la manada, yo sigo tu luz aunque me lleve a morir, te sigo como le siguen los puntos finales a todas las frases suicidas que buscan

su fin...». Me río por la tontería de «te sigo aunque me lleve a morir», estoy contenta, feliz, irradío alegría. Seguro que en algún momento esta alegría se volverá pena o rabia o dolor, quizá no... Pero ¡qué coño! ¡Vamos a disfrutarla! Suena un mensaje de Messenger: «Buen viaje, preciosa».. Contesto conduciendo, mal hecho, pero contesto: «gracias, ya en ruta». «Deja el móvil, dime algo al llegar». «Ok todo». Dejo el móvil y canto más fuerte con Mónica Molina: «Donde sea que hoy estés, quizá quieras saber que nunca entregué al ayer tus besos. Tuuuuu y yooooo...». No paro ni a comer, cojo el bocadillo y la botella de agua y como mientras conduzco; me he propuesto parar lo menos posible. El bocadillo no me lo acabo, los nervios no me dejan, el amor, o esta sensación estúpida que tengo es lo único que siempre me ha quitado el hambre: ni los exámenes ni los problemas económicos ni la sensación de sentirme pesada y que la ropa empiece a no caberme... solo el amor.

Lluvia y nublado hasta Burgos, más de la mitad del viaje. Para ser el primero no he tenido mucha suerte con el tiempo, pero da igual, estoy feliz, resplandeciente, sonrío sola y estoy nerviosa. Me siento como si ya hubiera pecado y tal vez sea así porque si ahora él, *mi él*, estuviera haciendo lo mismo que yo, para mí sería como una infidelidad, sería como urdir un plan para poder serme infiel y no se lo perdonaría. Siendo consciente de esto ¿cómo me sentiría si se enterara? Si me pillara uno de estos comentarios, si supiera siquiera que tenemos una extraña amistad desde hace un tiempo... Deplorable. Tendré que dejar una cosa o la otra, me siento mal conmigo misma cuando pienso en mi marido, pero cuando pienso en Sergio, en cómo besaré, en sus posibles caricias, me tiembla todo el cuerpo, me hace sonreír sin querer, se me escapan las sonrisas, soy simpática con el mundo, me gusta sociabilizar, me gusta estar con la gente y reírme de la vida y de mí misma. Cuando pienso en él siento un cosquilleo desde el estómago hasta el corazón, me derrito y las nubes son de color rosa y todo lo que me ofrece el otoño es maravilloso; los frutos a los que nunca había hecho caso, el trabajo que antes me resultaba tedioso y largo e insatisfactorio, las tareas domésticas que siempre aborrecí, ahora las hago cantando... Es muy probable que esté enamorada. Empiezo a plantearme cosas vagamente, sin tomármelas demasiado en serio. Prefiero no pensarlo. No pasará nada, una vez o dos, por eso de que la segunda vez se ha perdido un poco de inocencia y ya no estás tan inhibido. Una vez. O ninguna, dependiendo de cómo se presenten las cosas. Recibo un mensaje. «¿Has llegado ya?» Estoy llegando, me faltan

unos seis kilómetros, buena puntería, pienso. Contesto conduciendo —de nuevo mal—: «casi». Recibo un par de wasap de mi marido y de Naia: «¿Has llegado?», me dice él. «¿Has llegado, corazón?», me dice ella. Contesto a los dos nada más llegar: «he llegado sana y salva». Escribo en Messenger: «sana y salva, soy una campeona, por favor, no te preocupes». «Sabía que eras una campeona, no me preocupo. ¿Hablamos mañana por aquí?», refiriéndose al Messenger. «Por supuesto, cuando tú quieras».

Abrazo a mis padres y me cuentan novedades, las pocas castañas que hay son buenas y pesan mucho. Estoy cansada pero por la noche no consigo dormir y me despierto a menudo. Son las tres, estoy muy despierta, miro el móvil, veo que la última conexión de Sergio es hace unos minutos: tampoco puede dormir. Sonríó al pensar que soy el motivo. Doy vueltas en la cama y al fin me duermo, unas dos horas, a las cinco y media ya no hay manera de volver a dormir. Doy vueltas y me retengo en la cama. A las seis no puedo aguantar más y me levanto. Bajo a la cocina de nuestra vieja casa de dos plantas y preparo café mientras miro la última conexión de mi conquista. Pienso que aún no lo he hecho, no he conquistado a Sergio, aún debo camelármelo: todavía no nos hemos tocado ni un pelo, recuerdo. Última conexión hace unos minutos. ¿Duerme mal siempre o solo hoy?

—*Bon día*, preciosa ¿Ya despierta? ¿No duermes?

—*Bon día*. Insomnio. —Contesto con una estúpida sonrisa en la cara.

—Me alegro de que estés contenta. Putada lo del insomnio.

—Culpa tuya

—¿Mía? ¿Ya vas a trabajar?

—Tuya. Aún no se ha levantado nadie. Está amaneciendo. Precioso amanecer.

—Envíame foto.

Evidentemente corro a hacerle una foto a mi maravilloso paraíso amaneciendo.

—Enviada. ¿Qué haces despierto?

—Quiero ir a tu paraíso. Insomnio. ¿Pregunta indiscreta?

—¡Venga! Sin miedo.

—¿Qué echas de menos?

—A mis hijos. Jajaja.

—Lógico.

—Y a ti...

—Jajajaja

Capítulo 7

Seguimos en contacto mientras trabajo y recibo, de vez en cuando, mensajes dándome ánimos o deseándome buenos días. Sigo despertándome todas las madrugadas y sigo viendo cómo él también está despierto: cuando no es a las tres es a las cinco y, cuando no, a las dos... Siempre. Alguna vez incluso coincidimos en línea.

Trabajo, chateo y estudio, a hiperactividad pocos me ganan. Soy madre de familia numerosa, estudio, me vengo al pueblo a recoger castañas y estoy estudiando un grado... Además, pienso constantemente en montar una empresa *on line* para hacerme rica. Inmensamente rica. Solo rica, vale... Me conformo.

Chateamos y cogemos confianza demasiado deprisa mientras comento las jugadas con Naia, mi confidente. Nos reímos mucho de la situación, confieso que soy muy payasa explicando las cosas que me pasan. Como digo, nos vamos conociendo y nos hacemos preguntas. Yo espero que sea sincero y lo parece y me lo creo. Nos reímos mucho de todo y la confianza empieza a estar muy presente. Hablamos tres y cuatro veces al día, algunas veces durante una o dos horas, que dan para mucho.

—Dime una cosa, si no te molesta. —Me temo la pregunta y tiemblo sonriendo—. ¿Qué me has visto? —Ahí está la pregunta. Yo trato de contestar lo más sinceramente que puedo:

—Eres interesante. Hace un tiempo ya me fijé en tu forma de mandar en una intervención, en tu mirada cuando me explicabas cómo se debía actuar en ese caso, en la forma en la que miras, en tu seriedad trabajando cuando tienes un problema, en tu cercanía, en tu ironía constante y en tu humor inglés.

—Me tomas el pelo, ¡qué fuerte!

—¿Y tú?

—Me gusta tu sonrisa abierta, tu forma de reírte hasta de ti misma, eres fresca y simpática.

—Y mis tetas.

—¡Hala! Ja ja ja.

Me aventuro a tocar un tema tortuoso, a ver qué pasa. Le doy emoción. Me asusta pero me divierto. Me pongo seria y le digo sin saber si podré cumplirlo:

—Una cosa.

—Dime.

—Pase lo que pase, sea lo que sea que haya entre nosotros, siempre

seguiremos siendo amigos, ¿te parece?

—Por supuesto, no te será tan fácil librarte de mí.

—Jajaja. Y otra cosa: no me mientas. Nunca. No soporto las mentiras

—Te lo prometo, entre tú y yo siempre la verdad, aunque duela.

—Aunque duela

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Me acojono, tengo que confesar que estoy acojonada, muerta de miedo y de nervios:

—Dime

—¿Qué llevas puesto?

¡Ay, mi madre! Jarras de agua de todas las temperaturas caen por todas partes y no sé qué contestar, por una vez en mucho tiempo, no sé qué contestar, piensa, piensa... Tardo en contestar, veo que esta escribiendo y empiezo para que no se disculpe por el atrevimiento. Casi a la vez, en la pantalla inferior derecha de mi ordenador aparece:

—Perdona —escribe Sergio.

—Un pijama normalito que no pienso describir. —Me río en letras (jajaja) y él contesta:

—¿Qué ropa interior llevas?

La cosa se pone interesante y mis mejillas se ponen de color rosa, rojo, violeta, azul cian... y ya no sé si decir la primera mentira, decido ser sincera, muy a mi pesar:

—Tanga blanco y nada más, de momento. Duermo cómoda.

—Me encanta la ropa interior blanca, no tengo preferencias en cuanto a *culottes*, tangas o bragas, mientras no sean de esas marrones de cuello alto... jajajaja

—¡Vaya! Jajaja. ¡Tomo nota! Jajajaja

La conversación se torna un poco lasciva, nos empezamos a poner a tono *on line*, no me esperaba algo así, aún no nos hemos tocado y los temas de conversación están poniéndose muy íntimos, me da miedo parecer un poco estrecha, por decirlo de alguna manera. No voy a engañarme a mí misma: estoy contenta, le gusto. No puedo creer lo que me está pasando, esto va muy deprisa y a mí me van las emociones fuertes, me siento en una montaña rusa, no ceno, duermo poco y mal pero estoy despejada y alegre. La cosa se pone interesante y en seguida hablamos de sexo, de lo que nos gusta, de lo que no... Confieso:

—No hago tríos.

—No me gustan los tríos, me gusta poner toda mi atención en lo que estoy haciendo. No creo que pudiera atender a dos. —Me río. Él no pone límites.

Cuando no hablo con él ni trabajo, a parte de mirar continuamente las últimas conexiones, hablo con Naia para saber cómo le van las cosas y le explico cómo me van a mí.

Su situación con Pol parece que ha avanzado y me cuenta que él ha tenido una infancia difícil, que su madre los abandonó siendo pequeños él y a su hermana, cinco años menor; que a su padre le costó mucho mantenerlos hasta que él comenzó a estudiar económicas mientras trabajaba descargando harina de camiones, de camarero, de dependiente de una zapatería de barrio y, por fin, al finalizar la carrera, empezó de administrativo en la Nestlé de Barcelona y luego de director en una empresa de Lleida, donde actualmente tiene un horario de mañana estupendo y un sueldo considerablemente elevado, aún por determinar...

Naia me cuenta por enésima vez cómo se conocieron —estas cosas las amigas las escuchamos las veces que hagan falta, ella también tendrá que aguantar las miles de veces que le contaré todas esas cosas que me hacen feliz y/o desgraciada—. Dice que se fijó en ella un día hace muchos años en un local nocturno: ella estaba en la barra y sus amigos, dos chicos y una chica, no dejaban de beber y bailar. Su amiga era una rubia alta de ojos claros que dejaba claro con su actitud que era una *matahari*, aunque hay que decir que no se comió a ninguno esa noche. Los otros dos eran un chico alto, que la miraba «con ojitos» y no iba a la pista ni a ningún sitio, no la dejaba sola nunca, y por eso Pol no se quiso acercar, y el otro chico intentaba comerse a la *matahari*, sin demasiado éxito. Ese día, Pol no se acercó a ella y volvió al local durante varias semanas para ver si la veía, pero no hubo suerte.

Un día nublado, como es habitual en Lleida, Naia paseaba por el carrer major con su hija de dos años, que muy dicharachera le contaba algo de la guardería en su idioma ininteligible. Pol salía de Benetton con una bolsa en la mano mientras hablaba por el móvil. Iba tan distraído y ella tan enfrascada escuchando a su hija, que se chocaron. Él pidió perdón mientras recogía el móvil del suelo. Ella miró con cara de pocos amigos y le dijo algo así como que mirara por dónde iba. Él volvió a pedir perdón mientras miraba si la niña estaba bien. Naia recuerda que la conversación fue un poco brusca por su parte, que se acordó un poco de su madre mientras miraba si la niña estaba bien y él sonreía. Naia recuerda esa sonrisa perfecta y ese móvil roto al que él

no dio importancia. A Pol le hacía gracia lo borde que parecía ese día y lo sonriente que estaba aquella noche en el local de fiesta. Pol invitó a un helado a la niña y Naia rechazó la invitación diciendo que el día nublado y el frío de Lleida no eran compatibles con un helado y su hija. Naia repite siempre la misma frase en este momento de la historia y me consta que es real:

—Tía, le dije: «Ahora la aguantas tú hasta casa explicándole por qué no le he comprado un helado» y ¿no va y me dice el tío que me acompaña a casa encantado y le explica a la niña lo que yo quiera si me tomo un café con él? Me dejó fría.

Evidentemente, Naia aceptó. Cuenta que no solo por su sonrisa, sino por la forma en que aguantó los chaparrones y los «zascas» mientras recogía su móvil con la pantalla rota del suelo. Cuenta su forma de iniciar la conversación cuando llegaron a la cafetería, de la manera más natural, como si se conocieran de toda la vida; la sensación que tenía con él de ser escuchada con atención y esa medio sonrisa maravillosa, su tono dulce al hablar a la niña y su paciencia infinita cada vez que ella les interrumpía, sus ojos con ese brillo especial al hablar de su padre, su amor incondicional a su hermana... Hablaron un buen rato y la preguntó si podía enviar un wasap desde su móvil, le dijo que sí y, en vez de enviar un wasap a un amigo, se lo envió a sí mismo para tener su móvil. Hábil maniobra... Se despidió diciendo que había quedado con su padre para hacer unas compras y no podía demorarse más. «Demorarse», pensó Naia. «¿Quién dice ese palabro hoy en día?». Siempre le respondo: «Tu caballero andante». Y ella siempre me responde: «Los caballeros andantes no existen y ni nosotras ni ellos somos Julietas y Romeos muriendo de amor». Qué rabia me da cuando tengo que darle la razón. Ella me devuelve a una realidad que no quiero ver, que no me gusta, yo creo en el amor sin fronteras de ningún tipo, creo en las locuras por amor, en el enamoramiento al límite, en morirse del amor casi literalmente y ella es razonable y dice que nadie muere de amor, que eso son cosas de la literatura —que le gusta leer pero no crérselas— y del cine. Ahora mismo, estamos leyendo a la vez y comentando *No culpes al Karma de lo que te pasa por gilipollas*, de Laura Norton. Nos gusta más o menos el mismo tipo de lectura y, dependiendo del momento en el que nos encontramos, hasta coincidimos en el tiempo. Nos recomendamos libros, sobre todo en épocas en las que estamos pavas, en las que necesitamos llorar o reír... Después de este, nos espera impaciente *Mi color favorito es verde* de Pilar Eyre, al que estoy deseando hincarle el diente.

Hoy es domingo pero mi familia y yo —y mi insomnio—, en tiempos de castañas, no distinguimos entre unos días y otros por un sencillo motivo: las castañas no se van a mover del suelo hasta que las recojamos, si hace sol pueden secarse y perder peso, pueden entrar bichos y dejarlas inservibles, puede llegar el mal tiempo y ser más trabajosa la recogida y puede que mañana bajen de precio y las que se vendan hoy, vendidas quedan... Son euros brillando en el suelo, así que desayuno con los buenos días de mi Sergey, dándome cuenta de que apenas hablo con mi marido una vez al día para ver cómo están los niños... Saludo con un «*bon día*, ojos verdes» y salimos al campo, donde la cobertura me abandona, donde la desesperación de volver a ver si tengo mensajes me hace volver a casa a por agua, a por un café, a hacer caca... Mil excusas para ver sus mensajes de ánimo y de amor: «Te echo de menos, preciosa». «Trabaja mucho, tengo ganas de hablar contigo» «Cuando estés, me avisas y hablamos»... Como no puedo atenderle porque tengo que volver al trabajo contesto: «Trabajando mucho, me conecto en un rato, te echo de menos».

La mañana pasa rápida a pesar de las ganas que tengo de conectarme, me pongo música y recojo castañas a ritmo de Pablo Alborán, Malú, Tamara, Rosana, La oreja... Y por fin anuncian el fin de la mañana para ir a comer. Como anochece pronto, porque el cambio de hora ya se ha producido, tenemos prisa por volver al campo, prisa relativa, antes de eso me conecto por si mi Sergey está y puede regalarme el oído:

—Hola. ¿Estás? —digo.

—Estoy. ¿Cansada?

—Un poco. ¿Hablamos esta noche?

—Claro.

—¿Cómo has dormido hoy? ¿Despierto a las cuatro y cincuenta y dos?

—Sí, insomnio. ¿Y tú?

—Despierta. Insomnio, pero es que no puedo dejar de pensar en ti...

—Jajaja. Lo mismo me pasa a mí. Sigo sin saber qué has visto en mí.

—No quieres saberlo, te lo he dicho. Tus ojos, tu mirada, tu forma de hablar y de moverte, tu ironía, tu humor, tu carácter horrible por las mañanas... Jajaja

—Jajaja. Las mañanas no me sientan bien.

—Jajaja, hay que arreglar eso. Me tengo que ir.

—Desde que te conozco me sientan mejor. Curra mucho pero no te canses, te quiero fresca esta noche.

—Jajajaja. Hasta luego. *Dw.*

Vuelvo cuando mi madre casi me da un ultimátum y me recuerda que anochece pronto, que va a venir el comprador y que no vamos a tener casi nada para vender... Me resigno a estar dándole vueltas toda la tarde a qué significa que me quiere fresca para esta noche. Después de la jornada, lo primero que hago es decirle un hola desenfadado a mi príncipe *on line*. No está, así que estudio mientras espero su saludo. En cuanto oigo el *din* del ordenador lo dejo todo para estar con él. Es esta ocasión me cuenta que ha estado ayudando a su hijo, que se ha liado un poco y que por eso no ha podido conectarse, le digo que lo siento pero que tengo que ducharme, tardo diez minutos... Me pide una foto. Respondo: «¿¿?? ¿¿Una foto?? ¿¿¿¿???».

Se ríe por mis múltiples signos de interrogación. Yo quiero ser una chica moderna y valiente, así que accedo pero la artista soy yo y lo que sale en la foto lo decido yo... Me descubro en la ducha con el móvil —peligroso— y la cámara en marcha en modo *selfie*. Salgo muy cerca, mi poco pelo mojado me hace parecer una ratita, gorda, fea, con granos, sin pintar... No me convence ninguna. Al final, hago una foto de mi cara hasta los hombros, con los ojos cerrados, posición del rostro hacia arriba, la boca entreabierta, de lado y con el agua corriéndome por todas partes... Es la más digna de todas así que hago clic a enviar mientras pienso: fotos no, fotos no, un peligro, lo que puede hacer con ellas... Al momento recibo respuesta:

—¡Uau! ¡¡Dios!! —Sonrío triunfante por dentro y por fuera—. Estás muy sexy.

Hablamos aún mientras me visto, voy dejando el móvil y voy vistiéndome a la vez. Por fin acabo y me pregunta qué voy a cenar:

—No sé, un plátano.

—Mmm...

—Jajajaja. —La cosa sigue interesante—. De eso sí que quiero una foto.

—No

—Vaya. Otra cosa

—Dime.

—Si te digo espera o para, no escribas.

—Ok. Pase lo que pase entre tú y yo, sea lo que sea, no dejaremos de ser amigos. ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo y me parece bien. ¿Podemos poner Skype?

—Perfecto. Será nuestra primera cita.

—Bien. Emocionante cita.

Nos despedimos del Messenger y me visto con unos vaqueros, por si le da por decirme que quiere verme, y un jersey verde clarito con cuello de barco y una camisa blanca de licra debajo, recordemos que por las noches refresca en mi pueblo.

—Hola.

—Estás preciosa. Bonito jersey...

—Gracias. Esto es un juego y es divertido pero nos podemos quemar... Porque jugar es peligroso. ¿Y tu cámara?

—No puedo ahora. Me gustaría quemarme.

—Creo que no sabes a lo que me refiero.

—Sé a lo que te refieres, me gustaría mucho quemarme, me gusta jugar contigo.

—Pues entonces todo aclarado. Me dijiste que me querías fresca para esta noche. ¿Me lo explicas?

—Quiero hablar contigo, solo eso.

—Mi gozo en un pozo. Toda la tarde esperando algo especial y no era nada...

—¿Hablar conmigo no es nada?

—Jajaja, no me malinterpretes. Hablar contigo es una gozada. Una pregunta: ¿cuándo supiste que me gustabas?

—No lo sé exactamente, un día pensé: puede ser. Pero luego pensé que no podía ser, que me vacilabas, que eras así siempre... Así que no lo sé, me lo quité de la mente: eres la nuera de un amigo, tuve a tu marido en mis rodillas cuando era pequeño. No podía ser...

—Pues las señales eran claras, ¿sabes? me muero por un beso tuyo...

—Pues no las vi hasta tarde. Cuando fuimos a por setas te percibí muy distante. Yo también te deseo.

—Uy, ¡que me desmayo! Claro que estaba distante, estaba Úrsula. Abrazaste a una como si fuerais superamigos y a mí casi ni un hola... Si me deseas... Tómame. Jajaja.

—No hubiera ido si no hubieras ido tú.

—Seguro.

—De verdad. Fui porque ibas tú, ten en cuenta que todas erais mujeres menos yo, que teníamos setas de sobra, que era un día en el que no esperaba encontrar setas... Solo quería verte.

Me ruborizo, estoy eufórica. Siento una opresión en el pecho diferente a todo lo que había sentido hasta entonces. Son las doce y media, llevo

despierta desde las cinco y media. Tengo más fotos de mi pueblo de amaneceres que en toda mi vida. Este hombre va a acabar conmigo. Nos despedimos y me pide que mañana le diga algo sobre cuándo vuelvo. Sé lo que quiere y sé lo que quiero. Al menos sé por dónde queremos empezar. Me pongo nerviosa solo de pensarlo, me quedan aquí cuatro días, interminables cuatro días, pero debo pensar muy bien cómo afrontar esto. Al día siguiente no hay mensaje de buenos días. Me preocupo, la última conexión ha sido hace una media hora, son las siete y cuarto. Hoy he dormido mejor. Pasa la mañana sin sobresaltos, cogemos membrillos para hacer y llevarme a casa. También manzanas y castañas en almíbar. Compró miel a una vecina, que sé que a Sergio le encanta. Cogemos setas *boletus*, las lavamos, las laminamos y congelamos. Todo esto cantando y cansada, pero cantando. Luego vamos a por más castañas... Por fin, mensaje de Sergio:

—Hola. ¿Cómo llevas el día, preciosa?

—Espera, que voy al ordenador, que estoy más cómoda.

—¿Estás? —escribo en el Messenger.

—Sí.

—Hola, mi amor

—¿Mi amor? Jajajajaja

—Sergey, déjame vivir esto en plenitud. No te rías de mí...

—Está bien, perdona, me ha pillado desprevenido, no me lo esperaba.

—Si te molesta, me lo dices pero, de verdad, estoy muy a gusto contigo, lo estoy disfrutando y si va a ser así de intenso quiero vivirlo con todos mis sentidos.

—Eres toda tú muy intensa. Hay química entre nosotros, ¿eh?

—Creo que hay química, física y electricidad. Una cosa. Tengo un bote de miel para darte.

—Espera.

Me deja esperando apenas dos minutos, que se me hacen interminables, y se disculpa diciendo que le llamaban por teléfono. Seguimos:

—Jajaja, sí, hay mucha química. Muchas gracias por la miel, no hace falta. Me encanta la miel. ¿Es vuestra?

—No. La compramos pero la señora la hace muy buena.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Qué miedo. ¡Dispara!

—Contesta solo si quieres, ¿eh?

—¿Que cómo voy depilada?

—¿Cómo vas depilada?

—Jajaja. Cómo lo sabía. Nada.

—¿Nada? ¡Joder! ¿En serio? ¡Dios, cómo me pones!

La cosa se pone interesante y seria. Ahora ¿ya es una infidelidad o todavía no? Ahora no puedo echarme atrás, parecería una *calientabraguetas*, ahora con lo que me echen, *pa' lante*, como los de Alicante...

—¿Tú?

—Yo no me depilo.

—Vaya, pues no es momento de empezar. Por cierto, léete foros y esas cosas para que no te pillen... No duchas a otras horas, no cambios de hábitos...

—Ok. Una cosa: quería preguntarte cuándo vienes. ¿Cuándo puedo verte?

—Tengo que verte par darte la miel, ¿no? jajaja. Por cierto, mañana te envío unas cuantas castañas en un paquetito, dame una dirección segura.

—Espero que no me quieras ver solo para darme la miel. Mi dirección es segura. C/Rambla de las bóvilas, 4, segundo primera.

—Ok, estate pendiente.

—Tengo ganas de verte, amor.

—Me muero por un beso tuyo. ¿Has dicho amor?

—Sí. Si tú puedes, yo puedo. Tengo que decirte una cosa sobre mi cuerpo.

—No me digas nada porque yo no pienso decirte nada, no quiero que huyas antes de que pueda catarte, jajajaja

—Tú eres preciosa. Yo tengo un poco de barriguita.

—Te conozco, te he visto vestido de calle y con uniforme, créeme si te digo que no hay nada en ti que me disguste.

—¿De verdad?

—No pienso decirte nada de mí. Que sepas que quiero al menos una vez y no quiero que te arrepientas antes de ese momento.

—Lo tienes muy mal para asustarme, no hay nada que me apetezca más ahora mismo que tú. Eres intensa y preciosa y coqueta y me muero por besar esa sonrisa. No te será tan fácil deshacerte de mí. Y será más de una vez, si tú quieres.

—Eso sí. Permíteme un poco de pudor el primer día.

—Lo mismo digo... ¿Cuándo vuelves?

—El día 31.

—¿Cómo te va quedar el día 2?

—En casa estoy más fiscalizada que aquí, pero el día 2 me viene bien, ¿quedamos en casa de una amiga mía en Abrera?

—En la mía podemos ¿Te dejan la casa? ¿Tienes las llaves? ¿Sabe para qué?

—Prefiero no profanar tu casa. Es muy amiga, lo sabe todo y sí, me la deja. Ella está trabajando todo este mes en Salamanca.

—¿No le molestará?

—No. ¿Tienes una idea mejor?

—No.

—¿Por la mañana o por la tarde?

—Me va mejor por la mañana. ¿A eso de las diez y media?

—Perfecto.

—Tengo que dejarte. Adiós.

Me deja así, habiendo quedado pero a medias. Es tarde y estoy muy cansada, mañana será otro día. Hoy hemos hablado de muchas cosas, me acuesto con una sonrisa pensando en soñar con nuestro primer beso, ya inminente. ¿Y si no le gusta cómo beso? Me levanto con la sensación de haber soñado con ese beso en forma cíclica, una y otra vez, me toco los labios por si de verdad ha sucedido. ¡Qué tonta! Me he despertado como cien veces, estoy nerviosa, no son las siete aún y ya miro el móvil por enésima vez. Esta vez Sergio no se ha conectado durante la noche. Pasado mañana inicio el viaje, saldré a eso de las siete y media y llegaré hacia a las cinco y media. Quedo en Lleida con Naia. Tengo tantas ganas de verla. Le he ido contando todo a medida que las conversaciones se iban intensificando, sin detalles, claro... ¡Este chico me supera! Según avanzan las horas, tanto a Sergio como a mí se nos nota más nerviosos, se acerca el momento de vernos y no sabemos cómo será, si nos gustará, si será un error, si esto irá a alguna parte... Hemos hablado de mil cosas estos días, nos conocemos bastante —si no nos hemos mentido, que parece que no—, me ha contado que las cosas con su mujer hace mucho que no van bien, que no es que no vayan mal, es que se ha perdido la magia; algunas veces han iniciado la conversación de que no están bien, que no se enfadan ni se reconcilian, que simplemente siguen juntos porque la familia es como una empresa. No se molestan tampoco.

Dice que hacían el amor de vez en cuando, sin demasiada asiduidad. Que la rutina ha hecho mella. Que ella hace muchos años le fue infiel con un amigo que había estado en su casa pasando unos días y al ir a despedirlo al

barco ella lo llevó a un bar y se lo confesó. Él la perdonó. Solo le preguntó que con quién quería estar. Ella dijo: contigo. Nunca más volvieron a hablar del asunto.

Le he contado que con mi marido las cosas no están mal pero tampoco están bien, que hace un tiempo que no hay magia. No quiero hablar mal de él y Sergio lo entiende. Le digo que es un pasatiempo. Queda claro por ambas partes que somos amigos con derecho a roce. Tiene gracia que nuestro primer orgasmo juntos sea *on line*, que no nos hayamos tocado y que ya seamos íntimos... Tiene guasa que nuestro contacto más íntimo haya venido dado por unos cuantos caracteres subidos de tono, sin fotos, sin imágenes, solo con el poder de las letras y la imaginación. El tono de las conversaciones ha subido tanto que creo no poder estar a la altura. He creado tal expectativa para hacerme la interesante que creo que no llegaré a hacer esas cosas jamás. Se lo cuento a Naia y se parte de risa. Me pregunta constantemente:

—Lo que no consigas tú... ¿Cómo lo haces? ¿Qué les das? ¿Serán esos pechotes? —Lo dice con una entonación que recuerda a Antonio Recio de *La que se avvicina*—. Lo que yo te decía el otro día —me recuerda—: Torres más altas han caído. Llevo diciéndotelo todo el tiempo: que ese cae, cae a cuatro patas, que este juega pero lo hace bien y que hace tiempo que lo tienes en el bote, te dije que el día que vino al departamento y te besó la mano y hablasteis de autocaravanas... La cosa iba por ti, la atención estaba en ti. Ten cuidado, cariño, no te enamores, ¿recuerdas?

—Naia, quizás ya sea demasiado tarde... Pero tranquila que esto yo lo controlo, que no me enamoro, que solo un par de veces o tres y lo dejo... Él dice que estará conmigo hasta que yo quiera, le digo mi frase preferida: «siempre es mucho tiempo», y me dice que si yo quiero será siempre...

—Uy, creo que ya estás enamorada, tía. Disfrútalo, ahora ya es tarde para lamentarse o para dejarlo. Ya habéis tenido sexo cibernético, que me parto, ya os habéis dicho mil barbaridades que no quiero saber. Ya has sido infiel. Ahora disfruta.

—Me muero de miedo, Naia. Estoy fatal, tengo la barriga caída por tener un montón de niños, estoy flácida, con celulitis, gorda... Me muero, cariño, en cuanto me vea desnuda huye.

—¿Qué dices, loca? Estás estupenda, eres tal y como se te ve por fuera. ¿Te crees que si habéis llegado hasta aquí no te ha mirado ya por todos lados? No seas tonta y si huye ¿qué? Al menos, te lo cepillas una vez... ¿No es lo que querías?

—Hombre... Que huya no lo veo precisamente como un triunfo.

—No se ha visto él con una como tú en su vida. —Grande, Naia.

Al final nos reímos... Nos despedimos y quedamos a las cuatro del día siguiente, mi viaje promete... Me levanto a las cinco y media, no puedo dormir, estoy emocionada, contenta, canto, lo tengo todo preparado, llevo un arsenal de comida para mucha gente, para mis amigos y para mi Naia. Llevo miel de a cinco euros el litro, dos sacos de castañas de 25 kilos para hacer bolsitas y para quedarme con unas cuantas... He aprendido a hacer puré de castañas para acompañar con carne, como me dijo Sergio —¡hasta hemos hablado de cocina! ¡Sabe cocinar rico!—.

Primer mensaje de buenos días de Sergio diciendo: «Ve con cuidado, amor, te quiero vivita y coleando. Deseo verte, no mires el móvil». Mensaje de Naia, que no mire el móvil, que conduzca con cuidado y que nos vemos en Lleida a las cuatro. Mensaje de mi marido diciendo que buen viaje y que no mire el móvil... Al final, me escriben todos para que no mire el móvil... ¿cómo quieren que los lea y obedezca? Respondo «OK» a todos con copia y pega, excepto a mi Sergey que le digo: «Ok, amor, iré con cuidado, te escribo cuando pare a comer». Vale, no me quejo porque me conocen y saben que aunque no debo lo miraré. Me hago una promesa a mí misma, dejo el aparato del diablo dentro del bolso en el asiento del copiloto prometiéndome no mirarlo hasta parar. Y creo que lo consigo hasta que me doy cuenta de que llegaré antes a Lleida, a ver a Naia. Y claro...para que se vaya preparando.

Llego por fin a Lleida con un sueño que me muero. Ella me espera con su hija pequeña, ese torbellino precioso de pelo rubio, ojos azules, sonrisa encantadora y cariñosa como ella sola... Mientras tomamos café, me dice que estoy estupenda, que el amor me sienta muy bien, su hija se va a un tobogán y llora, ella se levanta resoplando y me dice que es una exagerada: la niña se ríe al ver a su madre y la complicidad entre ambas me hace recordar a mis chiquitines cuando eran así de pequeños.

—Ya te dije que torres más altas han caído... ¿Y ahora qué?

—Ahora hemos quedado.

—Qué fuerte. Te idolatro.

—Mucho. Es mi jefe, tía...

—Y el mío y el mío... Jajajaja. Muy fuerte. ¿Y luego?

—Luego nada, ya veremos, no adelantemos acontecimientos. ¿Y si no nos gusta?

—Lo que no sé es cómo puede gustarte ya. —Se ríe estrepitosamente—.

Pero ¿qué le has visto?

—No me entiendes, es su carácter... Su cultura, su forma de expresarse, la manera que tiene de enseñarte sin creerse nada, sin hacerte sentir una paleta; es su mirada, es su forma de dejarme embelesada con una sonrisa estúpida en la cara... Son esos ojos semiverdosos que se meten en mi alma...

—Ya, eso sí. Pero de ahí a la cama...

—Pues no sé. Me pone. Me muero de ganas de besarle, llevo tiempo pensándolo, ¿es una obsesión? Tal vez. No sé explicarte por qué, hay química...

Continúo mi viaje después de avisar a todo el mundo de que estoy bien y sigo en ruta. Llego a casa cansada y muerta de sueño pero el subidón hace que no pueda parar, no puedo estar quieta o descansar... Mi marido no está: tenía una reunión. Me está esperando mi hijo mayor, que cuida a los pequeños, para hacer unas fotocopias y una encuadernación de un trabajo. Como no me dé prisa no llego. Cojo niños, los meto en el coche, vamos a hacer la encuadernación, paso por la tienda de lencería y en un cuarto de hora me compro tres preciosos conjuntos, andaba algo justa... Recibo wasap de Sergio:

—Hola. Deseando verte. ¿Has llegado bien?

—Perfecto todo. ¿Puedo ir a verte en media hora?

—Está Úrsula.

—Solo para daros la miel, no me molesta si a ti tampoco.

—Ok. Bajaremos los dos.

—Ok.

Dejo a los niños en casa. Me pongo el jersey verde y los vaqueros. Cojo la bolsa y la pongo en el maletero, la miel y la bolsita de castañas Longal, las mejores de las que se dan en mi pueblo, y salgo rumbo a su casa. Hemos quedado en el local de su hijo, una pizzería nueva en la que ayuda muy a menudo, imagino que hasta que se lancen él y su socio solos y puedan seguir sin ayuda. No entro. Cuando llego están fuera fumando y esperándome. Me da un subidón volver a verlo y un vuelco el corazón. Estoy nerviosa y mi sangre golpea las venas con fuerza, siento hasta las sienes en movimiento, me noto el corazón casi cabalgando, creo que hasta ellos podrían oírme si se acercan un poco... Me reciben con una sonrisa. Está guapísimo, sus ojos desprenden un brillo especial y maravilloso, es la primera vez que nos vemos desde que empezó nuestra «relación». Y me indican que aparque en un sitio concreto. Salgo, la beso a ella, me siento un poco Judas, beso al hijo y

cuando, por fin, le toca a él, me da un beso en la comisura de los labios y en la otra mejilla. Me quedo blanca. Disimulo como puedo, parece que no nos ha visto nadie, admiro su atrevimiento y alucino... La conversación es animada, a cambio de las castañas y la miel me dan una cajita de setas *nosequé* para hacer con pollo y la receta. Úrsula mete la caja en el maletero y tengo que apartar la cajita de mi lencería, de la que asoma una caja con el dibujo estupendo de un sujetador con encaje, se ve lo que es. La aparto con disimulo. Me invitan a que entre al bar a tomar algo con ellos. Estoy nerviosa y dicharachera, hago movimientos, me río y se ríen conmigo, me ponen un café con leche, ellos toman cerveza.

Él me mira con una sonrisa y me pregunta sobre las marcas de las castañas, se mete conmigo continuamente. Nos reímos los tres. Su mujer se va a ayudar a la barra a su hijo, mientras él aprovecha y me acaricia una mano. Detrás de nosotros hay un espejo enorme por el que podía habernos visto cualquiera. Le miro con los ojos abiertos de par en par, sin creermelo muy bien lo que está pasando. Se ríe y cambia de tema. Me habla del puré de castañas, que con carne queda de lujo, ella comenta que al día siguiente se tiene que ir al médico con su madre. Él me mira. Entiendo la mirada. Me voy a casa deprisa porque estoy nerviosa y temo que se note. Lo dejo allí. Me envía al Messenger:

—Estás preciosa. Llevas el mismo jersey verde de nuestra primera cita

—Muy observador... Tú estás como siempre, fantástico. Eres tremendo. Te veo pasado mañana... Deseando que llegue.

—No sabes las ganas que tengo yo. Tenía unas ganas locas de besarte la sonrisa preciosa que llevabas puesta ahora... Estabas nerviosa.

—Ya lo has hecho, descarado, me has besado en la comisura de los labios. ¡Como para no estarlo! Conduzco. Hasta luego.

—Espero que te haya gustado.

—Excitante.

Capítulo 8

Llego a casa y estoy tan cansada que no puedo ni mover un dedo pero tengo que cumplir. Hacemos el amor sin demasiado énfasis por mi parte y caigo en un sueño profundo... Alguien enciende la luz y se mete en la cama, me despierto vagamente y a mi mente viene el recuerdo del beso en la comisura de los labios, con esa mirada profunda clavada en mis pupilas y esa sonrisa traviesa dejándome ver que ha sido hecho a propósito. La niebla de Morfeo me acuna dulcemente y mi sueño intranquilo y dulce me acompaña el resto de la noche. Me despierto muy temprano, no puedo dormir más. Me levanto para no despertar a nadie y me encierro en la cocina a desayunar. Me pongo a preparar con la Thermomix un magnífico puré de castañas. Las escaldo para pelarlas, las pelo y las meto en la Thermomix, tal y como dice la receta —internet es mágico—. Me queda un puré tan fino y tan bonito que lo fotografío y lo cuelgo en Facebook. En seguida un *like* en mi foto y un comentario que dice que quiere un poquito. Miro el móvil y ya tengo sus buenos días. Hoy es día 1, hemos quedado mañana pero no creo que pueda esperar sabiendo que está tan cerca. Naia me dice que soy una ansiosa. Ahora que pienso en Naia... ¿cómo irá su historia de amor con Pol? Inmediatamente le pregunto. Su respuesta me deja más intrigada aún: «Te llamo en diez minutos que es largo y estoy liadilla ahora».

Sigo a lo mío sin dejar de pensar en ella. Miro el Facebook de nuevo y ya tengo otro *like* y otro que quiere otro poquito, ambos del mismo pueblo, ambos pretenden que se lo lleve... Respuesta general: «El que quiera que lo venga a buscar». Inmediatamente recibo un wasap:

—Mío.

—Te lo guardo.

—¿Paso a eso de las once?

—Hecho.

Lo primero que hago es meterme en la ducha y decidir el modelito. Mi marido se despierta y se levanta a desayunar, en un momento lo hacen también los niños. Tengo la casa llena de ajetreo, recojo lo que puedo. Voy dando órdenes a diestro y siniestro. Aviso a mi marido de la visita y arquea las cejas pero parece no importarle. Hago las camas, ventilo la casa, recojo los desayunos, pongo el lavavajillas... En poco tiempo vuelvo a estar sudando, así que me doy otra ducha. Mi marido se extraña mucho y recuerdo lo que le envié a Sergio de los foros para no levantar sospechas... Seré yo la que deba leer esas cosas, por lo visto. En una hora llega Sergio, hablamos por

WhatsApp para darle las indicaciones oportunas para llegar a mi casa. Se perderá seguro, como todos, como siempre. Pero eso me dará la excusa perfecta para ir a buscarlo y estar a solas unos minutos... Se acerca la hora. Pongo en un *tupper* el puré de castañas y dejo otro poquito para otro amigo que me lo ha pedido; en mi casa, el puré de castañas solo me gusta a mi y he hecho para parar un tren... Por fin, llamada de Sergio.

—Hola, estoy perdido.

—¿Qué ves a tu alrededor?

—Un cartel que pone «información».

—¿Calle?

—No veo el nombre. ¿Me has liado para que no llegue?

—Jajaja, envíame una foto, te voy a buscar.

Cojo la moto con el casco puesto y salgo en busca de mi amado perdido, con el móvil en el bolsillo. No lo veo, recibo una llamada que no puedo coger porque en moto y con el casco puesto es muy difícil. Paro la moto y llamo, la llamada era de mi marido.

—Ya ha llegado. Vuelve.

Vuelvo y me mira extrañado al ver la moto. Mi marido está dentro del terreno con la puerta del parking abierta y Sergio está fuera, imagino que no le ha invitado a entrar... Seguro que era el coche con el que me crucé, iba tan ensimismada y nerviosa que no me fijé, ni sabía que coche tenía... Le doy dos besos y me dice:

—Vaya indicaciones...

—¿Qué? Eres el único que se ha perdido, todos llegan siempre a la primera.

—No era la calle que me dijiste... Era la calle Orquídea, no Mimosa.

—¡Ups! Pasa ¿Qué hacéis fuera?

Su mirada ya no es aquella de ayer. Ahora está más pausado. Pasamos y le invito a ver la casa, mi marido entra en la cocina... Dice que está haciendo natillas, así que le enseño yo sola la casa. Pasamos por todas las estancias perseguidos por los niños, no será posible darle un beso hoy. No estaría bien. Pero me atrae, mucho, me arrastra, no pienso con claridad cuando estoy con él. No me importa nada, solo quiero estar con él, cuanto más cerca mejor, olerle el cuello, tocarle... No se pone colonia o no usa o se le va el olor en seguida... Quizás no use. Dentro de casa no nos hemos visto libres de niños, así que solo nos miramos con complicidad de vez en cuando, me acaricia una mano sin querer. Mi hijo mayor habla con él mientras le da la mano, parece

que hay *feeling* y no puedo evitar pensar en la romántica idea de que se lleven bien y pueda ejercer algún día de padre de familia, todos juntos, en una unidad... Desecho esa idea estúpida y me centro en él. Mando al niño a estudiar: uno menos.

Llega la hora de enseñarle el exterior mientras le ofrezco un café. Mi marido sigue con las natillas pasando olímpicamente del invitado, cosa que me extraña pero, esta vez, lo agradezco. Salimos y le enseño la piscina y las vistas, con las que alucina. Está desubicado, supongo que esta vez nos hemos pasado y él no debería estar aquí... Pero está.

Sigo con el *tour* y llegamos a la esquina, a donde los niños, por fin, no nos han seguido y sus miradas no pueden llegar. Lo cojo por la pechera y lo atraigo hacia mí. Nuestro primer breve beso le deja entre nervioso y excitado. Supongo que no beso del todo mal, después de todo, y la emoción furtiva del momento ha hecho que la sangre le corra a borbotones, ruborizando sus mejillas. «¿Seguimos?», le digo con mi amplia e impoluta sonrisa. Naturalidad. Aquí no ha pasado nada. Miradas cómplices.

—Besas de puta madre. Por este lado podemos ver mi cerezo, que este año solo ha dado once cerezas pero que mimamos mucho para que el año que viene nos dé más.

—Te pasas mucho. Es preciosa la casa... Y tú. Besas de puta madre.

—¿Café?

—Sí y puré y me voy, que me estarán esperando en casa.

Llamo a mi marido para que nos acompañe por lo menos a tomar café y obedece. La conversación es relativa a la dirección de mi casa y a las contradictorias indicaciones que siempre doy a todo el mundo. Conspiran contra mí delante de mí. Hombres...

Llega la hora de que se vaya y me ofrezco a guiarle con mi coche para que no se pierda. Él sabe que no se perderá pero la idea de estar a solas, aunque sea unos minutos, le hace tener la rapidez mental de decir que se perderá con toda seguridad. Cojo mi coche y me sigue; a veces, tengo la sensación de ir muy rápido. Él cuida más su coche pero no me pierde de vista. Por fin, intermitente a la izquierda y me meto en una calle. Me sigue a pesar de saber que ese no era el camino para volver a su casa. Se baja del coche, lo espero apoyada en mi capó. Me entretengo mirando sus movimientos mientras cierra la puerta y se acerca. Lo miro de arriba abajo. Me mira con deseo:

—Pensaba que no pararías...

—Nos despedimos, ¿no?

Sin más dilación, se acerca con los labios entreabiertos, lo espero con ansia y su beso me traslada más allá de lo impensable. ¡Dios! Besa de escándalo. Sus manos acarician mi cara, mi culo y mi espalda; me siento eufórica. Me acaricia los pechos por fuera de la ropa y aprieta en la justa medida para hacerme estremecer hasta el centro de mi punto más erógeno. Los movimientos de su lengua dentro de mi boca me hacen coger esos besos con la pasión desmedida de la química que hay entre nosotros. Es el beso más deseable del mundo. Siento su erección pegada a mí. No paramos de besarnos mientras me dice que beso como los puñeteros ángeles y yo le repito que deseaba este beso como nada en el mundo. Me abraza fuerte, recordándome la cita de mañana a las diez y media. Quizás ese día debí parar pero esto ya es imposible, creo que no podré vivir el resto de mi existencia sin esos besos.

Nos despedimos con la prometedor mirada de que mañana habrá más y mejor. Vuelvo a mi casa, casi volando en los baches, entre los nervios, la ansiedad y la certeza de hacer tardado un poquito más de lo previsto pero, al llegar, todo sigue igual y nadie me ha extrañado, han sido solo unos minutos.

Recibo en el Messenger:

—Eres increíble.

Sonrío para mis adentros y me encargo de acabar de pulir mis otras relaciones sociales. Hablo con mi otro amigo, el que también quería puré, y quedo con él esa misma tarde a las seis para tomar un café en su pueblo, en la cafetería que hay al lado del Starbucks. Veo que Naia me ha llamado dos veces. Estaba ocupada, lo entenderá.

La llamo desde mi habitación para que mi marido no oiga la conversación:

—Venga, que te lo cuento... Ayer me llama a las diez y media, yo estaba durmiendo a la niña, así que le llamé yo al terminar. Lo primero que me pregunta es si puedo hablar, le digo que sí y me dice: «si no puedes, no contestes, me lo escribes luego. Déjame hablar y, luego, si no estás de acuerdo o no puedes, me dices ‘vale, mañana te digo algo’ o lo que tú veas. ¿Vale?». Le digo que sí y empieza cogiendo aire. Tiene una voz preciosa, es que casi podía verlo vocalizar con esa sonrisa que tiene mientras me decía: «Pasado mañana tengo el día libre, me gustaría llevarte a ver una cosa, ya sé que las sorpresas no te gustan pero solo esta vez, solo una vez, te lo prometo, confía en mí...» Y le dije: «Mañana hablamos».

—¡Hala! ¿Lo dejaste así?

—Sí. ¿No le gustan las sorpresas y las emociones? Pues a esperar una...

—Qué mala eres.

—Hay que mantener un poco la intriga para que la magia crezca ¿No era esa una frase tuya?

—¿Y hoy?

—Le he llamado hace una hora más o menos y...

—Dime, dime, dime. ¡Por tu madre! —le digo casi saltando.

—Le he dicho que no me gustan las sorpresas pero que por esta vez haré una excepción. Le pedí una pista y me dijo: «Te gustará».

—Ostras... Aquí hay tema pero vaya —digo imitando a Enrique Pastor de *La que se avecina*.

—¡Qué va! —dice soltando una carcajada—. Me muero de miedo, esta no soy yo. Yo no soy así. No necesito este tipo de emociones en mi vida. No sé disimular, lo pasaría fatal...

—Bueno, date un tiempo... Quizás tengas principios, después de todo.

—Claro que los tengo. Pero no me refería a eso, es que yo no sirvo para engañar, me sale mal. Se me nota a la legua que estoy ocultando algo. Ojalá pudiera, de verdad, porque este marido mío es lo que se merece, pero hija no sé... Si le soy infiel, será solo un poquito.

Nos reímos y la conversación me hace reflexionar sobre mi situación: quizás ella sea la «normal». Conozco muchas personas que son infieles por motivos muy diversos: por aburrimiento, por falta de amor, por no poder mantenerse económicamente sin pareja, por diversión, por venganza... Yo no es que quiera ser infiel —me parece lamentable— es que necesito a esa persona, necesito sentirla, lo que me da, lo que me hace pensar sobre mí misma y sobre nosotros, el subidón de autoestima... Sé que no tiene perdón, sé que me convierto en una persona despreciable. Conozco a una chica que considera que ¿por qué no? Que no es despreciable, que a la otra persona no la quieres, no va a tener más de ti que unas risas y buen sexo, que si ni el marido ni nadie más se entera, no pasa nada... Tú consigues de la otra persona lo mismo que la otra persona de ti y los demás no sufren por ello. Supongo que cada uno es libre de pensar lo que quiera. Mi problema es que sé que está mal y no puedo parar.

Colgamos el teléfono. Después de comer y de una animada charla en casa sobre economía familiar, sobre si tener niños es un acierto o un error y sobre si vacaciones todo incluido o paseos por las ciudades más destacadas de Europa, nos ponemos en marcha para entregar el puré al otro amigo que nos

lo ha pedido. Me tengo que pensar esto de regalar cosas a la gente... Seguro que de todo esto no recibo más que una sonrisa a cambio. Los regalos o favores no se hacen para ser recompensados o para que retornen pero eso solo se dice cuando no eres tú siempre el que da y el que nunca recibe. Nunca o pocas veces... ¿Soy detallista o gilipollas? «Ya lo pensaré mañana», pienso evocando a Escarlata O'Hara de *Lo que el viento se llevó*.

Salimos hacia el lugar en el que hemos quedado y doy aviso vía WhatsApp a mi amigo/amante, por si puede acercarse: «Estaremos a las seis al lado del Starbucks con Samuel». Recibo un «Ok». Al llegar nos sentamos y esperamos a nuestro amigo, un personaje peculiar, un encanto, pero peculiar... Llega y se sienta, comentamos lo típico después de las vacaciones: cómo ha ido, cuándo empiezas, cómo estás... Y le hago entrega de su puré intentando disimular la circunstancia: «¿qué pasa? ¡A más amigos les regalo mis creaciones culinarias!». Por la calle veo aproximarse a lo lejos a Sergio, me pongo nerviosa y me remuevo en la silla; se hace el encontradizo y pregunta si se puede sentar en el sitio libre que hay a mi lado —justamente—. Asentimos todos y hacemos las cortesías típicas, a lo que mi marido añade: «o no nos vemos nunca o nos vemos a todas horas». Sonríe nervioso y me da una pequeña patada por debajo de la mesa. Disimulo y hablo con Samuel. Situación extraña, emocionante y contradictoria... Deseando que llegue mañana. Después de unos minutos anuncia que se tiene que ir al banco, da un apretón de manos a mi marido —también es un Judas—, a Samuel, dos besos a mí y desaparece calle abajo, no sin antes darse la vuelta para mirarme y dedicarme una carantoña que solo yo aprecio.

Continuamos la conversación pero yo ya he tenido lo que quería. Así que deseo dar por terminada la reunión e irme a *hacerme los pies*, pintarme las uñas... en definitiva, preparar la cita. Seguro que ellos no hacen lo mismo: una ducha mañana por la mañana y listo. Pero yo quiero volverlo loco, quiero tenerlo a mi merced, que se enamore... Y todo eso lleva cierto trabajo físico y psicológico. Quiero vivir intensamente, sea lo que sea esto que estamos iniciando.

Son las siete de la mañana y no puedo dormir desde hace media hora. Para no seguir dando vueltas y no despertar a nadie, me levanto y preparo café. Sola en casa, siendo día 2 de noviembre y muy nerviosa, huelo el café y soplo; mis dos manos están sujetando la taza humeante, a pesar de estar en noviembre, este año no hace frío, pero a estas horas el fresquito hace que se agradezca un poco de calor. Me voy al baño y me ducho, el gel que uso es

uno con olor a miel, me pongo perfume de Tous y mi colgante favorito en forma de corazón. Un jersey anchote de color azul y tela caída que hace que se marque un poco la cadera y nada la tripa, que ya miro con espanto porque se acerca la hora. Los vaqueros que más me favorecen y unos taconcitos, no muy altos, que él no es muy alto y temo pasarle... Me retoco el maquillaje y decido salir de casa antes y tomar un café por Abrera y acondicionar el piso de mi amiga y adornarlo con velas que ha dejado para mí. Me llevo un reproductor de música con canciones románticas. Decido comprar cruasancitos en la panadería de en frente.

Llego a casa de mi amiga y me ha dejado un servicio *tú y yo* de café, la máquina preparada, las sábanas limpias, dos toallas dobladas al fondo de la cama y varias velas. Preparo la mesa, abro las cortinas, pongo música, enciendo las velas y hago foto de la estancia. Envío fotos por WhatsApp para mis dos amigas: la dueña de la casa, Ainhoa, y Naia. Estoy nerviosa, voy al baño a orinar continuamente debido a los nervios y temo que me pille en una de estas. Me lavo cada vez que orino, esto es un no parar. Elijo una canción concreta mientras espero: *Te he echado de menos* de Pablo Alborán y me siento en el sofá a esperar, inicio la lectura de mi libro *Hai que ir morrendo*, lectura en gallego muy recomendable de Javier López Rodríguez, que también escribe en castellano. No creo que pueda leer mucho o enterarme de lo que leo pero tiene que pasar el tiempo de alguna forma, porque ya no sé a dónde ir... Me levanto, miro por la mirilla, voy a la terraza y miro por el balcón pero entonces temo no oír el timbre y vuelvo a entrar. La terraza de mi amiga es grande, tiene un toldo y una barbacoa. La casa está impecable. Me siento de nuevo e inicio la lectura una página atrás. Recibo un wasap que me dice: «He aparcado algo lejos. Llego en tres minutos». Mis pulsaciones suben de 100 a 170, así, sin pasar por un término medio saludable. Me pongo la mano en el pecho y lo noto casi a mil por hora. Intento hacer café, saco la leche, el azúcar... Estas dichosas máquinas que me quieren hacer la puta vida imposible... No hace café, no sé qué la pasa. Suena el timbre de abajo. Un *meeeecccc* que me vuelve a aumentar las pulsaciones. Tiemblo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Ahora no hay vuelta atrás. Si me rajo... ¿qué coño? ¡No me quiero rajar! ¡Quiero vivir esto, sea lo que sea, con intensidad, con todos los sentidos!

Salgo al ascensor a recibirlo con mi mejor sonrisa y así, de paso, no le hago esperar en el rellano de mi amiga; los vecinos pueden pensar que es un amante de Ainhoa y no es conveniente, encima de que me deja su casa...Por

fin lo veo sonriendo a través del cristal del ascensor mientras sube. Mis pulsaciones me traicionan de nuevo y creo que tengo un ligero color rojo tomate pasión en las mejillas... Abrimos la puerta, nos decimos hola y entra para esperarme en el recibidor durante el medio segundo que tardo en cerrar la puerta.

Creo que las miradas podrían dar discursos durante ese medio segundo, la pasión se desata, llevamos tanto tiempo esperando que no nos lo podemos creer. Por fin solos, lejos de miradas reprobadoras, solos con nuestro secreto. Mi sonrisa y la suya se besan de forma apasionada e intensa, ladeamos las cabezas hacia ambos lados con un hambre voraz el uno del otro. Apenas sé cómo le quité la chaqueta que está en el suelo, mientras nos besamos le digo «hola, mi amor», «hola, vida», ni me oye, su boca me besa de forma casi violenta, siento abrirse todos los poros de mi piel, lo recibo con avidez, con la desesperación del que lleva esperando esto toda la vida. Nos desbordamos y derrochamos todos nuestros besos para dárnoslos en este momento, no importa el mañana, no importa nada. Aún no sé cómo lo arrastro hasta el sofá mientras su mano busca el cierre de mi sujetador por debajo del jersey. Sin saber cómo lo ha hecho estamos en el sofá tumbados a medias y él, asombrosamente, ha logrado retirar con una sola mano sujetador y jersey en un tiempo récord; ha desaparecido todo mi pudor. Me veo semidesnuda con su boca por todo mi torso, y en la boca, me besa las mejillas, me besa los ojos en lo que me pareció un gesto de amor y pasión inequívoco. Sus ganas locas me dispersan y me hacen enloquecer. Logro decir un «espera» jadeando, mientras sus besos descubren mi lengua... Dice un «perdona» apenas audible y le digo con una sonrisa y toda la calma que puedo reunir:

—No estamos en igualdad de condiciones.

—No, perdona.

—No puedo desnudarte con tus manos por todas partes.

—Cierto.

—¿Vamos a la cama?

—¡Es que no me has dejado respirar! ¡Me has tirado encima de ti en el sofá! —dice mientras se quita la parte de arriba. Me río.

—No es del todo cierto... Digamos que tú no me has dado otra opción.

—Mentirosa preciosa...

Camiseta interior blanca, camiseta azul cielo y una chaqueta de cremallera de color gris oscuro con dos líneas negras horizontales que atraviesan el pecho. Ni me fijo en cómo le quedan, las ganas se apoderan de

nuevo de los dos y vamos abrazándonos y besándonos hasta la cama, no puede mirar por dónde vamos, lo que hace que se tropiece con el marco de la puerta que nos lleva al dormitorio y casi caemos al suelo. Los besos se interrumpen con risas nerviosas pero continuamos a dos milímetros. Las ganas son poderosas. Mira a su alrededor. Nos tira en la cama, cae encima de mí y continúa desnudándome... Pero él sigue con los vaqueros puestos. Me quedo desnuda porque me quita la ropa interior a la vez que la exterior con una rapidez y una agilidad pasmosa. Vuelvo a pararlo porque me veo incapaz, con su peso, de poder quitarle los pantalones. Lo necesito. Mientras me ayuda a quitárselos me fijo en los calzoncillos, azul oscuro y usados, muy usados, supongo que el manual de «cómo ser infiel sin que te lo noten» empieza con «no te compres calzoncillos nuevos, que te pillan». Al menos podía haberse puesto unos un poco más bonitos; no importa el envoltorio, resto importancia a todo, solo deseo sus besos. Sus manos no paran de moverse y recorren todo mi cuerpo; lo mismo me acaricia la cara con ambas manos como me aprieta los glúteos, me mordisquea algunas veces hasta hacerme sentir un dolor soportable y placentero. Es asombroso cómo puede hacer que todas las zonas erógenas de mi cuerpo estén alerta y pidiendo guerra a gritos. No puedo pensar en nada más que no sea él y lo que estamos haciendo, solo puedo disfrutar del momento. No hay culpa, estoy tan centrada en todo lo que siento que las numerosas verrugas, irregularidades y pecas que tiene en la espalda no tienen importancia, no me distraen, solo sé que están ahí, que las noto. Quiero verlo pero no puedo parar de disfrutar, tendré tiempo al acabar. Me da miedo no poder satisfacer ese torbellino de placer, hago lo imposible por hacerle saber que me hace disfrutar porque mi objetivo hoy no es solo el orgasmo, mi objetivo es volverle loco y que desee repetir. Mi objetivo es que se sienta un mago del placer, un superhombre capaz de hacerme sentir mil mariposas por todo el cuerpo. Quiero que se enamore a través de todo lo que puedo ofrecerle, hoy a través del sexo, mañana a través de mi profesionalidad y pasado de mi carácter, que él mismo define como alegre, fresco y divertido. Me sorprende a mí misma sintiendo mil cosas pero sin poder alcanzar el orgasmo, estoy más pendiente de gustarle que de llegar al punto álgido del acto sexual. Considero que estoy tardando más de la cuenta y valoro la posibilidad de fingir un orgasmo para que no lo alcance él antes y hacerle sentir lo que los hombres creen que conlleva acabar antes que la mujer... Sigo pensando que es un pensamiento machista, es algo inherente al hombre, que no voy a poder cambiar hoy y que, además, no me apetece

pensar... Así que finjo el orgasmo y me deleito con sus caricias. Me mira la cara de placer y se lo cree. Sé que no es la forma ideal de culminar la historia, sé que nos dijimos que no nos mentiríamos, sé que no se enterará nunca de este pequeño engaño y que se sentirá más que bien cuando sepa o crea que me ha hecho ver las estrellas. Sigue acariciándome por todas partes, esta vez de forma más tranquila, la pasión primera ha desaparecido dando lugar a unas caricias con más amor que sexo, sus besos son más dulces que antes y me excitan mucho más, creo que será posible alcanzar el orgasmo si sigue así y si consigo concentrarme en mí y no en él. No olvido que él aún no ha acabado, me susurra que disfrute y así lo hago. Ahora me acaricia las partes más sensibles de mi cuerpo y nota que es posible una «segunda vez». Me embiste con fuerza, su cara de vicio me demuestra que lo está disfrutando; le devuelvo las miradas lascivas, no puede más y me pide que acabe. Obedezco. De repente, le oigo gemir alto, demasiado alto, le tapo la boca con la mano mientras sonrío para que los vecinos de Ainhoa no alucinen. Deja de gemir y se queda exhausto. Le beso, le acaricio. Lo miro más detenidamente... No nos engañemos: he conseguido mi objetivo, quería hacerle vivir una experiencia única y quería sus caricias y sus besos y su intimidad. El resultado final no era alcanzar el orgasmo, era alcanzarlo a él y lo tengo entre mis brazos.

El letargo no dura mucho, se acurruca abrazándome y hablamos entre susurros:

—Eres maravillosa.

—Eres alucinante. No me imaginaba que pudieras ser tan pasional.

—Eres una pasada, tía. Yo sí me imaginaba que eras la caña. —Nos reímos—. Lo que no sabía es que eras multiorgásmica.

—No lo soy.

—Lo eres.

—Vale. ¡DIOS! ¡ME HE TIRADO A SERGIO!

—Jajaja Y yo a ti... Eres preciosa. Sonríeme siempre.

—¿Quieres un café?

—Sí, déjame un minuto así, abrazados, y nos tomamos ese café, que no me has dado tiempo a nada al llegar. —Se ríe.

—¿Yo? ¡Si me has tirado en el sofá y me has desnudado antes de saludarme!

—¡Tendrás cara! ¡Me has tirado tú!

Nuestras caras de sorpresa nos hacen reír. Nos levantamos y preparo café

con el jersey y las bragas puestas. Al verme hace lo mismo y se pone los calzoncillos, no quiero mostrar mi cuerpo, me siento pudorosa. Sé que no debería pero no puedo evitar estar llena de complejos, que lejos de la pasión y la excitación, recuerdo perfectamente. Me sigue y me abraza por detrás mientras preparo café. Me besa en el cuello y recuerdo que yo sigo teniendo ganas de él. Mi Sergio... Nos prometemos que nunca nos mentiremos aunque nos duela la verdad, nos juramos que seremos amigos pase lo que pase y que seremos profesionales aunque esto salga mal... que no será así porque es precioso lo que sentimos.

Seguimos hablando de los porqués de esta relación y ni uno ni otro acertamos a decir nada más que es intenso e inevitable. Me dice continuamente que le dejaré yo, cuando me canse del cincuentón... Me río y le miro con la condescendencia del que sabe que no será fácil que esto que siento desaparezca. Borro el pensamiento de inmediato y se levanta. Sigo sentada, me da la mano y me ayuda a ponerme de pie. Me abraza, me besa, me retira el pelo de la cara para poder mirarme de cerca con esa sonrisa que me vuelve loca. Al acariciarme percibe que mi cuerpo se estremece, intensifica sus caricias y me retuerzo de placer. Sigue acariciándome y me lleva de nuevo a la cama... Esta nueva y pronta sesión la supongo con más calma, ya que me figuro que hemos roto el deseo acumulado durante estos meses en el polvo anterior, pero me sorprende con la misma furia y la misma pasión, a la que correspondo agradecida y con la misma fuerza que la vez anterior. Esta vez me fijo más en el tacto de su espalda rugosa, no me gusta pero forma parte de él y seguro que a él no le gusta mi barriga caída y rellena, rallada por el paso de los embarazos. No me importa, todo forma parte de él y me gusta así, lo deseo así de imperfecto. Anhele sus dientes diferentes y sin color definido por el tabaco, lo adoro aún con los calzoncillos usados, a pesar de que he cuidado mi ropa interior con el mimo del que va a entregar algo valioso.

Salimos de la cama, me hago un moño con una goma porque por culpa de los dos revolcones no hay quien peine esto que hay encima de mi cabeza. Me abraza de nuevo y agradezco hasta el infinito esos mimos después del sexo, cuando se supone que ya no son necesarios por el objetivo conseguido. Se tiene que ir pero antes se fuma su segundo cigarro, mientras me abraza, y se despide prometiendo verme esta semana y conversaciones por WhatsApp. Me dice:

—Te diría que te q...

—No, no lo digas. —digo riéndome.

—Mejor, no. Gracias. Eres espectacular. Estaré esperando ansioso volver a verte. ¿Hasta cuándo tienes la casa?

—Un mes sí, un mes no y fines de semana alternos.

—Tienes un chollo.

—Se llama amiga, no chollo. —Nos reímos.

Le acompaño hasta la puerta y toco el botón del ascensor sin dejarlo salir, si lo ven, que sea poco... Mientras tanto, sus dientes muerden su labio inferior y me mira de arriba abajo. Me siento observada y mi timidez aflora, pero me gusta. Me gusta su mirada de vicio, me gusta su casi te quiero... Me gusta mucho.

Vuelve a besarme apasionadamente con un largo abrazo y se despide con un «hablamos por WhatsApp. Avísame cuando llegues a casa. Has estado impresionante. Eres maravillosa».. Subidón que no me deja estar quieta. Caminaría saltando como los niños si no tuviera 40 años... No puedo parar. Recojo la cama, recojo la cocina. Dejo todo más o menos como lo encontré, sabiendo que mi amiga notará exactamente por dónde he pasado: lo que tiene ser tan metódico y pulcro con la limpieza. Recibo un wasap: «Amor, eres apasionante. Me tienes a tus pies».

Otra vez las pulsaciones a ritmo de *Autopista hacia el infierno* de AC/DC.

Capítulo 9

Llego a casa casi levitando por la mañana de sexo, por el logro conseguido, por los wasaps continuos de amor recordándome lo fantástica que soy... Me ducho y me peino. Los enredos me cuestan un cuarto de hora y medio bote de suavizante. Me sobran energías y limpio la casa, pongo una lavadora, hago un guiso de carne estupendo. El amor te da pilas para no dormir, hacer deporte y pasarte el día limpiando... ¡Es una pasada!

Le envío un wasap:

—Hola, amor. Ha sido maravilloso poder tenerte un ratito esta mañana y me muero de ganas de volver a verte ¿Me has drogado?

—Perdona, me he dormido, me has dejado K.O. —contesta pasada una hora—. Eres fascinante. Me encanta tu sonrisa.

—Perdonado. Tú a mí me has dado energías para un mes, jajaja

—¿Sabes?

—No sé. Dime, amor.

—Me has rejuvenecido unos 20 años...

—Jajajaja A juzgar por tu forma de «jugar», ya eras ágil y joven antes...

—Jajaja, exagerada.

—No es exageración... Es amor. Y que eres la caña en la cama... Y fuera de ella.

—Tú eres la caña, alucinante, buenísima. Me voy a pasear a Sira. Te echo de menos. Estoy deseando volver a verte, si tú quieres.

—Hablamos. Me tienes loquita. Disfruta del paseo.

Difícilmente puedo concentrarme en tareas más estáticas, a pesar de estar empezando el grado de Criminología a distancia y tener mucho que estudiar y un libro a medias que me encanta y otro en espera que deseo leer. A duras penas puedo hacer nada más que no sea pensar en él, escribirle y esperar sus palabras, pero me hago la fuerte e intento hacer cosas más movidas, que descarguen un poco de adrenalina y me seren en el subidón que llevo encima. Quedamos en volver a vernos, ya no decimos una vez más, ya sabemos que serán más veces, las que dure el idilio, ya sabemos que podemos controlar estos sentimientos y guardarlos para nosotros solos —y en mi caso para Naia y para Ainhoa—. Por cierto, voy a llamar a Naia, a ver qué es de ella. A pesar de hablar con ella a diario, siempre tenemos cosas nuevas que contarnos y de las que reírnos. No sé cómo lleva lo de su amigo porque la pobre solo aguanta mis monólogos sobre mi aventura con Sergey. Siempre me dice lo mismo: «No sé qué le ves. Pero si es la mitad de intenso que tú, vívelo y

disfrútalo. Te digo que parece tan realista como yo y los realistas no dejan una relación duradera, rutinaria y estable como la suya para correr detrás del amor de su vida, por muy enamorado que lo llegues a tener». Siempre contesto lo mismo, con toda la falsa seguridad que puedo aparentar, sabiendo que no tengo la certeza: «No veo en Sergio a mi marido, me conformo con lo que tenemos, solo una aventura; no dejaré a mi marido, solo es un juguete. Nunca le pediré que deje a su mujer, nunca le diré que quiero una vida con él». A pesar de pronunciarlo con una seguridad pasmosa, sé que no es verdad. Sé que posiblemente cambie de opinión algún día. Aún no, algún día... Si no nos pillan antes. Al pensar esto sube el rubor propio de la vergüenza a mis mejillas pero aparto las sensaciones de estupor lejos de mí. Quiero disfrutar al máximo. Ya que la cago, al menos, lo hago saboreando la experiencia con todos mis sentidos.

El teléfono da tono pero Naia no lo coge, estará ocupada con las niñas. O estará con Pol. Me río ante esa posibilidad. Decido llamar a Ainhoa, que me ha enviado mil wasaps preguntando qué tal todo. Desde que se ha ido a trabajar a Salamanca un mes sí y un mes no, la echo muchísimo de menos; antes, al tenerla cerca, podíamos decidir tomar un café al instante o charlar o salir a cenar. Ahora me paso un mes entero un poco sola. Llamo a Ainhoa y le cuento atropelladamente lo feliz que me siento, lo especial que me ha hecho sentir, la travesura tan impropia y estimulante que hemos cometido con su ayuda. Ella no deja de decirme que me estoy enamorando, que tenga cuidado, que él qué dice de su mujer, si hablamos de nuestras relaciones. Sí, hablamos de nuestras parejas de forma natural porque ambos sabíamos dónde nos metíamos antes de empezar; él dice que durante los treinta años que lleva con su mujer jamás le había sido infiel, que el paso del tiempo ha hecho que entre ellos exista una relación apática y rutinaria, lejos de la pasión de los primeros años en los que se amaron mucho, que no es que no la quiera, es que la quiere como la madre de sus hijos y como alguien con quien está acostumbrado a vivir. Cuenta que un día tuvieron una conversación en la que ambos coincidieron en decir que su relación ya no era la misma, que algo iba mal, que ya no sentían amor, que eran como compañeros de piso... Dice que ella estaba de acuerdo, que no hubo ni pelea ni reconciliación, simplemente asumieron que lo que tenían hacía tiempo que había muerto.

Ainhoa, en principio, parece que escucha atentamente, hace algún que otro sonido como *feedback* para que yo sepa que sigue escuchando; a medida que voy hablando me doy cuenta de que no le cree o no me cree a mí... Sé

que no es fácil creer en lo que digo desde mi nube rosa, sé que desde fuera parece otra cosa pero, de verdad, lo siento así de fuerte, así de cerca, así de amor. Siento de verdad que no me engaña, que lo que estamos haciendo, él no lo había hecho jamás pero entiendo cómo se ve desde fuera. Es un hombre casado que me hace pensar que soy especial para poder mantener relaciones sexuales con una amante. Pero él no es así. Ainhoa parece convencerse casi un minuto para volver a desconfiar. Ella no ha estado entre sus brazos, no ha sentido lo mismo que yo, no lo conoce. Es culto, simpático, es cariñoso, muy cercano, especial, es diferente... Sus besos son de verdad, su contacto físico es hambriento, con ganas, intenso. No se puede mentir en esas cosas.

Yo le cuento que mi marido es un poco gruñón, que suele quejarse de las cosas que hay que hacer pero sin hacerlas, con lo que las cosas siguen estando por hacer y él se sigue quejando. Los niños le molestan y se pone nervioso, gruñe con una facilidad sorprendente. Cuento que ha dejado morir la relación y que por más señales luminosas que le muestre, no se da por enterado. Creo que está convencido de que lo nuestro es para siempre y que no tiene que hacer ningún esfuerzo porque yo le quiero mucho. Cuando hago esta afirmación, con la mirada triste por aquello que tuvimos y se perdió, las personas como Naia, Ainhoa o Sergio me preguntan qué he hecho para que él esté tan seguro de que no me irá nunca de su lado. Yo me encojo de hombros y digo que me he encargado de hinchar tanto su ego que ahora no puede ver más allá de lo maravilloso que le he dicho que es y que supongo que las señales a las que me refiero —yo soy una mujer muy directa— no dan su fruto porque antes ya le hice creer que eso de separarnos no iba a ocurrir nunca porque sin él me moría. Y era verdad, solo pensar en vivir sin él me provocaba un vacío casi doloroso... Cosas que pasan.

Por fin Naia me devuelve la llamada, estoy tan contenta que le cuento entre risas nerviosas cómo ha transcurrido el día, la forma de hacer el amor apasionada, ansiosa, vertiginosa y salvaje, sus caricias dulces mientras le hago café, su forma de mirarme y hasta sus wasaps. Las cosas más estúpidas me parecen románticas, señales divinas de amor, cosas tan mecánicas como hacer un café son ahora el sumun de la felicidad. Ojalá pudiera pasarme las horas haciendo y tomando café con él...

Naia, de vez en cuando, me dice que no quiere detalles y yo me muero porque pueda ver y hasta tocar lo que siento, me muero por compartir cada instante para que pueda empatizar y entender que por fin he conseguido un trocito muy importante de la intimidad de un Sergio que no me esperaba tan

dulce, tan sincero, tan encantador y con una sexualidad que está muy lejos de ser esa a la que estoy acostumbrada. Su forma de mover las manos, su ansia por tocar todos los rincones de mi cuerpo, su forma de saborear los lugares más íntimos y esa manera tan particular de tenerme atónita, sabiéndolo por cada centímetro de mi cuerpo. Tengo que confesar que en ninguna de mis relaciones, ni estables ni esporádicas, había tenido la sensación de ser tan deseada o de ese modo tan desesperado como con él. Tengo que confesar que besa como los puñeteros dioses y que sus manos son más rápidas que los receptores erógenos de mi cuerpo. Me siento abrumada.

Naia se ríe y se lo toma todo a coña y dice cosas como: «Tía, a ver si va a ser un *gigolo*», «mira a ver si tiene un hermano, que yo quiero un meneo así», «¿qué haces a los hombres? Son esos pechotes, yo quiero unos», «no me cuentes esas cosas que me muero de envidia. Yo quiero un Romeo». Nos reímos con ganas y mi tensión va bajando- Cambiamos de tema. Ahora le toca a ella. ¿Novedades?:

—Novedades: Me vino a buscar a las diez, bajé de casa mirando a todas partes, por si algún vecino me veía. Tenía la sensación de estar haciendo algo malo —primero, ningún vecino tiene relación con nosotros para comentar esto o verlo como algo raro y, segundo, podía ser un compañero de trabajo, un amigo, un primo— y aunque no estuviera haciendo nada malo, la intuición de que era mejor que no lo supiera nadie me pudo. Me meto en el coche, un BMW Z3, parecía que quería mostrarme que maneja pasta, el detalle no me gustó pero hay que decir que el coche es cómodo, muy bonito y llamativo. Mala elección, si lo que estás intentando es que se enamoren de ti y no de lo que tienes... Pero pasando ese detalle por alto, no me dice dónde vamos, la conversación como siempre, es un tío culto y con encanto, su sonrisa, preciosa y estaba contento y nervioso. Llevaba puesto un polo de color rosa que le sentaba de maravilla y unos vaqueros azul oscuro gastado que le sentaban de fábula, lo que no me gustó tanto fueron los mocasines, que le daban un aire esnob, *pepero*, pijo... No sé cómo describírtelo pero el resto quitaba el hipo. Perdemos de vista la ciudad y atravesamos un bosque: árboles a ambos lados de la carretera, delimitando su anchura, el camino precioso y su conversación divertida, me dolía la mandíbula de reírme y, por fin, se difuminó el mal cuerpo de saber que lo que estábamos haciendo podía acabar en infidelidad. Evitarlo hubiera sido lo más coherente. Yo soy racional, no hago estas cosas, no me gusta sentirme escondida... Pero fui. De repente, se para en medio de la nada, toma un sendero corto que nos adentra

en el campo y, en un claro, me encuentro una especie de techo de tela de color crema, sujeto por cuatro columnas de lo que parecía bambú, con una mesa improvisada en el centro, era como un tronco cortado pero no lo vi bien porque lo tapaba un mantelito de color rosa, no exactamente rosa, entre lila y rosado, no sé... Encima hay una cesta de mimbre, de esas de las películas, y una botella de cava y dos copas... Le miro boquiabierto y le pregunto que qué celebramos. Su frase exacta fue: «Celebramos que dos almas gemelas se han encontrado en este mundo, nada más. Aunque no pasara nada entre nosotros nunca, aunque no quisieras volver a verme, yo ya te he conocido y deseo celebrar contigo que entre 7 mil millones de habitantes en el mundo, mi alma gemela vive a diez kilómetros de mi casa y he tenido la suerte de conocerla. Eres maravillosa en todas tus formas y expresiones. Hay una leyenda que dice que existe un anciano que habita en la luna y que sale cada noche para buscar entre todas las almas aquellas que están predestinadas a unirse en la tierra, cuando las encuentra, las ata con un hilo rojo para que no se pierdan, el hilo podrá enredarse y tensarse o estirarse pero nunca podrá romperse».

Le pregunto: «¿Y esto?», mirando al improvisado chabolo pijo, y va y me dice que ya estaba ahí, que lo descubrió un día cuando iba a buscar setas con un amigo y que desde que lo vio siempre quiso volver. Le digo que no me lo creo y se ríe con esa carcajada tan bonita pero no me cuenta nada.

—Tía, Naia, qué bonito, me muero si me dicen eso. ¡Le pido matrimonio!

—¿Qué dices, loca? Ni matrimonio ni *matrimonia*... Escucha, que sigo.

—¿Cómo puedes ser tan fría?

—Fría no, pero esto es una primera cita, muy bonita, pero primera cita, nos conocemos muy poco, no sé si esto es real o si lo que quiere es lo que quieren todos... Bueno... Le digo que no hay hilos que valgan, que baje a la tierra y se ríe, me llama realista. Nos tomamos la copa de cava y una especie de montadito, así como muy moñas, como sibarita, riquísimo... Nos quedamos allí tumbados mirando el sol que se filtraba entre la tela y las ramas de los árboles y luego se levantó un poco de brisa. Le digo: ¿Nos vamos ya? Me muero de frío.

—¡Hala! mi romántica. ¿Ni un beso? ¿Has leído *Brida* de Paulo Coelho?

—No.

—Va de eso.

—Luego me lo cuentas. No, ni un beso.

—¡Va!, ¿en serio?

—Ni uno, te lo prometo.

—Pero no te gusta, no quieres, no...

—A ver, sí me gusta, es ideal, perfecto, pero yo sigo casada con ese monstruo y tengo familia. Y a él lo conozco desde hace... ¿dos semanas? No quiero perder la cabeza y no quiero que la pierda. Quiero sexo, sí. Quiero una canita al aire, una aventura pero me da miedo que se enamore y que me enamore y que sea un error.

—Uf, estoy deseando que se enamore...

—Tu pequeñajo está enamorado ya...

—No lo sé.

—Y tú también.

—Jajaja, puede... Sigue.

—Cuéntame *Brida*.

—Se trata de una chica que se va a meditar y allí descubre que todas las personas predestinadas a amarse se reconocen entre ellos viendo un punto rojo encima del hombro izquierdo, creo... Que no solo tenemos una media naranja, el mundo es enorme y está lleno de gente y... Léetelo para saber más, que es muy bueno.

—Espera, te dejo que llaman, será mi madre. Por cierto, hemos quedado para cenar el sábado, le he dicho a mi marido que he quedado contigo que estás muy mal y que te llevo de fiesta.

—¡Perfecto! —Me río.

Colgamos el teléfono y me quedo pensando que la suerte que tiene Naia no la he tenido yo. A mi amante me lo he tenido que currar yo, no despierto ese interés en los hombres, no soy llamativa. Me los tengo que currar con mi carácter divertido, a veces, y descarado, con mi sonrisa y con mis miradas insinuantes. ¡Naia tiene a un hombre guapo, interesante y adinerado besándole los pies! Y es que ella lo merece: esa frescura, esa inteligencia, esa rapidez mental y esa simpatía; esa incontinencia verbal tan divertida... La adoro.

Entre planear, hablar por WhatsApp con mi amigo/amante y el trabajo consigo que los días se pasen volando. Todavía no hemos coincidido trabajando después del asalto sexual; pueden saltar chispas, espero que no se note nada. No estoy segura de si temo o deseo ese momento. Lo deseo, lo deseo. ¿Para qué me miento? Salgo de hacer noche entre cansada y pletórica. Tengo la regla, un grano en el lado izquierdo de la barbilla, de los que duelen,

de los que no se pueden eliminar sin dejar una marca fea, roja y dolorosa —lo he intentado—, de los que no desaparecen con maquillaje; en mi casa parece que ha caído una bomba en medio del salón y está todo desparramado por todas partes, ropa limpia y pijamas de los niños. Se me cae el mundo encima porque esta noche no he descansado nada en el trabajo. Anoche estuve hablando con Sergey por WhatsApp y en principio íbamos a vernos pero no sabe si puede escaparse antes de acudir a la reunión de jefes. Me dice que podremos vernos por la tarde, así que decido echarme a dormir un rato. Me pongo lo primero que pillo, la parte de abajo de un pijama de color rosa y la de arriba tiene un color parecido pero es de otro modelo. No tengo el cuerpo para darme cuenta de que no son del mismo conjunto pero no me importa, tengo mucho sueño. Me pongo el despertador a las doce y media, por si me duermo. Como viene siendo habitual, antes de dormir, me acurruco con el nórdico apretadito por todo el cuerpo y decido planear mi sueño en busca de otra cita con Sergio en la que se enamore perdidamente y exprese todo lo que siente. Hoy estoy pava. Cierro los ojos y pienso en la frase que he leído en Facebook el otro día: «Típico: me voy a dormir y a mi cerebro se le ocurre imaginar una historia de amor contigo». Hay más pavas como yo. «Estamos en la calle, en Abrera, su mano sostiene la mía y me mira a los ojos con una sonrisa, yo miro a todas partes por el atrevimiento en público, él dice: ‘No me importa. Que nos vea el mundo entero. Deseo estar contigo a todas horas, deseo decirle al mundo que eres preciosa y mía, muy mía, toda mía’». Me muevo incomoda y sonrío por la estupidez de sueño, intento otra cosa porque esta estaba empezando a hacerme sentir incómoda: «Estamos en el trabajo, entro al despacho y la mesa nos separa, está sentado. Al verme, sonrío y se levanta. Pasa por detrás de mí y cierra la puerta. Me da un vuelco el corazón y se acerca y me besa. Sus besos son apasionados como los que tuve el placer de saborear, el corazón me da otro vuelco y él lo nota. Me dice que la puerta está cerrada, que no pasa nada. Intenta desabrocharme la camisa, miro por la puerta de la derecha que da al pasillo exterior que lleva a módulos, tiene una reja pero la puerta está abierta. De repente, sus manos ya no me sujetan, estoy sola en el despacho, la gente que pasa por el pasillo exterior me mira sorprendida y comenta con cuchicheos, me pongo nerviosa e intento salir, la puerta por la que entré, la puerta metálica, está cerrada y no puedo. Me llaman por el *walkie* con urgencia, es Naia o parece su voz... Empieza una música preciosa, hay fiesta de internos e internas en el pasillo central exterior. Salgo tímidamente aprovechando el gentío. Ya no estoy en el centro, ahora el

sol brilla y me molesta en los ojos». Me despierta el timbre de casa y salgo de entre la niebla de mis sueños en los que ya no está Sergio. Me levanto precipitadamente para mirar por la ventana ¿quién puede ser? ¡Con la pinta que tengo, que no me vea ni el panadero! Miro y no me lo puedo creer. ¡Es Sergio! Mi cara de sorpresa enarcando las cejas es el reflejo de las mil cosas que pasan por mi mente en este momento, no puedo disimularla. En seguida pienso en mi pinta y en mi salón, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad. Una sonrisa amplia en su cara me hace sonreír, me ha visto y sonrío. Mi corazón baila el chachachá a toda prisa y sin ritmo aparente.

—¡Espera! —le digo con voz casi de ultratumba. Me muero de vergüenza ¿Qué hace aquí? ¡Qué subidón!

—Hola —me dice cuando abro la puerta del exterior que da al patio de mi casa.

Mientras entra y yo abro la puerta de acceso al interior, su sonrisa aumenta. Está nervioso y yo mucho más. Nada más acercarse nos besamos apasionadamente, incluso besándome me habla, y me dice:

—Estaba deseando verte. Perdona por venir sin avisar. No podía esperar a esta tarde. Deseaba tanto tus besos...

—Eres increíble. ¡Me encanta la sorpresota! —Llevo encima un subidón difícil de disimular—. ¡Me haces tan feliz!

Él se ríe con esa carcajada que hace entreoír su voz, me encanta esa carcajada tan difícil de oír en él. No para de besarme y de tocarme por todas partes y yo no dejo de decirle:

—Qué pinta tengo, por favor, no me mires...

—Estás preciosa recién levantada... Me encanta tu olor, estaría respirándote a todas horas.

Cabe destacar que en este momento la pinta que tengo es la siguiente: un grano enorme en la barbilla, mascara de ojos negra corrida, despeinada, un olor corporal indescriptible por la tarde noche de trabajo y el sueñecito, el pijama desconjuntado y mi salón es el cuadro de *Guernica*.

Su pinta también me deja a cuadros y sin saber qué decir, a pesar de haberle dicho lo guapo que está mientras se me escapa una risa desternillante. Lleva una camisa rosa y unos vaqueros rectos y anchos. Y ese no es el problema —que también porque los vaqueros parecen quedarle grandes—, lleva una americana de color negro y ¡atención: aterciopelada! Tiene una pinta extraña por el contraste de la camisa rosa y la chaqueta negrísima, parece incluso recién teñida, siento decir que me recuerda a un gitano vestido

«de bonito», nada en contra de los gitanos que se visten «de bonito». Pero sí en contra de que él se vista así, «de bonito». Preocupante. Pienso a mil por hora en cómo cambiar ese *look* pero ya me ha tumbado en el sofá y la pasión ya me ha hecho tirar la ropa que molesta por el suelo, sus manos buscan mi sexo y es evidente que ni ha mirado el pijama, que no le importa. Disfrutamos de los besos y le toco el pantalón para iniciar el proceso desesperado de desnudarnos, me coge la mano y me dice que no. Empalidezco.

—¿No? Sí, por favor, hazme el amor...

—No he venido a eso, amor, he venido a verte y a tomar un café contigo, a besarte... No he venido a por sexo.

—Por favor... —suplico mientras sigo intentando desabrochar el dichoso pantalón.

Se quita la chaqueta y la deja cuidadosamente colgada de una silla. Hace lo mismo con la camisa. Me quedo admirando ese cuerpo que me vuelve tan loca. ¿O es la mente? Lo es todo. Se abalanza sobre mí y se deshace de mi pijama. Nos besamos por todas partes, recuerdo que tengo la menstruación y le hago parar:

—Espera. Para, no podemos, tengo...

—Lo sé. No importa. Déjame tenerte de todas las formas posibles, por favor...

—Toda tuya.

—No tengo mucho tiempo, solo un cuarto de hora.

—Vale, vale...

La desesperación se apodera de nosotros. Yo tengo miedo de no saber estar a la altura pero parece gustarle. Sus manos y su boca por todas partes hacen que mis gemidos aumenten en frecuencia y en volumen. Su mano me tapa la boca y mete los dedos en ella, la excitación es máxima y el erotismo me hace respirar profundamente. Esta vez lleva él el control, está cansado y desea eyacular pero no para. No quiero que llegue tarde a la reunión, no logro alcanzar el orgasmo esta vez tampoco, a pesar de estar totalmente entregada, me pongo nerviosa porque deseo por encima de todo tener el clímax juntos, necesito sus abrazos y sus besos, su desesperación abrumadora me encanta, sus ganas y su forma de hacerme enloquecer me pierde. En este momento los sentimientos que afloran están llenos de pasión, me gusta sentirlo encima de mí, me gusta mirar esos ojos cerrados cuando me besan, recuerdo aquella conversación que me preguntaba si besaba con los ojos cerrados y yo

contestaba que sí porque me hacían sentir más fuerte el deseo. No es deseo, lo que siento ahora mismo es diferente, es una suma de pasión, amor y anhelo, lo necesito cerca, quiero sentir ese olor corporal único, quiero ver su erección que arregla un poco el tamaño, que no importa, quiero sentir su excitación y saber que soy yo quien la provoca, necesito su piel pegada a la mía y el roce de su pubis haciendo que me convulsione... Adoro la forma en que sus manos me desconcentran estando en todas partes, me gusta sentir esos gemidos de respiración entrecortada y cansada cerca de mi oído; es fascinante la manera en que usa la boca por todo mi cuerpo, se entrega al sexo como si fuera la última vez. Desecho de inmediato ese comentario, «la última vez» no me gusta. Vuelvo a mis puntos erógenos explotando para él. Por fin, creo que voy a poder pero no, he acelerado el ritmo y ya no quiero volverme atrás, así que finjo para que él pueda disfrutar de su momento y yo pueda saborear sus gemidos mientras le miro, adorable, sus gemidos vuelven a ser los del otro día, son altos, casi siento vergüenza ajena, pero me encanta sentir que he podido hacerle llegar al punto en el que está ahora. Sus movimientos continúan, con sus manos y con su boca, parece que quiere volver a oírme disfrutar, me relajo y me concentro en darle lo que pide... Me muevo y con los ojos cerrados puedo sentir su mirada fija en mí, atendiendo a mis jadeos. Me susurra:

—Disfruta. Me gusta verte así... —Disfruto.

Por fin consigo lo que busca y me rindo conmigo misma al delirio al que he estado a punto de llegar en dos ocasiones. Me rindo y disfruto del largo y placentero momento. Abro los ojos. Su mirada y su sonrisa triunfante están muy cerca. Me besa. Es el momento perfecto. Me besa suave, la obertura de su boca es perfecta, la entrada de su lengua y su juego es lánguido y dulce, sus manos me acarician ya sin afán de sexo, solo me acarician. Parece amor, tal vez lo sea.

—Eres multiorgásmica. —Me río por la impredecible y falsa apreciación. Lo entiendo. Para él en la misma sesión he tenido dos finales. Yo sé que solo he sentido uno.

—No lo soy.

—Eres preciosa... Y tienes un grano —dice mientras me lo toco y grito de dolor. Me tapo la cara muerta de vergüenza—. ¿Puedo ir al lavabo?

—¡Claro! Ahora que hemos profanado el sofá rojo del hogar marital ¿qué más da que uses el lavabo para enmascarar lo que has hecho?

—¡No quería! Lo siento. Venía a tomar café. Me has acosado, me has

violado, no me has dejado ni decirte hola, me has tirado en el sofá. ¡Has sido tú!

—No es cierto, me has besado, has hablado mientras me besabas, me has arrastrado a la lujuria, has noqueado mis sentidos a sabiendas de lo que pasaría; sabes que no puedo resistirme a tus encantos.

—¿Qué encantos? ¿Qué has visto en mí?

—Mil cosas preciosas, una sonrisa dulce y burlona, unos ojos verdosos muy cerca de los míos, un cuerpo lleno de placeres ocultos, una mente maravillosa, una barba de tres días canosa que me enloquece...

—No lo entiendo, de verdad. Una musa como tú no puede haber visto nada en un tipo como yo. Y me has obligado a profanar el sofá.

—Me he sentido acorralada, tus besos no me dejaron decir que no.

—Serás... ¿Cómo puedes decir eso? ¡Sabes que no es así!

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Nunca, amor. Me tengo que ir. Llego tarde a la reunión.

—Hueles a sexo y a colonia de hombre, mezcla sospechosa. Jajaja. —Él también se ríe y acaba de ponerse la horrible chaqueta a pesar de la cual volvería a conquistarlo una y otra vez durante todos los errores o aciertos de mi vida.

—Te veo esta tarde, si puedo. Si no pudiera te envío un wasap.

—Podrás. Voy al parque de en frente del banco con los niños, si puedes me ves y sino pues no. No pasa nada, de verdad. Gracias por este momento.

—Sacaré a Sira, si Úrsula no viene te veo allí. Siento haber profanado el hogar marital. La próxima en mi casa.

—¡Ni de coña! Yo no profano hogares.

—Hablamos, preciosa. Me tienes loco.

—Pórtate bien. Estamos locos, sí.

Abro la puerta de fuera y lo veo desaparecer mientras se frota la mano por la boca eliminando mi último beso de su boca. Estoy con subidón, muerta de risa escribo a Ainhoa y a Naia. La misma frase a ambas. A ver qué pasa, ahora no puedo dormir: «Si de esta vuelve a verme, es amor».

En seguida recibo los wasaps de Ainhoa: «¿CÓMO?», y de Naia: «¿Qué dices, loca? ¿Qué has hecho?» Me río casi a carcajada a pesar de estar sola, pero paro al instante porque me doy miedo a mí misma. ¡Estoy zumbada! Les contesto la misma frase a las dos: «Acaba de irse, polvazo increíble en el sofá de mi casa. Tengo un grano en la barbilla, rímel por la cara, huelo a choto, mi salón está como si hubiera estallado una guerra aquí mismo, tengo la regla y

el pijama desconjuntado... Créeme si te digo que si este vuelve está loco o enamorado».. Las dos están escribiendo. A juzgar por el tiempo que figura en la pantalla «escribiendo» o están rectificando constantemente por no llamarme tarada mental o están componiendo una parrafada para que entre en razón. La primera es Ainhoa: «¿En tu casa? ¿Estás loca? ¿Se te va la olla? ¿Tu salón indescriptible? ¡Qué vergüenza! ¡¡Se os va mucho la pinza a los dos!! En casa nunca más, ¡por Dios! ¡Ah! Enamorado y loco *perdío*... ¿Qué le has hecho a este para que lo tengas tan pillado??». Acabo de leer y ya tengo el de Naia: «Hala, venga, ¡¡la loca lo ha metido en casa!! ¡Eso nunca! Vuelve, ¡vaya si vuelve! Si eres la diosa del amor, jajajajajaja ¿Quién va a renunciar a esos pechotes?»

Después de un café me relajo un poco sin poder parar de pensar en el regalo que Sergey me acaba de hacer. Hablo con ellas y acordamos que en mi casa nunca más, lo juro, jamás, de verdad de la buena. Recibo un wasap de mi Sergio:

—Ha sido un placer, mi multiorgásmica.

—Hola, el placer ha sido mío, dos veces.

—Jajaja, me acaban de decir en el trabajo que estoy muy guapo.

—Dile a esa mujer que te quite las zarpas de encima o se las corto, jajaja

—Jajaja, no me ha tocado, celosilla. Solo quiero que me toques tú.

Entramos

—Dw. —Me despido con esta abreviatura cursi y adolescente de adiós en catalán—.

—Dw.

Mi sonrisa me delata, siento un hormigueo constante, no puedo pensar en otra cosa que no sea él y cómo quedar y la próxima mentira. Sí, los infieles mentimos para poder continuar siéndolo. Y eso que yo he hecho siempre lo que he querido y no me hace falta mentir mucho. Él tiene que mentir. Me ducho. Me hago algo de comer, no mucho porque estoy que ni como ni duermo ni nada, estoy adelgazando, lo que me alegra profundamente. Sé que es una ilusión momentánea porque esto acabará algún día o nos pillarán o algo y volveré a mi peso. No quiero pensarlo. De momento, estoy poniéndome buenorra, como dice Naia. Hambre siento. Intento comer, al primer bocado es como si me llenara o como si lo que me como no me apeteciera lo suficiente, lo miro con desgana y lo dejo. Así es fácil adelgazar. Escribiré un libro que tendrá una página. Título: «¿Quieres adelgazar?» Primera página: «Enamórate». Lo que me hace pensar que posiblemente me

esté enamorando. Desecho la idea. No me estoy enamorando, me lo paso bien, me divierto, lo deseo...Es solo deseo.

Naia es fresca e inteligente y siempre tiene un buen consejo que darme. Siempre tiene una respuesta a modo de «zasca», siempre sabe qué decir para hacerme reír pero sabe también que este riesgo que corro puede salirme caro. Me habla desde su experiencia y me dice que ella para lo que tiene que perder... Casi prefiere que sea él el que se líe con otra y se vaya a la mierda. Tiene muy claro que si él no deja a su mujer, yo no debo dejar a mi marido, que para dejar siempre hay tiempo. El problema sería que nos pillaran y la vergüenza de que todo el mundo en el trabajo supiera que hemos hecho las cosas así de mal. Me dice que piense en las consecuencias pero que ahora que ya lo he hecho lo disfrute al máximo y no me enamore. Por el contrario, Ainhoa cree que si estoy haciendo esto es que ya no quiero a mi marido, que debería dejarlo, aunque con Sergio no funcionase la cosa, que el amor hay que vivirlo en libertad, que estar engañando a mi marido y a su mujer nos convierte en malas personas pero como me quiere con locura y entiende mi «enamoramiento absurdo», así lo llama ella, colabora con la causa. Es decir, a pesar de saber que lo estoy haciendo mal y de recordármelo a cada paso, me ayudará en todo lo que le pida y eso es amor de verdad. Poder decirte la verdad, no estar de acuerdo pero ayudarte tiene más valor que ayudarte creyendo en tu causa. Las adoro, cada una me aporta una visión contrapuesta del mundo, a pesar de lo cual, hago lo que me da la gana. Ainhoa es enamoradiza y sentimental y Naia es realista y concienzuda. Naia no tiene reparos en decirme «sé feliz» y Ainhoa me dice «sé feliz sin dañar a nadie». Y yo, mientras tanto, pienso que cuando Sergio se canse de mí o yo de él, esto se acabará y seguiré con mi vida. Con mi marido, el buenazo gruñón. Merezco ser feliz por una única razón: solo tengo una vida, que yo sepa, y habrá que tratar de ser feliz en esta. Para que mi marido sea feliz, ¿yo debo quedarme con él y ser desgraciada? Quizás debería pensar si dejar de hacerle esto. Mañana lo pensaré, como dice Escarlata O'Hara.

Intento seguir leyendo a Javier López Rodríguez mientras escucho a Alejandro Fernández *Qué lástima*, a La oreja de Van Gogh con *Deseo de cosas imposibles* o a Malú con *Ahora tú*. Acabo este y empiezo el otro: *Mi color favorito es verde* de Pilar Eyre, es muy interesante, entretenido, gracioso y engancha, pero mi atención está mermada por lo único que me interesa en este momento. Me identifico a medias con esa pasión casi enfermiza de su protagonista, que es ella misma.

Capítulo 10

Ahora mismo, mi familia y yo estamos en un centro comercial. No somos mucho de centros comerciales pero hemos quedado con otra pareja a la que si le gustan y claro... No dejo de pensar en él. No está bien esto. Pero ahora no puedo dejar de verlo, el subidón que llevo es una especie de droga que puedo dejar pero no quiero, puedo pero me gusta sentirme así, cuando estoy con él soy feliz. De momento, se queda en mi vida. Hablo por los codos, los niños están cariñosos, mi marido serio, como es habitual. Nuestros amigos nos cuentan cosas sobre sus trabajos. A ellos no podría decirles nunca la doble vida que llevo, ni siquiera a ella, que se considera muy amiga mía. Nuestra relación ha sido siempre así de rara. Ella es maja, a su manera, un poco cerrada, pero para las cosas que no importan o que están relacionadas con el mundo laboral o el cotilleo está bien. Pero de ahí a contarle mis cosas, no me veo con confianza, especialmente porque ella tampoco lo ha hecho nunca. O no le pasan cosas raras o vergonzosas o es que se las guarda, entonces yo me guardo las mías porque a mí sí me pasan cosas raras y vergonzosas. Yo sí tengo un amante. Ella no lo tendría nunca o no lo sabría nadie. Ni el mismo amante sabría que lo es, intentaría hacerle creer que no es un amante-amante, que es otra cosa, que es un amigo interesante... Por eso es una relación un poco de pose. Él es un enérgico tertuliano con el que discutir de forma animosa y controvertida, siempre tiene la opinión contraria a la mía ¿Casualidad? Le gusta la discusión amistosa y es inteligente. Es tan hermético como ella. Así que es otro amigo a los que contar pocas intimidades.

Sentados en la terraza de una cafetería, mientras hablan de otros amigos no presentes, me distraigo por momentos mirando a los niños o los escaparates cercanos, estoy contenta y participativa, pero se me escapan sonrisas al mirar el móvil en busca de una complicidad que llega a modo de wasap. Entre Naia, Ainhoa y mi amante tengo una vida social en redes muy agitada. Últimamente eso enfada un poco a mi marido, pero al final asume que soy adicta al móvil y esto es lo que hay... Alguna vez me coge el móvil pero yo voy borrando todo, en mi hiperactividad selectiva estoy pensando en escribir un libro en el que cuente esta aventura romántica y pasional, por eso, para no olvidar las cosas preciosas que me dice, guardaré las conversaciones en *mails*. No quiero olvidar nada. Las mejores frases de amor las he borrado, es la pena de no haber pensado antes que esto puede ser una historia de amor preciosa o de desamor o una aventura divertida y/o romántica; el miedo a ser

descubierta ha hecho de mi tic borra-todo una manía a punto de ser erradicada. Es cierto que el riesgo es mayor pero no puedo olvidar esto, lo que siento en cada momento es más fuerte, si cabe, que la posibilidad real de ser abandonada por adúltera, merecidamente, por otra parte.

Me hablan de cosas que me importan poco, más bien, nada. Aún así, me hago la interesante, como si escuchara con total y absoluta atención. Mientras tanto, me vibra el móvil, hace mucho que lo tengo sin sonido, trucos para que no se note que recibo demasiados wasaps desde hace un tiempo. El móvil vibra y yo necesito ver lo que pone pero no me dejan de hablar, me temo que él luego no pueda hablar y me quede sin la conversación de hoy. Saco el móvil como distraída y leo sus mensajes, veo que ya no está en línea. La mueca de mi cara de resignación me delata pero nadie nota nada. En resumen, en cinco mensajes me dice que piensa en mí, que me quiere y que no podrá hablar hasta que saque al perro, siempre que Úrsula decida no acompañarle. Acababa con un «tk, amor». Suspiro por dentro y centro mi atención en mis amigos.

Hoy Ainhoa está en Abrera y esta noche salgo a cenar con ella y me deja sin casa para mi adulterio. Siempre podemos ir a un hotel. Ainhoa viene a pasar quince días a Abrera, su empresa trabaja en Salamanca pero de vez en cuando tiene que venir a Abrera para hacer formación en una planta química de Olesa. Así que su vida está en el tren. Por fin son las seis y no hay noticias de mi Sergey. Supongo que Úrsula ha ido con él, así que no le digo nada. Empieza a molestarme no poder hablar con él. Por fin recibo un wasap que dice: «Hi. Esta será nuestra contraseña para que sepas cuando estoy solo y puedo hablar». Durante unos tres minutos hablamos y me dice que no deja de pensar en mí, que hoy está acompañado, que desea verme pronto y que ya hablaremos. Su última frase es: «Esta noche te digo algo. Tk, amor». Me quedo con ganas de más, de todo, pero entiendo su situación porque puedo tener esa misma situación yo en algún momento.

Salgo a cenar con mi amiga, decidimos un local de Pueblo Nuevo en Barcelona para poder luego tomar una copa en el Merlín, una especie de disco bar con música comercial, para olvidar bailando y bebiendo. Un local que se pone abarrotado a eso de las dos y ya no se vacía hasta el cierre. Ainhoa hoy está preciosa, se siente feliz, su novio le ha pedido matrimonio y ella ha dicho sí. Muy romántico todo, le sonrío la vida y siento una especial alegría.

—Estoy feliz, ha sido al más puro estilo *Oficial y caballero*. Yo estaba en

mi despacho. De repente, me llaman al despacho del jefe, cosa rara porque normalmente si el jefe quiere hablar conmigo me llama por teléfono, no me hace ir a su despacho. Bueno, salgo del despacho, la oficina semidesierta con cuatro personas trabajando muy metidas en sus tareas. Cosa rara porque a esas horas normalmente ya hay revuelo y hablan y se preparan para irse. Sigo hasta el despacho del jefe que está doblando una esquina, tenía la persiana bajada, cosa rara también, y va y me dice: «¿Qué hace aquí, señorita Beiro?». Le miro extrañada y le digo que nada y salgo del despacho, ya mosqueada, porque pienso que seguro que ha sido una broma de Sandra. Al llegar, me encuentro un ramo de rosas rojas encima de la mesa. Mi mesa, mi silla, mi sitio rodeado de mis compañeros que me miran sonriendo Yo, colorada...

—Joder, Ainho, qué fuerte.

—Les pregunto que qué hacen y me dicen que lea la nota de las rosas. Les digo que no es mi cumple y, de repente, cuando voy a leer la nota, se oye la voz de mi Dani saliendo de detrás de mis *compis* que dice lo que pone en la nota.

—¿Que si te quieres casar? ¡Ostras! Que bonito, tía.

—Mi amor, ¿te quieres casar conmigo? Y ahí ya me puse a llorar y fea y me salieron mocos y me dieron un pañuelo. —Nos reímos a carcajadas, me imagino la situación—. Y va y me coge en brazos y me saca de la oficina hasta el ascensor. Me pregunta «¿Y bien?» y le digo sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—Qué bonito, qué pasada. ¿Para cuándo es?

—No lo sé, esto fue anteayer y aún no hemos fijado fecha, solo hemos follado a todas horas. —Se ríe a carcajadas. Está feliz.

—¡Hala! ¡A procrear! ¡Salvajes!

Las carcajadas no dejan de asomarse a nuestras gargantas, después de cenar vamos a una cafetería cercana para hacer el café y un chupito, la noche promete...

Después del chupito de manzana verde con hielo empezamos a desvariar, le pregunto que si invitará a mi marido o a Sergio. Imagino casi con melancolía la situación, entrar a la iglesia con Sergio, él sin americana de terciopelo negra, por supuesto, y yo visiblemente más delgada con un vestido rojo impresionante. En esa boda Sergio me pide matrimonio mientras bailamos, después del convite, una canción lenta, pegados, fijándonos en nuestros ojos —él en los míos y yo en los suyos—. Despierto de mi sueño estúpido y bajo de mi nube rosa con una graciosa hostia.

Salimos hacia la discoteca Merlín. Allí conozco a algún camarero, así que

no será difícil conseguir un chupito gratis, esos que son como cerebritos o una cochinado parecida. Entramos, la música está alta, las personas se concentran en sus círculos, aún sin atreverse a aventurarse hacia otros grupos. Miran a su alrededor mientras intentan bailar, porque lo que hacen muchos de ellos, mientras miran el ganado, no es bailar. A nosotras nos da igual porque ya estamos bien, ella a punto de casarse y yo ya tengo bastante con dos sementales. Tendría que pararme un poco a pensar porque empiezo a ver normal la situación y no lo es.

Ainhoa hoy está preciosa, radiante y en seguida tiene dos chupitos en la mano. Venga... Una, dos... No dejamos de reír, la cosa empieza a subir, hoy tendremos que sudar el alcohol. ¡A ver quién conduce si no hasta casa!

Estamos hablando como podemos mientras tomamos un vodka *black* con naranja —cosas de la distinguida Aino, yo soy más normal—, cuando se le acerca un tipo desgarbado, con una sonrisa maliciosa en la cara, su mirada brillante muestra que se sabe ganador antes de jugar. Me propongo divertirme un poco y ver qué pasa. Este no sabe dónde se mete...

—Hola, me llamo Antonio, Toni.

—Hola, me llamo Ainhoa, Ainhoa. —Ya empiezo a reír... ¡Ay, madre!

Su sonrisa ha aumentado pensando que ella no le está vacilando, así que sigue intentándolo y la cosa se pone interesante.

—¿Estudias o trabajas? —¡Uf, qué típico!

—Trabajo, soy química. —Su cara de sorpresa le delata. No se esperaba más nivel cultural que él...

—¡Vaya! Muy interesante. —Se queda sin palabras.

—¿Y tú?

—Soy taxista.

—¡Ah! ¡Qué...! ¡Qué...! —Ahí empieza ella— ¿Bien? ¿No?

—Bueno, me gusta conducir. —Ahora se pone serio—. Lo más interesante de mi trabajo es que conoces mucha gente.

—Ajá.

—No te creas que no hay pesados pero la mayoría de las veces la gente nos usa un poco de psicólogos si la carrera es larga... Oye eres muy guapa. Si hubieras montado alguna vez en mi taxi me hubiera acordado de ti.

—Gracias, Ángel.

—No. Toni.

—¡Uy! ¡Perdón! Toni...

—¿Bailamos?

—Ostras, qué pena Modesto, es que he venido con mi amiga, ¿sabes? Y es con quien quiero estar esta noche.

Me mira molesto y dice:

—Toni.

—Eso, perdón, es que no se me queda.

—Entonces otro día quedamos a tomar café, ¿me das tu teléfono?

—Hombre, lo necesito yo, cómprate uno. —Me río casi sonoramente pero él está ensimismado en su caza improductiva.

—El número, decía... —Se ríe sin mucha convicción.

—¡Ah! Perdona es que mira, prefiero que me des tú el tuyo y ya si eso...

—Que no me vas a llamar.

—Si necesito un taxi te llamo. Y ahora si no te importa me gustaría divertirme con mi amiga.

Toni se va con el rabo entre las piernas y la sonrisa ahora se ha convertido en una especie de mueca avergonzada, mientras vuelve al círculo donde sus amigos lo vitoreaban, pensando que la conversación daba frutos. ¡Hombres!

Bailamos desenfrenadas y nos reímos mucho, dejamos de beber porque si no, no podremos volver. No hacen más que venir moscones... Uno me dice que bailo bien, muy bien, que si quiero tomarme una copa con él. Cansada ya de que nos interrumpen, especialmente por ella, le digo:

—Mira, es que tengo un marido y un amante. No te molestes en intentar tener sexo conmigo porque me sale por las orejas.

Sé que soy un poco borde, pero es que ¡no nos dejan en paz! Estamos muertas y decidimos irnos, es la primera vez que miro el móvil, a veces, es posible vivir sin él y me alegro. Tengo varios mensajes, el último es un «*Nanit*» —abreviatura de buenas noches en catalán—, «*Tk*» —te quiero—, «*Dw*» —adiós—, empieza a hablarme en clave y casi me molesta. Pero está creando un nuevo idioma para mí y eso me halaga. Es tan romántico... Son las cinco, cogemos el coche y tardamos una hora en llegar a casa. Llego un poco cansada pero con un buen rollo que no me dejará dormir.

A la mañana siguiente soy una sombra de mí misma, me miro al espejo y ya no veo a la mujer que el día anterior bailaba desenfadada y atraía con el baile y la sonrisa a los sapos que no se convierten en príncipes. En el fondo lo sé, son todos iguales, todos buscan lo mismo, no se enamora con un «cómo te llamas, estudias o trabajas», se sienten atraídos para lo que les sirves... Un rato, un desahogo. Pierdo la ilusión en todos los hombres menos en uno. Él es diferente, es culto, no se le conocen ni amistades femeninas que no sean

comunes a su mujer ni le gusta la noche ni beber. Es como si tuviera una vida con los placeres limitados. Su sonrisa tranquila cuando está conmigo, su conversación interesante e interminable, sus canas, su cara de paz al finalizar el acto y mirarme a los ojos... Ese brillo especial al verme después de un par de días. ¡Dios! Es perfecto.

Mis hijos se van al colegio contentos y yo salgo prácticamente corriendo a mi cita. No ha sido posible encontrarnos en casa de Ainhoa ni en un hotel, dice que le da vergüenza, que si le conoce alguien, que cómo entra, que no puede. Plan B. Lo recojo en la puerta de su casa y se monta en el coche mirando hacia ambos lados, no me mira hasta que no acelero y dejo atrás el edificio de pisos nuevos en el que vive. Me dice:

—Tira hacia Abrera.

Han pasado apenas unos metros y se acerca y me besa en la boca, nos puede ver cualquiera y le da igual, me coge la mano.

—Hola, amor. ¿Dónde vamos?

—A dar un paseo. Sigue por la autovía, pararemos cuando veamos.

—¿Un hotel?

—No. —Su cara con una sonrisa imitando espanto me hace reír.

—Como quieras.

Pongo la música más alta y canto para él *Love me like you do* de Elle Golding, todo lo coqueta que puedo. Él me sonrío y me acaricia.

Siento su tacto y no puedo evitar equivocarme con la letra. Su mano acaricia mi pierna y sube hasta las ingles, en un gesto para abrirlas y facilitar su caricia, aprieto el pie y pego un acelerón, nos asustamos y nos reímos. Sentir sus caricias es una sensación de placer que me excita incluso solo pensarlo. Nunca había pasado tanto tiempo húmeda, pienso en él, en sus miradas casi lascivas, en sus muecas cuando llega al orgasmo y me excito hasta la médula. Él, que lo sabe, se aprovecha y me dice:

—Está sequito, como siempre...

Llegamos al Bruc y me hace tomar una salida, la carreterita me lleva hasta un camino de tierra y tras unos trescientos metros a una especie de descampado. Aparco de culo a unos arbustos, delante podemos ver el descampado y un camino. Es casi todo marrón arcilloso y algunos hierbajos impiden tener parte de la vista, se ve muy poca. Detrás tenemos unos pinos que disimulan el coche pero cualquiera que pase por el camino o por la parte de delante podrá ver mi coche. Nos besamos apasionadamente, la espera ha sido una eternidad de media hora y la urgencia de nuestros cuerpos lo reflejan

en la rapidez y la avidez con la que nos bebemos el uno al otro. Decidimos pasar a la parte trasera del coche donde antaño, cuando era adolescente, no era tan incómodo. Me siento un poco ridícula, a mi edad, en la parte trasera de un coche cuando mi economía me permite pagarme un hotel donde estar cómoda, caliente y con la libertad de movimientos necesaria, pero supongo que esto también puede ser divertido, excitante y diferente.

Se sienta y se abalanza sobre mi sexo mientras me dice que es lo que más le gusta de mí, que mi sabor es afrodisíaco, que le encanta saborearme. Disfruto como nunca, aún con la sensación de tener un poco coartada la libertad de movimiento. Disfruto tanto que lo obligo a parar. Su deseo es también notable. No es que tenga un miembro pequeño, como él mismo lo describe, es suficiente, diría yo, y erecto dobla el tamaño, conque lo que al principio podría ser preocupante acaba siendo suficiente. No me importa para nada el tamaño porque usa el resto de su cuerpo de forma escandalosamente excitante y placentera. Mi urgencia también es notable y después de un previo corto no aguanto más y necesito todo su cuerpo conectado al mío, necesito que me complete, que cubra todos los huecos de mi alma. Se sienta y me pongo encima, me golpeo la cabeza con el techo, nos reímos, sus besos apasionados me llevan al infinito, no necesitaría más en este momento, no necesito el canto de los pájaros, una casa con piscina o el hotel que hace un momento añoraba. Solo necesito estar así una eternidad pero mi cuerpo se mueve solo y se convulsiona de forma casi involuntaria y violenta. Sus ojos están clavados en mi cara, que no puede disimular el placer infinito del instante. Se mueve ahora él y le oigo gemir tan fuerte como siempre, me clava las uñas en la espalda en un intento de acoplarse mucho más de lo que es humanamente posible. Gime alto dos veces más y relaja su cuerpo. Solo entonces me doy cuenta de que esta vez no ha sido necesario fingir. Me doy cuenta de que ha sido una de las mejores experiencias sexuales de mi vida. La conversación posterior es relajada, distendida y divertida. Le gusta picarme hablando de política, ciertamente entiende más que yo. Su voz es sensual y el amor que me transmite es transparente. La conversación se torna transcendental:

—Pronto es mi cumple...

—¿Qué te regalo?

—Nada, no podría explicarlo.

—¿Cómo estás?

—Relajada y feliz.

—¿Tu marido?

—Uf, tema espinoso. Mi marido es un problema, me siento culpable, no se lo merece, a pesar de todo lo que pueda quejarme. Te quiero y él no merece que le haga esto.

—Ya. Cierto. Te sientes culpable.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer? ¿Dejarme?

—No. Te quiero. No sé si podría vivir sin ti.

—Uauuu. —Su voz dice uauu, pero su cara denota preocupación.

—¿Te preocupa?

—Sí. Claro. Que no estés bien me preocupa.

—No tienen nada que ver contigo. Soy yo, no me siento bien haciéndole esto. Si hago esto es porque ya no le quiero, al menos no como debería. No quiero que esto te salpique a ti o a lo que tú decidas hacer con tu vida. Solo digo que yo no puedo hacerles esto. Me cuesta enormemente mirarlo a la cara. Hemos hecho el amor en diferentes sitios y varias veces y no tiene pinta de acabar hoy. Tendré que dejarlo.

—¡Joder! —Su cara muestra una preocupación seria y yo también me preocupo.

—No te digo que hagas nada, cielo, no me atrevería. Pero yo, a pesar de ti, esté contigo o no, no puedo estar con él porque esto no es amor y él merece algo más que una esposa como yo.

—¿Y los niños?

—Mis hijos seguirán siendo hijos de los dos. Esto es hablar por hablar. No sé si seré capaz. Tengo que meditarlo, tú no te preocupes.

Me besa en la boca larga y tranquilamente, me acaricia, me besa los ojos y me dice que me quiere pero parece preocupado. De repente, para y mira hacia el camino. Vemos un ciclista que dice que puede ser un compañero de trabajo, se pone tenso, extrañamente yo no. Observamos cómo se pierde en el camino montaña arriba. Al rato, un cuatro por cuatro pasa por el mismo sitio. Vuelve a ponerse tenso, esta vez dice que sus amigos con perros han venido hasta aquí alguna vez. ¡Joder, con las casualidades! Decidimos no tentar a la suerte y volver hacia su casa. Durante el camino me acaricia la pierna y sube hacia el muslo. ¿Este hombre es incansable? Lo dejo a diez metros de su portal. No entiendo cómo no tiene miedo de que lo vea un vecino salir de mi coche o un amigo o ¡sus hijos! Me besa fugazmente y se va. Conduzco hasta casa con la música de canciones románticas en español pensando en cómo y

cuándo dejar a mi marido. En si él hará lo mismo, en si mi marido podrá vivir sin mí o sufrirá como yo sufro sin mi Sergio. Me dolería muchísimo hacerle daño pero es que yo quiero ser feliz. ¿Es egoísta? Él también quiere ser feliz, todos lo deseamos, buscar la felicidad no debería ser considerado egoísta. Al contrario, desear que yo no la busque para que él lo sea es lo verdaderamente egoísta. Intento convencerme para no parecer la mala ante mí misma.

A medida que pasan los días siento más culpa, tanta que estoy pensando en dejar a mi marido ya mismo, hoy, el problema no es él, a pesar de que las cosas no hayan ido bien desde hace un tiempo indeterminado, el problema soy yo, que creo que ya no lo quiero como debería y que me siento muy culpable; sopeso la posibilidad, y juego con ella, de que ambos dejemos nuestras relaciones y podamos vivir un noviazgo, sonrío, no me desagrada la idea en absoluto. En seguida sé que él no lo hará y me pongo un poco triste. Una compañera me pregunta por los constantes cambios de estado de WhatsApp y es que cambio de foto y de estado para seguir comunicándome con él, incluso cuando él no me puede contestar, pongo siempre fotos más contenta, ya casi no pongo a los niños, siempre sonriendo, es de las cosas que más le gustan de mí, mi sonrisa constante. Los estados varían de «como una perdiz» a «esperando noticias», «feliz», «deseando que salga el sol»...

Supongo que el hecho de que me responda constantemente a los estados y a las fotos potencia esta nueva forma sutil de comunicación entre nosotros. Buscar ambigüedades que no sean evidentes para nadie más que para él se convierte en un reto lingüístico al que no estoy dispuesta a renunciar. Esa complicidad que hay entre nosotros y que nadie más entiende me convierte en alguien especial en su vida con vínculos exclusivos. Me gusta sentirme cada vez un poquito más cerca de su vida. Me gusta haber descubierto a este hombre, no al otro, no al jefe, a este otro tan diferente y mejor a como me lo había imaginado. Es dulce, cariñoso, inteligente, está pendiente de mí y de mis estados, me dice que no es detallista, pero piensa en mí y me regala frases de amor y complicidades a diario. Los momentos en los que podemos tocarnos, su atención, toda, está conmigo, no mira el móvil, no atiende a otra cosa que no sea yo, sus manos me buscan, su boca me descubre rincones de mi cuerpo que ni sabía que existían, me hace sentir mil mariposas incluso cuando lo pienso. Se está metiendo en mi corazón a pasos agigantados y estoy muerta de miedo.

Busco frases y letreros en las paredes que me digan que es el camino correcto: «Cuánto perdemos por miedo a perder», «es duro fracasar en algo

pero es mucho peor no haberlo intentado», «lo imposible solo tarda un poco más»... Todas esas consignas me indican que el camino es él. Y puede que sea solo lo que quiero ver pero es un camino luminoso y de color rosa, como la nube en la que vivo siempre.

Naia me envía un wasap:

—¿Qué haces despierta? ¿Estás con tu *boy*?

—¿*Boy*?

—Tu chico en inglés, por no decir su nombre...

—Hay que buscarle un nombre porque hablamos muy abiertamente. ¿Si nos oyen?

—Me gusta *boy*.

—No estás con él. No me harías caso, jajaja.

—Hoy no. Bajaré a su pueblo a tomar algo luego, con verlo de lejos me conformo...

—Estás fatal.

—Tú no, jajaja.

Mi *boy* recibe un wasap que le dice que estaré en el parque con los niños a las seis menos diez. Si baja a pasear al perro sin Úrsula podrá pasar por el parque. Diez minutos son diez minutos... Me siento en el parque con el libro. No me concentro en la lectura porque miro en la dirección en la que tiene que asomar en breve con el perro, recibo un wasap: no puede. Mi gozo en un pozo, hoy no lo veo. Los niños juegan en el parque ajenos a mis intereses y yo intento leer para distraerme, el parque siempre había sido un aburrimiento para mí pero ahora va a ser mi mejor momento del día. Conduzco 13 kilómetros hasta su pueblo porque en el mío hay parques pero no está él. Busco excusas como que no me gustan las mamás de mi pueblo, que los parques allí están más limpios o que hay más niños y mejor educados. Me canso en seguida y cojo a los niños y vuelvo a casa ante sus protestas. Estoy desilusionada pero si no puede, no puede.

Los días pasan y nuestra complicidad crece, nos empezamos a conocer y tenemos conversaciones sobre lo hermoso que sería vivir juntos, amarnos en cualquier parte sin estar escondidos del mundo, viéndonos a todas horas, dormir juntos... Necesito una noche contigo, le he dicho en alguna ocasión. La respuesta siempre es la misma: «será genial, cuando no necesite explicar las noches, cuando trabajemos juntos de noche». Cada día le pido más momentos porque la sola idea de perderlo me vuelve loca. No puedo ni pensarlo. Estoy enamorada.

La discusión habitual: «¿Estás enamorado?». «Aún no puedo decirte eso a pesar de sentirlo». Me quedo sin oírse lo decir pero sabiendo que lo siente de verdad. Hoy es día 4 de diciembre, mañana le diré a mi marido que quiero separarme.

Esta mañana me levanto sin haber dormido apenas y con una especie de nudo en el estómago. Desayuno serio, como viene siendo habitual ya en casa. El plan es ir a comprar los regalos de reyes de los niños al Toys R'Us a un centro comercial. Decido afrontar el primer asalto:

—Deberíamos hablar. —Un nudo en el estómago, el corazón a cien mil por hora, nervios de si esto es lo correcto, del dolor que voy a provocar. ¡Dios! ¡Qué difícil es esto!

—¿De? ¿Qué pasa?

—Ya sé que es duro y lo siento en el alma pero desde hace un tiempo siento que no soy feliz. Discutimos mucho, estás siempre enfadado y yo no quiero vivir así.

—¿Qué dices?

—Quiero separarme. —Doy el golpe más duro a punto de llorar.

—Por favor, ¿qué dices? No me digas eso, por favor, no me dejes, te quiero.

Entre súplicas tuyas y mis «lo siento» estoy decidida, el primer paso es el más duro. Ahora solo debo seguir con el argumento. La pregunta esperada: «¿Hay otro?» y la respuesta preparada: «No y no quiero tener a ningún hombre en mi vida desde ya, hasta que me muera». Lloro. Mucho. Me causa una enorme pena la situación y se me encoge el alma. Sopeso la posibilidad de dar marcha atrás. Me muero de pena, no puedo ser tan sumamente perversa. Pero pienso que tarde o temprano tendré que dejarle y será más duro todavía. No somos felices, lo sé, lo que le estoy haciendo es casi por su bien, le estoy siendo infiel. No puedo seguir así y no puedo dejar a Sergio. Lo amo, lo adoro, no puedo vivir sin él, sin sus besos, sin sus caricias... Aunque no duren para siempre, aunque duren solo un minuto más, no puedo hacerle esto a mi marido. Lucharé lo que sea necesario para que lo nuestro funcione, esperaré pacientemente, le daré todo lo que soy. Si me ama como dice, si de verdad lo que siente es lo que expresa y lo que me hace sentir, dejará a su mujer para ser feliz conmigo lo que nos quede de vida.

Mi marido coge el coche decidido a ir a comprar los juguetes a los niños como habíamos decidido, me sorprende que se le haya pasado un poco y quiera hacer vida normal. Aprovecharé la situación para hablar del tema,

ahora que he empezado no puedo perder la oportunidad. Conduce serio y callado pero al menos no llora. Mi cara está resentida del llanto, la suya también. No dice ni una palabra y me da miedo sacar el tema porque fuera de casa y llorando... no me veo con fuerzas. Como él no saca el tema, yo callo.

Entramos en la tienda y nos ponemos a buscar las cosas de la lista de juguetes, hablamos de los juguetes y de dónde los recibirán. Le digo que yo pasaré las navidades en casa de mis padres. Sin él. Se queda estupefacto pero asiente. Parece que lo ha entendido.

Seguimos comprando y a la hora de pagar le pregunto si quiere que lo paguemos a medias. Hace una mueca de extrañeza y dice que no, que lo paga él.

La vuelta vuelve a ser en silencio, intento una ficticia normalidad y hablo de trabajo, contesta con cordialidad. Creo que no lo ha entendido. Seguimos en silencio. Llegamos a casa y se pone a hacer la comida, yo no quiero comer, me voy a echar una siesta.

Me levanto con los ojos hinchados de haber llorado, estoy en casa con los críos un rato pero el ambiente se pone un poco irrespirable. Me voy a tomar una cerveza, que no me gusta, pero es un poco beber socialmente... Me acerco al local del hijo de Sergio y allí están Sergio, Úrsula, unos amigos y los perros. Mi pinta dice que ha pasado algo. Me sacan una cerveza a la puerta donde están ellos con los perros y hablamos de tonterías y nos reímos.

Mi Sergio me mira y me sonrío, aprovecha cualquier oportunidad para meterse conmigo, si él supiera lo que acabo de hacer.

A la hora de pagar me preguntan si voy con ellos a cenar de picoteo, les digo que no, que me voy a casa, insisten, insisto.

—Deja, que pago yo. Te invito.

—No es necesario.

—Pago yo.

Entramos y, aprovechando que estamos juntos y sin Úrsula, le digo en bajito y seria:

—Lo he matado.

—¿Qué has hecho? ¿Le has dejado?

—Sí.

Su cara es un poema. Mira hacia otro lado, me mira, piensa, no dice nada. Tiemblo. Si me pongo a escudriñar la cara que ha puesto cuando le he dado la noticia puedo ver preocupación y mirada al futuro. No tengo claro hacia qué futuro, no sé si piensa en dejarme a mí o dejarla a ella, su cara delata

preocupación. Y, claro, me preocupa a mí. Naia dice que lo asustaré y huirá de mi lado. Que con este gesto acabo de sentenciar el final del *affaire*. Si me ama, esto no supondrá el final.

—¿Cómo estás?

—Mal, es muy duro. Pero no podía seguir así.

—Uf. —Vuelve a mirar a su mano en la que tiene monedas para pagar mi cerveza en su propio local.

Suspira, me mira serio. Mira a su hijo y a la calle, donde le esperan Úrsula y sus amigos. Paga y salimos. Su cara de despedida es con los labios apretados de cierta preocupación por mi estado de ánimo y por mi incierto futuro.

Capítulo 11

El ambiente en casa es muy triste y aprovecho cualquier situación para llevarme a los niños al parque o para salir sin mi marido. Constantemente atormento a Ainhoa, que está en Salamanca pasando un frío insoportable y trabajando. Chateo con Naia, que me anima y me dice que soy una valiente. Mi marido lo ha entendido por fin y lo está pasando fatal. Me insiste en arreglarlo pero ahora que he dado el paso no puedo flaquear, debo intentarlo. Me pide una última conversación porque no entiende nada.

Sergio y yo hemos hablando cuando nos hemos visto, dos o tres veces por semana, más los días que trabajamos juntos, en los que además hemos sido gamberros en varios sitios del centro. Sabemos que esto no es lo que debemos hacer pero cuando ataca el hambre de vernos, de tocarnos y de tenernos es imposible no hacerlo. Unas veces la excusa es que tengo que hacer un trabajo de la *uni*, que si me ayuda y nos escondemos diez minutos en algún despacho. Otras veces es turno de noche y hacemos el amor en su despacho o en lugares oscuros y cómodos del centro. Nunca me ha llamado la atención hacerlo allí, es un sitio gris y lúgubre, no es un lugar apropiado, pero la escasez hace bueno cualquier sitio. Como dice Naia: si estos muros hablaran...

Últimamente viene a mi módulo sin excusas posibles y se pasa allí las horas. Muchas veces lo echo a trabajar porque me parece indecente que mis compañeros lo soporten allí y no podamos hacer lo que hacemos habitualmente. Sacar el móvil, hablar de nuestras cosas, poner a caldo a los jefes... Mis compañeros salen a repartir la cena con la ordenanza; mientras ellos no están, Sergio se acerca y nos tocamos como podemos para poder aflojar la ansiedad de estar juntos y tener que disimular, cuando vienen de repartir, volvemos a nuestras posiciones iniciales. Y lo raro es que nadie sospeche nada. Por suerte, siempre está Naia echando capotes... ¿Tú no tienes compañero hoy? ¿Qué le dices? ¿que estás perdido? A lo que contesta: «El jefe que está hoy y yo no nos llevamos bien», fea respuesta, pienso.

Hoy estamos en casa de Ainhoa. Ella está trabajando y tengo sus llaves y su permiso permanente, siempre aviso, por si acaso. El cuerpo de Sergio ya conocido por tantos encuentros sexuales se acerca con ese olor tan personal. Sus palabras son dulces, se siente feliz y preocupado. Me pregunta constantemente cómo está mi marido y como estoy yo. Por fin saca el tema sin tapujos y dice:

—Entonces, ¿yo qué hago?

—No puedo contestarte a eso.

—¿Te has separado por mí?

—No. Me he separado porque ya no quería a mi marido, cuando le haces algo así a tu pareja, por respeto, debes dejarla.

—No sé qué hacer, de verdad, me muero de ganas de estar contigo, a todas horas, siempre, pero es que... No sé si seré capaz. No tengo valor. Nunca he dejado a nadie.

—Yo no puedo decirte nada, siempre te he dicho que yo no podía pedirte eso.

—Ya lo sé, no me lo pides tú. Debo hacerlo.

—Yo es que no puedo hacerle esto a mi marido, no se merece que le esté siendo infiel, me siento sucia, no puedo ser feliz sintiéndome así, me pongo en su lugar y... —Se me escapan unas lágrimas.

—A mí me pasa lo mismo, pero yo no sé dejar, nunca he dejado a nadie, yo hago puntos para que me dejen a mí porque la decisión es muy dura.

—Si lo deseas de verdad, serás fuerte. Si no lo deseas, no la hagas sufrir inútilmente.

—Se lo diré después de fiestas.

—¿Qué le dirás?

—Eso. Que quiero separarme. ¿Ha sido duro?

—Durísimo. He llorado mucho. He tenido que ser muy fuerte y tener un horizonte fijo en mi mente.

—No sé si podré.

—Si de verdad es lo que deseas, podrás.

—Lo deseo, por eso quiero esperar un tiempo, no puedo pasar de una casa a otra. ¿Lo entiendes? Tenemos hijos. —Suelta un «uf» que me deja helada. Si me quiere lo hará porque de lo contrario me perderá—. Primero, lo dejo con Úrsula, me voy a un piso en alquiler, he mirado unos cuantos pero quiero mirar más. Luego nos veremos como ahora, a escondidas, un tiempo prudencial, ocho o diez meses. Luego ya podemos salir juntos de forma pública, si aún quieres...

—¿Qué dices? ¿Que tienes mirados pisos? —No me lo puedo creer.

—Soy muy curioso, siempre miro cosas.

—No sabes lo feliz que me haces.

—Aún no.

—Sí. Me haces muy feliz. Solo la intención me hace inmensamente feliz.

—¿Cómo se lo diré a mis padres?

—Así. Me he separado. Jajaja

—Jajaja. Mi hermano se separó y ellos querían mucho a su mujer, lo pasaron fatal. De hecho, mi hermano ya tiene otra pareja y hay un cuadro de su ex mujer en casa de mis padres. Mi hermano se enfada cada vez que lo ve pero mis padres la querían mucho y no quieren quitar el cuadro que ella pintó. Les costará mucho aceptarte, quieren mucho a Úrsula.

—Me las apañaré. Puedo ser un encanto.

—Tú ya eres un encanto pero con ellos será difícil. Cuando estoy contigo soy feliz, amor.

—¿Cuándo lo harás?

—El 7 o el 8 de enero. Después de fiestas. Tú vete a casa de tus padres, a Zamora, a pasar las Navidades y a la vuelta, a ver la que lío...

—Sergio. Te quiero, estoy enamorada, quiero hacerte inmensamente feliz.

—Ya lo haces.

—Más, más feliz... Todo feliz.

—Jajaja. Solo seré más feliz cuando pueda decirte libremente que estoy enamorado.

—Puedes decirlo, aunque estés casado con otra, puedes estar enamorado de mí.

—Y lo estoy. ¿No se nota? Estoy enamorado de ti hasta la médula.

Hicimos el amor de forma apasionada porque somos incapaces de hacerlo de otra forma. Después de leer *Cincuenta sombras de Grey*, intentamos emular el polvo «vainilla» sin éxito. Somos demasiado fogosos, apasionados, impacientes...

No sé cómo expresar lo que sus caricias son capaces de hacerme sentir, no puedo expresar con palabras esas mil sensaciones que disfruto a la vez, porque las palabras se quedan cortas. Mis poros, todos, se abren al mismo tiempo para recibir todo lo que quiera darme. Mis pupilas están más atentas a todos sus movimientos, a veces, son tantos los puntos erógenos que están siendo activados que me pierdo en un placer inmenso. Su respiración rápida por mi cara, me besa los ojos, pero no besos castos, me besa los ojos como si fueran pequeños picos con la boca semiabierta y húmeda. Me chupa la cara, siento su aliento tan cerca que puedo tocarlo... Mi placer aumenta y necesito llenar todos los huecos de mi cuerpo con el suyo, necesito ser complementada, me urge que me complete. Mi prisa le pilla por sorpresa y, mientras sus caricias bajan de intensidad y me susurra: «disfrútame y déjame disfrutarte un poco más, me encanta como te mueves», jadeo sin entender por

qué mi urgencia sigue alerta... nunca, nadie, de ninguna manera me había hecho sentir tan deseada siendo tan imperfecta. Sus caricias vuelven a hacerse intensas y sus besos me excitan más allá de lo que puedo controlar, le suplico mediante movimientos corporales que, por favor, me deje alcanzar el orgasmo con todo su miembro dentro de mí, con fuerza, casi con agresividad, necesito que me embista como nunca me había atrevido a pensar. Me siento casi ordinaria, no me importa, lo necesito ya todo y obedece. Me estremezco después de pocos minutos. Siento sus besos aún por todo mi cuerpo, siento sus caricias rápidas. Él también está a punto y lo alcanza, como siempre, fuerte, alto, sus jadeos en forma de varios «aaaaaaahhh» entrecortados y altos me hacen sonreír, casi me dan vergüenza, le miro la cara de satisfacción mientras está en una nube en la cima del placer y es por mí, por nosotros. En este preciso instante soy feliz, en cuanto nos separemos para volver a casa tendré mi pequeño tormento.

—Eres perfecta.

—No. Pero me acerco. —Me río.

—Para mí eres perfecta. Una pasada, de verdad, en la cama y fuera de ella pero es que en la cama te superas.

—¿Qué me vas a decir?

—Podría callarme...

—No. Porque siempre quieres más...

Su carcajada vuelve a envolverme, como siempre, lo hace tan poco y es tan bonita que cada vez que se ríe así, me deja casi sin palabras. Con una sonrisa estúpida en la cara. Embelesada, disfrutando y saboreando ese momento tan espectacular, esa belleza musical para mis oídos.

El tiempo a su lado pasa volando y ya tiene que irse, sus rutinas lo son desde hace tanto tiempo que ahora parece que tiene que justificar casi cada momento. Se levanta temprano, sale con Sira de ocho u ocho y media a diez, vuelve a casa, hace cuatro cosas en casa o sale a comprar, hace la comida a eso de las doce o doce y media, come con sus hijos o con la familia entera, dependiendo de quién trabaje, ve el telediario, duerme la siesta y a las seis sale con Sira, de nuevo, al *pipican*, donde queda con las mismas personas de siempre para que Sira juegue con sus «amigos», los perros de las mismas personas de siempre. A eso de las ocho y media van hacia casa y, probablemente —casi seguro—, se tome una cerveza por el camino en algún local, posiblemente el de su hijo, luego a casa a cenar y a las doce a limpiar el local de su hijo, porque el pobre está muy cansado.

La rutina ahora viene siendo la siguiente: Se levanta algo más temprano para que Úrsula no vaya por la mañana a sacar a Sira con él. Me da los buenos días y nos decimos mil cosas por teléfono o WhatsApp. Ha inventado una contraseña para que sepamos cuando podemos hablar con normalidad y cuando no, si me dice «HI» —hola— es que puede hablar, que está solo. Si contesto lo mismo es que yo también puedo. En caso de responder «hola» con todas las letras es que hay que hablar del tiempo o de alguna otra cosa porque no está solo. El resto del día depende de si ella trabaja o no. Pero siempre hay un momento u otro en el que al menos recibo un «*hl tk dew*» —hola. Te quiero. Adiós—, eso significa: estoy pensando en ti aunque no puedo hablar. Esos días no me gustan mucho, recibir eso, cuando me paso todo el día pensando en él, me sabe a poco, tan a poco que casi me pongo de mal humor. Casi no, me pongo de muy mal humor. Las Navidades están siendo duras, sus comidas familiares son diarias porque ha venido su hermano y familia de Madrid —o eso dice— y están entre la casa de su madre, la de su hermana y la suya continuamente. Quizás lo que ocurre es que estos días no puede disimular como cuando no son días señalados. No quiero ni pensarlo. Esto sucederá hasta el día 26. Yo me voy el 28 a mi pueblo, a casa de mis padres, así que me quedará un día para disfrutar de él. Me estremezco.

Hoy mi marido está muy mal, hablamos sobre la separación y sobre quién se va de casa. No aguanta dos frases, llora amargamente y me muero de pena, no puedo soportar esta sensación de verdugo, me siento una bruja. Lo miro llorar por mí y se me hace un nudo en la garganta, no se lo merece. Con lo que quise yo a este hombre... Estaba enamoradísima de él, de su forma de hablarme, de sus caricias, de su cara juvenil, casi sin barba, de su forma de hacerme reír... Y ahora estoy matándolo. Pienso en lo insoportable de lo que debe estar sintiendo y no puedo flaquear porque lo otro que él no sabe que le estoy haciendo es peor que esto. Al final la conversación se queda a medias porque se levanta y se encierra en la habitación de matrimonio a llorar. Soy la persona más fría del mundo.

Mi marido es una persona muy cabal que no me va a poner las cosas difíciles, con la que mantendré una buena relación porque es un señor. La pena es que yo no estoy demostrando ser una señora. Sí, una señora zorra. No me gusta maltratarme pero últimamente es como me siento.

Consigo que quiera volver a hablar sobre cómo podemos hacerlo, le digo que si quiere me voy yo de casa. Asiente. Le digo que tendremos custodia

compartida. Me dice un «por supuesto» casi agresivo. La cosa se pone tensa:

—¿Cuándo se lo decimos a los niños?

—Después de fiestas, mejor, ¿tienes prisa?

—No.

—¿Te vas a ir al pueblo sola?

—Si me los dejas me voy con ellos...

—Sí, claro, que vean a tus padres. No te busques piso tan pronto. Vas a tu casa, con tus padres, piensas y ya cuando vuelvas volvemos a hablar.

Pienso la respuesta, no quiero que se ponga a llorar otra vez, así que asiento sabiendo que buscaré piso desde allí para poder empezar una nueva vida a la vuelta y no tener que ver cómo sufre. Él lo pasa mal y yo también, cuanto antes pase el tiempo de duelo mejor para los dos.

—Vale.

—¿Cómo puedes ser tan fría?

No soporto más verlo tan hundido, la pena me inunda el corazón y lloro sola mientras me doy un baño. El dolor es similar al de un «nunca», suena durísimo y me siento muy cruel. Su última frase me mata. No es frialdad... Tengo que ser fuerte. Merezco ser feliz tanto como tú. Si te hago feliz a ti soy desgraciada yo y viceversa. Supongo que es egoísmo. ¿Cuántas vidas tenemos? Que yo sepa una.

Hoy, después de días de negociación y llanto, trabaja Úrsula pero no mi marido. Buscaré un hueco para ver a Sergio pero no demasiado para no poner peor a mi marido. Estoy poniéndome guapa o intentándolo, medio escondida en el baño, porque las ojeras por la situación asoman descaradas. Como es lunes y el local está cerrado, lo está limpiando... Cosas de tener hijos, supongo. Acabo de arreglarme y me dirijo a Mercadona, que Sergio tanto odia, a pesar de ser medio valenciano, y hago la compra de casa, pienso en darle una pequeña sorpresa, pasar por el local... Envío wasap y corroboro que está solo. Quedamos en diez minutos. Me apresuro y hago la última compra: copas de plástico y un benjamín de cava. Hoy es el último día aquí antes de irme al pueblo y brindaremos por nuestro primer año juntos.

Coloco la compra en el coche y salgo con la música a toda pastilla... Suena El sueño de Morfeo y canto como una loca «Ésta soy yo, asustada y decidida, una especie en extinción tan real como la vida. Esta soy yo, ahora llega mi momento...» Necesito no pensar en mi marido hoy, necesito estar guapa y sonriente, necesito gustarle. Sigo cantando. Llego y tiene la persiana un poco abierta, no veo nada. Envío wasap antes de salir del coche y abre la

persiana. Salgo del coche mientras le veo encontrarme con la mirada y mirar a ambos lados, me meto en el local a hurtadillas y me siento casi infantil. Él vuelve a cerrar la persiana pero no hasta el final, es la única entrada y salida del local. Estamos solos, el local cerrado parece otra cosa, estoy nerviosa por si viene alguien a pesar de que él asegure que eso no ha pasado nunca.

Saco el cava y su cara se ilumina:

—¿Y esto?

—Me gustaría celebrar el fin de año contigo y como no va a ser posible...

—Eres tan detallista... Yo no lo soy. Nada.

—Feliz año, amor.

—Feliz año, amor.

—Sí quiero celebrar el nuevo año contigo pero me voy a 800 km...

Tengo que adelantar la fecha o secuestrarte. —Sonrío.

—Me parece genial. —Se ríe

—Feliz año, vida.

—Feliz año, amor.

Nos besamos apasionadamente, su boca me vuelve loca y, cómo no, sus manos no saben estar quietas. Me pasa de su boca un traguito de champán que me sabe a gloria, me excita.

—Aquí no —le digo.

—Vale... Como quieras. —Sigue acariciándome.

—¿No vendrá nadie?

—No —me dice mientras sus manos buscan quitarme el abrigo.

Mi problema es que no sé decirle que no, no puedo, me supera. Debo saborear cada minuto porque luego me iré al pueblo y allí no lo tendré.

Sus manos consiguen quitarme el botón del pantalón. Definitivamente no tengo voluntad. Su voz, en susurros, para que, si pasa alguien por la calle, no pueda oírlo hablar con una chica que no es su mujer. Profanamos el local lleno de espejos, juntos, nos queremos allí donde seguramente han estado ellos tantas veces, recordará este momento cada vez que vaya a limpiar el local, no puedo dejar de pensar que necesito estar en todos sus lugares habituales para que pueda tener un recuerdo en cualquier momento. La barra y las mesas seguirán ahí, recordándole a mí, a nuestro momento. El amor embriaga todos los rincones y los nervios no me dejan alcanzar el orgasmo. Estamos de pie haciendo lo que podemos, me pone hasta límites desconocidos, me olvido por un momento de mis miserias. Sus caricias, su pasión desmesurada, sus besos por todas partes... Me arrodillo. Disfrutamos

de la sesión pero ninguno de los dos conseguimos llegar al orgasmo. Él cree que yo sí... Otra vez. De verdad que no podría explicarle lo mucho que disfruto a pesar de no alcanzar el clímax. La sensación de tenerlo para mí, de saborear su intimidad, de disfrutar de su atención es superior a la electricidad de llegar al final. Como no creo que pudiera explicarlo decido hacerlo feliz y fingir de nuevo. No alcanza de todas formas su objetivo y acaba rindiéndose. Un «no puedo, lo siento, amor, no puedo» hace que dejemos de intentarlo. Sus besos postorgasmo sin orgasmo casi me dejan tan ansiosa como cuando entré. Este hombre no sabe hasta qué punto es capaz de ponerme frenéticamente dispuesta.

—Me tengo que ir, cariño —me dice después de estar diez minutos besándome y acariciándome.

—¿Tú has mantenido relaciones estos días?

—No, ¿por?

—Porque no has podido...

—No, cielo, es el ambiente, lo siento.

—Vale.

—Me tengo que ir.

—Está bien.

—¿A qué hora te vas mañana?

—Temprano.

—Por favor, conduce con cuidado, no uses el móvil.

—No.

—Avísame al llegar.

—Sí, papá. —Se ríe.

—Te quiero.

—Y yo.

—Sana y salva para mí, entera, así, complaciente. Perfecta.

—Va, no te pases, no he podido acabarte hoy, lo siento.

—No pasa nada, he disfrutado mucho.

—Te quiero. Mil.

—Te amo.

—Déjame esto, que lo tiro por ahí de camino —digo refiriéndome al cava.

—No, cielo, lo tiro ahí mismo. Gracias de nuevo.

Al llegar a casa encuentro a mi marido encerrado en su —nuestra— habitación. Pienso en entrar a animarlo, pero en seguida pienso que eso puede

llevarlo a confusión y tener que volver a hacerle daño. Guardo la compra, hago maletas, preparo bocadillos y juego con los niños con una sonrisa triste.

La situación en casa es invivible, lo mejor para que el luto pase antes y dejemos de sufrir, hay que salir de esta casa. Durante la estancia en el pueblo buscaré un piso amueblado en mi mismo pueblo y me mudaré nada más llegar. Mi nueva vida debe comenzar pronto.

Recibo un wasap:

—Eres espectacular. Necesito estar contigo. Te amo.

—Tú eres el amor de mi vida. Me gusta desearte feliz año todos los días...

—No puedo hablar más. Pronto seré tuyo. Dime algo mañana al salir. *Tk. Dw.*

Miro el móvil porque tristemente me gustaría poder hablar con él a todas horas. Este hombre dejará a su familia para ser feliz conmigo. ¿Y si luego no le hago feliz? ¿Y si me hace a mí lo mismo que le está haciendo a ella? Las dudas existirán siempre entre nosotros en ambas direcciones pero quiero arriesgarme, lo necesito, lo amo con toda mi alma. No puedo imaginarme un día en el que él no esté. Miro el móvil y nada, no está en línea ni lo estará hasta mañana, está con ella, con la que debe estar, y la pobre no sabe que después de fiestas la dejará. Pobrecita. Solo tenemos una vida, es la felicidad de él o la de ella ¿Por qué iba a ser más importante la de ella? ¿Debería renunciar a mí porque se casó hace treinta años? Me ama y quiere estar conmigo, sería injusto pedirle que renunciara al amor para siempre. Siempre es mucho tiempo, cosa que verbalizo de forma habitual.

Mi marido baja a comer alguna cosa pero ni un bocado es capaz de tragar, tiene los ojos rojos, me mira con una mirada tan triste que me desarma.

Empiezo a hacer la cena, mañana madrugamos y tenemos que acostarnos pronto. Las lágrimas afloran solas en mis ojos por lo que estoy haciendo, no puedo ni imaginarme el dolor que siente mi marido, solía decirme que era la mujer de su vida, que si lo dejaba se moriría de pena y yo le decía que nadie se muere de amor, sin embargo, empiezo a no tenerlo claro. Vuelve a encerrarse en la habitación.

Ceno en silencio mientras observo a los niños jugando sin saber que estoy a punto de cambiar sus vidas. ¿Cómo les digo a estos felices angelitos que he dejado a su padre? ¿Cómo puedo hacerles esto y ser tan egoísta de pensar solo en mi felicidad junto a Sergio? ¿Cómo podremos hacer esto sin que les perjudique? Vuelvo a llorar. No estoy bien. Necesito un cambio. Ver a mi

marido así me rompe el corazón. Mi amiga Ainhoa me dice que si me da tanta pena es que lo quiero y que volveré con él... Claro que lo quiero, de otra manera, es el padre de mis hijos, es buena persona y es un gran amigo, nos lo pasábamos bien en la cama pero no lo amo. No puedo amarlo mientras siento este torbellino de amor por otro hombre.

Amanece un día soleado, al menos conduciré lejos de la lluvia, no como en el primer viaje que hice sola en octubre. Son las seis y media y ya hemos desayunado. Mi marido se ha levantado y se despide de los niños con lágrimas. A pesar de no celebrar estas fechas, dejarlo solo me produce un pinchazo en el corazón. Lloro con la impotencia de la persona que sabe que está perdiendo al amor de su vida irremediabilmente y yo no puedo evitar hacerme la fuerte.

Los niños entran en el coche y nos damos un abrazo.

—Conduce con cuidado y avísame al llegar.

—Claro.

—Piénsate lo que vas a hacer.

—Lo siento, de verdad. Por favor, intenta distraerte.

—Te quiero.

—Por favor...

—Buen viaje.

—Gracias. Te llamo.

—Ok. Adiós, niños.

Los niños le dicen adiós contentos porque nos vamos a ver a los abuelos y en el pueblo a veces hay nieve. Estoy deseando salir para poder ver el wasap que tengo en el móvil desde las cinco de la mañana y delante de mi marido no me atreví a mirar. Sé de quién es.

Arranco y miro por el retrovisor la cara abatida de quien se sabe abandonado. Meneo la cabeza para deshacer pensamientos horribles sobre mí y cambio de pensamientos, pongo música y al salir de la urbanización en la que vivo miro todos sus mensajes en el móvil. Primera regla infringida.

—Hi.

—Conduce con cuidado, amor. A la vuelta serás mía.

—Avísame al llegar y no conduzcas con el móvil.

—Si te pasa algo no me lo perdonaría.

—Ayer me lo pasé genial. Por cierto, Úrsula me dijo al llegar que olía a sexo.

—Supongo que aún duermes. Sería una pasada despertar contigo al lado

durmiendo. *Tk.*

Me pongo colorada solo de pensarlo y surge una sonrisa maligna en mis labios que reconozco... Oigo al mediano decirme que conducir con el móvil es malo porque podemos tener un accidente. Miro por el retrovisor y le sonrío mientras dejo el móvil. Primera parada en Zaragoza a hacer un pipí y a redesayunar. Miro los mensajes. Mi hijo mayor hace lo mismo cuando se despierta, la verdad es que no me está siendo de gran ayuda. En el salpicadero me he colgado las instrucciones del camino a seguir, las que guardé desde octubre, nombres de carreteras, números de salidas y ciudades y pueblos. Llegaremos, seguro, pero espero no equivocarme y llegar pronto.

Un solo mensaje de Sergio, dos de Naia, uno de mi madre:

—Has salido temprano. Buena chica. —Mensaje de Sergio.

—Buen viaje *wapa*. No mires el móvil, que nos conocemos. Te quiero mogollón, mi princesa. Verás qué bien te vienen estos días en casa de tus papis y lejos de todo. —Mensaje de Naia.

—Conduce con cuidado y envía un *ok* al llegar, nena. —Mensaje de mi tía.

—Cariño, que tengas un bien viaje, dime algo cuando pares. —Mensaje de mi madre.

Primer mensaje a Sergio, por si tengo suerte y puedo hablar con él:

—*Hi*

Segundo, a mi madre:

—Hola, mami, en Zaragoza, café, pipí y seguimos, te quiero, voy sin prisa, así que tranquilos. Os quiero.

Ni rastro de mi marido, no se conecta desde que salí. Respiro profundamente y una bocanada de aire fresco me llena los pulmones. Lo estoy haciendo todo mal, pienso.

Nos tomamos algo, los niños enredan... Seguimos en ruta y Sergio ha leído el mensaje pero no ha contestado. Justo cuando nos montamos en el coche recibo un wasap de Sergio:

—Perdona, estaba con gente. No me escribas mucho, estos días estoy en familia y me preguntan. Lo siento. Te quiero. —Siento un jarro de agua fría por la espalda... Automáticamente recuerdo lo que dijo: «A la vuelta serás mía». No pasa nada, debe disimular.

Seguimos en marcha y mi hijo mayor vuelve a dormirse. ¡Madre mía! ¡Pedazo de ayuda! La música me distrae y los peques se duermen también. Ahora es mi momento, mi soledad y la música me invitan a pensar en

nosotros, en nuestra vida en común, somos diferentes y los primeros años serán complicados pero el amor triunfará y despertarme a su lado será suficiente recompensa por todo lo mal que lo estamos pasando ahora. Me sonrojo al pensar en nuestra celebración anticipada de fin de año, las malas lenguas dicen que trae mala suerte, no me importa, viviré todas las suertes que quiera el destino, pero con él. Con sus besos.

Llegamos a Logroño y decido parar en el McDonald's a comer, ya nos comeremos los bocatas para merendar, si queremos. Los niños se ponen contentos y piden un Happy Meal, mi hijo mayor cuatro hamburguesas de un euro y unas patatas, yo un menú Mc pollo, cuesta lo mismo mi menú que las cuatro hamburguesas de mi hijo mayor... Es listo, el tío.

Otros mensajes para todos, menos para Sergio. No ha dicho nada ni se ha conectado. Está en familia y un latigazo de celos me corre por la columna vertebral hasta hacerme temblar. Me despojo de los pensamientos inadecuados. Él está con su familia y yo con la mía, el año próximo será diferente. Sacudo la cabeza y vuelvo a lo mío. Conducir con niños movidos y el mayor medio zombi es lo peor pero consigo llegar sana y salva a Sanabria con un sol estupendo. Suena un wasap que cojo al vuelo a pesar de las advertencias de todos. ¿Para qué me escriben si no quieren que lo mire? Saben que lo miraré porque la curiosidad por saber si es Sergio es poderosa. Y así es:

—¿Has llegado ya? ¿Llueve? Dime algo. *Tk*.

Contesto un:

—*Hellegadoyatk*. —Mal escrito y junto por la conducción y envío.

—Te he dicho que no escribas conduciendo...

Sonrío. Y, por fin, veo el humo de la chimenea de la cocina económica de mi casa. La figura de mi madre en la puerta y la de mi padre en la ventana, preocupados... Los niños se alborotan al verlos y mi hijo mayor suspira cansado del viaje. Abrazos y besos por doquier.

Capítulo 12

Los días en mi pueblo pasan felices, aunque nostálgicos, para todos menos para mi hijo mayor, que en está en casa de su padre, mi ex marido, y llora por problemas con su novia adolescente que parece que quiere cortar para empezar un noviazgo que ya ha empezado con su hermanastro —horror—. Mi hijo me llama para hablarme de ella y está destrozado. Celebra la Navidad y se esconde en su habitación con el móvil, esperando noticias de su Dulcinea, pero esas noticias son amargas y él necesita estar en casa para intentar solucionar lo que ella está destrozando. Yo entiendo a mi hijo pero mi consejo es que, a pesar del dolor, la deje ir, él decide seguir intentando que funcione y a mí se me parte el alma porque ella le está haciendo lo mismo que le hago yo a mi marido. Tristemente, si ella ha decidido amar a otro, mi hijo no puede hacer nada. Debería recoger su dignidad y volar lejos de la persona que no ha sabido valorar su honestidad, su inteligencia, su hermosura casi helénica, su saber estar y su cultura. No es amor de madre, es un chico en cantador... Un poco vago con los estudios pero encantador. Hoy parece que las cosas no van muy bien y me llama para que lo vaya a buscar a casa de su padre.

—Mamá, ven a buscarme, *por fa*. Necesito un abrazo y papá no lo entendería.

Vuelo a buscarlo. Él jamás lo entendería, en las aldeas de mi paraíso los hombres parecen no entender que otros hombres sufran por amor. No se atreven a mostrar esa debilidad que su padre entendería como falta de virilidad. Corro en su ayuda porque soy madre y entiendo lo que está sufriendo. Hoy celebramos año nuevo, ayer salió y parece que bebió un poco. Su estado de ánimo es parecido al de una resaca con aplastamiento de corazón.

Hablo con él y entiendo sus quejas:

—Si al menos pudiera estar allí para hablar con ella, aquí mis amigos no lo entienden, no puedo hablar con nadie, si al menos tuviera aquí a mis amigos...

Lo abrazo y sopeso la posibilidad de volver antes. Desde aquí encontré un piso céntrico en mi pueblo y amueblado que se ajusta bastante a las necesidades de mi familia rota por mi culpa. Sopeso la posibilidad de ver antes a Sergio, de solucionar lo antes posible mi papeleta con mi marido y de ver a Sergio. Ayer sonaron mensajes del tipo «feliz año, amor mío, ya queda menos, no me escribas hoy». En mi cabeza esa posibilidad tiene cada vez más

vida propia y decido hablar con mis padres y volver el día 3.

Como siempre, por parte de mis padres no hay ningún problema porque son unos amores. Las conversaciones con mi madre me acaban sacando que Sergio existe, de ahí la urgencia, ella entiende que no puedo seguir haciéndole esto a mi marido, aunque su cara de desconfianza sobre mi matrimonio y lo que haré después de fiestas me hace advertirle: «Sé cómo se ve desde fuera pero me quiere. Le quiero. Lo haré». A veces, no lo digo muy segura porque estas cosas están a la orden del día, pero es que nadie lo conoce como lo conozco yo.

Envío mensaje:

—Tal vez vuelva el día 3. —Espero... Nada.

Espero unas horas y al ver que está escribiendo se me acelera el corazón. Tengo tantas ganas de verlo a pesar de haber hablado casi todos los días con él que creo que no seré capaz de disimular mi alegría por la pronta partida a casa, a mi nueva casa. A mi nueva vida. Por fin mensaje:

—¿Qué ha pasado?

—Nada, cosas del mayor.

—¿Todo bien?

—Claro, amor. Todo bien. ¿Tú?

—Te echo de menos, aguantando. Mi hermano ya se ha ido y por fin hemos finalizado las comidas fuera de casa y en familia. ¿Cuándo vuelves?

—El 3.

—Perfecto. *Dw. Tk.*

Contesto sin darme cuenta de que se ha despedido precipitadamente por algún motivo:

—Ya tengo piso.

Cuando veo que lo lee y no responde y veo su despedida anterior, tiemblo. No contesta. No pasa nada.

Vuelvo a mirar y «escribiendo» y para... «escribiendo» y para de nuevo. Empiezo a temblar: o no sabe cómo decirme algo o es que está vigilado. Tengo por fin mensaje:

—¿Qué piso?

Saltan todas mis alarmas, él sabe qué piso... Eso es que ella, o alguien, ha visto el mensaje. No contesto, espero. No dice nada, pasa una media hora y nada... Por fin otro mensaje.

—Úrsu ha visto tu mensaje.

—¿Cuál?

—El del piso.

—Dile la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que me he separado, que te he pedido que me busques piso, que me has dado dos o tres contactos y no me gustó ninguno y que ahora que lo he encontrado te lo digo para que no busques más. Gracias por todo.

—Ok.

Paso la noche nerviosísima, a lo mejor he adelantado los acontecimientos. Apenas duermo, el día 2 de enero va a ser el más largo de mi vida. No me da los buenos días, no hablamos, no me envía nada, no se conecta. Me muero de nervios y hasta me enfado. Al lavabo podrá ir y aprovechar para no dejarme así, ¿no? Estoy que me muero de nervios, me entretengo haciendo maletas. Él sabe lo mal que lo paso con las incertidumbres, sí lo sabe, y si me quiere como dice ¿por qué no me dice nada? Llamo a mi Pepito Grillo particular porque me estoy volviendo loca y en seguida suena su voz encantadora, como si se estuviera riendo, como si estuviera encantada de recibir mi llamada, no sé que he hecho de bueno en esta vida para toparme con ella pero es un regalazo fantástico:

—¡Hola guapa! ¿Cómo estás? ¿Bien?

—Bien, cielo, más o menos...

—¡Ah, no! Más o menos no, que nos conocemos, a ver, ¿qué te pasa? ¿no querías a tu dios griego a tus pies? ¡Pues ya lo tienes! Ahora no te quejes, que no cuela...

—A ver, parece ser que Úrsula le ha pillado un mensaje en el que yo le decía que ya tenía piso... Le he dicho que le diga que es que él, que es mi amigo, sabía que me separaba y me estaba ayudando a buscar piso y que como yo ya lo he encontrado, le informo para que no siga buscando. Y desde entonces no sé nada más de él.

—A ver, va, déjate de tonterías, si le pilla es porque es gilipollas. Que se apañe, no le des ideas, que se joda...

—No, tía, que se joda no... Que esto tiene que salir bien.

—Saldrá bien si queréis los dos pero si es tonto *perdío*... ¿Pa' qué deja que le vean el móvil? —Empieza a hablar como una metralleta y no le falta razón en lo que dice—. Si este tío es *mongolo*, ¿no lo ves? Es el momento de decirlo, te han pillado, no maquilles, porque luego, en dos días, cuando quiera decir «oye, que me separo», ella ya sabrá que es por ti y no merece la pena librarse de una bronca ahora para tener otra pasado mañana o el mes que

viene, si es que le controla hasta el olor de los calzoncillos, seguro, me la imagino. —Se ríe—. Las mujeres como ella que chafardean móviles, que miran el correo y hacen preguntas absurdas, son las que le huelen como un perro en busca de pruebas. ¿Y sabes por qué lo hace? Porque ya tiene claro que tiene cuernos pero no se lo quiere creer. ¡Estar así de celosa es de enfermos, tía! Ella sabe lo que tiene en casa y tú deberías saber lo que vas a tener, si es que lo hace, que perdóname pero no lo veo. Ella sabe que él es así y si chafardea el móvil y Facebook y le huele a sexo es porque ya sospecha mucho, más de lo que os creéis...

—Ya, pero...

—Ni pero ni nada, que se resuelva él su papeleta, que tú ya te estás resolviendo la tuya. ¿Cuándo vienes?

—Mañana.

—¿Tan pronto? ¿Qué ha pasado? Es por él, ¿no?

—No, por el mayor, líos de faldas también...

—Anda, que... Vaya familia, el pobre ha salido a ti. —Se ríe de forma sonora. Adoro esa risa despreocupada y desternillante.

—*Tas* loca, tía, pararé en tu pueblo a la vuelta a tomar café, que me muero de ganas de verte.

—Y no te preocupes por *este*, que me da a mí la impresión de que por mucho que lo quieras...

—¿Qué? ¿No lo hará?

—No, no digo eso, tranquila... Digo que es un huevón, huevón... ¿Tú quieres un huevón?

—Antes que un marimandón... Yo lo quiero así, como es.

—No lo conoces.

—Como sea, lo quiero como sea, así o *asao*, y me adapto a lo que sea porque sin él me muero.

—Nadie se muere de amor, baja ya de tu nube rosa, que como te caigas, ya verás que *piño*. —Vuelve a reírse.

—¡Mira, mamá! ¡Sin dientes! —digo muerta de risa, emulando al chiste del niño que va en bici enseñándole a su mamá sus proezas en bicicleta...

—Sin piños, sí. Anda, que... En breve tu *boy* estará sin piños, que está mayor Entonces, ¿mañana nos vemos? ¡Qué bien! Avísame, que bajo al *bareto* y nos hacemos un café.

—¿Y tu idilio?

—Uy, mi idilio... No sé, no sé... Este me da un miedo.

—¿Miedo? Si es un encanto, un romántico, un amor....

—Parece, no olvides que yo no soy así, que soy realista y no creo que ni él ni nadie se pase la vida leyéndome poesía. No creo en los romeos.

—Va, dale una oportunidad, se lo está currando, cuenta...

—Mañana te cuento, me voy a buscar a la niña al casal, que mi maridito de los cojones no tiene tiempo y se ha ido al gimnasio.

—Para el *gym* sí tiene tiempo...

—Tu *boy* y mi Pol acabarán siendo mi maridito o similar.

—Mi *boy* no...

—No... Venga, hablamos mañana, avísame. Te quiero mogollón.

—Y yo, cielo.

No me quedo tranquila, me muero de nervios por lo que pueda estar pasando, no me atrevo a escribir a mi Sergey y preguntárselo. Llamo a Ainhoa, ella siempre tiene otra versión de las cosas. Ainhoa y Naia son tan diferentes... Pero tan iguales en otras cosas... Suena tono y lo coge:

—¡Hola *guapins*! —dice nada más descolgar— ¡Feliz año!

—Igualmente, cielo ¿Cómo estás?

—¡Súper! Feliz como una perdiz.

—¡Ostras! ¡Qué bien! ¿no?

—Sí, cuenta, ¿cuándo vuelves?

—Mañana.

—¿Y eso?

—Cosas... A ver, que te cuento... —Le cuento lo mismo que a Naia.

—¡Hala! ¡Qué fuerte! ¿Y esta tía se lo cree todo?

—No lo sé, espero noticias...

—Uf, ¡Qué fuerte!

—¿Qué opinas?

—Que si no se separa él lo hace ella. —Se ríe.

—Tía, me muero de nervios.

—¿Y si no lo hace?

—¿El qué?

—Separarse.

—Hombre, la idea es que se separe, eso ha dicho que haría, no es fácil, es muy difícil, en principio, lo iba a hacer después de fiestas, por no joderle la Navidad a toda la familia y esas cosas. Pero lo hará. Tú no lo ves cuando está conmigo. Estamos enamorados y queremos estar juntos.

—Vale, vale...

—Yo sé cómo lo ves tú, sé cómo se ve desde fuera y os entiendo porque no lo conocéis.

—No, no. Yo no digo nada, si él dice que lo hará y tiene fecha, lo hará... Solo pregunto porque no lo conozco.

—Ya. Bueno ¿Espero?

—Hombre, yo no esperaría, si ella lo ha visto y él le ha contado una milonga y se lo ha creído, no hay nada raro en que vuelvas a escribirle. Si ella no lo ha leído, no hay ningún problema y si ella no se lo ha creído, se lo confirmarás. —Se ríe—. Pero es tonta perdida, o se lo hace, porque él hace las mil y una para verte, os veis muy a menudo, miente mucho o ya no hacían nada juntos...

—Al contrario, él dice que no hacían nada separados nunca.

—Pues es tonta o se lo hace... Yo creo que se lo hace, por no perderlo, lo que sea por seguir ahí.

—Joder, ¿en serio? ¿Tú aguantarías unos cuernacos así?

—Yo no, por supuesto, pero hay miles de mujeres que sí y otras tantas que pasan o que también lo hacen. Cada pareja es un mundo y no olvides que dentro de esa pareja no vemos lo que pasa.

—Ya.

—Espera a ver si te dice algo. Mañana viajas, se preocupará y te dirá algo, ya verás...

—¿Te veo el sábado, entonces?

—Mmm... hablamos, que no sé qué haré.

—Para el traslado, digo. Si puedes ayudarme te lo agradezco.

—Por supuesto, lo que necesites.

—*Ciao*, guapa.

—*Ciao*.

Sigo preparando nerviosa las cosas y recibo un wasap. Es él:

—Todo bien. *Tk. Dw.*

Madre mía, menos mal... Aunque no me deja opción a contestar. En fin, no será por mucho tiempo. Sonrío feliz porque los problemas se alejan de nuestra relación. Este hombre me mata.

Decido dar un último paseo por mi pueblo. Esta vez el valle está nublado y me acerco a una finca que tengo a unos doscientos metros de casa. Paseo con las botas de agua y un chubasquero por si las inclemencias conocidas por estos lares decidieran chafarme el paseo. Huelo la humedad y la hierba mojada. Miro a mi alrededor la belleza del verdor del paisaje, los castaños

pelados con mil ramas se elevan metros arriba y viéndolos desnudos se hace imposible imaginar las miles de hojas que los poblarán en primavera. El camino por el que voy tiene algo de barro y piedras, muchas de ellas son losas, los nogales y castaños a ambos lados proyectan una oscuridad parecida a la del anochecer, pienso en cómo será el octubre siguiente, el verano o las Navidades siguientes y nos imagino brindando felices, quizás ya hayamos discutido más de mil veces, el primer año de convivencia es el peor, él es ahorrador y yo no, él es conservador y yo no, él es independentista moderado y yo no... Él es un mimá-niños —a juzgar lo insoportable que es su hijo mayor— y yo no —a juzgar por el encanto de mi mayor—. Sonrío. Yo soy temperamental y mis tormentas duran horas y él no se enfada nunca... Pero merece la pena. Mi corazón se acelera solo con pensar en él y mi sonrisa, paseando sola, me advierte de una locura conocida desde los principios de los tiempos. Siento nostalgia de sus besos y de su olor, me abrazo a mi misma por el frío de la soledad y el que se siente en la piel que me hace tiritar. Ya anochece, mañana viajo y me estoy empezando a congelar. Miro por última vez mi finca llena de nada, en la que en unos días se plantarán más castaños. Mis padres dicen que si un día hay una guerra, aquí podríamos sobrevivir. Miro mi pedazo de suelo y aspiro el olor de la tierra mojada antes de darme la vuelta y regresar a casa.

Parece que mañana nevará en toda España según todos los pronósticos. ¡Hala! ¡Viaje nevando! ¡De puta madre! Parece que todo está en contra... Desde que estoy con este señor el karma no colabora mucho... ¡Puto karma! Dice el título del libro que acabé el mes pasado: «No culpes al karma de lo que te pasa por gilipollas» pero no puedo evitar echarle la culpa al karma. Yo buena, karma cabrón... Llegando a casa se puede oler la leña quemada y se puede vislumbrar, ya oscuro, el humo de la chimenea, en otros tiempos hubiera querido quedarme a vivir así, encogida en mi pesada manta de pueblo de pelo suave, con el calor que desprende la cocina económica y recordando a mi abuela entre fogones haciendo mil cosas, pobrecita, siempre trabajó mucho, cuando no era la cocina, eran las camas, cuando no era la escoba, era la despensa... Solo ella sabía soplar el cucharón y darme a probar: «Yo es que la sal no la se probar... ¿Está sabroso?» El gesto de estuviera sabroso lo hacíamos con un brazo, imitando el aleteo de un pato, pero solo el brazo derecho, encogido y subiendo y bajando el codo. Cosas nuestras. Siempre estaba sabroso... Pero hoy en día deseo con todas mis fuerzas llegar y abrazar a mi amor, al hombre que ha hecho alborotar mi corazón, mi alma y hasta mi

vida. Llego helada y mi madre, preocupada, me ofrece todo: caldo caliente, batas, mantas, abrazos...

—Estoy bien, mamá —digo con una sonsera.

—¿A qué hora sales mañana?

—Quiero levantarme a las seis y salir cuanto antes. Voy a cargar el coche ya y así mañana solo hay que desayunar y salir.

—He dado de cenar a los niños y los he acostado.

—Perfecto, mami.

Me pongo a cargar el coche, recibo una llamada de mi marido:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Vienes mañana?

—Sí.

—¿Has pensado algo?

—Todo sigue igual. He encontrado un piso.

—Sabía que aprovecharías el pueblo... Hasta mañana. Buen viaje.

—Gracias...

Se ensombrece mi mirada, me muero de pena apoyada en el maletero abierto de mi coche. No puedo estar con estos vaivenes de sensaciones de forma constante. Es que con lo que he querido a este hombre, con lo que hemos pasado juntos... Me siento una zorra malvada.

Me levanto a las cinco y media porque el insomnio desde que conozco a Sergio hace cosas raras con mis horarios de alimentación y sueño. Me levanto sin hacer ruido y miro su última conexión... Ayer a las 22.50. Aún está durmiendo. Miro por la ventana de mi habitación de la casa de pueblo de dos plantas unifamiliar y veo que los copos de nieve caen despacito, suaves y silenciosos, no hay viento, no hace frío, pero hay copos cayendo, me da la impresión de que se desvanecen nada más tocar el suelo. Miro al horizonte para ver si ha cuajado al otro lado del valle, donde el frío es más intenso, pero está muy oscuro y no veo nada. Me remuevo en mi pijama de franela y decido encender la estufa. Empiezo a hacer ruido para que la gente se vaya despertando, si sigue nevando no podré salir de aquí. Quietud. Hago café y el olor despierta a mis padres, que vienen a encender la cocina económica.

—¡Qué pronto, hija!

—Está nevando, tengo que salir pronto.

—Pero hace mucho frío, cielo.

—Sí, calefacción y tiro millas, mami.

—Despierto a los niños.

Preparo desayunos y me tomo un café bien cargado, me visto y meto los bocadillos en el coche, en media hora estamos todos abrazándonos y despidiéndonos y es que la nieve empieza a cuajar, debo salir del valle en seguida.

A mi madre se le ven los ojos vidriosos, mi padre lo disimula mejor, pero yo estoy pletórica. No tardamos mucho en salir del valle, a pesar de la nieve, consigo llegar a la autovía sin problemas, la N 525 tiene poco tráfico a estas horas, aún es de noche y se ven los copos caer, ahora con más fuerza. Empezamos a ver luces rojas de coches a menor velocidad y es que la carretera empieza a estar blanca y yo no dispongo de cadenas. Voy pisando las huellas de los otros coches, el puerto de Padornelo es el más frío, en cuanto salgamos de aquí no habrá nada. Vamos en fila india por el carril derecho y un coche de la Guardia Civil nos adelanta por la izquierda, los niños están expectantes, deja de nevar, por fin, suspiro tranquila, la carretera poco a poco se va limpiando y ahora, ya pasada Puebla de Sanabria, la nieve es lluvia y la carretera está limpia.

Todos estamos más tranquilos, cantamos al son de la música del CD porque lo de coger la radio en circulación nunca ha sido lo mío. En Benavente los niños se han dormido, el mayor el primero. ¡Valiente ayudante me he buscado!

El viaje es rápido y tranquilo y a las tres paramos en Torrefarrera, donde vive Naia. Envío wasap:

—Torrefarr.

—Ok. ¡Voy!

Vamos al lavabo, pedimos un café con leche para mí, batido de chocolate para los niños —mayor incluido— y nos sentamos. La pregunta «¿cuánto falta?» es la pregunta estrella:

—Una hora y poco.

—¿Eso es mucho?

—No, es poco.

—¿Cuánto de poco?

—Una hora y poco

—Jo, mami. ¿Cuánto es eso?

—Niños, queda como si viéramos media peli de dibujos.

—¡Eso es mucho!

Cuando llega Naia estamos discutiendo y se ríe. Viene con una chaqueta

de esquiar y una coleta, vaqueros y bambas. Y aún así, está estupenda. Me levanto y le doy un abrazo efusivo:

—¡Qué ganas tenía de verte!

—Y yo, cielito. ¿Cómo estás?

—Enamorada hasta las trancas y feliz.

—¿Cansada?

—Sí y temerosa, mañana voy a la inmobiliaria y me dan las llaves.

—¿Ya? ¿Estás segura, tía? Mira, que es un paso muy importante...

—Todos me dicen lo mismo, lo sé, no puedo seguir así... Me mudo.

—Vale, vale, no digo nada, si es lo que necesitas...

—¿Y tú?

—Confusa. —Su sonrisa delata novedades.

—Dime.

—No, ahora no, es solo que la cena ha sido muy...

—¿Qué?

—Interesante...

—No me dejes así, tía, está muy feo dejar a medias a la gente. —Nos reímos.

—A ver, él es encantador, está bueno, tiene dinero, es amable y culto... Pero.

—¿Pero?

—No acabo de saber qué pero hay un pero...

—¡Bobadas! ¡Lo que te pasa es que estás acojonada!

—A ver... Hicimos... Jo, es que no te lo quiero contar a medias y hoy no hay tiempo.

—Bueno... ¿Habéis *follao*?

—Mmm... Casi. Jajaja. Cuando se ríe y le sale ese hoyuelo tan simpático en la mejilla derecha.

—¿Casi? Jajaja. No lo pillo. —Mi cara es un poema. Ojos abiertos, boca cerrada, cejas arqueadas y hombros elevados, codos recogidos pegados al cuerpo y palmas de las manos hacia arriba. No se me ocurre ningún otro gesto corporal para demostrar que soy un interrogante humano. Y ella se ríe —. ¿Casi?

—Quedamos, cenamos y ya te contaré los detalles, al salir del restaurante me besó y no me gustó.

—¿Cómo?

—Demasiado suave, me esperaba algo más... apasionado.

—Estaría tímido, pobre...

—Bueno, el caso es que lo separé y le dije que luego. Él me miró y su interpretación era que habría un luego en otro sitio y preguntó: ¿en tu casa o en la mía?»

—¿Y?

—Y le dije que en mi casa no porque mi marido fliparía un poco y mis hijas también, que si quería podía presentárselo pero quedaría raro decir: «Hola, este es mi... amigo y si me arrimo me la endiña». —Nuestras risas son escandalosas y mientras sigue explicando pide la cuenta, ¿cómo puede hacer dos cosas a la vez?—. Me dijo que su casa estaba libre y, claro, no supe decir que no, porque él había entendido que luego y yo no quería parecer una estrecha y... Yo qué sé. Fui.

—¡Qué fuerte!

—A mi marido le dije que estaba contigo, que estás fatal porque te separas.

—Ya, sigue...

—Y al llegar me acojoné... Entramos y, una vez en su casa, me abrazó, me quitó el abrigo y yo me acojoné más... Y le dije: «para, para, para». —Mientras Naia se reía, yo no salía de mi asombro—. Me puse el abrigo y me fui.

—¿Sin decir nada?

—Ni mu.

—¡Hala! ¡No!

—Sí. Ya te lo contaré, de verdad, además tiene un secreto.

—¿Eing?

—Hay algo en él...

—¡Lo que te pasa es que estás acojonada! Venga me tengo que ir...

La dejo subiendo en su coche y yo me meto en el mío con los niños. La hora y media se me hace corta y llegamos en seguida. Está mi marido con la cara apagada. Se acerca a los niños y los abraza durante largo rato. Me destroza. Me dice un hola y nos damos dos besos. Metemos las maletas y comemos algo. Son las cuatro y media de la tarde y tiene una reunión, así que se va en seguida.

Aviso por WhatsApp a todo el mundo de mi llegada, incluido Sergio. Milagrosamente me contesta:

—Hola, me alegro. ¿Todo bien?

—Sí, ¿te puedo ver a las seis, cuando saques al perro?

—Sí, claro, si no estás cansada.

—Muerta, pero necesito verte.

Mi hijo se queda en casa porque va a venir una amiga a verlo, aprovecho para que me hagan de canguros mientras yo salgo a ver a Sergio.

Capítulo 13

Dejo a los niños con mi hijo mayor, mientras mi marido sigue en la reunión, y me dirijo a su pueblo, donde pasaré por el parque en el que suelo quedar con él. Normalmente, en el parque, tengo la excusa de los niños y él del perro para encontrarnos, mientras él se va al *pipican* y yo al coche, diez o veinte minutos, porque si no llega tarde. Damos vueltas a la manzana camino del *pipican*. Lo veo llegar con Sira, va tapado hasta las cejas. Lleva una chaqueta acolchada de color negro, los vaqueros de siempre, un poco anchos para mi gusto, y un gorro para tapar la escasez de pelo o las entradas acentuadas o protegerse del frío. Sonríe mientras mira hacia ambos lados por si ve a alguien conocido pero la calle y el parque están casi desiertos. Me da dos besos y me mira a los ojos, le sonrío. Su beso ha ido a parar a la comisura de mis labios, demasiado arriesgado para estar tan cerca de su casa... Los vecinos, amigos, familiares que puede haber parecen no preocuparle. Dice un «hola» casi susurrando.

—Hola —contesto exultante. Sigue mirando a ambos lados—. ¿Qué pasa?

—Puede estar Úrsula.

—¿Dónde?

—No lo sé, por aquí, en cualquier lado.

—¡Joder! Me parto con el gorro.

—Soy muy friolero. ¿Cómo estás? —me dice mientras me acaricia la mano distraídamente y me dirige, paseando, a la calle que va al *pipican*.

A la izquierda de la calle por la que vamos hay un descampado y edificios y más calles a la derecha, detrás dejamos los bloques de edificios, donde tiene el local. y un poco más atrás está el edificio en el que vive. Caminamos y él sonrío mientras mira hacia atrás continuamente, me está poniendo nerviosa:

—Bien. Te echaba de menos.

—¿Por eso has venido?

—Sí.

—Pobres, tus padres, ¿no?

—Y si no pobre de mí...

—Tenía ganas de verte. Estás muy guapa pero tienes ojeras.

—He viajado desde las seis, llevo despierta desde las cinco y pico.

De repente gira a la derecha por una calle y en la misma esquina me empotra suavemente contra la pared. Me besa de forma apasionada, ahora empieza a ser el que yo conocí... Me besa de forma desesperada y para de

repente:

—Puede venir Úrsula.

—O sea, que he viajado 835 kilómetros, durante el día entero, y ahora me dices que no puedes más que esto porque... Está claro que mis prioridades son muy diferentes a las tuyas...

—Lo aparto suavemente pero segura.

—Espera, no te vayas.

—Sí, me voy amor, no me gusta la situación.

—Por favor, un minuto solo y nos vamos. —Vuelve a besarme.

Le sonrío para no mostrar mi descontento, mi enfado y mi tristeza y le digo que me voy, giro sobre mis talones y me dispongo a desandar el trayecto. Me giro para mirarlo. Él está mirándome, importante, el perro sigue sentado a su lado moviendo la cola y esperando. Recibo un wasap. Es él:

—Vuelve. —No puedo evitar sonreír por la tontería. Vuelvo sobre mis pasos y me besa de nuevo, yo ya no sé qué pensar.

—Venga, que me voy, ¿cuándo puedo verte?

—Mañana.

—Mañana voy a ver el piso a las doce.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Mejor no.

—Vale, ¿te lo quedarás?

—Sí.

—¿Puedo verte a las ocho?

—Vale, a las nueve estaré en Abrera. —Me río, coqueta.

—A las nueve. Hecho, ¿en casa de Ainhoa?

—Sí.

—Te quiero, amor.

—Te quiero. *Ciao*.

Mientras vuelvo al coche me giro y lo veo mirarme, se enciende un cigarro, apoya el peso sobre la pierna derecha y la izquierda la tiene ligeramente flexionada, casi imperceptible. Sira lo mira mientras mueve la cola. Me hace un gesto con la mano y se da la vuelta para ir en dirección contraria a la mía. Me paro a apreciar su forma de caminar, va cabizbajo y se ve el humo de su cigarrillo. Se gira y me ve. Se ríe. Se para y me hace un gesto de despedida. Seguimos nuestros caminos y cojo el coche. Llego a casa antes que mi marido y me pongo a hacer algo de cena para poder irme a la cama. Dejo una nota en la mesa del salón:

«Mañana tengo cosas que hacer, madrugo».

Acuesto a los niños y me quedo con ellos en su habitación, los dos pequeños duermen en una litera y yo en la cama de al lado, una de esas de Ikea que se hacen de matrimonio o individual de color blanco, es confortable y funcional. Me acurruco muerta de frío porque siempre he necesitado calor humano para entrar en calor, por muchas mantas que me ponga seguiré con los pies fríos hasta altas horas de la madrugada. La rutina que tenía con mi marido y que tanto le molestaba era precisamente darme calor, abrazados durante unos minutos, a veces le parecían muchos y a veces los justos, no le gustaba porque decía que él si se iba a la cama era porque tenía sueño y quería ponerse cómodo. Siempre, desde que empezamos, me pareció supercurioso que fuera incapaz de dormir abrazados, para mí era el sumun del romanticismo y con él no había manera, en unos minutos se ponía al revés. Suspiro. Siempre le decía: «Es que ¿te gusta dormir hacia ese lado o si te cambio el sitio también te pondrás de culo?» Y siempre respondía: «No lo sé. Cómodo». Pienso sin saber cómo en los besos de Sergio y sonrío sola, me siento ridícula e intento ponerme seria. Casi puedo sentir su forma de saborearme, casi agresiva, esta tarde, me besaba mientras sentía la pared detrás de mí. Sus manos buscaban mis pechos y yo necesitaba sentir su piel pero solo encontraba su chaqueta acolchada. Decido hacer lo que llevo haciendo desde hace tiempo, pensar en él mientras me duermo con el deseo de soñar cosas preciosas que se cumplan. Pienso en la situación de hoy y la cambio: «Sus manos impacientes me buscan los pechos, como hizo, pero no está Sira, me mete en un portal, en ese en el que dice que tiene un piso con un inquilino; dentro del portal su lengua busca abrir mi boca y me baja la cremallera de mi cazadora de color pistacho. Sus manos me cogen de la cadera y la acercan hacia su pubis... La niebla de Morfeo se apodera de mí por el cansancio del día».

No recuerdo nada más de anoche, no oí el ruido al entrar mi marido, quizás no ha llegado, quizás se ha ido a dormir a casa de algún amigo. Escucho atenta pero no oigo nada, está oscuro y debe ser muy temprano. Decido levantarme a hurtadillas para no despertar a nadie. Bajo al salón y veo la nota tal cual la dejé pero en la silla está la chaqueta de mi marido. Está en casa. Es de noche, miro el reloj. Las seis menos diez, cada día igual, no tengo sueño... Me visto y salgo de casa sin desayunar y apenas peinada, no quiero dar explicaciones. Cojo el coche y me dirijo a desayunar a cualquier bar del pueblo que esté abierto, con un poco de suerte podré tomar un café con leche

con una pasta y leer algún periódico mientras espero que se despierte Sergio. Miro de nuevo su última conexión, es de hace unos minutos... Desayuno en el bar que he encontrado lleno de trabajadores con pocas ganas de ir a ninguna parte, hay silencio, las mañanas sientan mal a la gente, como a Sergio, antes de conocerme, sus mañanas, dice, eran difíciles y desde que me conoce despertarse es lo mejor del día, dice que su primer pensamiento soy yo. También él es el mío. Y lo sabe. Recibo wasap:

—*Hl.*

—*Hl.*

—¿Ya despierta? No me duermes nada, jajaja.

—Sí... me quitas el sueño.

—Jajaja ¿Puedes quedar antes entonces?

—Sí, claro, a las ocho en Abrera?

—Perfecto, me tomo café, saco a Sira y voy.

—Nos vemos allí. *Tk.*

—*Tk.*, amor. Perdona por lo de ayer... Al final me la encontré en el *pipican* y me preguntó dónde había estado.

—Luego me cuentas. ¿Todo bien?

—Sí.

—*Tk. Dw.*

Las cosas van camino de arreglarse poco a poco, como me dijo mi amiga Silvia una vez: «Si las cosas van a suceder, sucederán de forma sencilla». No me gusta la reflexión pero parece que las mías se van arreglando. No trabajo hasta el día 7 y coincido con Sergio, tenemos un calendario mental en el que sabemos cuándo coincidimos y de qué manera. Él hace un día entero y una noche y libra cinco, un día entero y libra cuatro y se repite. En vacaciones cambian de horario y trabajan algo más, supongo que los puestos de responsabilidad tienen horarios más flexibles por aquello del estrés. Y yo trabajo tres días, el último toda la noche, y libro cinco, estos horarios hacen que coincidamos de vez en cuando, no tanto como me gustaría... Pero lo suficiente como para poder vernos a escondidas en cualquier rincón de la cárcel. No es que sea una situación muy erótica, lo sé, pero es lo que tenemos y es lo que hay que aprovechar. Me levanto a pagar cuando recibo un wasap de mi marido:

—¿Dónde estás?

—Me he ido a pasear, no podía dormir. Luego me voy a ver un piso a Olesa y otro a Piera.

—¡Vaya! Tienes prisa.

—Ya lo hemos hablado, cuanto antes nos separemos, antes pasaremos el luto, la situación no es sencilla.

—Claro.

—Hasta luego.

—¿Cuándo vuelves?

—A eso de la una, diría yo.

—Vaya...

Venga, ya me siento una mierda. Joder... No soporto mentir ni que me mientan. Pago la cuenta de mi café con leche y mi cruasán y me voy al coche, enciendo el motor, pongo la calefacción y la música. Faltan veinte minutos para las ocho, tenemos cosas que hablar pero antes de eso tenemos urgencia de tocarnos, de tenernos, de recuperar las caricias perdidas en estos días.

Preparo la casa, pongo la calefacción, preparo la cafetera puesto que es tan cafetero como yo, enciendo un par de velas, pongo música. Suena el interfono. Abro sin preguntar. Oigo como el ascensor baja. Salgo a la puerta para abrir la puerta del ascensor de manera que desde la puerta del vecino de enfrente no se pueda ver quién entra. Espero nerviosa y lo veo subir. Su gorro para el frío, la misma chaqueta acolchada, tipo muñeco de Michelin, sus vaqueros anchotes y su boca sonriendo. Suena un «hola» que es casi un susurro. Le digo lo mismo y le hago entrar, cuando está dentro cierro el ascensor y la puerta de casa. La urgencia de vernos nos hace entrelazarnos en un abrazo eterno con besos desesperados. La pasión puede oírse en nuestras respiraciones, sus dientes chocan con los míos y mientras nuestras bocas siguen juntas oigo un «perdona». No puedo imaginarme en ningún otro sitio mejor que aquí. La calefacción parece no acabar de ambientar nuestro refugio pero no lo necesitamos. Nos desnudamos precipitadamente y la chaqueta acolchada queda tirada en el suelo junto a mi jersey, que llevo sin camiseta. Ni siquiera mira el sujetador que llevo, a veces, me pregunto para qué me gasté tanto dinero en ropa interior si ni la mira. Solo me la arranca con urgencia para poder morder mis pechos. Su pasión es tan arrebatadora que solo puedo dejarme llevar con la misma rapidez. Todo me parece poco para poder sentir y recordar para siempre este momento mágico. Su forma de agarrar, sí, agarrar mis glúteos. denota las ganas locas que tiene de hacer lo que estamos haciendo, estamos desnudos de cintura para arriba pero necesitamos más, lo conduzco como puedo hasta el dormitorio, pero no para de girarme y besarme con efervescencia. Cuando por fin conseguimos llegar,

me tiro en la cama cogiendo su mano e invitándole a acostarse encima de mí, pero se queda en pie, observándome con deseo evidente. Se desnuda y me desnuda a mí, su boca se acerca a mi sexo y sucumbo a eso que sabe hacer tan bien, juega con mis ganas y se sabe deseado, sus dedos son juguetones y los tengo por todas partes, ahora en la boca y ahora no... Por fin, su cara se acerca a la mía y me sigue besando, no puedo esperar más y le pido que me complazca, que me posea y lo hace de forma pasional, seguimos sin poder hacer el amor de forma romántica y lenta como en las películas, seguimos comiéndonos con ansia. Debo seguir con la farsa de hacerle creer que soy multiorgásmica: los errores que cometemos en las primeras veces y que luego no sabes cómo confesar... Pero quiero que crea que me hace disfrutar, que es un mago del sexo y del amor y temo acabar y no poder tener otro después de uno de verdad, así que finjo un orgasmo casi sobreactuando. En su cara se refleja la satisfacción, le pido que siga y lo hace con más fuerza, ahora creo que puedo alcanzar el clímax pero me he desconcentrado con mi magistral actuación y me cuesta. Él sigue esperando el segundo y la situación me incomoda. Aún así vuelvo a pedírselo: «Más fuerte». Se emplea a fondo y finjo de nuevo mientras lo oigo gemir tan alto como siempre, sus gemidos, ya conocidos, no dejan de sorprenderme, se pone un cojín en la boca, ahora estoy yo encima, como a él le gusta y él, boca arriba, se tapa la cara para acallar, sin conseguirlo, esos gemidos tan escandalosos que me aseguran que su placer es sincero. Grita la vocal 'a' con voz de hombre, de forma entrecortada. Y yo sigo sin acabar pero feliz de verlo gritar de placer gracias a mí. Me acuesto a su lado y descansamos abrazados.

—Te he echado mucho de menos.

—No sabes cuánto yo a ti...

—Sí lo sé.

—¿Qué tal todo?

—¿Qué todo?

—Úrsula.

—Bien, se tragó lo que me dijiste que le dijera. Estuvo de morros unos días porque no le había dicho nada.

—Los amigos guardan secretos.

—Eso dije yo.

—¿Y?

—Nada... Ya está. ¿Tu piso cuándo?

—Hoy.

—¿Dónde está?
—En la calle principal, luego te doy la dirección.
—No lo has visto...
—Pero no hay muchos y lo quiero ya.
—Bueno. ¿Estás bien?
—Me da mucha pena.
—Lo imagino.
—¿Tú?
—¿Qué?
—¿Cuándo?
—Cuando pasen reyes, en cuanto tenga la oportunidad.
—Te espero.
—Espérame, sí. ¿Nos vestimos?
—Sí. ¿Café?
—Sí, por favor. ¡Qué bien! —Seguimos hablando del pueblo, de su casa, de su local, de trabajo...
—Coincidimos el 7, ¿no?
—Sí.
—¿Cómo van los estudios?
—He sacado dos sobresalientes.
—¡Muy bien! Estoy con una universitaria, jovencita y lista. ¿Qué más puedo pedir?
—Disfrutarme a todas horas.
—Lo haremos.
—Prométeme que serás mío.
—Te lo prometo.
—¡Ah! Lo has prometido, ¿eh?
—Lo que no voy a hacer es salir de una casa con una mujer para meterme en otra con otra mujer... creo que primero necesitamos vivir separados.
—Pero viéndonos a diario, ¿no?
—Sí, claro, pero hay que esperar un tiempo, salimos a escondidas unos meses, ocho o diez.
—Luego salimos en público otros tantos.
—Y luego vivimos juntos. Pero pronto, que así nos ahorramos un alquiler.
—¿Le dejarás tu casa a ella?
—Sí, la casa en la que vivimos es suya, está a su nombre, el piso que está

alquilado es mío y no puedo echar al inquilino y el otro piso que tenemos es de ella y viven su madre y su hermana.

—¡Joder! Tenéis tres pisos y tienes que pagar un alquiler y yo tengo una casa con piscina y me voy a un pisejo...

—Creo que bastante putada le hago dejándola por otra...

—Sí, eso es verdad.

—Mira, hacemos una cosa, me vengo a vivir cerca y pasamos tiempo juntos, lo que no sé es cómo se hace de un día para otro, cómo vamos a decir en el trabajo y a todo el mundo que salimos juntos; vaya palo para tu marido y Úrsu y para los amigos comunes, la gente flipará.

—No se hace así, un día salimos a comer o a tomar una cerveza, nos ve alguien juntos, seguimos haciendo vida normal, nos vuelven a ver, se comenta y nos lo preguntan y contestamos que somos pareja... Punto.

—Ah, claro.

—¿Y Sira?

—Es suya, la quería yo pero le puso el chip a su nombre porque tuvo que ir ella.

—Pero si la cuidas tú...

—Yo quería un perro y cuando la cogimos era mía, pero el chip se lo puso ella, entonces figura como suya. La quiere mucho y sabe que me hará daño si me la quita, así que seguro que se la quiere quedar... Me quedo sin nada.

—Te quedas conmigo y con un piso alquilado a un paisano.

—Sí.

—Quiero casita.

—Yo también. Bueno, me da igual, pero me gustaría tener un huerto.

—A mí una piscinita.

—Pues buscamos casita con piscina y huerto. —Ahora mismo soy la persona más feliz del mundo. Hacer planes de futuro con él me hace suspirar sabiendo que callaré todas las bocas de quienes creen que él no lo hará nunca —. Miraré en los portales *on line*. Por cierto, me he hecho un cambio, hacemos noche juntos el día 9.

—¿En serio?

—Sí, me lo ha pedido Andrés y como coincidimos le he dicho que sí.

—¡Perfecto!

—El otro día hablamos de ti en el trabajo.

—¿Quiénes? —Me lo dice con una sonrisa pícara casi escondida por esa

barba de tres días que me vuelve loca.

—Andrés y yo, bueno... él. Trabajaba tu guardia y tú no estabas, ya todos sabían que estabas en tu pueblo y me dice: «no viene la amiga hoy», y yo me hago el tonto: «¿Qué amiga?». Y me responde: «La nuestra, la del culo bonito».

—¡Oh! ¡Qué fuerte! ¿Habláis de mi culo? ¡Qué vergüenza!

—Nos gusta. ¿De qué vamos a hablar? Bueno, me dice eso, que le gusta tu culo, que estaría bien empotrárselo...

—¡Hala, tío! ¿Qué dices? ¿Y no dices nada? ¡No me defiendes!

—No puedo, además a mí también me gusta....

—Sergio...

—No ves que el pobre tiene carencias... A su mujer no le gusta... ¿cómo te lo digo? digamos el sexo oral. Y a él es lo que más le gusta y no lo hacen nunca y él tiene fantasías.

—¡No! te has caído a los pies, no jodas que hacéis eso...

—Yo no digo nada nunca. Ni de ti ni de ninguna, solo me río, no cuento nada de mi vida, solo a ti.

—¡Ya! No es que esté necesitado es que es un salido. Todos los hombres sois iguales, que ascazo.

—No, a ver, necesitado no, porque hacer, hacen... De hecho, dice que su mujer tiene el culo muy grande y que le encanta el tsunami que hace cuando follan.

—Sergio, joder, no me cuentes esas cosas... ¡Puaj!

—Es verdad, me ha salido solo, perdona.

—¿Tsunami? —Se ríe de forma sonora, con esa carcajada tan sexy.

—Te puede la curiosidad, ya me callo.

Tomamos café juntos, en el sofá, después de tantos días sin vernos necesitábamos contacto físico.

—Me tengo que ir a ver el piso.

—¿Me dirás algo?

—Sí.

Nos vestimos y procuro dejar todo en su sitio. Sé que Ainhoa verá cosas cambiadas porque es de las que ven el milímetro, yo no sé hacerlo mejor.

—Vete tú antes por si te encuentras con alguien del curro.

—Ok. Te quiero.

—¿Cuándo te veo?

—Esta tarde, si puedes, te puedo ver un ratito, de cinco a siete.

—Ok, me escapo.

—Te quiero llevar a un sitio.

—Vale. Te quiero, amor.

El beso de despedida es de los dulces y largos, es un beso húmedo y el abrazo es como si nos quisiéramos completar, sus manos me aprietan contra él para poder sentirme cerca, cerca, casi dentro, y yo lo agradezco aunque se me escapa la risa. Cuando lo conocí jamás pensé en encontrarme a un hombre así de dulce.

—Me gustan las mañanas que no te sientan bien.

—Desde que te conozco, todas me sientan bien.

—Las quiero todas para mí.

—Las tendrás y te aburrirás de ellas.

—Amo tus mañanas difíciles y tus tardes complicadas.

—Nos vemos luego.

Sale al ascensor como cuando entró. Abro la puerta para tapar a los chafarderos del piso de enfrente, sale, cierro la puerta y le digo adiós como una pava. Vuelvo a casa, ordeno un poco más, esperando que sea suficiente, y me voy al piso nuevo.

Espero en el portal de la calle más ruidosa y central de mi pueblo. Aparece, por fin, el comercial, que no tiene desperdicio, el pelo ralo con algo de tupé intenta disimular los estragos del tiempo, tiene el pelo tan negro como si se lo hubiera pintado con Titanlux; yo creo que en su vida lo ha tenido así de negro, hace que su tez parezca mucho más blanca de lo que en realidad es. Es bajito e intenta disimular eso con unos zapatos con una especie de tacón tipo flamenco. Su traje marrón pasado de moda no ayuda mucho al conjunto. Me agacho yo, de metro cincuenta y siete, a darle dos besos y él los agradece. Se hace el simpático, algo bueno tenía que tener, y empieza a explicarme cosas del piso. No tiene ascensor, es un segundo real, está amueblado correctamente y tiene tres habitaciones, un baño, cocina y lavadero. La ventana de la habitación de matrimonio y la salida al balcón dan a la calle, es luminoso en esas dos estancias, que es donde pasarás más tiempo —¿y tú qué sabes? pienso—, continúa hablando mientras abre la puerta y accedemos a un recibidor: justo en frente un salón con una mesa de cristal oscuro grande, al fondo un sofá pegado a la pared de la izquierda y, en frente, el mueble típico del salón. A mi izquierda hay un pasillo que va a las habitaciones y a los baños y, casi detrás, otro pasillo que va a la cocina y al lavadero.

Las habitaciones son pequeñas, nada más entrar en el pasillo está, a mano izquierda, la habitación del mayor. Es justita pero suficiente, siguiendo por el pasillo está la habitación de los peques y hay otro pasillito que gira a la derecha, donde está el baño y mi habitación. La de los niños pequeños tiene un mueble nido con una cama alta y otra que se recoge debajo, pero hay que volverla a guardar para que pueda existir algo de suelo, por suerte, la cama que se recoge debajo de la otra tiene ruedas y resulta sencillo.

El baño de cinco piezas tiene bañera en lugar de ducha, perfecto para mí, es pequeño, pero es lo que hay, y por fin mi habitación, que es enorme y no necesito tanto, pondré aquí mi escritorio de casa para poder estudiar con privacidad.

Nos vamos a la cocina, que es normalita, y el lavadero, que desahoga bastante el espacio de la cocina. No hay lavavajillas pero sí microondas. Bueno, justita pero la necesito.

—Me la quedo. ¿Cuándo puedo venirme?

—Pues dame un par de días, me das la fianza y el mes en curso y en dos días o así puedes venir. —Me iré a casa de Ainhoa mientras tanto, pienso, debo salir de casa y acabar ya con esta agonía.

—Perfecto. —Ya tengo piso.

El pintoresco señor de la agencia se va sorprendido y hasta desconfiado por haber alquilado el piso de la forma más rápida de la historia. Se va feliz por el trabajo fácil. Llamo a Ainhoa para darle la buena nueva y le transmito que me voy dos días a su casa mientras me lo dan. Le parece perfecto porque es mi amiga y me ayuda en todo lo necesario, a pesar de no que no sé si está muy de acuerdo.

Wasap a mi *boy*:

—Ya lo tengo, me lo dan en unos días, me voy a Abrera estos días. Te veo a las cinco.

—Ok. Quedamos en Piera, ¿lo conoces?

—Algo, sí.

—En la rotonda del motorista este de trial... ¿cómo se llama?

—Toni Bou.

—Ese. Aparcas y te recojo.

—Ok.

—Tk. Dw.

Capítulo 14

He acabado *Mi color favorito es verte* y empezado el de Eduardo Mendoza *Sin noticias de Gurb*, el principio promete, me gustará, de todas formas es recomendación de Sergio, me encantaría aunque fuera un *truño*.

Me pongo de fondo la música del ordenador, mi Mac Air nuevo y financiado para poder estudiar —excusa—. Suena una lenta de Shakira que me muero por bailar con él. Dice: «Que se arruinen los canales de noticias, con lo mucho que odio la televisión, que se vuelvan anticuadas las sonrisas, que se extingan todas las puestas de sol [...] Que se escriba hoy una última canción. Pero que me quedes tú, me quede tu abrazo y el beso que inventas cada día», sí, ese beso diario que me sabe a nuevo, ese beso espectacular que despierta rincones erógenos que pensaba que no existían. Esos besos dulces, apasionados, desesperados e inventados cada día para mí.

Sigo leyendo pero lo dejo en seguida, no me concentro ni en los estudios ni en los libros, pienso y pienso. Me repaso el maquillaje, me visto, me miro al espejo, me siento guapa a pesar de las ojeras del cansancio y la situación, he adelgazado y la ropa me sienta mejor, me miro al espejo, por detrás, me miro el culo... No entiendo cómo puede gustarles, no es pequeño. Arqueo las cejas y me calzo las botas de frío, las de montaña. No voy sexy, no lo necesita, él no se arregla para mí y yo quiero ser lo más natural que pueda.

Salgo hacia Piera, la rotonda que dice que es la segunda entrando en el pueblo. Decido aparcar en una calle poco transitada por si pasara mi marido por cualquier casualidad, no sería la primera vez que la casualidad delata a un par de amantes. No pasará porque está en casa de su padre explicándole las noticias sobre nosotros, que ya no es un «nosotros» y que me traslado a casa de Ainhoa mañana con una maleta, el uniforme del trabajo y poco más.

Me acerco tímidamente a la rotonda, desde luego, los sitios elegidos para quedar no son los más apropiados... Por aquí puede pasar cualquiera del trabajo y verme entrar en su coche, aunque a estas alturas no debería extrañarle a nadie, puesto que en el trabajo nos vemos, tomamos café, bromeamos y hablamos mucho, somos amigos, los amigos quedan fuera del trabajo. Aún así, con la sensación de estar haciendo algo malo —que lo estoy haciendo— espero en la acera de la rotonda que aparezca un Ford Fiesta de color granate. Y lo veo. Para el coche y entro. Sira que está en el asiento trasero me lame la cara cuando me siento. Miramos a todas partes por si hubiera cualquier conocido, la preocupación es la de siempre. Me coge la mano y me da las buenas tardes:

—Hola, amor. ¿Dónde me llevas?

—A pasear a Sira.

—¿Dónde?

—A un bosquecito que conozco.

—Ok. ¿Te puedo dar un beso?

—Claro, se acerca mientras conduce con la mirada puesta en la carretera y la cara ladeada hacia mí. El beso furtivo es emocionante y nos reímos. Dentro del coche parecemos estar más a cubierto de las miradas ajenas.

En la siguiente rotonda de Piero gira a la izquierda y me lleva por una carretera con curvas, pasamos un par de urbanizaciones y tras unos nueve o diez kilómetros gira a la derecha por un trocito asfaltado que deja de estarlo a los pocos metros... Conduce despacio a causa de los baches y las piedrecitas, sus besos ya son libres de miradas y muy tiernos, su mano derecha pasa del cambio de marchas a mi pierna izquierda, sube al muslo y se mete entre mis piernas. Me excita pensar que el coche puede ser el escenario que busca, me molestaría un poco el perro...Pero bueno.

Llegamos a un claro con un pinar en frente, aparca y entonces se gira hacia mí y me da un largo beso, me toca la cara y me mira muy cerquita, puedo olerlo.

—Tienes un agujerito casi inapreciable en la parte inferior de la mejilla derecha.

—Sí, fue un grano que me quité cuando era jovencita, volvió a salir, lo quité, creció una tercera vez y lo maté. —Me río.

—Me gusta. A mí no me mates.

—Tú me estás matando. Necesito tenerte.

—Hoy nos estamos viendo dos veces. Mañana hago todo el día, no nos veremos.

—Porque no quieres. Hoy duermo en casa de Ainhoa.

—¿Y qué? Entro a las siete y media y salgo a las diez.

—Puedo verte un cuarto de hora en la gasolinera antes de entrar.

—Eso es madrugar mucho.

—Lo sé. Por ti, lo que haga falta.

—¿Sí? ¿Madrugarías por diez minutos?

—Sí, y por cinco...

—¡Ostras! ¡Eres genial! Nos vemos entonces en la carretera que va del centro a la gasolinera, detrás de alguno de los remolques que hay aparcados.

—No, mejor en el otro lado, pasada la gasolinera hay un parking de

camiones más escondido.

—No, ahí no, donde te digo.

—Está mejor el otro lado.

—No, no. De verdad. —Como insiste tanto y no da ninguna explicación decido hacer caso: si a él le da igual que le vean, a mí más. Yo ya estoy separada... ¿No querrá esto por algún otro motivo? ¿Era ese el sitio donde quedaba con alguna otra? No quiero pensarlo.

—Vale. A las siete y cinco allí.

—Perfecto, si pasa cualquier cosa te llamo.

—Ok.

Bajamos del coche con Sira, que ya se estaba poniendo nerviosa, y comenzamos el paseo por el sendero: es precioso, a ambos lados hay pinos, en las orillas podemos ver plantas de espárragos y hasta alguna seta. Es un setero estupendo, se conoce las venenosas, las ricas, las comestibles pero no sabrosas... Me va contando lo que nos vamos encontrando, me da la mano y ahí ya me entrego por completo a mi enamoramiento. Lo abrazo y paramos cada tres pasos a besarnos. Sira se lo pasa en grande corriendo, Sergio le da órdenes que ella obedece la mayoría de las veces, parece haber sido amaestrada de pequeña, es una perra joven de unos dos o tres años, negra con una mancha blanca en la cabeza, en el cuello y en las patas, ni idea de la raza. Es divertida y solo ladra a otros perros que no conoce. A mí los perros, gatos, canarios y demás mascotas no es que me apasionen, algunos perros me dan miedo, algunos gatos también, no les tengo un especial cariño, me gusta acariciarlos de vez en cuando y no los soporto cuando se ponen pesados o gruñen. No me gusta que les pase nada pero tampoco lloro si les pasa. ¿Insensible? Tal vez, pero ella, Sira, me cae bien. Seguimos el paseo y hablamos de nuestro futuro. Paramos entre unos pinos, nos sentamos en el suelo, él pone su chaqueta para que no nos enfriemos el culo. Sira corre por todas partes y de vez en cuando hay que llamarla. Sergio me abraza y me besa y yo me acuesto hacia atrás coqueta y sonriente:

—No serás capaz...

—¿De qué?

—Ya sabes de qué.

—Me quito la chaqueta y el jersey. —Solo su cara de asombro ya paga el momento. Me quito el sujetador. Él me mira asombrado y se abalanza sobre mí, es tanta la excitación de hacer esto al aire libre que mete su mano por mi pantalón sin desabrocharlo. Intento facilitarle el acceso...

—Estás loca.

—Por ti. — Digo entre jadeos...

—¿Podrás?

—Sí y luego tú.

La excitación del campo, del peligro, de que alguien nos pueda ver... Su boca caliente sobre mis pechos fríos, sus manos frías en el interior de mi vagina caliente hacen que las sensaciones sean superiores y llego al orgasmo antes de lo esperado. Mis movimientos pélvicos hacen que su mano se pierda y deba hacer fuerza para seguir, me susurra «tranquila», pero estoy en pleno orgasmo... Paro, despacio quito su mano y me tapo, noto ahora la brisa a pesar del rubor en todas partes. Su sonrisa delata que se siente triunfante.

—Ahora tú —le digo mientras le desabrocho el pantalón.

No lo duda, supongo que haber sido yo primera le ha animado a saber que no pasa nada, no pasa nadie y seremos rápidos. Me arrodillo entre sus piernas, mi mirada es lasciva para encender aún más, si cabe, sus ganas y me empleo a fondo con las manos, la boca y mi mirada que busca la suya. Es una de las escenas que más excita a algunos hombres y supongo que tendrá un motivo. Me mira mientras le miro y no puede aguantar más, su cabeza mira hacia el cielo y gime fuerte. Mi mano busca su boca y me chupa los dedos ahogando uno de sus gemidos que tanto me sigue extrañando, casi me hace reír. Saco un Cleanex de mi bolso y limpio los restos. Está sonriendo. Me mira:

—Eres increíble.

—En esta situación entiendo que digas eso... Me gustaría que lo dijeras también paseando, comiendo, durmiendo, trabajando y haciendo la compra.

—Trabajando eres buena. Eres de las mejores.

—Gracias, sigue sin tener gracia después de lo que he hecho...

—Te lo diré mañana. —Me río con ganas.

—¿Paseamos?

—¡Venga! —Seguimos nuestro paseo, empieza a oscurecer y él se tiene que ir al *pipican*.

—¿Por qué vas al *pipican* si ya has paseado a Sira?

—Porque tengo que fichar.

—¿Eing?

—Úrsu preguntará a nuestros amigos si estoy y dirán que no, así que tengo que ir.

—¿Siempre?

—Sí, somos animales de costumbres y es muy celosa.

—No me extraña.

—Yo nunca había hecho esto.

—Seguro...

—De verdad, solo he estado con dos chicas: Úrsu y tú.

—Ya...

—En serio, una vez me engañó ella... No digas nada nunca de esto, ¿eh?

—¿Y le perdonaste?

—Sí. ¿Tú no lo perdonarías?

—Jamás.

—Bueno... Vino mi mejor amigo a pasar unos días a casa y cuando fuimos a llevarlo al barco, le despedimos, entonces Úrsu me dijo que fuéramos a tomar algo y allí mismo me dijo que se lo había tirado.

—¡Hala! ¿Y tú? —Aún sabiendo que ya me lo ha contado espero que no falle en su relato y constatar si es verdad o tiene memoria suficiente...

—Yo flipé y le pregunté: ¿Tú con quién quieres estar? Me dijo: contigo. Y le dije: pues vale.

—Y le perdonaste.

—Sí.

—¡Qué fuerte!

—Y era mi mejor amigo...

—Joder...

Llegamos de nuevo al coche, nos despedimos con un beso en los labios, aún estando en medio del pueblo, me bajo y me voy a mi coche. Su gorro sigue haciéndome gracia y su chaqueta acolchada, que lleva puesta incluso conduciendo, también. Veo irse a su Ford Fiesta y me meto en mi coche para ir a buscar mis cosas e irme a casa de Ainhoa. Así mañana no será sospechoso que madrugue. Los niños se quedan el resto de las fiestas con mi marido, ya que han estado conmigo en Navidad y fin de año.

Al llegar a casa de Ainhoa, el frío y la soledad me invaden, me siento extraña, a pesar de conocer la casa y las cosas de mi amiga. Miro el móvil constantemente, es un momento duro para mí y no hay mensajes de Sergio. Me llenan el teléfono los de Ainhoa y Naia, a las que les digo que estoy bien mientras un mar de lágrimas inunda mis mejillas. Lloro porque me siento sola, Sergio debería estar ahí, esto que estoy haciendo lo hago por él, por nosotros, por nuestro amor. Necesito un movimiento por su parte que me confirme, más allá de las palabras, que esto funciona. Me limpio las lágrimas,

no me llevan a ninguna parte, me desahogo, intento encender la tele, me peleo con el mando y por fin lo consigo; no me interesan las noticias, hace días o semanas que no veo un telediario. He pasado de saber cada movimiento de Podemos y del PP y hasta del PSOE a no tener ni idea de si hay atentados, reuniones importantes, políticas económicas que me atañan o de si es el día internacional de algo... Decido darme una ducha y meterme en la cama, no quiero ensuciar la cocina.

El agua caliente me reconforta y me paso un cuarto de hora debajo del chorro. El agua no consigue disolver mi sensación de soledad, no desaparece. Siento calorcito ahora, me pongo el pijama de franela y los calcetines de andar descalza. Me acurruco en el sofá con la manta que tiene Ainhoa y un cojín. Pongo el canal de música y sigo con el libro *Sin noticias de Gurb*, que consigue sacarme alguna carcajada que otra... Me voy a la cama, estoy cansada, demasiadas emociones. Pienso en mi Sergio, en el momento en el que paseábamos abrazados por aquel rincón de Piera y cambio mi estado de WhatsApp... A ver, algo que sea ambiguo, que solo él sepa que es para él, algo que le haga reaccionar. Pienso y todo lo que me sale es: «No seas cabrón y llama que me siento sola en esta lucha». En lugar de eso pongo: «Sin noticias de Gurb».

Creo que doy cien vueltas antes de dormirme, la gente cuenta ovejas, mi madre cuenta personas que viven en el pueblo, si no duerme, recuerda familiares directos de cada uno y creo que llega a tatarabuelos con nombres imposibles, si no se duerme. Yo cuento vueltas, cada vuelta es un «¡qué injusto eres!» Por lo menos, hemos quedado mañana a las siete. Suena el despertador a las seis y veinte de la madrugada. Me levanto y miro mi móvil. Nada. Sola. Me hago un café, mi ánimo ha mejorado porque lo veré en unos minutos. Me peino y me visto, me pinto un poco con lo que encuentro en la bolsa que me he hecho. Miro el móvil y por fin: «Hola, soy Gurb». No puedo evitar partirme de risa. Contesto en seguida:

—Hola, a punto de salir.

—Me ducho y voy.

Y es que yo tengo aún veinte minutos de camino y él a penas cinco. ¡Lo que hay que hacer por amor! Me abrigo bien porque enero es lo que tiene, que hace un frío que te mueres a las tantas de la madrugada. La poca costumbre de deambular por este pueblo me hace desconfiar de todas las sombras y de todos los personajes que se arrastran hasta sus coches, todo me parece sospechoso y camino de forma ligera pero segura. Cojo el coche

muerta de frío y lo aclimato, esto no es normal, por verlo diez minutos o un cuarto de hora, madrugar así, morir de frío y de sueño, pero dicen que por amor... Aunque yo, más bien, creo que por gilipollas. Pronto podré disfrutar de esas mañanas difíciles y no hará falta salir de la cama a estas horas. Pongo música y disfruto del calorcito que poco a poco inunda mi coche, salgo de Abrera y entro en la autovía, no hay tráfico, salgo en mi salida cantando porque el frío y la ilusión me han despertado del todo. Llego a la parte de la gasolinera que dice él, a pesar de creer que el otro lado, más resguardado y con más camiones, le harían un favor para hacer las cosas bien. Aún no ha llegado. Dejo el coche con el motor encendido y la música puesta, apago las luces y me paso al asiento trasero donde hablaremos más a gusto. Cojo el móvil y nada, última conexión cuando habló conmigo. Juego al Candy Crush mientras espero, todas las luces me hacen girarme a ver si es él ¿Y si no me ve? Conoce mi coche y hemos quedado aquí. Me verá... ¿Y si los coches de la gente que va a trabajar, que pasan apenas detrás del remolque, nos ven los coches y los conocen? ¿Y si pasan a echar gasolina? Tendrían que fijarse... Mi marido tiene la habilidad de conocer los coches de casi todo el mundo, incluso algunas letras de las matrículas. ¿Y si pasara hoy mi marido por aquí? Está con los niños. ¿Y si le sigue su mujer? Me empiezo a *hacer la olla*, como dicen los jóvenes. Por fin, unas luces se acercan, aparcan detrás de mí y lo veo, enfundado en su gorro de ladrón y su chaqueta acolchada. Apaga las luces y se mete en mi coche, no sin mirar hacia ambos lados de la carretera.

—Buenos días, amor.

—Buenos días, vida

Nos besamos, estoy contenta, su beso cálido, el calor del coche, la música...

—No tenías que haber madrugado, cielo —me dice con una sonrisa—. Pero te agradezco que hayas venido. —Seguimos fundidos en un abrazo.

—Ayer te eché mucho de menos. ¿El esfuerzo merecerá la pena?

—Espero que sí, quiero hacerte feliz.

—¿Te conseguiré?

—Ya me tienes, amor.

—No. Anoche dormí sola.

—El 7, recuerda...

—Recuerdo. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Vuelvo a besarle, me encanta quitarle el gorro y acariciarle las «entradas a la espera de calvicie». Su pelo es duro, tiene canas,

la barba también tiene canas y adoro acariciársela. Esa boca que me vuelve loca. Lo miro—: ¿Serás mío?

—¿Y tú?

—Yo ya soy tuya. ¿Serás mío?

—Espero que sí.

—No es muy esperanzador, hace un rato lo prometías, ahora lo esperas.

—Ya soy tuyo y seré lo que tú quieras.

—Quiero que me des calor por las noches.

—Me tendrás. Después del papeleo de la mañana me conecto a Messenger, así Úrsula no ve conexión, ¿vale?

—Vale... Dormiré un rato, si puedo.

—Claro que sí. —Nos besamos, se baja del coche. Arrancamos y cada uno se va hacia un lado. Él rotonda a la izquierda, hacia el trabajo, y yo a la derecha, a casa de Ainhoa.

Le dejo libre a las siete y cuarto, hemos estado juntos diez minutos, hoy trabaja todo el día. Esperaré ansiosa su contacto por Messenger, no tengo nada mejor que hacer. No tengo mis cosas... Al menos, mañana día 7, trabajamos juntos. Entonces pienso: «después de fiestas es el día 7, se lo iba a decir el 7... ¿Se lo dirá el 8?». ¡Madre mía! ¡Qué nervios! Ahora pienso que casi no nos conocemos de nada, podemos ser incompatibles en todo, en la forma de tener la casa, en los gustos sobre comidas, en los países que nos gustaría visitar, en política... sé que es de izquierdas... ¡Venga! Punto a mi favor. En costumbres, ¿en qué lado de la cama duerme? Sé que le cuesta gastarse el dinero, que en la cuenta, para estar tranquilo, tiene que tener al menos veinte mil euros... y yo, que me conformo con pasar el mes... Le daría un ataque si viera mi cuenta. Me río para mis adentros y me sale una mueca estúpida en la cara. Intento dormir un rato, son las ocho. Me acurruco en el sofá con la manta y dejo el móvil cerca y con el sonido a tope, por si recibo un mensaje. Pienso en él, en mí, en nosotros. Puede no salir bien pero es que... ¡Me hace tan feliz! Mientras el sueño se apodera de mí y mis sueños hacen de las suyas mezclando mis pensamientos, intento con todas mis fuerzas imaginarme una vida en la que quepamos mis hijos, sus hijos, su perro, él y yo. Una vida en la que sus hijos me odian mucho, en la que pueda adorar a su madre y ella a mí, una vida en la que él enseñe a mi madre lo que ella no sabe de setas y ella haga lo mismo con él... Me veo observándolos mientras se enseñan setas en un bosque de mi pueblo, nos veo en el río de mi pueblo, nos imagino en unas Navidades muy familiares. Habrá problemas,

seguro que no todo puede salir bien, en el amor de las películas siempre los hay, y luego fueron felices y... No me gustan las perdices pero me las como. Será un año difícil pero estamos dispuestos a superar las dificultades. Me sumerjo en un profundo sueño, las voces que descubro en la niebla distorsionan mi felicidad, los sueños son solo eso pero a veces agudizan las inseguridades o te hacen despertarte con una sonrisa para afrontar lo que suceda en el día. Me despierta el móvil pero no es él, son las once y no sé nada. Le escribo un wasap porque sé que está trabajando:

—*Hl*.

—*Mvl* no, *por fa*. Mucho trabajo. Messenger luego.

Me toca seguir esperando. Paso la mañana tomando café, leyendo y ordenando lo que desordeno. Miro la tele pero no la escucho. Mañana trabajo, tengo el uniforme, me lo preparo, no quiero hacer la comida, me da palo. Voy a la nevera continuamente, a ver si ha crecido algo ya hecho, pero parece que no tengo suerte. Decido comer embutido. Bajo al *paqui* a por pan, llevo una coleta mal hecha y un chándal, con esta pinta podrían pensar que en lugar de comprar pan voy a atracarlos. Por el camino, muy corto, porque el *paqui* está en la esquina, una voz me dice: «*Deu*». Miro al señor que me saluda y me suena de algo, de poco, ni idea de qué... Digo *deu* muy seria porque no sé si lo conozco pero decido saludar, por si a caso, no quiero parecer maleducada. Me quedo pensando... ¡Y yo con esta pinta! Si me conoce, lo raro es que me haya reconocido. Salgo del *paqui*, el señor ya no está, corro en busca del refugio en el que me siento segura, en casa de Ainhoa, aunque esté hecha una facha de la siesta mañanera. Malcomo embutido y pan con un poco de aceite, olvidé comprar tomates. ¿Ves?, pienso: esto es otra cosa que no haría mi *boy*, él siempre cocina. Cocina rico. Muchos arroces o fideuás pero se esmera. Yo sería capaz de sobrevivir comiendo cosas hechas o medio hechas o frías. Otras veces cocino, esos días, de paso, hago de todo: mermeladas, bizcochos, yogures, carne estofada, sopas... Pero, claro, tengo que estar inspirada u obligada. Me gusta cocinar pero si tengo que complacer el paladar de alguien más, no solo del mío... Por fin Messenger me hace un agudo «clin»:

—*Hl*, amor, hemos tenido trabajo. Lo siento.

—*Hl*, vida, no importa. —Miento.

—¿Cómo estás? ¿Has comido?

—Sí.

—¿Qué?

—Embutido.

—Come bien, ya lo sabes...

—Como bien, mastico y trago, me lo enseñó mami de pequeña.

—Ya. Ya me entiendes...

—Entiendo, no me apetece cocinar, me apetece verte.

—Mañana trabajamos juntos.

—Esta noche a las diez, cuando salgas ¿Podemos quedar en la gasolinera?

—¿Segura?

—Claro.

—Es poquito rato.

—Ya. Por ti, lo que sea.

—Vale, procuro salir cinco o diez minutos antes.

—¡Qué bien cielo!

—De todas formas, mañana podemos quedar otra vez en la gasolinera y entrar juntos.

—Dejamos pasar un par de coches y entramos, si coincidimos perfecto, si no durante la mañana.

—Ok. Bajaré a tomar café contigo.

—¿Al módulo?

—Sí, claro.

—Perfecto.

—¿Cómo va el día?

—Mucho trabajo, Mujeres no para de llamarnos porque hay problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Internas que se quieren pegar, a una la conoces: Sierra Peralta, tenemos que hacer actas de comparecencia y separarlas de módulo para que no se peguen, pero tenemos el problema de siempre: como de Mujeres solo hay dos módulos y uno es de permisos... para separarlas una se tiene que ir al especial, protegida. Y ninguna quiere.

—Lógico. ¿Qué has decidido?

—Enviar a la que tiene problemas con más internas al especial mientras la dirección decide hacer una conducción a otra prisión a la otra.

—Bien hecho. Eres el mejor de los jefes.

—Jajaja, gracias, lo dices porque...

—Porque lo eres.

Recibo un wasap de Naia, que no atiendo porque sé que en breve mi *boy* no estará en Messenger y no quiero perder ni un segundo:

—Espera, que Andrés se pasea e intenta mirar lo que hago. Me pregunta: ¿Qué haces, Sergio? Yo le digo: elevo partes. ¿Te ayudo? No, gracias ¿De qué te ríes, Sergio?

—Jajaja.

—Se pasea e intenta mirar lo que hago. Minimizo y pongo un parte en la pantalla, se va, pasea, vuelve... Así todo el rato.

—Dile que no sea cotilla.

—Si le digo eso vendrá a mirar más, jajaja.

—Dile que es privado.

—No.

—Pues no le digas nada...

—Nos vamos a módulos, amor. ¿Te puedo hablar luego?

—Sí, claro.

—Tk.

—Tk.

—Dw.

—Dw, amor

Contesto a Naia:

—Todo bien, cielo, de verdad. Tranquila.

—Mañana nos vemos, ¿no?

—Sí.

—¿Entramos juntas?

—No. He quedado

—Marranota ¿Trabaja tu *boy*?

—Sí.

—Vale, desayunamos juntas.

—Sí, por supuesto.

—Menos mal, pensaba que me estabas cambiando por un pene.

—Jajaja ¡eso nunca!

—Te quiero mogollón.

—Y yo, no te escaquees, cuéntame cómo va Pol.

—¡Uf!

—¿?

—¡Uf! ¡Uf!

—Jo, ¡dime algo!

—Jajaja, va demasiado bien, creo...

—¡Ay, mi madre! ¡Te llamo!

—¡No! Estoy acompañada, no puedo hablar...

—Joder. Resume.

—No puedo, cielo. Mañana te cuento.

—Put*****

—Jajajajaja. Tú más. Hasta mañana.

El resto del día parece que no tiene trabajo y me habla por WhatsApp y por Messenger durante mucho rato, lo que hace que, al final, no tenga tiempo casi para nada. Quería estudiar para exámenes y nada... Los exámenes se me vienen encima y el carnaval también: vamos disfrazados de *stromtroppers* y los cascos los hacemos con láminas de plástico y pistolas de silicona, los niños van de *jedys* —acertado el carnaval de este año, ya que mi *boy* es fan de *Star Wars*— y yo solo tengo tiempo para pensar y hablar con mi *boy*, para planear mi futuro... Pero tengo que hacerlo todo. Mañana por la tarde. Seguro que puedo. Esta noche quedamos en la gasolinera, donde me regala un cuarto de hora excitante y besos apasionados. Me excita más allá de lo predecible pero no hay tiempo. Me voy a dormir a casa de Ainhoa, donde parece que se levanta un viento insoportable.

Por la mañana me levanto. Hago café y sin sentarme a tomármelo me voy al baño, me miro al espejo: despeinada y recién levantada tengo un aspecto muy poco erótico. Menos mal que cuando se enamoró no vio esto... Ahora se lo traga. Me río yo sola mientras me lavo los dientes. Hemos quedado a las siete, son las seis y diez y ya estoy sonriendo. Me gusta mi chico — cincuentón pero chico y mío, casi—. Sonrío de nuevo. Me arreglo, me pinto, me paso la plancha del pelo, *eye liner* para agrandar mis ojos y ¡lista! ¡A currar!

Salgo vestida de uniforme pero con la chaqueta de esquiar encima, el tiempo en Abrera es muy poco plácido, el viento quiere despeinar mi obra de arte y mueve la suciedad del suelo. Las calles de Abrera no estaban sucias anoche, hoy está todo sucio, las esquinas en las que el viento se arremolina quedan llenas de porquería. Me meto en el coche con ganas de sentir el calor de la calefacción, froto mis manos para intentar que no me duelan del frío. Me miro al espejo retrovisor y retoco un poco el despeinado que me ha hecho el mal tiempo. Con lo mona que yo iba... Como de costumbre, voy pronto. Soy de las personas a las que les gusta llegar pronto a sus citas, a veces, demasiado, cuando era fumadora iba siempre diez minutos antes para tomarme un café y fumarme un cigarro en un bar, ahora, como no se puede fumar en los bares, tendría que decidir si café o cigarro... El caso es que voy

con tiempo y llego a la gasolinera —al camino que va a la gasolinera, detrás de otro remolque— unos diez minutos antes de las siete.

Recibo un wasap que me avisa de que está saliendo. Perfecto, llegará a la hora, si sale tiene unos tres minutos hasta aquí, hay algo de retención. Así que cinco minutos más, a las siete lo tengo aquí. Me pongo a jugar al Candy en el asiento trasero del coche con la calefacción puesta y las luces apagadas.

Veo las luces llegar, su gorro y su chaqueta enorme, me río... Se mete en el coche y hace lo propio con las manos para calentarse. Nos damos los buenos días y nos enzarzamos en un beso interminable. Hoy está pasional. Me mete la mano por debajo del jersey pero se encuentra con la camisa del uniforme. Para de besarme y me mira con media sonrisa.

—¿Puedo? —Mientras, su mano indica que desea abrir los botones de mi camisa.

—Por favor...

Nos dejamos llevar por la pasión y las ganas pero no tenemos tiempo, los besos y sus manos me dejan con ganas de seguir. No queremos llegar tarde los dos, sería sospechoso... Es totalmente imposible que nadie nos imagine, para la gente, su matrimonio parece lo que me parecía a mí cuando lo conocí: inquebrantable, no creo que nadie pueda creerse que él sea capaz de hacer eso, la gente no sabe que estoy separada, a él siempre le llegan los rumores y este aún no le ha llegado; tendré que hacer correr la voz para que no llegue la noticia de las dos separaciones a la vez, ya que eso sí sería sospechoso de verdad... Hacemos lo posible por recolocarnos la camisa, se mete en su coche con la promesa de llamarme a mi módulo y venir a tomar café y me dice que espera a que pasen dos coches delante de mí. Deja pasar un coche... Le perdono.

Capítulo 15

Lo oigo hablar por el *walkie* de vez en cuando. Hay que tener en cuenta que al jefe lo oye todo el centro pero el canal del *walkie* que se usa en cada departamento solo lo oye cada departamento, de forma que a él, aunque esté hablando con el módulo 1, lo oigo yo pero él, en cambio, solo me oye a mí si me cambio a su canal o él al mío. Oigo su voz seria, trabajando, como cuando lo conocí. No me ha llamado al módulo aún ni ha venido a tomar café. Quizás no me eche de menos. En el departamento en el que estoy, todo está tranquilo hoy, si viene, es solo de visita. Por fin, el funcionario de cabina anuncia su llegada: «De cabina a todos los departamentos: entran los jefes de servicios». Entran él y Andrés... Andrés tiene unos cincuenta años aunque, por su calvicie pronunciada y sus canas, le echarías más. La cosa es que por su cuerpo dirías que tiene menos años: tiene un cuerpo atlético, poco culo, brazos musculosos, buen pectoral... Como él dice: «De mí se puede aprovechar todo menos la cabeza, soy como una gamba». Un gambón, diría yo, cuando lo miras así, con cariño, te das cuenta de que es un hombre con un humor ácido muy bueno, un hombre que sabe reírse de sí mismo y de los demás, que sabe trabajar y lo hace de forma tranquila y seria. Sus órdenes son de aquellas que no hay huevos a no acatar. Ni a discutir. Es de aquellos jefes que te dan una orden y no te la da porque «yo soy el jefe y punto», sino que te lo argumenta, que si te tiene que echar una bronca, de paso que te la echa, aprendes el por qué la mereces y al minuto se está riendo contigo de otra cosa, no es rencoroso. No puedo decir lo mismo de mi Sergey... Nunca le he oído reñir a nadie, a parte del día en que me dijo: «No me toques los huevos». Él es de los que dicen las cosas de forma relajada y tranquila, recordándote los porqués, pero sí que guarda cierto resquemor. Es capaz de comentarle al resto de jefes lo mala funcionaria que es esta o aquella, es un pelín cotilla; no lo digo yo, lo dice casi todo el que lo conoce. A mi *boy* le gusta saber muchas cosas de todos y supongo que comentarlo en *petit comité* para ganarse a alguien. Es de las personas que se guardan la información, por si la necesita en algún momento... Una joyita, mía pero joyita... Sergio entra con una sonrisa, Andrés entra más serio. ¿Café? les pregunto arqueando las cejas.

Mi *boy* está guapísimo vestido de uniforme: el azul claro de la camisa y el azul oscuro del jersey... Como siempre, lleva mil capas puestas, es un friolero de cuidado.

—Sí, por favor.

—¿Con una nube? —Andrés se gira y me mira sorprendido y dice:

—¿Qué mariconada es esa?

—Nosotros nos entendemos —digo sonrojada y riéndome con la mirada clavada en Sergio. Sergio sonrío y dice:

—De color rosa, por favor. —Nos reímos.

—No entiendo nada —dice Andrés desistiendo—. Vosotros dos estáis muy raros. Yo también quiero un cortado. Nada de mariconadas.

Me pongo a hacer los cafés mientras las tres funcionarias que trabajan conmigo cacarean alrededor de ellos, como hoy la cosa está relajada preguntan a qué vienen y mi *boy* responde que a vernos y Andrés que «este ha insistido». Me río por dentro...

—Por cierto, Sergio, estoy con una PAC —Prueba de Evaluación Continuada en catalán, por eso no es PEC— de la carrera que estudio en la UOC.

—¿De qué asignatura?

—Introducción a la Sociología.

—¿Qué problema tienes?

—No entiendo ni papa de la pregunta.

—Yo soy criminólogo.

—Por eso te lo pregunto. ¿Vienes a verla?

—¿A dónde?

—Al despacho interior. —Maniobra estupenda que me he inventado para llevármelo a un lugar a solas.

—Venga. ¿Me puedo llevar el café?

—Claro. Ahora venimos, chicos.

Mientras vamos hacia el despacho me dice:

—Cómo te pasas, ¿no? —Me río.

—Shhh, hay interfonos... En el despacho, me dices.

Entramos en el despacho, cierro la puerta y se abalanza a besarme de forma casi desesperada. Sus manos recorren toda mi camisa e intenta meter la mano por dentro del pantalón. Lo consigue y llega a mi clítoris, automáticamente la saca y se chupa el dedo. Lo miro con los ojos muy abiertos mientras me río nerviosa y le pregunto:

—¿Qué haces?

—Me encanta tu sabor.

—¡Estás muy zumbado!

—¿A qué me has traído?

—A besarte, olerte, a estar contigo... Muy romántico todo.

—¡Ya! No te ha gustado...

—Sí. Ahora mismo te desnudaba, te colocaba en esa mesa y, ya sabes, pero me conformo con besarte.

—Yo me conformo con salir de aquí sin empalmar... Enséñame lo de sociología.

—Sé hacerlo, era una excusa. Déjame leer algo para disimular si nos preguntan.

—Dime que Durkheim no es la respuesta, que no lo mencione.

—Ok. Te quiero, universitaria.

—Te quiero, jefe.

Vuelve a besarme y sigue acariciándome con ganas. Oímos un ruido fuera y para al instante, mientras se arregla el uniforme. Me río y lo tranquilizo:

—Tranquilo, siéntate y lee esto. —Como no entra nadie decidimos salir hacia el despacho con el resto de la gente y no pasar más tiempo a solas. Una pena... la excusa era buena.

Salimos del despacho y al llegar nos sentamos en las sillas que están vacías, la conversación gira entorno a una funcionaria que el día anterior hizo un informe de algo que había pasado inculpándose a sí misma... Era algo así como: «Les informo de que alrededor de tal hora, cuando se procedía a tal cosa... entonces la interna responde: ‘Tú si que eres asquerosa’». El caso es que las palabras «tú si que eres» dejaban ver que la funcionaria era la que había llamado asquerosa a la interna antes. Es poco profesional insultar a una interna, por muchas barbaridades que ella diga. El jefe estaba enfadado por la situación que eso había generado, por el papeleo y por la poca profesionalidad. Entonces, mi Sergey entra en la conversación apoyando a Andrés y las funcionarias trataban de explicar que a las funcionarias nuevas había que explicarles muchas cosas antes de empezar a trabajar, que lo que no podía ser es que las nuevas llegaran de la calle y las soltaran en medio del talego y tuvieran que capear situaciones que se aprendían a base de experiencia, o sea, de cagarla. Eso no podía ser, deben tener una iniciación, entrar sin experiencia y enfrentarse a estas situaciones así es duro, los funcionarios solo pueden contar con su actitud y con lo que, en la calle, buenamente, hayan aprendido en artes marciales, autodefensa o Derecho. A parte de los conocimientos que proporciona estudiar la oposición, que son pinceladas de todo un poco.

La conversación pasa de eso a las vacaciones y de las vacaciones a los cumpleaños, el de mi Sergey es el 19 de abril. El mío ya ha sido. Mi Sergio y

yo ya estábamos juntos pero por aquello de no saber explicar en casa de dónde me venía un regalo, le dije que no me regalara nada y no lo hizo, a pesar de que la explicación podía ser que me lo había regalado cualquiera... Un libro, por ejemplo, no hubiera estado mal. Aquel día comí medio llorando con Ainhoa y Naia, que fue cuando se conocieron y se cayeron muy bien. No celebré nada con él y eso me pesó pero el amor todo lo puede y tendremos muchos cumpleaños más. Ahora estaba yo rompiéndome los cuernos pensando en qué regalarle... entre las opciones está una noche en un hotel que tiene una *suite* con *spa* privado y una botella de cava con fresas, que cuesta para los dos la friolera de 258 euros. El problema es que ahora voy a ser madre soltera —divorciada—, voy a pagar un alquiler, no tengo nada o casi nada ahorrado para imprevistos y es un dinero que preferiría no gastarme. Otra opción es una escapada. Hablando el otro día le sonsaqué destinos que le gustarían para pasar un fin de semana y entre ellos estaba Estambul. No es lo primero que haría con él pero si al cumpleaños es lo que le hace ilusión... Aún así, me dice que no compre nada hasta que no lo veamos los dos, que a él le gusta mirar y buscar precios y elegir, que podemos hacerlo juntos... Me parece una idea tan romántica como poco sorprendente pero sus deseos son órdenes para mí. Hablaré con mi madre para que venga a cuidar a los niños ese fin de semana si me tocan a mí.

Sergio va al baño y se roza deliberadamente conmigo. Estas situaciones son las que me hacen ver que no le importa que se sepa o que le pillen, que tiene claro lo que quiere y está yendo a por ello. Sale del baño, que está detrás de la silla y mesa del despacho en el que me encuentro. Me mira y sonrío.

—¿Nos vamos? —dice Andrés.

—Ya está el aguafiestas —le espeto. Todos se ríen...

Deciden irse. Abro la puerta automática mediante el pupitre lleno de botones. Sergio se gira una vez más y gesticula un «luego te veo». Suspiro enamorada hasta las trancas...

—Estos últimamente vienen mucho, ¿no? —dice María. No contesto yo, lo hace Elena:

—Sí, no sé qué pasa, fijación por el café gratis... —No comento.

Hoy Naia no está conmigo, así que intento disimular sin decir nada. Si hablo la cago. A los diez minutos suena el teléfono:

—¿Quién eres?

La voz de Sergio me devuelve la sonrisa:

—Yo

—¿Yo?

—No. Yo. —Me río—. Estabas preciosa. Me gusta mucho el olor de mis dedos...

—Venga. —Empalidezco o me sonrojo, no lo tengo claro.

—No estás sola, no puedes contestar, me encanta ponerte en este aprieto.

—¿Contesto?

—¡No!

—No piques...

—Está bien, estabas preciosa, como siempre, me encanta tu sonrisa, te veo a las diez en la gasolinera y mañana no podré verte porque tengo que ir a casa de mis padres a podar los árboles.

—Mañana hago traslado de casa, he quedado con mis chicas del departamento para que colaboren a cambio de pizzas.

—Siento no poder estar.

—No debes.

—Debería pero no puedo. Te veré pasado mañana por la mañana.

—¿Harás eso?

—¿El qué?

—Decir aquello a aquella... Me entiendes.

—No, trabaja. Pasado mañana nos vemos y hablamos.

—Uy.

—Hablamos de la forma en que lo haré. Te dejo que entra Andrés.

—Ok. Todo bien, sí. Adiós.

Una nueva cita en la gasolinera, en el coche, como adolescentes, supongo que la última ya. Deseando que lleguen las diez... Y llegan. A las nueve y media subo con el libro y el recuento para que lo firmen los jefes, formalidades laborales que adoro cuando está él. Lo coge y me dice:

—Perfecto, como siempre. —Me río—. Hasta luego. —Su mirada me petrifica pero hago un esfuerzo y salgo del despacho, lo veo en la gasolinera, escondidos a medias tras un remolque a las diez...

Me mira muy de cerca, me acaricia la cara, me besa e intenta la maniobra del pantalón. Cosa que no consigue:

—No llames a la puerta si no vas a entrar.

—Entraría y lo sabes.

—No puedes...

—Lo puedo intentar...

—Tú a mí con la mano y yo a ti...

—¡Hecho!

Nos deleitamos con caricias interminables que me llevan al clímax en poco tiempo, sus besos siguen haciéndome creer que estoy en una puta nube de color rosa. Vivo en un mundo de luz y color en el que él es el que pinta mis momentos más bonitos. Me ciega la idea de tenerlo tan cerca en mi vida y me apasiona su forma de hacerme enloquecer, da lo mismo si es en el coche, a horcajadas, en el asiento de al lado, en el monte, al aire libre, o en una confortable cama... Es él el que es capaz de transformar cualquier paisaje en el ideal para practicar sexo. Después de un cuarto de hora y de acabar jadeando ambos, con los cristales empañados, decide que debe irse. Y así lo hacemos. Yo a mi piso solitario y él a su piso familiar. Duermo del tirón.

Hoy mi marido no estará en casa para que yo pueda hacer el traslado con comodidad y nuestras *compis* no se vean en la fea situación participar en la separación entre dos compañeros de trabajo. Ya está todo en cajas, el traslado lo realizamos varias compañeras amigas y con dos viajes en dos coches familiares tenemos bastante; cuando vengo de aparcar, las cajas están dentro de mi nuevo piso. Envío a mi hijo mayor a comprar pizzas y bebidas y nos sentamos en mi nuevo sofá azul de tela y mis nuevas sillas tapizadas del mismo color. Las risas de mis amigas me hacen pasar el trago algo menos amargo. Nos reímos especialmente con una de ellas, que tiene un iPhone con una tal Sira —como la perra de mi *boy*— que contesta a las preguntas que le hace su dueña:

—Hola, Sira —dice Mireia

—Hola, pedazo de puta —contesta el móvil con voz de mujer.

Las risas de todas son escandalosas y no podemos parar mientras Mireia intenta explicar por qué el móvil la llama de ese modo:

—Es que ayer me lo cogió mi primo, que es un guasón, y la aplicación tiene un sitio para poder cambiar el nombre, normalmente me llama Mireia pero le cambió el nombre por «pedazo de puta».

Las risas no dejan de oírse, entre ellas, la de mi hijo adolescente, que la mira incrédulo. Acabamos el día exhaustos. Por suerte, mi hijo es discreto y esperó a que se fueran todas para preguntarme cómo es posible que Mireia, de veintipocos años, esté saliendo con Laia, de casi cuarenta. Menos mal que no lo hizo allí mismo y a ellas, por la timidez y la poca confianza. El amor no tiene edad, cariño. Recolocamos algunas mantas y colchones y dormimos

como bebés. Pero de los que duermen toda la noche, no de los otros. Me despierto temprano, como últimamente viene siendo habitual, y me siento extraña en esta nueva casa. Preparo café y el olor del café por la mañana me lleva a mi infancia, cuando mi abuelita nos hacía café de puchero, como lo llamaba ella, en cafetera italiana y ese el olor y el ruido de la cuchara mezclando el azúcar con el sonido de la tacita de porcelana...

Sonrío, porque si me viera mi abuela me daba un pescozón, que no me la quitaba nadie... Y eso que era un sol pero con estas cosas del amor y del sexo era más bien recatada. Y ¡qué poco la escuché siempre!

El sabor fuerte del café me hace recuperar el presente, miro a mi alrededor y al ver el móvil decido llamar a Naia pero al mirarlo veo que tengo wasaps de hace una hora, normalmente miro el móvil nada más levantarme pero hoy no lo he hecho. Leo:

—*Hi.*

—*Hi.*

—*Hi.* ¿Puedo ir a verte?

Contesto:

—*Hi.*

Responde inmediatamente:

—Hola, amor.

—Puedes.

—¿Qué?

—Venir a verme.

—Ya no puedo, amor, estoy en el parque con el perro y más gente.

—Déjalos y ven.

—No puedo.

—No quieres.

—Quería, no contestaste, ahora ya estoy aquí y no tengo excusa para dejarlos.

—Diles lo que sea, que te encuentras mal, que te ha llamado Úrsu, que tienes un recado que hacer...

—No puedo, amor, lo siento. Te dejo. *Tk. Dw.*

No me puedo creer el mensaje, no dejo de leerlo, cuando no tiene ganas, no tiene ganas. Yo estoy sola, me he comido un traslado, he dejado a mi marido y el tío este no tiene huevos a dejar a dos compañeros de pasear perros por mí. Decido contestar a pesar del «te dejo».

—Sinceramente, Sergio, si no vienes es porque no quieres, no hay una

sola persona que no se pudiera tragar que un día puntual tienes algo mejor que hacer que pasear al chucho durante tres horas. Lo de que un perro juegue con sus amigos, vale, me lo trago, pero lo de que no seas capaz de inventarte nada ya...

—Cariño. No puedo, de verdad. No te enfades.

—Demasiado tarde, lo estoy pasando mal y tú... Tú nada.

—Lo estamos pasando mal.

—Tú no estás solo.

—Te tengo que dejar, me miran.

—Vete a la mierda. ¿No puedes hablar con la gente?

No hay respuesta, lo que hace sentirme más sola y más desgraciada. Lloro, las lágrimas me salen solas y mi cabeza empieza a darle vueltas a todo. Después de todos mis esfuerzos, él no es capaz de contar una mentirijilla. Después de la que estoy liando, esto es lo que me espera, un hombre que no es capaz de mover un músculo por estar conmigo un ratito más... Recibo un wasap:

—Ahora no puedo, de verdad, ha venido Úrsula. No te enfades, huracán.
Tk.

No contesto porque esto sí que puede empeorar las cosas. Me trago mis tristezas, mis desconsuelos y ahora sí que necesito hablar con Naia y la llamo. No me contesta y recibo un wasap de ella que dice que está conduciendo, que me llama en diez minutos. El ruido ha hecho que mi hijo se despierte y lo veo acercarse a desayunar, vestido ya para salir. Es guapísimo, no es amor de madre, es un chico apuesto con los labios carnosos, la cara redonda, unos ojos grandes marrones bien enmarcados con unas cejas justamente pobladas. Tiene el pelo castaño y fino y un poquito largo, ya le toca rapárselo, es alto y sus hombros están justamente musculados. Así, casi sin querer, me ha salido un hijo apuesto, empático y elocuente. Me dice que ha quedado y se va, sin un beso. Quizás, sea ese el fallo, que no es cariñoso con su madre. Lo veo irse y el portazo suena con eco, como si el silencio fuera ahora mucho más intenso, como si ahora realmente la casa supiera que me he quedado sola. Miro a mi alrededor, este piso que no es mío, en el que no me encuentro aún... Busco algún indicio de vida en él pero solo me veo a mí... ¿Y si me he equivocado? ¿Volvería con mi marido? ¿Y si esto es el error más grande de mi vida? ¿Y si Sergio y yo no somos compatibles y nuestra vida empieza a ser un infierno para ambos? ¿Para mí? Mientras sacudo la cabeza de un lado a otro, rechazo también todos esos pensamientos pero la soledad es más

poderosa. Si al menos pudiera discutir con Sergio... Pero nada, con él no puedo hablar ahora. Paso la mañana limpiando y colocando cajas, el baño tiene un armario pequeño en el que al final consigo confinar todas mis pertenencias en forma de cremas y potingues que no uso nunca. Miro el móvil con cierta asiduidad porque estoy cada vez más nerviosa, sin señales de Sergio. Decido cambiar mi estado de WhatsApp y pongo un dibujo de un huracán. Supongo que eso será suficiente para llamar su atención. Sigo limpiando y colocando y me llama Naia:

—Perdona tía, que me he liado con unas mamás y se me ha ido el santo al cielo. ¿Cómo estás?

—Más o menos. ¿Y tú?

—Yo bien, cielo. ¿Qué te pasa, mi reina?

—Mi *boy*, que me ha plantado hoy.

—Cariño, será que no tienes cosas que hacer, entre las PAC y la casa, pasa de él, ya acudirá en cuanto necesite tus curvas peligrosas.

—Eso... Solo para eso me quiere.

—Hombre, yo creo que lo has acojonado separándote.

—No creo, si estuviera acojonado no estaría él en trámites.

—¿Está ya en trámites?

—No lo sé, en principio era hoy o mañana...

—A ver, ojalá, cielo, pero no te confíes...

—Que sí, qué mala opinión tienes de él, hija.

—No, no, de verdad, no es él, que sigo sin entender qué coño le has visto pero si tú lo dices yo espero que tengas razón, de verdad...

—Ya verás. Espero un wasap de él, luego te llamo.

—Venga. Anímate. Besitos, *deu, deu*.

Cuelgo el teléfono y miro:

—*Hl* ¿huracanada?

—Sí.

—Quería ir ahora a verte, pero si estás enfadada...

—Claro... Tú solo cuando la fruta está madura. Los contratiempos no son lo tuyo.

—No lo son pero voy a ir, si te parece bien, tonta...

—Ven.

—*Tk*. Salgo en cinco minutos.

—Te daré un bofetón.

—Lo recibiré, si eso es lo que quieres...

—Zalamero.

—Huracán.

Rápidamente intento recolocar el salón, me quedan aún un par de cajas pero prefiero ducharme antes de que llegue. Preparo la cafetera, me meto en la ducha y el agua caliente reconforta mi alma, no sé si ha sido la ducha o su visita pero me siento más animada; recupero la sonrisa y rechazo la idea de soledad que me ha acompañado toda la mañana. Salgo de la ducha, me pongo unas mallas y un jersey un poco ancho, desde que adelgazo la ropa me sienta mejor y me siento más atractiva, pongo un poco de color en mis mejillas, me desenredo el pelo y me pongo espuma. Se oye el timbre del interfono.

—Hola, amor huracanado.

—Hola, idiota

—¡Eh!

—No estoy huracanada.

—Ahora no, antes sí.

Me besa de forma dulce, un largo beso que me dice que esto es lo que quiero para el resto de mis días, lo quiero así de cerca, así de húmedo, así de apasionado.

—¿Me enseñas el piso?

—Claro.

Lo paseo por las diversas estancias, no está recogido todo aún y trato de explicarme en cada habitación, él asiente divertido con una sonrisa con sorna en la cara. La última estancia es mi habitación, no me da tiempo a decirle que es grande porque me abraza y me tira en la cama de forma suave. Sus manos juguetonas buscan quitarme la ropa y me dejo llevar porque es lo que más deseo. Me fijo en su ropa y es la de siempre, o la de casi siempre, un jersey de Quechua azul oscuro, unos vaqueros anchos y lleno de capas bajo la chaqueta acolchada de color negro. Una camiseta de manga corta interior blanca, poco erótica para mi gusto, una camiseta de manga larga de color marrón con rayas dibujadas, sin ningún sentido aparente, el jersey de Quechua...

—Tardo más en desnudarte que en hacerte el amor.

Se ríe pero no pierde el tiempo, la sesión es más urgente que satisfactoria, pero necesitaba mucho más sus abrazos, sus besos y su atención que un orgasmo. A pesar de que él parecía necesitar mucho más el orgasmo... Es hombre.

Nos acostamos uno al lado del otro, abrazados, tiene una extraña sonrisa

en la casa:

—¿Qué pasa?

—Estoy muy a gusto contigo.

—¿Por eso sonríes?

—Se llama felicidad. —Me río pero de repente su semblante cambia.

—Vale, ¿qué he hecho?

—Nada, me he acordado de que quiero hablar con Úrsu, esta noche se lo digo.

—¿Mañana serás mío?

—Mañana es muy pronto pero sí, desde mañana seremos nuestros.

—Oh, cielo, es muy difícil pero solo debes mantener el objetivo en el horizonte, sin perderlo de vista.

—Lo sé.

—Es muy difícil y da mucha pena.

—Lo sé, amor.

Lo abrazo en un intento de fortalecer su decisión. No quepo en mí de alegría. Hablamos, nos besamos y nos acariciamos durante una hora y media y se va diciéndome:

—Tengo muy claro lo que quiero. Te quiero a ti.

—Temo no ser lo suficientemente brillante como para atraerte.

—Lo eres. Te quiero. Deséame suerte.

—Suerte, amor... Pero temo decirte que no será fácil, que ella implorará...

—Sí. No será fácil.

—Recuerda que te quiero muchísimo, con locura.

—Lo sé.

Se va de casa y una tenue sonrisa se asoma a mi cara cada vez que recuerdo que ya ha mirado pisos cerca de mi pueblo, lo suficientemente lejos de su casa actual y lo suficientemente lejos de mí como para que nadie sospeche. Veremos qué decide al fin.

Recojo las cajas que quedan y me dispongo a preparar la cena, hoy con la emoción no he comido y mi hijo pasará el día fuera hasta las tantas con sus amigos. Me hago un plato rápido y sabroso. Huevo frito con patatas fritas. Espero noticias, atenta a mi móvil, sin el que actualmente tengo claro que no sabría vivir. Buena excusa la de la adicción al móvil para poder mantenerme comunicada con Sergio, sin que a nadie le parezca extraño.

Capítulo 16

Hoy es el día en que se supone que Sergio le comunica a Úrsula —sin decirle nada de mi existencia— que la deja. Se supone que la excusa es la ausencia de amor, que quiere estar solo, que hace tiempo que se lo plantea y que quiere dejar la relación. Él le propone que ella puede quedarse en este piso con sus hijos, que se quede también con el dinero del alquiler del piso de ella y que Sergio se irá a un piso o casa en alquiler y se encargará de los gastos a medias que genere el niño que aún estudia.

Según parece, es un trato que propone alguien que se siente culpable porque, además de todo eso, ella se queda con el cobro de los préstamos que le han hecho al hijo mayor para montar el local y cada mes paga unos 500 o 600 euros, si no recuerdo mal.

Él se queda con su sueldo de jefe, que es considerable pero no demasiado —unos 2500 euros al mes— y a cambio de la libertad, pierde unos ingresos mensuales. Nunca me ha gustado hablar de dinero con él, a pesar de que me ha contado todas estas cosas porque, según él, si las cuentas están claras desde el principio, suele haber menos problemas.

Hoy es el día en el que él recupera su libertad para dármela a mí, suena novelesco y romántico, por fin podremos vivir juntos en ese idílico panorama que hemos pintado para nosotros: una casita con piscina para mí y huerto para él. No es un hombre con muchos caprichos, le gusta guardar el dinero y poder pagar en metálico las necesidades más caras. Confiesa que no ha comprado nada a medias y que lo que compre será o para mí o para él pero no para los dos porque no quiere problemas de ese tipo. A pesar de todo, me gustaría convencerlo de que lo mejor sería comprar al 50% para que el que se lo quede, si pasa lo que sea, no esté de deudas hasta el cuello. Yo ya tengo una hipoteca a medias con mi marido y dudo mucho que el banco quiera darme otra para una casa para mí sola. Así que sigo intentando convencerlo de que lo mejor es que sea de los dos y, si hay problemas, se vende y punto. No creo que sea posible llevarse mal con él, todas las veces que hemos discutido, casi siempre porque no me dedica tiempo o por mis celos, él se ha mostrado tranquilo y comprensivo. Su media sonrisa me ha hecho creer que soy una niña con una pataleta y muy probablemente era así. Soy muy pasional, vivo las cosas con intensidad, siento con intensidad y mis arrebatos también son así. Debo decir que no me cuesta pedir perdón y que cuando se me pasan soy la persona más cariñosa y detallista del mundo.

Hoy es el día en que ella deja de ser un problema y puedo verlo cuando

quiera y puedo tenerlo y dejar de sentirme culpable. No me llama y no recibo ningún wasap desde ayer, son las cinco de la tarde y empiezo a estar muy nerviosa. Decido vestirme e ir a ver si pasea hoy al perro con o sin ella, si todo está bien, si han hablado o si ha pasado algo. Me muero de miedo de lo que pueda encontrarme, quizás a ella llorando, desesperada, como me sentiría yo, como lo hizo mi marido; quizás a él intentando consolarla por la ruptura trágica que ella ya espera porque hace tiempo que se comentan que las cosas no van bien, quizás a él llorando por dejarla, lo que me rompería el alma aunque debería entender. Me visto y, según mis cálculos, llegaré a su local, por donde pasa todos los días a pasear a Sira, a la hora prevista. Me meto en el coche y pongo música para distraer mi mente de todas las paranoias que me acechan, suena *Deshazte de mí* de Malú, no es de las mejores para este estado de nervios, cambio a *Una propuesta indecente* de Romeo Santos, supongo que tampoco es lo que necesito pero me entretiene y canto con él la propuesta indecente que estamos viviendo desde el 1 de noviembre. Aparco, subo la calefacción y bajo la música. Espero diez minutos y nada, la calle está vacía, hace frío, la oscuridad es profunda, hay solo tres farolas en toda la calle, lo que la hace más oscura que otras que están en el centro del pueblo. El viento sopla y casi puedo oírlo silbar, no se mueven más que las ramas de los árboles, que miro embelesada, esperando que me den una respuesta. No he pensado qué pasa si no baja hoy a pasear a Sira, si hoy bajan juntos, si hoy no lo veo o va a otro *pipican*... Miro el móvil una y otra vez, su última conexión es de ayer por la noche y me muero de miedo. ¿Me habrá dejado? Me toco el pecho buscando el corazón desbocado con la intención de calmarlo pero de repente veo una sombra con un perro negro: es él, va solo. Miro detrás de él y no hay nadie, decido bajar del coche y hablar con él.

Me bajo, cruzo la calle y me ve, mira hacia atrás y me saluda con un beso en los labios.

—Estoy de los nervios Sergio. ¿Qué ha pasado?

—Uf, mal, muy mal.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y?

—Pues mal, se ha puesto a llorar.

—Lo normal.

—Sí, eso sí, ¿vamos caminando?

—Sí, ¡dime algo, por dios, que me estás matando!

—Pues se lo he dicho, ha llorado, me ha gritado, me ha insultado, me ha dicho que hay otra, que quién es...

—¿Y tú?

—Que no hay otra, que no llore, que no me insulte... Entonces me ha dicho que me vaya... Pero no he sabido reaccionar y no me he ido.

—Joder, Sergi, era tu momento.

—Entonces ha dicho «me voy yo» y ha dado un portazo y se ha dio. A los cinco minutos me pican al timbre de casa y es el vecino con ella en un estado de nervios alucinante y me dice que estaba intentando abrir la puerta del terrado para tirarse. —Mi boca abierta y mis manos tapándomela indican la sorpresa brutal a su relato—. Entonces me la he llevado al hospital en estado de ansiedad y allí nos han separado. A ella se la han llevado a un *box* y a mí me han dejado solo en una sala con un tío que no hacía más que preguntarme cosas durante casi una hora, y las mismas todo el rato, supongo que formaban parte del protocolo para identificar a maltratadores y así es como me he sentido.

—Tío, qué fuerte, cómo lo siento...

—Bueno, después de eso, ella ha dicho que no soy maltratador, que no le he hecho nada, y yo he dicho lo que había sucedido, que coincidía con lo que contó ella, más o menos, entonces me la he llevado a casa y ahora me han dicho que no puede estar sola ni un instante.

—¿Con quién está ahora?

—Con mis hijos, que les he contado que tiene ansiedad, que no la pueden dejar sola.

—Ostras, Sergi, cómo lo siento. ¿Y ahora qué?

—Ahora tengo que acompañarla a trabajar cuando le toque y en una semana visita con el psicólogo...

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues hablar con el psicólogo y decirle que sigo pensando en dejarla.

—Pero ¿ya le has dicho al psicólogo eso?

—Sí, que todo había empezado por mi decisión de separarme. Y que sigo queriendo el divorcio.

—¿Y?

—Pues me ha dicho que espere una semana o así... Que no es el momento.

—Joder.

—Sí.

Me acaricia el pelo y me besa mientras paseamos, paramos en cada árbol, primero porque no doy crédito y después porque necesitaba verlo. Se está escapando el sueño de mi vida, el amor de mi vida, entre los dedos y yo no puedo hacer nada más que mirarme las manos. Él llora, le caen lágrimas lentamente por las mejillas, lágrimas silenciosas. Mira a ambos lados y se limpia la cara. Le acaricio para hacerle saber que lo comprendo.

—Esta semana trabaja martes y jueves, será cuando te vea, la llevo, paso a verte y hablamos. Hasta entonces, nada porque tengo que estar con ella, dice el psicólogo que no puede conducir.

—Bueno, cielo, sabíamos que podría ser difícil, solo se está complicando un poquito.

—Eres un cielo, me encantas, ¡eres tan positiva! Te he decepcionado y lo siento, siento que tengas que pasar por esto.

—No me has dicho nada, amor, no me has enviado un wasap ni nada, he estado a punto de morirme.

—¿De amor? —Se ríe con esa sonrisa triste preciosa que tiene...

—De amor, sí, no te rías, cielo, lo he pasado mal, tú no sabes la incertidumbre, sin noticias de ti, es horrible ¿Cómo puedes vivir así? ¿Sin noticias mías?

—Ha sido un día terrible, amor, no he podido, de verdad.

—Joder, la situación era grave pero ¡me tenías en ascuas!

—Lo sé, cielo, lo siento, he pensado en ti todo el día.

—Entonces ¿nos vemos el martes?

—Sí, la dejo en el trabajo y voy a tu casa, si a ti te apetece...

—Me apetece todo, siempre, contigo... Estaré siempre contigo, tomes la decisión que tomes. Te quiero por encima de todo, incluso por encima de mí misma, y si lo que deseas es estar con ella, si no puedes hacerlo al final, solo quiero que sepas que te quiero hasta el punto de dejarte ir.

—No digas eso, amor, gracias, de verdad, pero lo que quiero ya lo sabes.

Ha quedado con sus amigos los «paseadores de perros incordios», así que me deja allí, en la calle, sola, mirando cómo desaparecen las sombras de su figura y de la de su perro. Lo miro con tristeza porque se complican mucho las cosas, supongo que no todos somos iguales. Suspiro y me voy al coche con la esperanza de un baño caliente y un vaso de vino tinto. Llamo a Naia nada más llegar para explicarle las buenas nuevas —malas nuevas— y lo primero que me dice es: «esta tía está zumbada, no se tira, lo hace para tenerlo ahí, él no podrá dejarla», otra paranoia más para esta noche... Me

quedo pensando en sus frases: «esta tía está zumbada, es manipulación», «qué coño se va a tirar, no digas chorradas», «¡qué fuerte! la que has liado, pollito».

Me preparo mi baño y mi copa de vino y me imagino que la semana que viene todo se arregla. Intento relajarme pero no puedo. Última conexión hace diez minutos pero su mensaje no ha sido para mí. Suena un wasap, es él:

—Hola, amor, mañana no me digas nada.

No contesto. A pesar de que me muero de ganas de decirle de todo, lo he pasado fatal... Me meto en el agua caliente, sale humo de la bañera y me relajo, o lo intento hundiendo hasta la cabeza. Permanezco unos segundos hundida. ¿Y si se va con ella? ¿Y si me deja? Salgo del agua y lloro, siento una opresión en el pecho conocida ya. Le amo tanto. El problema es que él no lo pasa mal, o no lo parece, a pesar de sus lágrimas. Si necesitara hablar conmigo buscaría el momento y no lo hace. Me miro mientras me enjabono, he adelgazado y la causa es sencilla: no como, cuando estoy eufórica porque no tengo tiempo y el estómago cerrado y cuando estoy triste porque estoy en la cama llorando y no me apetece. Las épocas en las que las cosas van bien entre nosotros, pero no tanto como para estar exultante, es cuando como más o menos normal. Desde que empezó todo esto, desde el 1 de noviembre hasta hoy, he debido de adelgazar unos siete kilos... Y solo estamos a enero. He pensado dejar la carrera, me falta una PAC de la evaluación continuada que no tengo ganas de hacer, la asignatura no es fácil y mi humor da pena... Pero, al final, Naia me ha convencido y he acabado haciendo de muy mala gana la última entrega. Tengo que hacer resúmenes y estudiar pero no tengo ánimo. Tengo que acabar los disfraces de *Star Wars* y no me motivan. Sigo en la bañera y la copa está vacía, me muero de sueño pero el baño, lejos de relajarme, me ha puesto más nerviosa. Salgo de la bañera y me seco las lágrimas. Estoy muy triste, siento ganas de suspirar casi continuamente, la cosa no está saliendo bien y solo pensar en abandonar la historia sin lucharla me hace poner mueca de dolor, casi dolor físico en el corazón y me arranca un aullido que defino entre dolor y sensación de ahogo. Me siento tan sola... Siento que ni Naia ni Ainhoa son capaces de entenderme, siento que solo yo sé lo que pasa entre nosotros y el amor mutuo que sentimos, que ellas no lo conocen y que piensan que estoy atrapada en una de tantas historias de infidelidades en las que ellos no dejan a sus mujeres por nosotras... Siento casi un ahogo similar al que se siente cuando te quedas sin aire al final de un buceo sostenido por más tiempo del planeado. Suspiro de nuevo, me miro en

el espejo y veo mi rostro ajado por los años, los llantos y la pena. Me encuentro fea y se me empieza a fruncir el ceño, se me humedecen los ojos mientras me observo con una profunda tristeza y lloro de nuevo. Ahora tendré que dormir con dos almohadas para que los mocos no me impidan respirar con normalidad. El llanto de la pena que siento por mi cara reflejada en el espejo hace que me sienta patética. Me voy enrollada en una toalla rosa enorme y me pongo el pijama más caliente que tengo, yo le llamo el «pijama de llorar» porque es el que me hace tocar mi infancia. Mi abuela me hablaba de sábanas calentitas cuando estas eran de franela, el pijama me recuerda a ella por su tela caliente. El caso es que, una vez bautizado como el «pijama de llorar», solo tengo que acostarme con él y llorar. Y eso hago hasta que oigo la puerta por la que entra mi hijo, lo oigo entrar en la cocina y mover pucheros, no le hago mucho caso últimamente porque estoy siendo una madre pésima y estoy pensando en mis mierdas, cosa que en un futuro supongo que me perdonaré. Me limpio y oigo como llama a mi puerta:

—Dime.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, cariño.

—Bueno, si quieres hablar, me llamas.

—Sí, cielo.

Este «sí, cielo» casi ni suena porque está ahogado por el llanto, no merezco un hijo comprensivo que se preocupe por mí. Decido tomarme un diazepam para dormirme y esperar al terrorífico día de mañana en el que no podré hablar con él. Me abandono en mis pensamientos, tratando de ser todo lo positiva que puedo y, en seguida, casi sin enterarme, entro en la niebla de los sueños en los que las cosas salen a mi manera... ella decide que si no la quiere, no puede retenerlo porque es absurdo, él respira tranquilo, mis hijos, que lo conocen de antes, están encantados con la idea de que mamá tenga un amigo y yo estoy feliz de tener a mi amor a mi lado... Pero entre los sueños aparece mi madre, que me reprende muy seria, algo he hecho que no le ha gustado y no se a qué se refiere, yo la convengo de que él es el amor de mi vida y yo soy el amor de la suya, lo intento entre llantos pero ella no me entiende, hay una ventana que da a un prado verde en el que mi hijo intenta hacer volar una cometa sin éxito... Ya no está Sergio en mis sueños y yo lo busco, lo busco con la cara empapada en lágrimas y lo encuentro acunando el cuerpo sin vida de un perro, es su perro y él llora y no oye mis intentos de consolarle. Me despierto sobresaltada, todo está oscuro, me toco las mejillas

llenas de lágrimas pero suspiro con el alivio de que esta vez sí era un sueño. Me doy la vuelta e intento dormirme de nuevo.

Hago la compra, voy a buscar a mis hijos, los llevo al parque, limpio un poco. La sonrisa que me sale es casi inerte, incluso con mi hijo el peque. Recibo algún wasap de Sergio que no contesto porque todos finalizan igual: «No contestes, *por fa*»; «pienso en ti, *tk*, no contestes *por fa*»; «amor, se paciente. *Tk*. No contestes, *por fa*»; «mañana te veo, me muero de ganas. No contestes, *por fa*». Y yo no contesto deseando que llegue mañana. Pero mi humor es parecido al de en un entierro. Acabamos de empezar una etapa que no sé cuándo tendrá fin, lo mismo es una semana que un mes... Lo mismo un mes que un año... Lo mismo es el punto de nuestra unión como de nuestra separación. No estoy dispuesta a ser su eterna amante, estoy pensando, además, que va a tener razón en aquello de que no es detallista ni atento, que no le sale, que no se le ocurre. Y ahora que pienso, ni un pequeño presente para mi cumpleaños ni para Navidad ni un detalle para mi nuevo hogar, al que he accedido para poder ser más suya, ni para el día que cumplimos meses, a pesar de que cada día 1 me envía un «felicidades, amor». Quizás no sea el príncipe azul que esperaba, quizás lo idealicé. Me resbala una lágrima por la mejilla y me escondo en el lavabo con la excusa de darme un baño. Lloro y si lo hago en la bañera quizá luego se note menos. Mañana disiparé mis dudas pero mañana está muy lejos, no llega nunca. Las horas pasan más lentas de lo que pensaba, hago algo de cena y miro cómo cenan mis peques, con la cabeza en otra parte, me planteo si esta persona de ahora tiene algo que ver con la madre o amiga de antaño; solo pienso en él y en nosotros, vivo esto como si se fuera a acabar mañana, con una intensidad parecida a la de una montaña rusa, disfruto el momento y lo sufro con tanta intensidad que cuando soy feliz, no puedo serlo más y cuando soy desgraciada, el mundo se derrumba bajo mis pies. Hacía tanto tiempo que no lloraba de esta forma tan descontrolada que me recuerda a mis quince años... Salgo del baño y los niños se están peleando, es la excusa perfecta para podernos ir todos a la cama y que llegue ya mañana de una vez por todas. Pijamas, dientes y a la cama. Mi hijo mayor me mira extrañado y me dice:

—Mamá. Son las nueve menos veinte...

—Lo sé, hijo, me duele la cabeza.

—Vale, vale. Hasta mañana.

Me hace sentir culpable y con razón, no puedo ser peor madre, pero no recibir noticias de mi Gurb, no poder hablar con él, estar esperando a un

mañana incierto constante, me hace estar de un humor de perros, más triste que enfadada pero me sale este mal carácter por menos de nada. Y sé que la culpa solo es mía...O suya, pero no de los niños. Suena el teléfono y lo cojo:

—Buenos días, amor. —Oigo esa voz familiar, sonriente y cariñosa.

—Hola. Me he dormido, perdona.

—No, son las siete y media.

—¡Ah! *Bon día*, cielo.

—Voy a buscar a Sira y ¿te puedo ir a ver?

—¡Claro!

—A las ocho y diez o a y cuarto estoy ahí.

Cuelgo y me levanto a toda velocidad, a pesar de que sé que nos tomaremos un café juntos, me preparo uno para mí, me visto tan rápido que no atino a encontrar la ropa que quiero ponerme, busco unas bragas bonitas pero no encuentro las que le gustan, no encuentro nada, me voy dando golpes con las cosas. Por fin, me visto y me hago una coleta, me lavo la cara y me pongo algo de color y de colonia. Ya no parezco un muerto que se ha pasado media noche llorando. O eso creo.

Me tomo el café y espero desesperada en el balcón a ver aparecer su coche —como a los quince años—, por fin aparece el Fiesta de color granate y él fumando en su interior, embutido en su chaqueta acolchada de siempre. Se ve revolotear a Sira en el asiento trasero.

Aparca, mira a ambos lados y saca al perro, que hará ruido y despertará a mis hijos, no le dejo llamar porque abro antes la puerta mediante el interfono. Sube. Lo primero que hacemos es fundirnos en un largo beso, le acaricio su principio de calva, su barba eterna de tres días. ¡Dios! Las sensaciones se apelotonan en mis sentidos y bloquean la tristeza de ayer, ahora me parece una estupidez supina todo lo que pensé ayer. Me lo llevo a la cocina, le doy una taza de café y cojo otra para mí. El perro, contento de verme, me lame y se me sube, la saludo con una indiferencia que probablemente a él le disguste pero ahora solo quiero a Sergio. Dejamos al perro tumbado en el sofá de mi salón, cosa que no puede hacer en el sofá del suyo, y lo encierro en mi habitación. Hay mucho que hablar:

—Cuéntame.

—Lo que te dije: tenemos visita la semana que viene para saber si puede conducir y quedarse sola. Se puso muy mal, ataque de ansiedad, toma Alprazolam de un miligramo cada ocho horas.

—Tranquimazín, marca registrada, muy fuerte.

—Sí, ahora parece más tranquila, dice que la deje en paz pero se deja cuidar, no la entiendo mucho. Está triste.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—No lo sé.

—¿Me quieres?

—¡Claro! Por eso estamos haciendo esto, ¿no?

—¿Estás seguro de que lo que quieres es a mí?

—Completamente, ¿y tú?

—Me muero sin ti.

—Nadie se muere de amor.

—Me muero.

—No te mueres, amor, estoy aquí.

—¿Cuál es el plan?

—Pues no lo sé, esperar a ver qué nos dice el psicólogo, decirle que me separaré igual.

—Dile que hay otra persona, así no te presionará.

—¿A quién?

—Al psicólogo.

—No me atreveré...

—Pues tú verás. ¿Y qué hay de nosotros? Yo un día como el de ayer no quiero volver a pasarlo, sufro, lo paso mal, lloro, no puedo, de verdad, es insoportable, pienso que te pierdo y se me encoge el alma.

—Espera, a ver, ayer no pasó nada, te escribí...

—Sí, pero yo a ti no y solo ponías no me «contestes *por fa*, no me contestes *por fa*». ¿Tú sabes cómo estoy yo? ¿Si necesito algo, si te necesito a ti, si me estoy muriendo o si estoy feliz? ¡No me dejas expresártelo!

—Estaba con ella todo el día, está todo el rato preguntando si hay otra, me mira si cojo el móvil, tengo que hacerlo bien, no puede sospechar que hay otra, tenemos que hacerlo bien amor. —Su cara tiene media sonrisa, no está contento, se justifica, supongo que ahora es nuestro momento y la estoy jodiendo con tanta tontería, procuro rectificar.

—Vale, dame un beso.

Sus besos son urgentes, no se trata de un amor tranquilo, es pasión desenfrenada. Mira la puerta y me pregunta si está mi hijo. Le digo que están todos y se sienta en la cama:

—Así no.

—No ¿qué?

—No puedo, haremos ruido.

—Seremos silenciosos, está el pestillo puesto.

No sé cómo logro convencerlo pero por fin una sesión de sexo urgente y duro se apodera de nosotros, es la sensación de ansiedad, como si hiciera un mes que no nos vemos, me araña la espalda y casi produce un grito de dolor que apago como puedo, me muerde por todas partes, sus mordiscos me excitan pero al mismo tiempo me provocan dolor. Otra vez sus manos hacen de las suyas y no puedo retrasar más el momento, fundo mi boca en su hombro para ahogar un gemido prolongado. Me besa en la boca para colaborar en el silencio necesario. Acaba él pero esta vez sus gemidos son ahogados con la almohada que hay debajo de mi cuello. Su aliento caliente empapa mi hombro y me siento dichosa de hacerle sentir esta necesidad casi enfermiza por poseerme. Nos acostamos cansados uno al lado de otro y, casi sin descansar, nos vestimos. Abro un poco la ventana para que desaparezca el olor a sexo. Ahora toca conversación.

Se despiertan los niños y salimos de la habitación, les pongo el desayuno mientras saludan a Sira y abrazan a Sergio; lo miran con una sonrisa. Volvemos a la cocina a hablar de nuestro secreto. Me dice que me ve el jueves, que lo intentará de nuevo, que hablará con el psicólogo de nosotros, de nuestro proyecto.

—¿Hoy trabaja todo el día?

—Sí.

—¿Quieres comer con nosotros?

—¡Claro!

—Perfecto, ayer hice compra. Te gusta todo, ¿no?

—Todo lo que hagas.

—Trae pan.

—Vale pero tengo que hacer la comida en casa hoy.

—¿Y eso?

—Mis hijos, que tienen la fea manía de comer todos los días... Soy un hombre de rutinas y un ejemplo es que todos los lunes fregamos los baños.

—¿Estén o no sucios?

—Todos los lunes.

—Uf.

—Volviendo a lo de la comida de los niños, tenéis una pizzería... Por un día...

—No puedo justificar no comer en casa con ellos. No en este momento.

—Vale. ¿Nos vemos a la una y media?

—Perfecto. ¿Sabes?

—Dime.

—Eres preciosa, incluso después de haber llorado. —Me acaricia la cara mientras le hago una mueca entre el descontento y la complicidad.

—Te quiero, amor. ¿Crees que algún día me podrás dar una noche?

—Te las daré todas, te cansarás de tenerme a tu lado. Me echarás por pesado.

—Nunca. Te quiero.

—Y yo, amor. Vuelvo a la una y media. ¿Te traigo un *tupper*?

—No, mamá.

—Te traeré fideos a la cazuela, así pruebas tú también mi cocina.

— Como gustes. —Nos reímos mientras se despide de los niños, el mediano le da un abrazo, como si se tratase de un familiar muy querido, y casi me da un vuelco el corazón, entre vergüenza y placer...

Salgo al balcón a despedirlo, como siempre, le digo adiós con la mano, siempre fuma al salir de mi casa, es como si se contuviera, aunque en casa fuma también, poco pero fuma. Cosas de fumadores. Mientras le digo adiós con la mano miro los coches que van detrás, por si algún día coinciden mi ex marido y él... No puedo permitirme esta pillada... ¿O sí?

Entro como un cohete a mirar la nevera, haré solomillo de cerdo a la cebolla caramelizada, bajo a comprar vino, uno algo caro, por aquello de que, como no entiendo, el caro será el bueno. Supongo que así hacen su agosto los caraduras, a costa de «enoincultos». Compró nueces y queso de cabra, cosa que no haría para una ensalada para mí, puesto que me saldría cara y ahora soy madre soltera de familia numerosa... Subo escopetada y me pongo a sellar el solomillo. Cocino casi cantando, levito con la sola idea de imaginarnos en una vida normal, estoy tan feliz que casi sonrío cuando veo que se me está quemando el solomillo... Lo salvo de ser carbonizado, está en su punto. Pongo la mesa y espero. A la una y media recibo un wasap y pienso: «Ya está, que no puede, que tal y que cual». Lo leo y pone: «Ábreme, estoy abajo». Sonrío como cuando las princesas pavas de las películas piensan en los príncipes azules de la noche anterior... Abro puertas y espero impaciente. La comida transcurre con sonrisas, una conversación agradable, el vino estupendo y sus manos buscando acariciar las mías constantemente. El puñetero tiempo pasa rapidísimo. Se tiene que ir pero promete volver con Sira a las cinco. Saldremos a buscar espárragos. Y esta vez también acude a

la cita y salimos hacia el coche mis hijos pequeños, Sira, él y yo. El paseo es fructífero, mis hijos le preguntan cosas constantemente al «señor de la Sira», como lo han bautizado; él responde solícito, los coge en brazos, juega, hace que Sira haga cosas imposibles y obedezca órdenes concisas. Un día feliz hasta que dice la frase mágica: «Mañana no me digas nada. ¿Nos vemos pasado?».

Capítulo 17

Hoy no tengo noticias de mi Gurb y así lo pongo en mi estado, que sé que él mira constantemente... «Sin noticias de Gurb». Y después de varias horas, sigue sin decir nada. Me deprime no saber qué está pasando. ¿No puede ir al baño a decir «hola»? ¿Sacarán al perro juntos? Otra vez, ese bajón conocido, después de tocar el cielo con los dedos ayer. Hoy estoy hundida en el barro más sucio. Me imagino a mí misma en mi horizonte sola, con tres niños, mi único objetivo en la vida es hacer feliz a mis hijos porque yo ya he perdido la esperanza, sola; deshago de inmediato ese pensamiento que me hace estar al borde del llanto ¿Cuándo se arreglará todo esto? Decido darme otro baño, empieza a ser una manía que no hace ningún bien al medio ambiente.

Me zambullo en el agua para quedarme a solas con mis propios sonidos, oigo mi respiración, una gota que cae desde la alcachofa de la ducha, vuelvo a oír mi respiración y saco la cabeza para respirar, una lágrima asoma descarada y se vierte hacia mi oído, miro al techo. Las lágrimas cada vez son más numerosas y lloro en silencio hasta que no puedo más y se me pone una mueca en la cara similar a la del dolor, sollozo y acabo lanzando una especie de lamento al aire: «mamá», siempre que siento un dolor desesperado llamo a mi madre, aún sabiendo que no puede ayudarme, que no me oye, que no está. Jamás le diré la de veces que la he llamado sabiendo que no le iba a contar nada por no preocuparla pero necesito su abrazo, su olor a crema de manos, sus manos suaves con la alianza dorada en su anular. Necesito sus palabras de consuelo, casi puedo oírla: «Hija, no llores, mi cielo, todo se arreglará, sé que es difícil pero verás que todo se arregla». Pero me temo que no se arreglará. Lloro amargamente y me tomo la copa de vino, me abrazo a mí misma y me siento ridícula. Lloro de nuevo porque me siento increíblemente sola. Salgo de la bañera y me pongo el pijama que parece de franela, el pijama de llorar, sé que es ridículo pero me hace sentir melancólica y ahora necesito derramar muchas lágrimas.

Siento una opresión en el pecho, suspiro porque me falta el aire, si no fuera un ataque de ansiedad controlado pensaría que estoy a punto de tener un infarto pero conozco este dolor inmenso del alma, sé cómo duele el desamor y sé cómo duele la soledad. Me acuesto en la cama a pesar de ser las ocho de la tarde, no tengo ganas de hacer la cena, de comer, de nada... He adelgazado un poco más, lo que significa que los *leggings* con el jersey, ahora ancho, me quedan de lujo. Lástima que no tenga alguien que desee impresionar, alguien a quien enseñárselo. Lo pierdo pero algo podré hacer para aprovechar hasta el

último segundo a su lado, no quiero desperdiciar ninguno de los momentos que me queden a su lado. Lloro y me acurruco —me arrugo, más bien— dentro del edredón para seguir sollozando, hasta que me doy cuenta que de nada me sirve llorar. Me limpio las lágrimas, mañana tendré los ojos hinchados y la cara me delatará.

Mi hijo mayor se encarga de engañar a mi ex marido, de decirle que no estoy ahora, que llegaré en un rato y que se lleve a los niños con él. Saldré de la habitación cuando se vaya. Oigo las protestas de los niños, que no quieren ir. Le oigo a él, la voz quejumbrosa y pesada. Está triste, la situación es para él lo que la mía es para mí con Sergio, con la diferencia de que mañana veré a Sergio y será mío un ratito pero a él no le ocurrirá eso conmigo. Me siento más culpable todavía porque he dejado a un hombre normal, con unos ojos azules preciosos y por el que sentí cosas maravillosas y que me quería, con sus defectillos y su poca paciencia, por alguien que no me valora y que no es capaz de coger al toro por los cuernos; me sale una triste sonrisa al decir la palabra «cuernos» mentalmente, nunca mejor dicho: cuernos. Por fin, se van todos y mi hijo toca la puerta para decirme que se va, que ha quedado. Me quedo sola. Sola...

Recibo un wasap, me despierto y lo miro con la cara dormida, veo borroso pero tengo que leerlo. Es él «*Hl. ¿Mañana te veo a las ocho? Si no puedes, me lo dices mañana. Tk. Dw*». Me doy la vuelta y no consigo volver a conciliar el sueño. Son las once y seis minutos. Me despejo y, al ver que no será posible, me levanto a hacerme un café descafeinado. Siento un hambre voraz. Acabo el café con leche y me siento en el escritorio blanco de mi habitación, donde espero los resultados de los exámenes a los que casi dejo por depresión, desazón y desánimo. El amor me ha tocado bien hondo... Miro a mi alrededor y veo las cartulinas decoradas. Pienso la forma de hacerle un regalo para su cumpleaños y quizás lo más sencillo sea esperar a que él esté conmigo y comprar un fin de semana donde sea. Aunque sea en casa... No veo nada que hacer que me pueda distraer, así que vuelvo a la cama. Al final, después de doscientas vueltas, creo que me duermo. Suena el despertador, me levanto y me miro al espejo. ¡Qué cara! El llanto no me sienta bien. Mañana trabajamos los dos, supongo que quedaremos en la gasolinera, estaremos juntos en el coche y entraremos juntos, o no muy separados, a trabajar. Últimamente se nos ve mucho juntos, viene a verme a mi módulo demasiado a menudo, así que le he aconsejado que también vaya cuando yo no esté trabajando. No sé para qué le doy consejos, si lo que

debería pasar es que se supiera de una buena vez. Prefiero no forzar las cosas. Tocan al timbre y corro a abrir y luego a encender la Nespresso. Le encanta el café, como a mí. Llega y su sonrisa primera pasa a cara de pena al ver mi cara, me avergüenzo al instante. Me besa muy despacio y me siento pequeña y querida.

—¿Qué pasa?

—Te echo de menos, no soporto la situación. —Su gesto de fastidio me decepciona.

—No puedo hacer nada.

—Lo sé, cielo. ¿Café?

—Por favor...

—¿Solo?

—Solo, sí. —Mientras los hago, sus brazos rodean mi cintura, me doy la vuelta, lo abrazo por el cuello y le beso, los besos en seguida pasan de ser dulces a apasionados y de apasionados a salvajes.

—Espera que los cojo. —Vamos a la habitación cada uno con su café.

Nos dejamos caer en la cama, los cafés en la mesita y los besos y las caricias nos adentran en una sesión de sexo mañanero. Su experiencia y nuestras ganas hacen de la sesión de hoy otro montón de escenas dignas de ser recordadas, un mordisco en uno de mis pechos y un arañazo en la espalda. Sigo notando sus numerosos lunares y/o verrugas al acariciar su espalda, sus abultamientos, ya conocidos, no me causan ningún asco, solo me hacen pensar lo fácil que hubiera sido quemarlas mediante las varitas negras de nitrato de plata que usan los dermatólogos. O como lo quieran hacer. Si no lo ha hecho nunca es que no le han molestado. Yo tendría un complejo importante, pero cada uno es como es... Acabamos el café, ya frío, y nos sentamos. Hablamos de la situación y me dice que mañana trabajamos juntos, le pido que nos veamos en la gasolinera y accede... Media hora menos de sueño que merece la pena. Me siento feliz de tenerlo aquí aunque sé que no es del todo real. Lo miro y trato de memorizar cada uno de los rasgos de su cara, su pelo, ahora despeinado, su casi calvicie, sus canas, esa barba canosa de tres días que me enamoró; miro hasta sus dientes, algo irregulares, un poco separados y amarillentos por el tabaco. Su barba, de nuevo, que me vuelve loca y pienso a mil por hora en la manera de parar el tiempo en este instante. Esa media sonrisa que se le queda después de practicar sexo, esos ojos entrecerrados de color verdoso oscuro y brillantes... Y, realmente, no es guapo, no es un hombre que atraiga por su físico. Sin embargo, lo miro y lo

siento arrebatador, atrayente. Estoy imantada a su mirada. Esta tarde iremos a pasear a Sira pero tendrá que volver a las siete con los dueños de los amigos de Sira. Rabia pero mañana otra ración de Sergey para mí.

Vuelve a las cinco y nos vamos con Sira al monte, donde repetimos abrazos, besos y se vuelve a complicar el asunto, hasta que sus manos descaradas me hacen gozar bajo un árbol. No puedo decirle que no a nada, no puedo decidir dejar de vivir uno de sus deseos porque no sé cuándo será el último. Se fuma un cigarro de regreso a mi coche, donde Sira sube ya como si fuera suyo. Volvemos cogidos de la mano sin tocar el cambio de marchas porque mi coche es automático. Su promesa —«Mañana te veo a las siete en la gasolinera»— me deja contenta hasta mañana. Duermo como una rosa. Vaivenes de emociones.

Al levantarme, me miro al espejo y las ojeras me dedican mi primer buenos días. Son las seis menos diez. Me ducho, me pinto, me seco el pelo y me pongo el uniforme. Bajo a la calle enfundada en un abrigo negro para que nadie vea el uniforme y no ser un blanco fácil. Me presento en el lugar de la cita a las siete menos diez y me entretengo jugando al Candy Crush y escuchando música.

Veo llegar a su coche, mira hacia ambos lados y se mete en el mío, yo ya estoy en el asiento trasero, como viene siendo habitual, nos damos los buenos días y nos comemos a besos. Me dice: «Entramos con un coche de separación y te veo en la máquina de fichar de arriba... te quiero». Sale del coche, salgo, me coloco de nuevo el botón y la cremallera del pantalón del uniforme, que él ha profanado, y arranco. Viene detrás y no ha dejado un coche de diferencia. Es un imprudente adorable. Entro feliz y le envío mensaje a Naia: que entro con él, que no me espere. Acostumbrada la tengo a la pobre a cambiarla por él cuando lo tengo y a llorarle cuando él no está. Debo agradecer esos miles de gestos de alguna forma. Entramos disimulando y con alguna mirada cómplice. Firmo, miro dónde estoy de servicio y entro al despacho. Él ya se ha sentado en su mesa y me mira:

—¿Mujeres?

—Sí. ¿Vendrás a tomar un café?

—Después de despachar. —Que es algo así como comentar las novedades del día anterior con el director del centro.

—Te estaré esperando, recuérdalo.

—Que sí, desconfiada.

A las nueve y media pasadas se oye por el *walkie* que entra el jefe de

servicios, hay que acudir: primero para protegerle, por si pasara algo, luego para atender lo que venga a hacer y ponernos a sus órdenes y, por último, para que no vea que estamos en el despacho, que parezca que estábamos en el patio vigilando, a pesar de que desde la ventana del despacho se puede ver la sala de día y el patio, desde donde vigilamos pasivamente si ocurre o no algo diferente o extraño. Se trata de que parezca que trabajamos más de lo necesario, un absurdo porque los jefes de servicios antes que curas fueron monaguillos y se las saben todas. Tal vez porque las hicieron antes que nosotros... Aún así debemos guardar las formas. Me pongo nerviosa y sonrío al verlo llegar a la primera puerta. La entrada a mi nuevo módulo, al que me cambiaron a petición mía por desavenencias con la subdirección en cuanto a formas de trabajar, consta de dos puertas entre las que hay un espacio de unos seis metros cuadrados, una especie de espacio de seguridad donde se dejan las bandejas de comida, donde nos quedamos con las internas que causan conflictos, a la espera de los jefes y separadas del resto de población reclusa. La jefa de mi nuevo departamento hace comentarios despectivos hacia los jefes de hoy antes de que entren, está Andrés también, pareja curiosa. Uno un poco más alto, más calvo, algo mayor... Sus humores son diferentes pero ácidos y satíricos los dos. Cuando Andrés suelta un chiste no se ríe. La gente no sabe si es un chiste. Cuando pillan la coña o conocen a Andrés y su humor y se ríen es cuando él se ríe también, levantando los hombros con una sonrisa abierta, la boca cerrada y soltando unos je je je, je je je, como separados; gracioso el tipo. Esto quiere decir que seguro que alguna vez soltó un chiste, él no se rió, yo tampoco y se habrá quedado serio hasta que yo me fuera. Entonces, seguro que ha mirado a su inseparable y se habrán reído los dos de mí y del chiste. O solo de mí... Extraña pareja. Mi nueva jefa dice algo así como que ya viene uno de los dos payasos, uno que está chocho y el otro que chochea, no le importa mi amistad con Sergey, ya sabe mucha gente que nos «llevamos bien», pero ella es de las personas que dirá lo mismo en cualquier lado y delante de cualquiera porque le da igual y porque si tiene filtro prefiere guardárselo. Es como esas personas que dicen: «Yo, al menos, lo digo a la cara». A las que yo les preguntaría si alguien les ha pedido su opinión. Si alguien lo ha hecho, bien, pero si nadie te pide opinión, ofender por decir siempre la verdad es como decir: «Yo te insulto y no te puedes ofender porque es lo que pienso».. Yo también pienso muchas cosas que no digo, primero porque quizás a quien las escucha no le importen mis opiniones y después porque, a veces, una está más guapa calladita... Y eso que una de

mis cualidades no es la de tener esa prudencia. Aún así muchas veces pienso: «Si yo te dijera todo lo que pienso...» Callo y no defiendo al amor de mi vida porque considero que la opinión de mi jefa no cambiará y me importa poco lo que piense de él y porque prefiero no llamar mucho la atención en cuanto a lo que nuestra rara amistad se refiere. No hay que levantar sospechas.

—¿A qué coño vendrá este ahora? —espeto sin decírselo a nadie en concreto pero en voz alta. Nadie contesta. Estamos acostumbrados.

—Hola —dice Sergio mirándonos a todos.

—Hola ¿Qué haces aquí? —dice mi compañera Rosa.

—A ver cómo va todo. —Me mira—. ¿Me invitáis a un café?

—Claro —digo rápidamente, mientras me acerco a la Nespresso.

—Yo también te puedo invitar, Sergio —dice Rosa.

—Ya está, ya le invito yo —digo sin dar importancia.

—Me da igual, gracias.

—Me voy a dar una vuelta, que aquí hay mucha gente —espeto mi jefa. Sergio sonrío. Yo lo miro y él me mira a mí, estas miradas de complicidad, que se supone que nadie más que yo entiendo, me encantan.

Sergio se acerca a la máquina de café con la excusa de saber si el café al que le invito es Nespresso o marca Hacendado... Me habla en bajito al llegar, casi me pone nerviosa:

—Te veo a las diez en la gasolinera y comemos a las tres en la cafetería, en el lado izquierdo. Haré todo lo que pueda por ponerme con vosotras, contigo y con Naia, imagino... — Y continúa, ahora ya más alto:

—Ok. ¿Leche?

—Una nube.

—¿Una nube? —pregunta Rosa.

—Sí, un chorrillo —le digo, evidenciando que no es el primer café que le hago.

—¿Cómo vais por aquí?

—Bien, todo tranquilo.

—¿Te tratan bien estas brujas? —dice sonriendo.

—Sí, de momento me temen; la fama, que me precede... —Nos reímos todos.

—Es más una leyenda, ahora eres buena.

—Siempre lo he sido, crea fama y échate a dormir.

—A mí no me lo cuentes, que yo ya te conozco... A ellas puedes explicarles misa, ¿pero a mí?

—Sabes perfectamente que soy un ángel.

—Una diosa. —Me sonrojo, cambia de tema, se acaba el café y se va. No pierdo la oportunidad de acompañarles a la puerta, Andrés se retrasa, por suerte.

—Eres preciosa. Te espero a las tres. Gracias por el café. Te hubiera mordido la boca.

—Porque no has querido, tenemos despachos por todas partes... —Me río coqueta.

—Muy descarado pero no me tientes.

—Te tiento.

—Hasta luego, vida. —Se van y entro a mi módulo.

La mañana pasa sin pena ni gloria y lo escucho de vez en cuando por el *walkie*. Naia me llama para ir a desayunar, nuestra media hora sagrada, y por supuesto acudo: otra oportunidad para ver a mi *boy*. Naia parece tener la cabeza en otra parte, le pregunto qué pasa pero me da evasivas, extraño en ella, tiene un extraño brillo en los ojos. Si tengo un momento a solas le sonsacaré, me habla de trabajo, contesto pero la miro de reojo de vez en cuando. Al llegar a la cafetería hablamos. Le cuento los pormenores de mi relación. Ella me dice que no es normal, que hay cosas raras, que este tío no es limpio, que no la dejará. Sé que te duele que te diga esto, dice. No llores, cielo... Y suena casi cierto desde su punto de vista, lo que me entristece y me hace pensar que si es cierto que él sabe que su mujer no se hubiera tirado por ningún lado, en caso de que fuera verdad que él le hubiera dicho algo, ¿por qué no ha seguido? Ahora ella ha encontrado la llave para que él no la deje, cada vez que él intente retomar la conversación del divorcio ella puede hacer una tontería. Esto no tiene sentido ya, él no la dejará y yo estaré siendo su putita hasta que me canse o, peor aún, hasta que él se canse de mí. Cambio de tema porque casi se me caen las lágrimas de mis ojos tristes:

—¿A ti que te pasa, Naia? Tienes los ojos húmedos, estás más seria que de costumbre...

—Anteayer quedé con Pol.

—Otra vez. —Sonrío—. Eso no es malo.

—No. No del todo. Esta vez fuimos a su casa. —Suelto un «ah» aspirando aire hacia adentro, con más sorpresa que susto—. Y tomé una copa con él, estábamos muy cómodos y la conversación era fluida y cuando nos levantamos para irme me besó.

—¡¡Olé!!

—Ya, olé, pero me gustó y le besé y sentí esos labios perfectos y sus manos tímidas pero fuertes y seguras, que me empezaron a quitar el jersey y me acojoné.

—Va. ¿En serio?

—En serio, me acojoné y lo aparté y entonces él me dijo lo que me hubiera dicho cualquier otra persona, hasta yo misma lo hubiera hecho: «si estás aquí, si nos hemos besado y si te ha gustado, como parecía, es que hay algo». Y tenía razón, entonces me avergoncé y puse cien excusas tontas, mientras él sonreía con las manos en los bolsillos y ahí ya casi me muero, esa pose de niño malote con esa sonrisa de niño bueno y esos besos...

—Que te lo follaste, vaya.

—¡Qué burra eres!

—Pero te lo follaste.

—Sí, me acerqué, le abracé por el cuello y me besó y me deje llevar... Y me gustó.

—¿Entonces?

—Pues que fue maravilloso pero al terminar me sentí muy asustada porque todo lo que has hecho tú, yo no lo haré, por mis hijas... Si me separo, a mis hijas las mato, pobres... Y yo no quiero estar así y tener un amante, era un polvo, una aventurilla y ya.

—Ya. ¿Entonces por qué estás así, si es lo que querías?

—Porque ahora ya está y me gustaba... Le he dicho que ha sido genial conocerlo pero que no puedo dejar nada por él.

—¿Y él?

—Me dijo que me quería con todo lo que tuviera y que lo sentía mucho. Que estaría esperándome.

—Joder, qué bonito. ¿Y no te lo vas a pensar?

—No. Nunca.

—Nunca es mucho tiempo.

—Nunca.

—Ya veremos, Naia. Eres muy valiente.

—Valiente has sido tú.

—Sí, y mira... Valiente eres tú que dejas pasar el amor de tu vida por el de tus hijas. Yo he sido egoísta y posiblemente estoy haciendo sufrir a todo el mundo para nada, porque quizás Sergio haga lo mismo que tú.

—Me temo que sí, cariño, pero admiro tu valor.

—Mi inconsciencia, querrás decir.

Volvemos al trabajo y pasamos antes por delante del despacho de los jefes, donde hay un despacho acristalado y gavetas donde nos dejan documentación para internas. No hay nada para nosotras, oigo a mi Sergio en el despacho y sale al oírme hablar con Naia:

—¿Ahora te puedo invitar yo a un café?

—Acabo de tomar, gracias, vuelvo a mi departamento.

—Muy bien. *Deu.*

—*Deu.* —Le guiño un ojo y sonrío.

Son casi las tres y me llama Naia: que sale a comer ya. Salimos juntas. Nos sentamos donde él y yo sabemos, con la complicidad de Naia. Llegan y se sienta él primero, en frente de mí.. Me toca mis pies con los suyos y me sonrojo. La comida es amena, nos reímos y Naia está audaz y rápida, como siempre. Andrés nos mira de vez en cuando pero no dice nada. Ahora estoy con el postre. Mandarina. Sergio está picón y no para de meterse conmigo.

—Si sigues así, te tiro esto —le digo mostrándole la piel de mandarina.

—Sigo.

Se la tiro y le doy en un hombro. Andrés nos mira a uno y a otro y dice:

—A vosotros dos ¿qué os pasa?

—Es ella —dice Sergio.

—Se mete conmigo.

—¿Me das un gajo? —me dice Sergio.

—Claro. —Cojo uno y se lo doy, sus pies siguen dándome golpecitos con mis botas, es una forma de estar en contacto sin que nadie nos vea. Andrés menea la cabeza de un lado a otro pero no dice nada más al respecto.

La tarde pasa tranquila. Sergio me llama por teléfono, hablamos a ratos por WhatsApp y mi humor languidece. Esta noche lo hablo con él. Son las diez, estoy en la carretera que va de mi centro a la gasolinera, en el punto en que hemos quedado, veo unas luces y me extraña su puntualidad.

—Me he escapado. Andrés está sospechando —dice entrando en mi coche.

—Hola, amor. —Nos besamos—. Tenemos que hablar.

—No, cariño, por favor. No.

—Cielo... Esto no puede ser.

—Ya sé, lo estoy intentando solucionar.

—Cuando lo soluciones te estaré esperando —digo al borde del llanto.

—Espérame pero conmigo.

—No puede ser. Estás haciéndolo mal, ella volverá a sufrir cuando se lo vuelvas a decir, me tienes esperando a no sabes qué. Mira, dejamos esto y cuando lo soluciones vienes a por mí. Eres el amor de mi vida, estaré esperándote, de verdad.

—No me hagas esto ahora...

—¿Qué hago? Me quedo esperando tus «no me llames hoy», «tk», «mañana te veo»? ¿Me quedo con un polvo urgente cada dos días?

—Ya.

—¿No ves que parezco tu puta gratuita?

—No digas eso.

—¿Qué soy?

—Eres mi todo. Te entiendo. Pero aún no puedo, el lunes vamos al psicólogo, le diré que existes.

—¿Cuándo la dejarás?

—No lo sé. —Ahora lloro a raudales, estoy dejando a mi felicidad, es un suicidio.

—Cuando lo hagas estaré, de verdad. Llámame de vez en cuando.

—Ok. Te quiero. —Nos besamos con voracidad a modo de despedida. No puedo parar de llorar y a él le tiembla la mandíbula y se le humedecen los ojos. Corren las lágrimas silenciosas por sus mejillas. Sale de mi coche limpiándose la cara.

Conduzco llorando, casi con gemidos, mientras suena en la radio *Aquel corazón* de Rosana. La música dice: «si no me quisiste peor para vos» pero yo, si no me quiso, me muero... Lloro y conduzco y pienso en lo que Naia me habrá necesitado y que yo no he estado, no ha pedido ayuda o yo no he estado a la altura. Lloro por su ausencia, que yo he decidido porque pensé que podría pero no puedo. No puedo vivir sin él. Miro mi horizonte de nuevo y me veo sola. Rompo a llorar de nuevo con más fuerza, ahora suena *Imposible* de James Arthur, parece que la radio es cómplice de mi propia autodestrucción y me quiere echar un cable. Me muero de dolor por dentro, es como si me hubieran dejado un hueco en el pecho, siento dolor físico, real e insoportable. He aparcado cerca de mi piso, se supone que mi ex marido dejaba a los niños con mi hijo mayor, que les daría la cena y los acostaría. No quiero llegar a casa en este estado por si aún están despiertos. Me quito el cinturón y me doblo sobre mí misma con la cabeza y las manos en el volante, me cuesta respirar. Miro el móvil. Solo un «te quiero» de Sergio de cuando me fui. Pienso a mil por hora en la frase que le haga volver a mí. Cambio el

estado de mi WhatsApp. Solo un punto, un punto y final desolado. Le envió un wasap:

—No puedo vivir sin ti.

—Mañana hablamos.

—Me muero.

Capítulo 18

La noche ha sido horrorosa, la más mala que recuerdo. He dado vueltas, me he levantado tres veces, he llorado cada minuto de la noche, he estado despierta. El dolor del pecho perdura y estoy empezando a asustarme. Necesito suspirar cada dos por tres para poder sentir que tengo el oxígeno necesario. Me palpita con más fuerza el corazón cada vez que pienso que lo he perdido y eso ocurre cada treinta segundos, aproximadamente. No tengo fuerzas ni ganas para vestirme o para salir a por pan. He hecho el desayuno a los pequeños y los he dejado viendo la tele, apenas tengo ganas de dormir o de ducharme o de desayunar, solo quiero morirme. Ya. En este instante, solo pensar en la posibilidad de vivir sin él hace que me retuerza de nuevo sobre mí misma, en la cama, para gemir. Ni siquiera los aullidos silenciosos llamando a mi madre hacen que sienta un poco menos de dolor. Mi alma está herida. Me siento sola, destruida, acabada. No tengo noticias de mi *boy*... Mi *boy*, apenas lo digo y me sale una mustia sonrisa entristecida. Nunca ha sido mío, nunca lo será. Vuelvo a llorar. Mis párpados han doblado su tamaño y tengo la nariz roja de sonarme para poder respirar. Me duele la garganta de intentar no llorar con sonido. Decido sentarme a escribir nuestra historia pero las lágrimas no me dejan ver lo que escribo. Ahora mismo siento tantas cosas que creo que sería capaz de transmitir cada sensación, las más bonitas que he logrado sentir a su lado, mientras creía que era mío y que estaba enamorado, quizás no como yo, no tan locamente enamorado, pero sí he sentido su amor. No ha podido engañarme tanto, es imposible hacerme sentir las cosas de forma tan abrumadora y bella y dejarme caer de esta manera. Ainhoa me ha dicho siempre lo mismo: si te quiere, no soportará la vida sin ti y la dejará. Déjalo y verás como te busca. Pero no me busca. Sigo sin noticias tuyas y ya es la una del mediodía. Yo hoy tenía el día libre, hubiera sido imposible ir a trabajar, me duele el alma, tengo cara de haber estado llorando y muy pocas ganas de dar explicaciones. Es el quinto mensaje de Naia y no sé cuántos de Ainhoa pero no pienso contestar. No quiero tener que dar explicaciones y tener que reconocer que lo he dejado pero no quiero dejarlo, que no me quiere pero quiero seguir creyendo que sí... Entonces, mientras intento dormir la siesta, imagino que viene, que me dice que la ha dejado, que quiere vivir el resto de su vida conmigo y que mi sacrificio ha valido la pena. Y pienso que no veo su vida y que no puedo sentir lo que él siente pero que me ama con locura y que hace lo posible por luchar por este amor. Sonríe por no abofetearme. Un wasap, por fin, suyo, lo leo apresuradamente y me despejo.

De repente, no tengo sueño. «*Hi*, amor. Hoy no podré verte. *Tk. Dw*». Le contesto como puedo, temblando: «Te odio». Todas mis esperanzas hechas trizas y solo quiero morirme, no sería capaz de matarme, de autolesionarme, ni mucho menos, pero si me cayera un puñetero rayo me daría lo mismo. Pienso entonces en mis niños, lo mucho que sufrirían sin mí y rompo a llorar de nuevo. *Ainhoa* tiene razón y me da muchísima rabia tener que dársela, pero lo peor no es eso, lo peor es que la tiene. Si me amara como yo a él no sería capaz de hacerme tantísimo daño, sin embargo, lo hace. Solo recibo un «*Ok. Como quieras*». Y me muero de nuevo. *Naia* me escribe cosas que no dejan de ser ciertas pero que no puedo asumir, cosas como que no acaba la vida con él, que no merece la pena, que valgo mucho para estar así por un tío... Pero no entiende que ahora mismo me muero de amor. A pesar de que sé que eso no es posible y a pesar de que sus palabras van en ese mismo sentido, me siento como una *Julieta* anónima. ¡Qué estupidez!

Por fin, un nuevo día en el que reúno todas mis fuerzas para ducharme y llevar a los niños al colegio, ni un wasap, no hago más que mirar sus conexiones y sus estados y me estoy volviendo loca. Su última conexión fue hace un momento y lamento no haber coincidido en línea. Decido escribir en nuestro Facebook falso todo lo que siento.

Mi estado de WhatsApp ahora es «*T'E*», en mayúsculas, significa *T'estimo* —en castellano: te quiero—, en referencia a una conversación que tuvimos en la que le decía que los estados en inglés adquirirían más fuerza en positivo, como amar, esperanza, ser feliz, pero en castellano lo hacían las palabras más fuertes como odiar... Él decía que las palabras de amor eran más bonitas en catalán. Su estado en estos momentos y desde hace dos minutos es «*Desitjos*» que significa deseos pero no sé a qué hace referencia, quiero pensar que a mí... Reúno todas mis fuerzas, las que me quedan, para enviarle a nuestro Facebook falso lo que siento, como un último intento de acaparar sus sentimientos y también, por mal que me siente reconocerlo, para intentar manipular un poco la balanza hacia mí. Centrar su atención. Me pongo en el ordenador y escribo:

«*Mikel*, lo intento...Lo intento...Lo intento... No puedo. Lo siento, no puedo. Esto es muy duro y yo soy muy frágil o muy idiota, seguro que hay formas, seguro que tú eres inteligente y conoces esas formas, yo no puedo. No hay nada nuevo que me haga ilusión hacer, no hay nada antiguo a lo que tenga ganas de recurrir, todo me parece una cuesta arriba inmensa y la culpa de todo es mía, no he sabido canalizar los sentimientos, no he sabido separar.

Me he enamorado y es durísimo estar sin ti. Mi horizonte es espeso y negro, no veo salida, no veo la luz, no me veo bien en ninguna parte, salvo contigo... Perdona todas mis pataletas, todos mis enfados, mis tristezas... Perdona todos mis atrasos mentales y mis incomprendiones, perdóname todo. Me oprime el pecho, me duele el corazón, la boca del estómago me molesta y siento ganas de llorar a todas horas. Me molesta la gente, me molestan las cosas que debo hacer, solo quiero verte y tenerte y sudar a tu lado... Quiero ver el mar contigo, quiero que veas mi pequeño paraíso en Sanabria, quiero que formes parte de mi vida y amoldarme a tus rutinas, quiero fregar los baños todos los lunes, si eso te hace feliz, quiero que tomes una cerveza al venir de pasear a Sira con quien quieras pero quiero estar esperándote en alguna parte al final del día».

Después de dos horas interminables recibo un wasap suyo: «*Hi*. ¿Puedo verte a las cinco?» Respondo: «Niños cole». Y recibo: «*Ok*». O sea, que no va a venir... Me muero por verlo, por hablar, por tocarlo... Y decido llamar su atención, si estaba dispuesto a venir, habrá que darle facilidades, no sea que esto pueda ser una historia de amor con final feliz y que no sea así por mí... «¿Puedes venir a las cinco y diez?» Sucumbo de nuevo a cuatro patas, como la idiota que soy. «*Ok*».

Así que, con la tontería, ha salido el sol nuevamente en mi alma. Me voy a casa, me ducho, me pinto un poco para aparentar lo que no soy y espero impaciente. Me pongo a escribir en mi escritorio, hoy es un gran día para escribir historias de amor. A la hora de comer me doy cuenta de que no he desayunado, llevo desde las siete y media con un caf. No tengo ganas de cocinar. Bajo a la cafetería *Massa pà*, debajo de casa, y me escondo en una mesa para dos, puedo ver la calle desde donde estoy y veo pasar a parejas felices o personas apresuradas con cosas que hacer y yo estoy con un café con leche y un cruasán, sin más que hacer que esperar a que sean las cinco y diez. ¿Qué puedo decirle para que vuelva? He comprado casi sin querer el libro *de Historia de un canalla* de Julia Navarro, le dije que se lo regalaría y yo cumplo mis promesas, lástima que él no cumpla las suyas, se suponía que sería mío en febrero e iríamos de escapada a alguna parte, se suponía que para mi cumpleaños había pensado en un libro para mí, pero aún no lo ha comprado, a pesar de sus «lo tendrás», cada vez que se lo recuerdo.

Por fin son las cinco, recojo a los críos a toda velocidad y me planto en casa a y nueve minutos, les pongo la merienda y llama al timbre: «Soy yo», le abro y al subir está indeciso, no sabe si darme dos besos o uno y se mantiene

a la espera, lo abrazo y le doy un beso en la mejilla con los ojos cerrados para sentir mejor su tacto. Al querer darle el beso en el otro lado busca mi boca y la encuentra, no ha mirado a los niños siquiera, era más urgente besarme... Interacciona con ellos lo necesario para no parecer descortés y me lo llevo a la cocina a preparar café, donde me busca y vuelve a besarme. Y es que no puedo evitar seguirle porque sin él me muero. Me lo llevo a la habitación y supongo que lo que debe ocurrir es que mantengamos una conversación. Nos sentamos en la cama. Yo con los pies cruzados a modo de indio y él un poco de lado. Me mira con una sonrisa y por fin hablo:

—¿Por qué has venido?

—Porque te quiero.

—Pero no puede ser, no puedes tener una amante, no es justo ni para ella ni para mí.

—Lo sé y tienes razón, hablaremos con los niños. Le he dicho al psicólogo que existes.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no es el momento adecuado pero que si hay otra persona es lo mejor. Ya no tendré más visitas con él.

—¿Y ella?

—Ella tendrá que volver cada semana, lo que le han recetado le va muy bien, toma Tranquimazin —marca registrada— cada ocho horas y está más tranquila, parece que entra en razón. —Y yo no puedo parar de sonreír de la alegría.

—En cuanto pueda, sentamos a los niños ¿Cómo lo hicisteis vosotros?

—Es diferente, los míos son pequeños, los sentamos y entre los dos les dijimos que a ellos los queríamos mucho pero que entre nosotros las cosas no funcionaban y...

—¿Duro?

—Más que duro. Lo peor de mi vida. Lloraron mucho.

—Los míos no llorarán pero me culparán.

—Es que tienes la culpa.

—Sí.

Sus palabras me hacen feliz, a pesar de saber que lo que se le viene ahora encima es lo más duro que va a tener que hacer en su vida. Espero nerviosa el desenlace. Hemos quedado para mañana, si hay novedades, avisará. La noche promete ser larga y con episodios de insomnio pero todo, mis ojeras, mi llanto, mi sacrificio y mis ataques de ansiedad, si es que lo han sido, tendrán

pronto su recompensa.

Me acuesto y sonrío con los brazos debajo de mi nuca, es la sensación de felicidad extrema la que me envuelve por todas partes, es verdad que nos queda una etapa dura, durísima, es verdad que los primeros años de todas las parejas viviendo en común son difíciles, por el acople necesario, en este caso más, porque él es un hombre con una rutina marcada y con un miedo atroz a los cambios, así que tocará acoplarse a un hombre que gasta poco, que le gusta el campo, que pasea al perro todos los días dos veces, que no le gustan las emociones fuertes ni los parques de atracciones, que se marea con facilidad en el coche, que no le gustan las motos, que le gusta la música *heavy* o la ópera —el día que me lo dijo flipé—, un hombre que no se compra un coche si vale más de dieciocho mil euros —está por ver— y que limpia los baños todos los lunes. No va a ser fácil. Sin querer y sin darme cuenta ha desaparecido la sonrisa de mi cara. Si es capaz de hacerle esto a su mujer, ¿qué me hace pensar que no me hará a mí lo mismo? Se supone que ya no la quiere, que nosotros mantendremos relaciones sexuales de forma más que habitual durante mucho tiempo, que seguiré siendo divertida y apasionada. No debería cambiar la relación que tenemos pero... ¿Y si se lía con otra funcionaria? ¡Para! Se trata de una relación en la que no nos vamos a mentir nunca. A pesar de que a su mujer sí que le miente... por otro lado, es lógico. Las dudas típicas empiezan a acechar y en mi mente se agolpan desesperadamente todas y cada una de las soluciones: «a mí me quiere», «conmigo es diferente, puede ser sincero». No se me ocurren más excusas para convencerme a mí misma de que conmigo no hará esto. Y el caso es que no las necesito porque vuelvo a sonreír. Le amo y me ama y no hay nada más importante ahora mismo en el mundo. Si luego sus hijos no me aceptan, haré lo posible, si a sus padres les cuesta, seré más cariñosa, si tardo un poco más en entrar en esa parte de su vida, tendré paciencia... Y eso es todo. Al final me duermo feliz o eso creo porque no se dónde empiezan los sueños dormida y despierta y dónde acaban.

Son las siete de la mañana, ya he desayunado, el puñetero insomnio me ha despertado a las seis cuarenta, sin oportunidad de volver a convertir esas voces de los transeúntes de debajo de mi ventana en las voces en la niebla que me provocaba Morfeo, cuando no tenía insomnio, cuando me dormía pensando en sus posibles y ahora reales besos... Desayuno de nuevo, no por hambre, por calmar los nervios y nada en el móvil. Nada, salvo Naia, que ayer quería hablar conmigo y yo estaba en el séptimo cielo; la llamaré en un

rato. Ella madruga siempre pero no creo que llamarla tan temprano sea buena idea.

Por fin un wasap de Sergio: «¿Te puedo ir a ver?»

Mi respuesta: «Por supuesto, lo estoy deseando...»

Empieza la revolución hormonal en mi cuerpo, por si no tenía bastante... Ahora sí que tengo que llamar a Naia, que con él en casa no podré.

Naia lo coge y dicharachera, como es siempre, me contesta: «Hola mi reina, ¿cómo estás, Julieta?» La primera carcajada del día, que agradezco enormemente.

—Hola, princesa de la niebla.

—¿Cómo?

—¿Qué hay en Lleida?

—Niebla.

—Pues eso. Cuéntame, princesa.

—¿Qué?

—Pol.

—Mmm Pol, Pol. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Todo, en el trabajo, ahora una pincelada. Nos hemos vuelto a ver dos veces desde el día en que huí de su casa. Se siente muy arrepentido por haber forzado las cosas, no me quiere perder como amiga.

—¡Hala! Encima pide perdón... Tía, este es el puto príncipe de Cenicienta. Seguro que la tiene pequeña. —Me río—. Como el mío. —Nos reímos.

—¡No quiero saberlo! Qué loca estás. ¿La tiene pequeña?

—¡Pero juguetona, oye, ¡que el tamaño no importa! —Se parte de risa.

—Pues no sé cómo la tiene, putilla, que siempre piensas en lo mismo. A ver, calla, que te cuento... —Para mí, como leí un día en Facebook, la vida es una obra de teatro que no permite ensayos... Por eso, canta, ríe, baila, llora y vive intensamente cada momento de tu vida. Antes de que el telón baje y la obra termine sin aplausos. Para Naia, la vida es ensayo y error o ensayo y acierto pero después de pensar mucho, para que existan menos errores que aciertos. Y no le va mal. Y a mí no me va tan bien o sí... Pero considero que esta historia no se podía quedar en un cajón, estas sensaciones, emociones, esta intensa plenitud tenía que salir. Y salió. Y ahora, ¿qué?

—A ver, reina, cuenta.

—Hemos quedado, como dice él, en un lugar neutro. Un bar con encanto

de Lleida, tiene una decoración moderna, como me gustan a mí, líneas rectas, minimalista, sofás para charlar cómodamente... Claro que un café con leche vale dos euros y pico... que pagó él.

—Sigue, ¡al meollo, Naia!

—Que sí, ansias, que eres muy ansias... Bueno, hemos hablado, me dice que es normal que me asustara, que me quiere mucho y que si soy feliz sin él, él es feliz. Que me quiere ver reír, que me quiere ver disfrutar de la vida, que yo elija pero que le deje ser espectador.

—Joder, tía, es un puñetero príncipe, la tiene azul fijo. —Nos reímos las dos a carcajadas, no podemos ni hablar.

—¡Loca de atar estás! No es príncipe, es humano, lo hace para ganar tiempo, volverá a intentarlo.

—¿Y tú no quieres porque...? Es que me pierdo.

—¿Pues, tal vez porque estoy casada? No quiero ver sufrir a mis hijas aunque yo me muera en el intento.

—Mi niña... Estoy segura de que tus hijas también te quieren ver feliz.

—No lo notan.

—Lo notan.

—Bueno, no creo, pero el caso es que hablar era muy fácil y la segunda vez quedamos para dar una vuelta por el club de golf Raïmat, nos metieron por una puerta VIP, o algo así, recorrimos un par de salones y, por fin, llegamos a una especie de estudio donde habían preparado dos cafés con leche y una bandeja con pastas de chocolate. Evidentemente había un kit kat, él sabe que cuando me pongo nerviosa necesito chocolate.

—Ya sabe mucho...

—Bueno, pues estaba irresistible, su camisa gris perla dentro de unos vaqueros que le hacían algo más de culo del que tiene, un cinturón con una chapa modernita, plana. Llevaba los puñeteros mocasines, pero eso no importa, y una chaqueta o cazadora de esas que le quedan tan bien... Y ahí, no me resistí.

—¡¿Qué?!

—Le besé.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y él?

—Me dijo: «Esto sí que no me lo esperaba, si vas a salir corriendo, no lo hagas más». No corro, no, le contesté y nos besamos una y otra vez y hemos

quedado para mañana.

—Trabajamos.

—Yo no.

—Jo, Naia.

—Me lleva a un museo, creo.

—Puaj, qué poco romántico.

—Salón erótico, creo que dijo.

—¿Cómo?

—No, tonta, era para ver qué decías. Vamos a un hotel. Oye ¿primer premio de comparsa? ¿Cómo lo hacéis?

—Pues primer premio de comparsa porque nos hemos currado el baile y los disfraces, la carroza no tanto...

—¿Y tu *boy*?

—Mi *boy* vino a casa con la perra pero como estaba enfadada porque por la mañana no había venido y por la tarde pasó por iniciativa propia, sin que yo le diera permiso, no le dejé entrar.

—Bien hecho, cariño.

—Estaba mi casa a tope, mis dos primos pequeños, mi prima y su hija, mis hijos y yo con un mogollón de curro y estrés y me viene con el perro, que nos lame y nos adora, pero no podía ser...

—Que no, claro.

—No le dejé entrar. Jajaja

—Qué fuerte ¿Qué hizo?

—Se fue. Llaman al timbre, es mi *boy*.

—Ok, ya te contaré. Te quiero.

—Y yo, princesa.

Por fin, lo veo, su cara de cansado me indica que ha pasado mala noche, algo ha habido. Está serio, su barba un poco más larga de lo habitual y envuelto en las mil capas a las que me tiene acostumbrada, a pesar de que hoy no hace tanto frío.

—Hola, amor... A ver, novedades quieres, ¿no?

—Sí, por favor. ¿Un café?

—Sí.

—Cuenta.

—Ha ido mal.

—Uf ¿Cómo de mal?

—Peor de lo que esperaba.

—¡Madre mía! ¿Qué ha pasado?

—Nos hemos sentado en la mesa, los niños estaban expectantes y ella se lo dijo. Ellos empezaron a insultarme.

—¿Qué?

—Pues que consideran que soy yo el culpable, que por responsabilidad me tendría que quedar en casa, que qué va a ser de ellos...

—Les dijimos que ella se quería ir de casa y que ellos eligieran con quién querían vivir. Ellos dijeron que con ella y que si yo los abandonaba dejaría de tener hijos. —Mi boca abierta denotaba la sorpresa abismal—. Que no serían más mis hijos y que no querían verme más.

—¿Y qué has hecho?

—Úrsula se puso a llorar y les dijo que con ella no podrían quedarse porque el piso que ya ha buscado es pequeño para los tres... Entonces les dije que me iría yo pero Úrsula está empeñada en irse ella. Ellos siguieron insultándome y llamándome irresponsable.

—O sea que tu felicidad no cuenta, se la trae al paio.

—Sí.

—Genial. ¿Cómo estás?

—Mal, destrozado.

—¿Y ahora qué? ¿Me dejas a mí?

—No, nunca. Ahora a esperar a que lo digieran, mañana o pasado me llevaré al pequeño a dar una vuelta o a comer y hablaré con él... Con el mayor lo tengo más difícil. —Baja la cabeza, le tiembla la mandíbula, le lloran los ojos y yo me muero de pena—. El mayor es más... intolerante y egoísta, los dos adoran a su madre. Hemos criado a un par de asquerosos egoístas.

—¡Uf! ¡Dios! había tocado nuestra vida con la punta de los dedos... Yo ya estaba esperándote en nuestra nube rosa. —Pienso en Naia, que me dijo una vez: «Yo no me subo a la nube que me *espiño*».

—Lo sé, amor, seguiré intentándolo pero, de verdad, no sé cómo hacerlo...

—Una cosita, mañana trabajo. Tú también. ¿Nos vemos a las siete en la gasolinera?

—No. Trabaja Úrsula también. —Mierda de día mañana, sin Naia, con Sergio pero con Úrsula—. ¿Bajón?

—Sí.

—Cariño...

Se va después de hacer el amor por última vez. Otra vez... Me siento desolada y hundida, me muero por dentro cada vez más, el abismo que se abre bajo mis pies se hace eterno y enorme.

Capítulo 19

Desde aquel día nos hemos visto a menudo, hemos pasado prácticamente todos los días que nos hemos visto comentando problemas y manteniendo relaciones íntimas —no hay que perder la magia—. Ha habido algún avance que otro y algún retroceso. Lo he dejado diez veces en quince días y he suplicado su vuelta otras tantas, del tipo:

«Lo intento. Y lo vuelvo a intentar las ochenta veces que pienso en ti y en nosotros durante una mañana, las más de cien al día... Despierto cada noche pensando en ti. Es sencillamente superior a mí. Lo que hago sin ti no es vivir. Sé que no puedes seguir así, que tu salud lo está sufriendo, pero creo que debes saber que no puedo vivir sin ti. La solución de alejarte de mí y no tener noticias tuyas durante días ha sido para que pudiera irte olvidando pero no puedo, no puedo vivir sin tus besos, sin tu mirada. Escribiré mi libro y si es necesario pagaré yo misma la edición, estaré esperándote todos los días de mi vida, esperando que me quieras, que decidas pasarte sabiendo que lo que hemos tenido es amor y que nadie más, nunca, podrá amarte como lo hago yo. No entiendo la vida sin tu amor».

Y él siempre vuelve. Y solo consigo dos días más de sexo y «posible amor» y sentirme humillada, aunque me humillo yo solita porque necesito estar con él. Si pienso en su pérdida me asaltan mil miedos y siento que me muero de amor. Sin embargo, él obedece a mis huracanes y mis idas y venidas; a veces, creo que es porque no le importa. Cuando lo dejo, me entiende y cuando le suplico que vuelva, vuelve. Los días que no somos pareja, voy a vigilar si está bien, si está con ella o si está feliz. Muchas de esas veces lo he visto riéndose con sus amigos de los perros y luego le reclamo que por qué no se muere de amor, cómo puede seguir, cómo puede vivir sin mí... Él contesta que no puede pero que no le queda otra, que hay cosas que tiene que hacer, a pesar de estar pensando en mí todo el día, que la procesión va por dentro, que nunca ha sido de exteriorizar emociones. Mientras tanto, yo lloro y pienso envuelta en una manta en el sofá, me cuesta la vida levantarme para hacer la compra o la comida, salgo a llevar a los niños al cole, no me río, no soy feliz, no lo aparento y no sé por qué mierda él sí tiene esa capacidad... ¿O es que no me echa de menos? Al menos su hijo menor ya lo ha aceptado, lo entiende, pero con el mayor es más complicado y con su mujer no ha vuelto a hablar del tema. Después de vernos a las siete en dos ocasiones. Hemos llegado a un punto en el que yo ya no sé qué creer y él no sabe cómo hacérmelo creer...

Naia es mi punto realista, que me mata, pero sé que en el fondo tiene razón.

—Tía, este no la deja, lo siento, cielo, de verdad, pero es que es un cobarde, ya lo hubiera hecho, como tú.

—Dios, Naia, que rompo a llorar que estoy supersensible.

—No, cielo, si es que no quiero hacerte llorar, va, hablamos de otra cosa.

—Si tienes razón... Todo indica eso, que no tendrá huevos pero... A ver, ¿es tan difícil de entender que por culpa de un par de mocosos malcriados y tiranos él no pueda estar conmigo nunca? ¡NUNCA!

—Por las niñas, yo también lo haría.

—Esos niños no se lo agradecerán nunca, ¡si lo tratan fatal!

—Cariño, *por fa*, no llores, no merece la pena, ni por él ni por ningún otro tío del mundo.

—Naia, cielo, entiendo que no me entiendas, de verdad, sé que ni tú ni Ainhoa me entendéis pero es que sin él me muero.

—Nadie muere de amor.

—Me muero, Naia, no puedo. No puedo vivir sin él.

—Va, cielo, no llores, que te pones muy fea.

—Encima eso.

—Yo te entiendo pero tienes que alejarte de él, no te hace feliz, te pones muy mal, esto hay que superarlo.

—Cuando estamos juntos soy tan feliz... De verdad.

—No lo eres. Estás preocupada por si la deja, por si lo pillan, por si se entera alguien en el trabajo, vives por y para él. El otro día *desquedaste* con Alberto, tu compañero y amigo, porque tu *boy* tenía media hora de mierda.

—Ya.

—Te levantas de madrugada para verlo diez minutos. Le regalaste un libro para el día de los enamorados. ¿Y él a ti?

—Nada. Dice que me comprará un libro, lo ha prometido.

—¿Dónde está?

—No está.

—Si él no te da lo mismo es que no te merece. —Rompo a llorar porque no aguanto sus verdades.

El último día que quedamos en la gasolinera quería darle una sorpresa; como ya conoce toda mi ropa interior, la que me compré cuando iniciamos la relación, decidí ir sin ropa interior. Llegué a las siete menos diez, cada día más pronto, por si el tiempo nos regala cinco minutos más y debo aprovechar

los últimos coletazos, lo que sea que me falte para estar con él. No me perdonaría no haber vivido los últimos minutos. El caso es que al llegar me abraza y al no notar nada en la espalda su cara se ilumina:

—¿No llevas *suje*?

—No.

—No me hagas esto, tengo que entrar a trabajar, no puedo entrar empalmado...

—Puedo solucionarlo.

—Malvada. —Al seguir acariciándome y ver que no paraba de sonreír, continuó y bajó hasta las posaderas, como dice mi hijo pequeño. Sus ojos, abiertos como platos—. Así si que no, no seas cabrona, ahora cómo entro yo así. ¿No llevas...?

—No.

Supongo que era un último intento de volver a recoger la magia que había entre nosotros antes de que empezaran los problemas, que empeoraron el otro día, cuando decidí ir a espiar por qué no podía venir a verme aquel día; me contó que sus padres, de improvviso, habían ido a su casa y se habían quedado a comer. Y todo indicaba que se quedarían a cenar. Raro, en unos señores de ochenta y tantos. Si él es tradicional y rutinario, papá Sergey ni me lo imagino... Tal vez, yo ya sabía que era una trola, por lo tanto fui, música, un par de huevos y a su pueblo, a ver... Y aparqué donde siempre —era fácil que me pillara—, llegaba con el perro y con su mujer, paseaban al bicho —a la perra, Sira—. Al verlos mi corazón se rompió y la rabia se apoderó de mí. Si yo hubiera sido una *choni* de barrio —como creo que es ella—, me hubiera bajado del coche y... Pero no lo soy, entonces esperé. Úrsula entró en el local que tienen y él se quedó fumado con Sira fuera. Observé. Él se fue hacia casa con el chucho y yo escribo wasap:

—*Hl.*

—*Hl.*

—¿Dónde estás?

—En casa. —Mentira, que lo estoy viendo pero no se lo digo.

—¿Úrsu?

—Ha bajado ahora mismo un momento al local.

—¿No paseas perro hoy? —Mira hacia los lados, ya casi en el portal. No me ve y entra.

—No, ha ido el niño.

—Vale, te doy una oportunidad.

—¿Dónde estás, amor?

—En casa. ¿Dónde estás tú?

—Ya te lo he dicho, en casa con mis padres, se quedan a cenar.

—Mentira. Pregunto de nuevo.

—Estoy en casa con mis padres, cariño, no he salido a pasear a Sira hoy.

Son unos pesados que no se van.

—Repito última vez. Mientes. ¿Quién ha paseado a Sira hoy?

—Joder. ¡¡El niño!!

—Mentiroso de mierda

—Que sí.

—A ver, gilipollas. Cuando alguien insiste tanto, tanto como lo hago yo... ¿No será por algo?

—Porque eres una desconfiada.

—Mira. O me dices la verdad o no respondo, te juro que es lo peor que me puedes hacer. Dijiste que dormías en el sofá, que no paseabais a Sira juntos... Dijiste que ella no quería salir de casa y menos contigo...

—¿Dónde estás?

—¿Quieres hacer el puñetero favor de no insultar más a mi inteligencia?

—Vale sí, ¡te mentí!

—Gracias por todo. Adiós.

—Espera, por favor. Cariño, no quería que te enfadaras, fui a pasear a Sira, pero ella vino a buscarme al *pipican*... Amor... Por favor, ¿hablamos mañana?

No respondí más. No soporto a los mentirosos, es lo peor que me pueden hacer, mentirme y a la cara, viendo todo... Ese día se rompió en pedazos la imagen que tenía de él, las palabras de Naia cobraban sentido, las de mi amiga Sara también cuando dijo: «Si tiene que ocurrir, será de forma fácil. Irá rodado». Y no rodaba nada. Mi desesperación por mantenerlo a mi lado hacía que llegara a plantearme si sería capaz de ser su eterna amante. Luego me veo más como su eterna puta gratuita, que no merece ni un regalo, y pienso que no podría.

Lloro revolcada entre las mantas de mi cama deshecha, lloro de puro dolor de corazón, he recibido dos wasaps más de él pidiendo perdón y diciendo que mañana hablamos, pero no contesto. Me muero de dolor por no haber sabido brillar hasta deslumbrarlo, por no haber sido capaz, por no haber sido suficiente. Lloro por haber perdido las ganas de vivir, por haber perdido mi vida de antes por alguien que me ha mentido, a saber cuántas veces más.

Me sigo rompiendo a mí misma pensando en lo mal que lo he hecho todo, en lo poco que me valoro y en lo mucho que me habrá manipulado. Las mentiras pudren todo lo bonito del amor incondicional que sentía. Prometimos sernos sinceros siempre. Prometimos serlo hasta cuando doliera. Pero es cobarde y manipulador. Mi gran amor se rompe en pedazos y ni siquiera siento ganas de recoger los trocitos. Me miro a mí misma y no me puedo creer que después de tocar mi mundo maravilloso con la punta de los dedos, ahora sienta esta vorágine de pesares, llanto y desilusión. La pesadilla en la que me veo presa no tiene sentido para mí, no quiero vivir así, no quiero, no puedo. Miro el móvil una y otra vez, en busca de su contacto pero no mira el móvil, supongo que está con Úrsu y, claro, lloro de nuevo, la intensidad del llanto varía en función del cansancio y son las tres de la mañana y vuelvo a pensar en él y vuelvo a morirme un poco. Por la mañana, veo un wasap de Sergio, eran las ocho pero yo dormía: «¿Puedo ir a verte?» Contesto a pesar de que son las diez e imagino que la oferta ya no está en pie: «Puedes morirme, gracias».

A los diez minutos lo lee.

—Amor, por favor, déjame hablar contigo.

—Me has hecho mucho daño.

—Lo sé, amor, déjame explicarte.

—Te odio.

—Te entiendo.

—Tú no entiendes nada.

—¿Te puedo llamar?

—Claro, yo no estoy casada.

Suena el teléfono:

—Hola.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, déjame explicarte.

—A ver la milonga que te inventas esta vez...

—No más mentiras.

—Seguro.

—No podía decirte que tenía a Úrsula pegada, que no me ha dejado ni a sol ni a sombra porque te enfadarías, ella me vino a buscar al *pipican*, delante de la gente y todo, ¿qué hago?

—Pues le das la correa y te vas, o la pasea uno o el otro, pero si hacéis vidas separadas, que es lo que me habías dicho, y ella no se quiere enterar, pues medidas drásticas.

—A ver, no ayudo al mayor en el bar.

—Mentira, ayer te vi limpiando y cerrando a las doce.

—¿Estabas? ¿Y no me dijiste nada?

—O sea que lo hiciste.

—Sí.

—No estaba, vuelves a mentir y te vuelvo a pillar. Tú serás muy inteligente y muy psicópata, ya lo dijeron los resultados del test de psicopatía que hiciste en la carrera de criminología, pero yo soy mujer.

—No te miento, solo cierro y hago la caja.

—Y paseas el perro con ella.

—¡Que solo fue ayer! ¿Puedo verte?

—Si tus padres no están en casa...

—Ja. Ja. Ja. Qué graciosa. Voy.

—Tú mismo.

La cosa no va a ir bien. Su mujer sigue igual, en el trabajo ella ha decidido hacer cambios para no coincidir con él, así que quizás en eso no ha mentido... Su hijo lo lleva fatal y lo trata como el culo. He cometido el error de juntarme con gente del trabajo que va a cenar allí y alguna vez me ha tocado ir y hacerme la simpática con Úrsu, cosa que llevo fatal, pero él baja a vernos y ella también y la cosa se lía y pasan cosas, como cuando el hijo lo trató de gilipollas y todos en la mesa nos callamos, porque a quien está tratando mal es a tu jefe, al que tú debes cierto respeto y ves que su hijo lo trata como a un saco de pulgas... O como otra vez, en la que Úrsula me vio cenando con mi amigo Alberto y llamó a su marido para que bajara de casa a cenar con nosotros; yo había llevado a Alberto allí, es cierto, para ver a mi *boy*, aunque fuera de lejos, ni de coña pensé que ella le haría bajar para que cenaran con nosotros... A mí me iba bien que ella me viera con Alberto, seguramente aislaría de su mente el hecho de que yo era la amante de su marido y, por otro lado, se sabría de una vez que me había separado para que, cuando lo hiciera él, la gente no lo relacionara. A pesar de que cuando hiciéramos alguna aparición en público, todos pudieran pensar lo que fuera... El caso es que allí sentada, pletórica, con mi vestido, medias y tacones, mi colgante de corazón de medio lado y mi moño perfecto —desde luego, los kilos de menos me favorecían—, sentados allí, en un momento de la cena, ella le dice a él:

—Déjame el móvil. —Él la mira y nos mira a nosotros.

—Que me dejes el móvil. —Repite ella con el brazo extendido.

—No —dice él. La cara de Alberto tiene una sonrisa congelada, no sabe qué hacer ni qué decir.

—¿Sabes el chiste del móvil, Úrsula? —le digo para que se acabe ya este pulso.

—Espera —dice sin mirarme—. Dame el móvil. —Alucino con lo mal que están quedando los dos...

—No —repite él—. Que no te lo doy. ¿Para qué lo quieres?

—¿Te cuento el chiste? —Sigo intentando quitar hierro, la sonrisa de Alberto sigue congelada y los mira avergonzado, como en un partido de tenis.

—Espera. Que-me-des-tu-móvil. —Uf, la tensión se puede cortar y mi amigo Alberto, que tiene salida para todo, esta vez no dice ni mu, solo mira atónito la escena, intercambiando alguna mirada de complicidad conmigo.

Sergio coge su móvil del bolsillo, yo lo miro desconcertada por verlo ceder al chantaje barato, le da el móvil, sin dejar de mirarla a los ojos, y yo no salgo de mi asombro con la bajada de pantalones, delante de dos de sus subordinados —una de ellas su amante—. Alberto se ríe nervioso pero no osa decir nada. No hay confianza para tanto y está que no sale de su asombro.

—Huevón, huevón, huevón —digo emulando a Javier Maroto de *La que se avecina* y así le quito un poco de tensión a la situación. Ella coge el móvil, lo sopesa pero no lo abre. Por suerte, él lo borraba todo siempre y no había nada que mirar.

—¿Me cuentas el chiste?

—Pues esto es una mujer que le dice a un hombre: Mata a ese león, mi amor. El hombre le dice: Pero ¿quieres que me mate? ¡No puedo hacer eso! La mujer le mira y le dice: pues dame el móvil, cariño. El hombre le dice que no. Ella le dice: a ver, o matas al león o me das el móvil... El hombre se lo piensa y dice: ¡A ver, *ande* está ese león ese, que lo reviento!

Ella ni se inmuta. Alberto se ríe de forma nerviosa, una sonrisa muy abierta y un sonido forzado pero, al menos, me sigue... Mi *boy*, como dice Naia, sonrío negando con la cabeza por el mal momento elegido. Se puede cortar el ambiente. Me giro para hablar con Alberto:

—¿Un *gin-tonic*?

—¡Ostras, sí!

—Aquí los hacen muy buenos...

Alberto se gira para hablar con el camarero —el hijo—, que tiene cara de pocos amigos:

—Dos *gin-tonic*, por favor. ¿Vosotros queréis?

—No —dicen los dos al unísono.

—Es que pensaba cerrar a las once —dice el camarero con pocas ganas de hacer clientes, por lo visto. Alberto, asombrado, me mira y digo:

—No pasa nada, deja, nos vamos aquí al lado y nos hacemos un mojito, ¿sí? —Alberto asiente. Los padres dicen que sí nos lo hacen, el niño se va al lavabo y nosotros insistimos en que nos vamos, que no pasa nada... La cara de Alberto es de alucine, entre el numerito del móvil y que el niño no quiere ponernos una copa...

Alberto dice que no volverá a un sitio donde te tratan así y donde no te dejan hablar a gusto porque se acoplan.

—Tía, a mí aquí no me traigas más... Es que en cualquier lado se parten la cara por ponerte una copa, tal y como están los negocios, y este lo tiene medio muerto y va el panoli y dice que no nos lo pone porque quiere cerrar a las diez... ¡Que seguro que no es barato!

—Ya, se le va, el numerito del otro día fue casi peor, yo vengo por los padres. —Miento, vengo por él—. Pero el otro día salió enfadado porque se le cayeron unas salsas y se fue a gritar y a darle una patada al contenedor de la esquina... Un niñato malcriado de cojones pero... —Podría acabar siendo mi hijastro, pienso y callo—.

—Además, la *picantona* no pica una mierda. —Nos reímos para acabar el tema.

Aquello, que ocurrió hace ya tanto tiempo, lo comenté con Sergio a los dos días o así. Él me dijo que ella tenía la mosca detrás de la oreja, que pensaba que él tenía una amante y que era yo. Supongo que llevar a Alberto me fue bien —en realidad, le vino bien a él— para disipar dudas porque ahora, por el centro, la «radio macuto» de los cojones había ido diciendo que Alberto y yo éramos *follamigos*... Pobre Alberto. Le espantaré sin querer a sus posibles ligues y pobre de mi marido que le llegará la tontería con el tío equivocado. No puedo volver a ese local. Me recuerda el día en que celebramos fin de año juntos, los dos, solos, felices... Y me desmorono porque al final todo es mentira, ha sido un sueño. Como dice Naia: «Estás viviendo algo muy bonito a un precio muy alto».

Llega mi *boy*, tan guapo como siempre me ha parecido, y yo tan furiosa con él y conmigo misma por creérmelo. Intenta darme un beso en los labios pero me retiro, le hago la cobra, como se dice ahora. Le doy un abrazo para que vea que no hay rencor —que sí lo hay—.

—Yo nunca te he negado un beso.

—Yo nunca te he mentido.

—Déjame explicártelo, por favor.

—¿Café y nos sentamos?

—Venga. Ayer ella estaba muy pegada a mí: dónde vas, qué vas a hacer y me di cuenta de que no podría verte y tú te enfadas y me dices cosas muy feas por el WhatsApp, así que decidí mentir, pero que sepas que mis padres sí han venido a comer...

—Ya. Sergi. Ya.

—No vas a creer nada, ¿verdad?

—Inténtalo.

—Vi que no me podía escapar y decidí mentirte pero quería verte, de verdad, luego ya era muy tarde y menos mal que no intenté verte porque ella vino a buscarme. Si no me crees, dime: ¿Qué hacíamos mientras nos veías?

—Pasear al chucho.

—Sira, se llama Sira.

—Chucho. —Su mirada ladeada me desarma pero debo ser fuerte.

—¿Qué hacíamos?

—Nada.

—¿Hablabamos?

—No.

—¿Nos tocábamos? ¿Íbamos de la mano? ¿Algo?

—No.

—¿Entonces? Es un ente que va a mi lado, de verdad, joder. No sé cómo decírtelo. Te quiero y lo estoy intentando pero es duro y ella me da pena.

—Y yo no.

—Tú también pero tú sabes que te quiero.

—No, no lo sé. No lo tengo nada claro.

—No sé cómo explicártelo, de verdad, amor.

—No me lames así, eres mentiroso y manipulador, estas patrañas son para tenerme así, eres malvado, mientes y manipulas tanto a ella como a mí, crees tener todo controlado pero no sabes que yo supero con creces la desconfianza de tu mujer porque yo soy la amante, las conozco, conozco las mentiras que le cuentas a ella y a tus amigos para justificar los momentos en los que estás conmigo.

—Tienes razón, odias la mentira y yo lo sabía.

—¿Y de qué me sirve?

—No volveré a mentirte más. Aunque duela.

—Ya no me fío de ti. Dime, ¿cuántas veces me has mentido?

—Solo dos o tres y todas por lo mismo.

—Ya.

—De verdad pero, claro, no me crees. —Baja la cabeza, le tiembla la voz.

—No. No te creo, te ha pasado como al pastorcillo mentiroso.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada. Ya no confío en ti. Es una cuerda muy floja la de la confianza, Sergio. Cuando se rompe...

—Ya, es muy difícil recuperarla.

—¿Qué hago contigo, Sergey?

—No lo sé.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Yo solo puedo decirte que tienes razón, que a pesar de los fuertes huracanes que merezco, te quiero. Haz lo que tengas que hacer. —Pero me pierdo en sus ojos de color verde oscuro, me muero de pena viendo temblar su mandíbula porque «los hombres no lloran» y no puedo sino mirarle los labios y desearlos. Desearlos por encima de mí misma y él lo sabe y aprovecha la ocasión.

Nos besamos casi eternamente, con esa fogosidad del primer día, no sabemos hacerlo de forma tierna, solo sabemos seducirnos y perdernos vorazmente el uno en el otro y volver a empezar una y otra vez. Y me siento feliz, a pesar de no confiar en él, me siento perdidamente dichosa entre sus brazos. Sus manos hábiles, suaves, pequeñas y juguetonas siguen haciéndome perder el oremus y mis gemidos de placer se pierden en mi inconsciencia. No debo pero no puedo dejar de hacerlo. Este hombre sabe cómo domar mis huracanes y cómo esquivar mi furia, sabe cómo calmar mi sed y cómo hacerme sentir deseada. Estoy, sigo perdidamente enamorada. Esta vez me pierdo en mis sensaciones, guardando para mí todas las cosas preciosas que me hace sentir, porque no sé cuándo será la última vez. Aprovecho cada beso de forma enfermiza, necesito cada caricia, por si no puedo volver a sentirlas, y no llego al clímax porque lo que necesito es amor, no sexo, amor a raudales, mi voracidad al respecto no tiene límites y creo que puedo llegar a agobiarlo pero la discusión ha sido seria y necesito resarcirme.

—¿Mañana nos vemos, amor?

—Si te deja tu mujer...

—Va.

—Sí, vale sí, perdona.

—Te digo algo. Tú haz tus cosas, si podemos vernos perfecto y si no podemos vernos no habrás perdido el día.

—Un día sin ti es un día perdido.

—Exagerada.

—Que tú no sientas lo mismo no significa que no sea así. Yo estoy enamorada.

—Está bien. Pero me da pena que me estés esperando y que no pueda.

—Me da mucha más pena a mí, así que si lo prometes, lo cumples.

—De acuerdo. Te digo algo esta noche. No te prometo nada.

El resto del día lo perderé estudiando porque para mí ahora lo primordial es él, ni criminología ni nada. Solo él. Como cualquier cosa rápida y me lleno con el primer bocado y me baño para distraerme y me enjabono los brazos con su jabón, el que usan en su casa para que su mujer no vuelva decirle al llegar a su casa que «huele a sexo», que seguro que olía, porque ese día fue memorable. Me depilo los pocos pelos que me quedan por el láser que yo pago porque a él le gusta así —gilipollas soy un rato—, me cuido, me pongo una mascarilla en la cara, me cuido para él, para no perderlo, para tenerlo un poquito más... Y pienso en lo mongola y retrasada emocional que soy. O sea, me miente, a saber cuántas veces, me dice dos palabritas —sin el libro que me prometió—, me dice que a lo mejor, y solo a lo mejor, vendrá —si su mujer se lo permite— y yo estoy preparándome para él. ¿He perdido el norte? ¿Estamos idiotas o qué? Necesito unas buenas bofetadas, no sé si llamar a Ainhoa o a Naia... Ainhoa ¡va!

Básicamente su hostiazo de realidad es: «Cariño, sabes que te quiero con locura y te va a doler lo que te voy a decir porque te quiero. Más de lo que tú te crees. Y sabes que soy muy burra diciéndote las cosas pero lo que yo veo es que él no está dejando nada ni a nadie, que no haces nada esperándolo a él, que te alejas de tu vida esperando que pueda quedar contigo. Que te está utilizando porque si te quisiera no te haría sufrir tanto. ¿Él sabe que estás así? Seguro que sí. ¿Crees, de verdad, que alguien que te quiere puede verte así de mal? Si no la dejó en el primer intento —si es que existió— ya no lo va a hacer, le dará tanta pena la primera vez como la última. Lo que quiere es follar de vez en cuando —muy a menudo, por lo que dices— y tener en su casa a su reina y a su fulana en la tuya, libre ya de tu marido, sin pagar hoteles... ¡Eres un chollo! Eso sí. Si no puedes o no quieres dejarlo, que lo entiendo porque el amor es una mierda, no lo hagas pero no lo sufras. Vive los momentos bonitos, recuérdalos y pasa de los chungos. Si no lo vas a

dejar, que la otra, la cornuda, te importe una mierda. Una mujer que soporta tantos meses las desconfianzas y los cuernos, es que lo hará toda su puta vida».

Me ha quedado más claro que el agua. Le envió un wasap:

—*Hl*. Dejemos esta mierda ya y vuelve con tu mujer.

—*Ok*.

Me deja perpleja su *ok*. Que lo merezco pero.... ¡Le importa una mierda! Soy fuerte, soy fuerte, soy fuerte... No lo soy... Y como no lo soy espero su wasap. Y no llega. No llega. No llega. Lloro y me desespero, pero al final llega:

—No sé qué ha pasado ahora. ¿Me lo cuentas?

—No puedo dejarte así, así que pongamos una fecha de caducidad.

—¿Cómo?

—No podemos seguir así, lo dejamos el 19 de abril, coincidiendo con tu cumpleaños.

—No me gusta caducar.

—Espabila, que te queda poco.

—Hablaresmos

—Hasta el 19 lo que quieras, por cierto, tengo un contrato que tendrás que firmar.

—*Tk*, te tengo que dejar, estoy con perros.

—*Jooooderrrrrrr. Ok. Dw*.

Me quedo satisfecha porque lo he dejado para el futuro, tengo el poder. El contrato del que le hablo es una hoja manuscrita que pone que: «No ayudará a su hijo si él no colabora con la causa —que soy yo—. Nada de comidas familiares en casa de sus padres. Si se han dejado, se han dejado. Nada de paseos juntos con el perro, o uno o el otro. Me dirá cada día cómo se encuentra o si ha habido algún avance. Fecha de caducidad: 19 de abril. Cada día, un avance, aunque sea pequeño. Haremos el amor mínimo tres veces a la semana y máximo siete. Me dará al menos una noche entera». Lo leo satisfecha.

Hoy me siento algo mejor, ayer me dijo que había visto un piso en Masquefa, miré el piso por internet y existía, lo que hace que parezca que esto empiece a tomar forma, pero también mira casas para los dos y me ilusiona y luego es pronto para mirarlas y luego es solo por estar informado —o para poder mentir mejor—... Pero las busca. Me dijo que vendría. Y está de camino. Nos sentamos en la cama y empieza a jugar pero yo prefiero

hablar de negocios.

—Cuando firmes el contrato.

—A ver. Lo de las comidas familiares no lo puedo evitar, no quiero decir nada a mis padres. Lo de no ayudar al niño, ya te he dicho que lo hago, lo del perro me costará pero lo intentaré pero lo de la fecha de caducidad, no. No lo firmaré.

—Es una negociación, no puedes decir que no y punto.

—Puedo, lo de la fecha de caducidad no lo firmo, el resto lo puedes luchar.

—Harás lo que quieras. —Quito mediante tachones lo que dice que no firmaré—. Firma —le digo. Y él lo firma.

La sesión es de aquellas que hay que hacer, no se esfuerza mucho, a pesar de que parece tener ganas, y al final confiesa que ha hecho deberes en casa, a solas, es decir que se ha masturbado.

—Pero ¿quieres o no?

—Sí pero me costará algo más.

—No importa, yo me empleo.

Capítulo 20

La cosa no avanza y estamos a dos semanas del 19 de abril. He perdido las esperanzas. Me desanimo aunque nos vemos casi a diario. Hoy está en casa mientras yo me visto después de una sesión de sexo, que es una de las pocas cosas —eso y el trabajo— que me hacen sentir especial, cerca, suya y a él un poco mío, compartir un secreto terrible en el que yo soy su concubina y él me dice tantos te quiero como me hace desplantes. Me visto y voy a la cocina a la espera de que él salga del baño, donde aún me pide permiso para entrar, a pesar de haberle regalado las llaves de mi casa, las de mi alma desnuda, las de mi corazón y hasta las llaves de mi desdicha. No sé por qué me siento así hoy, quizás ya no merezca la pena esperar a que caduque, pero es que si no es así, con fecha, como dejar de fumar, no puedo. Él alude constantemente a que el término no le gusta pero yo espero que sea lo que esto significa lo que no desea que llegue, no el nombre que he decidido ponerle.

Estamos en la cocina haciendo café y yo me deshago por fuera y por dentro por demostrar la felicidad del momento, la desesperación por volver a brillar como antes, aún no sé si lo consigo, demasiados sinsabores para una relación tan joven, demasiados problemas y muchas promesas rotas. Demasiadas mentiras en las que me *roneo* una y otra vez porque es lo último que me queda. Le llaman por teléfono. Pone cara de fastidio.

—Es Úrsula.

—Cógelo.

—No.

—Cógelo, que si no lo coges será peor.

—No.

—Quiero oírte hablar con ella. —La llamada se corta y no lo ha cogido.

—¿Por qué no quieres que te oiga hablar con ella? He asumido que es tu mujer, estoy asumiendo que soy tu amante hasta que te canses de mí. Solo quiero saber si lo que dices de que mantenéis una relación cordial es verdad.

—Sabes que sí. —Vuelve a sonar el teléfono y vuelve a ser ella. Me siento cómoda y entre divertida y desafiante le invito a cogerlo, escucho en silencio a pesar de ser el mejor momento que tendré nunca para que esa relación se rompa. Aún así si no es él quien la rompe no quiero estar con él, no quiero tenerlo obligado porque no ha tenido más remedio, quiero que desee estar conmigo. Y esto ya no sé si sucederá alguna vez. Coge el teléfono con cara de pocos amigos, mira hacia el suelo, su mirada a veces puesta en

mí, a veces en el suelo. Y les oigo hablar:

Ella: Hola, ¿qué haces?

Sergio: Nada. —Su voz suena incómoda y seca.

Ella: ¿Dónde estás?

Sergio: En el local limpiando.

Ella: ¿Qué te pasa?

Sergio: Nada. —Silencio incómodo por ambas partes.

Ella: ¿Con quién estás? —Este era mi momento, pienso, si grito: «Sergio, cariño, ¿vienes a la cama?» Pero no es mi estilo, no me hace gracia lo que veo y lo que oigo.

Sergio: Solo.

Silencio incómodo y largo.

Sergio: ¿Qué quieres, Úrsula?

Ella: Nada ¿Qué te pasa? Estás con alguien...

Sergio: Que no, estoy solo, limpiando.

Ella: Vale. Cuelga.

Sergio me mira, ha sido incómodo y estoy convencida de que esta no es la clase de conversación que tienen a menudo porque ella lo ha notado raro. Vuelve a sonar el teléfono, Sergio me dice: «seguro que ha llamado al local y claro...». Es ella. Lo coge.

Ella: ¿Dónde estás, Sergio?

Sergio: Ya te lo he dicho.

Ella: No estás en el local, acabo de llamar.

Sergio: Estaba cerrando ya la persiana, he acabado de limpiar.

Ella: ¿Estás en la calle?

Sergio: Claro, Úrsu.

Ella: ¿Y por qué no se oye ningún coche? —Le hago un gesto para que abramos la puerta del balcón y pueda oír coches, si es lo que quiere, los tendrá.

Silencio largo e incómodo.

Sergio: Estoy en la rambla, camino del estanco.

Ella: Ya.

Silencio incómodo. Le miro con lástima pero por dentro estoy encantada con la situación.

Sergio: ¿Qué quieres?

Ella: Nada, quería hablar contigo.

Sergio: ¿De qué?

Ella: De nada en concreto, hablar. —Su tono es desafiante y está algo «encabronada».

Sergio: Vale.

Ella: Me voy a tomar una pastilla. —Cuelga.

Me mira entristecido.

—Sergio, tenéis una relación normal y le has hablado tan raro por hacerme creer a mí que esto es lo normal, que le has hecho dudar de lo que hay. Al final, mintiéndonos a las dos solo consigues tener problemas en las dos partes.

—No es verdad, no sé por qué me ha llamado, si ya no hablamos.

—Sergio, amor. Te quiero con locura, de verdad y conociendo ya parte de las cosas que más detesto en un ser humano, te quiero todavía, menos, pero te quiero. Pero ahora debes ser sincero, ya no te valen las mentiras, se nota que esta conversación no era normal, lo ha notado ella y te lo he visto yo.

—Ella sabe que estoy con alguien porque le hablo así cuando me llama al trabajo y hay alguien, me da vergüenza, no lo puedo evitar.

—Sergio. No me mientas más. Por favor. Me haces daño.

—No me creerás nunca más.

—Ni ella, si es lista, ni yo. ¿No decías que te estaba sisando dinero para regalarte un viaje para el 19 de abril?

—Sí.

—Pues yo emplearía parte de ese dinero para ponerte un detective. Un dinero que no sabes que existe y confiado de que eres más listo que el hambre, serías presa fácil de cuatro fotos, un día que salgamos a pasear a Sira al monte solos y nos sentemos en nuestro sitio a besarnos, un día que te vean entrar dos veces seguidas en un piso de este pueblo, donde ella sabe que vivo. Lo estás complicando más. Si no me quieres, déjame y si no la quieres hacer sufrir más, déjame pero no nos hagas esto a las dos. Aclárate. —Y sé que diciéndole que le pondría un detective estoy tirando piedras en mi propio tejado.

—Tienes razón.

—Lo sé y me duele enormemente tenerla. No me quieres, Sergio.

—Sí te quiero, ¿cómo puedes decir eso?

—No sufres si no me ves, no lo pasas mal cuando te dejo.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé, Sergio, te veo, pasear el perro con ella, reírte con tus amigos...

—¿Qué quieres que haga?

—No es que quiera, es que si sufrieras se te notaría, como me lo notan a mí los míos.

—No somos iguales.

—No. Yo te amo.

—Amor, te quiero, de verdad, pero no lo sufro como tú.

—No me quieres como yo a ti.

—Las personas no somos iguales, te quiero y pienso en ti a todas horas, me gustaría pasar el resto de mis días contigo pero no puedo sin mis hijos.

—Sin tus hijos no quiero yo tampoco, yo te quiero feliz. Piénsatelo.

—No hay nada que pensar, ya les he dicho a todos que no quiero fiesta de cumpleaños.

—Cumple 50, la tendrás y será sorpresa.

—No la tendré porque saben que no tengo ganas de fiestas.

—No importa, la tendrás y yo no estaré y me moriré de pena.

—No quiero hablar de eso.

—Está bien...

—Tengo que irme, si me llama a casa tengo que estar.

—Ya...

—*Ciao*, amor. Luego te digo algo.

—No, por favor, hoy no. Necesito estar sola.

—Como quieras.

Es una de las despedidas más tristes de mi vida porque no sé qué va a pasar ahora. Llora de nuevo y ya casi es el estado natural en el que me encuentro. Oírle mentir, como cuando me miente a mí, me ha revuelto los sentimientos y me siento desdichada.

Le envió un wasap: «Amor, no me vuelvas a mentir como le mientes a ella: ¿Te espero o no serás mío?». Su respuesta tarda pero por fin parece sincera: «No lo sé amor. *Tk*».

Sigo desolada aunque, al menos, sé que si no es mío, lo puedo tener como amigo o como amante y quizás, solo quizás, algún día... Mi vida debe seguir aunque a mí no me apetezca, me llama mi ex marido y entre otras cosas me dice que los niños están bien, que me echan de menos y que han ido a comprar ropa con su tía. Que no compre ropa hasta ver lo que han comprado. Hablamos de trivialidades y me dice que se ha comprado una moto, lo que me extraña enormemente porque él estaba sufriendo por mí y pasándolo mal. ¿En qué momento dejó de sufrir por mí o de quererme? Me entusiasma con la

moto y le pido una vuelta, sin saber muy bien si me mandará a freír monas, con toda la razón, o si de verdad quiero ir con él, situación que me apetece, pero incómoda para un par de personas que ya solo hablan de niños y de dinero. La verdad es que de verlo desmejorado, con el pelo larguísimo y una barba a lo «Náufrago», a verlo ahora, que está con una barbita arreglada, el pelo corto y guapetón por haber adelgazado, con algo de tono, hay un trecho... Y no es que me joda verlo bien, quiero que sea feliz, es que me da la impresión de que le ha dolido poco tiempo o se me ha hecho corto a mí... Quizás ese era el amor que sentía. La costumbre le guiaba, y ahora, al descubrir un mundo sin mí está de coña... Eso es lo que me jode. Así que coqueteo, no sé si deliberadamente, para saber si está fingiendo. ¿Y si me quiere?

—Podías darme una vuelta, por los viejos tiempos.

—Para qué. —No suena ni a pregunta, seco y borde.

—Uy, qué borde, para dar una vuelta. —Como no estoy de humor, no sigo.

—Algún día, si quieres. —Ya ha picado pero habla como si me estuviera haciendo un favor y él no sabe que sería un favor enorme porque llevo un lío que te cagas.

—Algún día, sí. ¡Hala! Te dejo, que me quiero duchar.

—Vale, *deu*.

—*Deu*.

Ahora pienso en Naia y en su Pol, a lo mejor, lo que me ha faltado a mí es paciencia y lo que me ha sobrado es pasión... Me río para mis adentros de la conversación de Sergio con Úrsula, esta noche tiene pollo, mañana no tendrá tiempo para verme, menos mal que pasado trabajamos juntos... Pienso aceleradamente qué mierda ha pasado hoy. ¿Por qué me siento desahuciada?

Pasan los días, Naia me ve mal, Ainhoa me ve mal y yo sigo aferrada a ser feliz al lado de un hombre al que le doy todo y no me da esperanzas. Ahora está de camino a casa, dice que solo tiene un cuarto de hora porque tiene que ir a casa de sus padres a no sé qué pero que necesita verme. Mi momento de felicidad de la semana durará esta vez un cuarto de hora. Vamos bajando pero aún existe.

—Hola, cielo, un café y me voy.

—Vale, vale. ¿Pero qué tienes que hacer?

—Voy a mirarles el huerto, se han ido a Valencia y me tengo que pasar que si no me matan.

—¡Ah! Pues llévame.

—¿Sí? ¿Quieres?

—Sí, claro. Todo momento que pase contigo es parte de mi agónica felicidad.

—Como te pasas. ¡Vamos! —Y sorprendentemente me lleva a casa de sus padres, en la que yo espero que los vecinos hagan su parte y la suerte esté de la mía.

Sus padres viven en una casa de dos plantas con un huerto bastante grande, la vivienda es la parte de arriba por la que se accede desde la calle, bajando por una rampa de cemento, tipo parking, no es muy grande, está todo muy recogido y muy limpio. Consta de una cocina con una mesa, donde nos tomamos una cerveza que saca de la nevera y la repone de una especie de armario almacén, un pasillo, un comedor y tres habitaciones. Mi Sergio se entretiene enseñándome las fotos de cuando era joven, de cuando era niño y de sus dos hermanos, de sus padres y alguna en la que aparece Úrsu, porque llevando treinta años juntos, sería absurdo no encontrar un recuerdo suyo allí. Después de recoger lo poco que hemos usado, vamos a, la planta de abajo: es el trastero más ordenado que he visto en mi vida. Me enseña los rincones de las herramientas viejas, en desuso, me besa de vez en cuando, me río nerviosa por estar profanando el hogar de sus padres. Me mira y salimos al huerto, mira lo que quiera que sea que hay plantado y yo me dedico a mirar las casas de alrededor, en busca del cotilla de turno, pero sin suerte. Le pregunto si los vecinos no dirán nada y me dice que no lo cree, que apenas tienen relación. Me sorprende pero bueno. Después de hacer lo que ha venido a hacer, me da una vuelta por el huerto enseñándome lo que hay plantado, cosa que me importa poco, solo quiero oírle hablar, embelesada le sigo por los surcos mientras él hace de «macho» y me da la mano para que no me caiga, no le suelto la mano, pero es que soy más de pueblo que un arado y no puedo evitar hacer sorna con la situación. Es un día feliz hoy, hace sol, hasta calorcito, este señor empieza a tener tomates verdes en sus tomateras. A la salida me da tres semillas rojas pequeñas y redondas de un árbol que no consigo recordar ni su nombre ni qué da. Salimos, cierra todas las puertas de la vivienda y del trastero híper ordenado y nos vamos de allí, cada uno a su casa. He conseguido arrancar unas horas de su tiempo para mí.

El 19 de abril, en casa sola y sin señales de Gurb, decido ir a ver si es verdad que no le espera más que una cena familiar con su hermana, en su casa porque tanto ha insistido... Aparco en la calle de en frente del local,

Úrsula barre el suelo y el hijo está haciendo cosas detrás de la barra, el local está tan vacío como siempre. Como veo que en caso de haber fiesta he llegado con tiempo, me paso por el *pipican*, donde lo veo divertido con otros señores, con Sira y con otros perros. Mi alma se rompe. Me vuelvo al coche y decido quedarme en un sitio en el que poder ver sin que me vean. Allí me quedo, con música bajita, agazapada, sabiendo que lo que hago no está bien, sabiéndome engañada de nuevo y esperando la prueba. Y allí está ella preparando una larga mesa para unos doce o catorce comensales y ahí llega algún invitado, todos conocidos, jefes y esposas, las putas de los jefes como yo no están invitadas. Lloro en silencio. Lo veo llegar con su amigo, van con Crema y Sira. Parece que la sorpresa no le agrada mucho pero disimula, entra y todos le abrazan y le dan sus felicitaciones. Me siento tan sola, tan desechada, tan infeliz. Me mata. Lloro y conduzco porque ya he visto suficiente. No le envío nada, no merece la pena, a ver qué hace mañana. La noche es larga, eterna, y pienso en las frases que guardo como tesoros, según los miles de estados de ánimo por los que he pasado en esta relación. En *Alicia en el país de las maravillas* dice Alicia: ¿Cuánto tiempo es para siempre? Y le responde el conejito blanco: A veces es solo un segundo. Y Alicia pregunta: ¿Cuánto es un segundo?. El conejo dice: Cuando amas, una eternidad. Pero mi eternidad es larga y desesperante, mi siempre es gris y enorme y mis sentimientos no me dejan dormir, me veo en la obligación de tomarme un Diazepam de 5 mg para poder dormir un poco y olvidar este dolor, hace efecto y me quedo dormida, pero solo hasta las cinco. Me levanto, me tomo una leche con azúcar y me vuelvo a la cama, donde el cansancio mental me deja dormir de nuevo. Me despierto con mal sabor de boca, con los ojos hinchados y con en sonido de mi corazón herido palpitando. Una luz me dice que tengo un wasap, lo miro apresuradamente:

—Hoy no podré ir a verte.

—O vienes hoy o no vuelvas más.

—Por favor, no...

—Nada más que decir.

—Espera, a ver si puedo escaquearme....

Pasan diez eternos minutos.

—Salgo.

—Tenemos que hablar.

—Vaya. No suena bien.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias, sabes que no es feliz.

—¿Fiesta?

—Conduzco.

Llega en veinte largos minutos, en lo que hago de mi estado lo que puedo. Preparo café. Desde que estoy con él no gano para cafés, podría traer cápsulas alguna vez.

—Hola.

—Feliz cumple, cincuentón.

—¿Qué pasa?

—Este era mi regalo. —Le doy una cartulina de papel decorado con diez vales.

Vale por una sonrisa, vale por un fin de huracán, vale por un polvo... Y siete fricadas más.

—Pero ya no te lo doy.

—El del huracán no lo puedes cumplir.

—Ninguno, ya.

—¿Por qué?

—¿Qué pasó ayer?

—¿Me viste?

—¿Qué pasó?

—Que me hicieron una fiesta. Estaban todos los jefes, yo no quería pero...

—¿Ella te regalo un viaje?

—No. Me regalaron entre todos una brújula para no perderme en el monte.

—¿No te regaló el viaje?

—No.

—Mira, no puedo más. Vivir esperando es morir de amor.

—Lo sé.

—Vamos a dejarlo. Esto no lleva a ninguna parte. Estás haciendo las cosas mal desde el principio. Te estaré esperando, de verdad, si algún día la dejas, ven a buscarme pero yo, contra molinos de viento, no lucho más.

—No me hagas esto ahora, amor, otra vez no.

—Cielo, sabes que te amo con locura pero me siento mal, dejé a mi marido para no hacer lo que le estás haciendo tú a ella. No puedes hacerle esto, la estás haciendo agonizar eternamente y a mí me estás matando. Si la dejas, lo solucionaremos todo juntos, yo estaré contigo, te ayudaré a

recuperar a tus hijos, lo que haga falta, lucharemos contra monstruos, si quieres, pero así no. Así no puedo, si me dejas a mí, al menos a ella la harás feliz. No creo que merezca esto que le estás haciendo. Me siento mal haciendo el amor contigo sabiendo que luego vas a ir a verla a ella y tal vez también... En unos días es el cumpleaños de Úrsula y, claro, también habrá fiesta. Es terriblemente falso y cruel lo que hacemos. Yo ya no quiero ni hablarle, no puedo, me siento una traidora, me siento una furcia. Y ella que parece sospechar algo, me mira con curiosidad y casi con desprecio y lo tengo que entender. Pero, ¿sabes? yo no tengo ningún compromiso con ella, lo tienes tú.

—Duermo en el sofá desde hace más de un mes, me duele la cabeza continuamente desde hace dos días, de día y de noche, no es fácil... No haremos fiesta con ella y, si la hacemos, no seré yo, será su familia o mis hijos, no puedo pararlo, no está en mi mano.

—Joder, cariño, me lo pones muy difícil todo.

—Como quieras. Había pensado volver a la normalidad en casa y cuando estén todos mejor volver a intentarlo. Volver a sentarlos y volver a proponer que me separeo.

—Cuando todo esté mejor, como estará mejor, no intentarás nada.

—Puede que tengas razón.

—Me matas, Sergey, amor. Me matas y sé que eres un cerdo, si lo eres con ella, lo serás conmigo y no mereceré otra cosa, por mala.

—Yo también me muero, amor. Pero, de verdad, no sé cómo hacerlo. Y sí, tienes razón, he sido un cabrón, o lo soy, pero no es cierto que no te quiera y me lo dices a menudo.

—Yo me muero más. Y lo sabes. Yo te quiero más y lo sabes. He dejado muchas cosas por ti, cosas que merecían la pena, cosas que no debería haber dejado y no te lo puedo echar en cara porque nunca me lo pediste. Quizás el problema era que no querías que dejara nada, que ya te iba bien así, que querías una amante fuera y una esposa dentro. Pero yo no soy así, no puedo mantener unos cuernos por sexo o por egoísmo y ni siquiera por amor.

—Eres tan intensa... ¡Dios! ¡Te echaré tanto de menos! —Rompe a llorar mientras me besa, suena a despedida, sus besos desesperados son de adiós y no puedo soportarlo—. Que seas feliz.

No puedo soportar la idea de perder algo que nunca he tenido, no puedo imaginar haber roto a una familia que iba bien, a la que no le faltaba nada, es por esto por lo que no ha llegado a ninguna parte; cada día descubro que el

amor no es racional porque no le llega ni a la suela del zapato... Pero mi corazón loco se ha obsesionado y él lo ha alimentado y ahora, ¿qué? ¿qué hago ahora con mi vida? Cuando mi marido se entere de todo esto me odiará más, quizás no se entere nunca.

Mientras él se va, yo me asomo al balcón para ver por última vez su partida, veo su coche y tres coches detrás del suyo el de mi marido. Abro unos ojos inmensos y miro a Sergio. Sergio me saluda con la mano y yo me hago la indiferente, como si no fuera para mí. Le envío un wasap con la esperanza de que lo lea antes de que se ponga el semáforo en verde. «Tres coches más atrás está mi ex marido».. Lo lee, me mira y se va. Mi marido no mira a mi balcón, imagino que también ha perdido un poco de todo aquel dolor que sentía por amor, el de él sí que era de verdad. Me perdí. Me perdí entre sus seguridades y mis inseguridades y aquel hombre alto, joven, de ojos azules, callado, comprensivo, sincero... aquel hombre de mi vida, con el que he vivido sabores y sin sabores, con el que he sentido estar apoyada desde el principio de nuestra relación... Aquel hombre ahora no mira ya hacia mi balcón.

Se va mi última esperanza, se va mi obsesión loca, se va ese deseo cumplido que ha desordenado el resto de mi vida. Me quedo absorta mientras las lágrimas corren por mis mejillas, me siento perdida y considero que he perdido muchas cosas por correr detrás de una persona que no me ha dado nada. Me siento estúpida llorando por él. O quizás ya es una cuestión de no querer perder, como me dice Naia.

Escribo por el Messenger falso que se ha creado «Nemo Pez», antes «Mikel Sánchez», y antes «Sergio Fogg», demasiado evidente este apellido:

«De corazón esperas que sea feliz y sabes que no lo seré. Sabes que no puedo ser feliz después de haber sentido las diez mil cosas que sentí contigo, tanto las peores de mi vida como algunas de las mejores, similar a una montaña rusa. Pero gracias por tus deseos. Sobreviviré sin aburrirme y sin renunciar a la felicidad que posiblemente encuentre en la calma que perdí. Nunca he renunciado a nada sin luchar hasta las últimas consecuencias. Posiblemente no seas tú el cobarde, es probable que el cebo no fuera bueno, no era lo suficientemente llamativo, no te deslumbré. Estoy convencida de que otra persona, en otras circunstancias, hubiera conseguido el objetivo. Reculaste porque tu idea nunca fue una vida juntos pero ya no duele tanto. Puedo hablar de ello sin llorar amargamente».

Lloro, miento y lloro. Me contesta:

«Te doy las gracias por todo lo que me has dado. Sé que para ti todo son mentiras pero te seguiré echando de menos, a pesar de todo. La química que tengo contigo, a pesar de saber todo el daño que te he hecho, no la había sentido por nadie y me hace ser así de estúpido y de cobarde. Sabes que no soy de escribir parrafadas pero me encanta cómo escribes y cómo te expresas y merecías el esfuerzo. Te he querido y te quiero y siempre llevaré esa sonrisa tuya en mis recuerdos, la que me enamoró, la que besé tantas veces y la que he perdido por cobarde».

Me muero un poco más. Recuerdo una de las veces que me dijo que había dicho en casa a Úrsula que saldría a tomar una copa y, en vez de eso, estaría conmigo en casa, el día que me enfadé, harta de no poder pasar una noche con él y le dije que para una mierda de dos horas se las metiera por donde le cupiesen. Aquel día explicó que pasó por mi pueblo dos veces y no se atrevió a llamar. Y yo llorando en la cama porque él no tenía el valor ni la necesidad de verme. Seguro que no vino. Seguro que no, otra mentira más, no me puedo fiar de nada que no haya visto. Porque a ella le habrá mentado pero a mi también, mi ex marido no miente. Supongo que he perdido mi oportunidad de ser feliz. Y lloro. Sin remedio. Lloro.

Llamo a Ainhoa y le suplico que venga, que no puedo. Ainhoa intenta que sea yo la que vaya a verla a Abrera pero no puedo salir en estas condiciones y con esta cara, así que se acerca ella. Cuando llega me encuentra en un estado lamentable, mi cara es un poema, mis ojos enrojecidos e hinchados, mi mirada perdidamente triste. Ainhoa me mira sin creerse lo que ve, envuelta en mi pijama gordito de llorar y una manta, con trescientos pañuelos por todas partes, llenos de lágrimas y mocos y sin ganas de nada. Me mira y me dice: «Cielo, esto no puede ser». Su cara es una mezcla entre curiosidad, desconcierto, enfado y asombro. Se me escapa una sonrisa triste y le digo:

—Mira lo que me ha pasado.

—No, cielo, así no. Este tío no merece esto, te está engañando. No puedes estar así, ¡es feo, tía! ¡Muy feo!

—No es por su hermosura, estoy derrotada, no valgo un pijo.

—¿Volverás con tu marido?

—No lo sé.

—O sea que sí.

—No creo que mi ex marido quiera nada conmigo, no creo que ahora sea el momento.

—Tía, fuera lo que fuera lo que te empujó a esta mierda, que os ha tratado

a las dos como a idiotas, ya no puedes seguir sintiéndolo.

—No lo sé, Ainho. Es difícil, no me entendéis y no pasa nada porque yo en tu lugar pensaría lo mismo. Pero es que por más que quiero pensar que puedo, miro a mi horizonte y me veo sola, me veo sin mi familia, sin él, que aunque sea una mierda era mi mierda, me veo con dos amigas que tienen una vida y que no pueden estar donde yo las necesito cuando yo las necesito, que no es culpa de nadie, tenéis una vida y una familia y se entiende, pero es que ahora siento que estoy sola, que mi mundo está destrozado, que he hecho las cosas de forma precipitada y mal, que me he esforzado por ser lo que no soy, por expresar lo que he sentido más allá de los límites razonables, que he dado más de lo que tenía... Lloro porque no me lo merezco. Ainho. No me lo merezco, de verdad. Me siento tan mal pagada...

—Pero, cielo, esto no lo hacías para obtener nada a cambio, lo hacías por amor, el amor es dar sin esperar nada a cambio. Deberías desearle felicidad y dejarlo ir.

—Y es lo que hago, de verdad, le he pedido que vuelva con su mujer, que la haga feliz.

—Pero no lo sientes así.

—No.

—Eso no es amor.

—Es un amor obsesivo, quizás, a lo mejor no sé sentirlo como tú.

—A tu ex, que siempre has hablado bien de él, siempre le has deseado felicidad. Es un chico que ha soportado todos tus embistes como una roca.

—Lo sé y no lo he valorado.

—¿Quizás ya es hora?

—Quizás no quiera saber nada de mí.

—Hombre, has sido muy dura, pero él es especial, lo que siempre habéis tenido era especial. Ha sido un ex como ninguno.

—Ya.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, creo. —Pero no, porque sigo llorando y hecha una facha—. Yo no me merecía esto.

—Él no te merece a ti. Nunca te mereció. El espejismo que te deslumbró, el hombre del que me hablabas al principio, que no existe, ese sí merecía a mi amiga. Este no merece ni a la pobre infeliz que tiene, que no se entera de nada por miedo a perder la mierda que tiene.

—Esa mierda la quería yo para mí.

—Ya verás qué poco tardas en darte cuenta de la que te has librado. —Es la primera vez que sonrío.

—Hace sol, cielo, tenemos todo el fin de semana. —Intenta animarme Ainhoa.

—Yo no sé si lo tengo.

—Él no vendrá, no pierdas el fin de semana soleado, si le da por aparecer, y si aparece que te valore, estás siempre ahí, no le da tiempo a echarte de menos.

—Cierto. Gracias por aguantarme el chaparrón y por venir.

—Te lo dije en varias ocasiones y te lo repito: Estaré siempre ahí cuando me necesites, porque en su día estuviste tú.

—Gracias igualmente.

—Vamos a hacer la maleta, ¡nos vamos de fin de semana a la playa!

—¿Qué dices?

—Va, venga, ¿dónde tienes la maleta? Unas bragas y un jersey.

—Jajaja, estás loca.

—Tú no.

Cambio el estado de WhatsApp: «La sonrisa era mía pero el motivo eras tú».

Capítulo 21

Cogemos el coche y nos vamos rumbo a Playa de Aro, en un minuto hemos buscado por internet un apartamento baratito, que no estoy para echar cohetes. y hemos cogido una habitación dos días. El sol me molesta en los ojos, ya sensibles de tanto llorar, la música del viaje me transporta cada dos por tres a sensaciones encontradas, ahora suena Joaquín Sabina, *Y morirme contigo* no es buena opción pero escucho sin parar de llorar: «Lo que yo quiero, corazón cobarde, es que mueras por mí. Y morirme contigo si te matas. Y matarme contigo si te mueres....» Y me muerdo otro poquito. Decidimos parar a tomar un café porque no veo la carretera. Ainhoa intenta distraerme cambiando de tema.

—Hemos comprado mucha comida: Desayunos y tu café, que sin café, mueres. Comida de hacer en un *plis y gin-tonic*. Creo que lo que necesitas no es alcohol pero yo sí lo necesito porque no paras de hablar bien del mierda y no lo soporto, no soporto a ese gitano, en el mal sentido, en el más peyorativo de la palabra, no soporto que hables bien de él, si es que si no fuera tan rata ¡sería un putero!

—¡Hala!

—No te lo puedo demostrar pero el tiempo lo dirá.

—Quiero una puta cápsula del tiempo.

—No, hija, el tiempo hay que vivirlo, el luto hay que pasarlo, que eres capaz de volver a cagarla.

—Me quería Ainhoa.

—Si te quisiera, cielo, no te dejaría pasar lo que sabe que estás pasando. Eso no es amor. Él sabe de sobra cómo estás y te deja así, sola, sin noticias...

—Me quiso.

—Tal vez, hubo un momento, al principio.

—Ya.

—Cambio de tema. Estamos llegando, pongo el GPS, que eres capaz de llevarme a Girona. Llegamos, aparcamos, cogemos las maletas. El apartamento resulta ser una porquería, el suelo con baldosas rotas —ni un wasap de Sergio—, el baño tiene la bañera con manchas de óxido —ni un estado cómplice para mí—, la cisterna no hace más que soltar agua continuamente, lenta e irritante —ni una llamada para saber cómo estoy—, las incómodas camas individuales suenan a muelles oxidados y viejos, las paredes tienen suciedad. Ainhoa se pone a lavar la cocina minúscula y toda la vajilla que hay en ella. Yo ordeno las cosas de la nevera y hago las camas,

mirando continuamente el móvil.

—Te lo quitaré, cielo.

—Jo.

Cenamos hablando de las noticias aunque ella sabe lo que estoy pensando:

—Mañana a la playita, que te encanta, la brisa se llevará cositas que no necesitas.

—La brisa no se llevará nada.

—Sí, debes dejarlo ir.

—Y lo dejo, lo quiero por encima de mí misma y lo estoy dejando ir.

—No lo estás dejando ir, estás deseando que te diga algo.

—Sí.

—Pues no desees eso.

—Vale.

—Sé que no vale pero bueno. Me callo.

—¡Uy! Ahora tú callada, ¡no me lo puedo creer!

—Una tunda te mereces, no te la doy porque te quiero.

Acabamos a eso de la una con un vodka con limón en la mano, hablando de Salamanca y de Dani, su marido, y de mis hijos y de mis padres. Hace lo imposible para que no piense en él pero no puedo. ¿Qué estará haciendo? Decidimos acostarnos.

Los primeros rayos de sol me despiertan por un agujero de la persiana ¿Por qué iba a estar bien la persiana si está todo hecho una ñapa? El caso es que me doy la vuelta para seguir durmiendo pero empiezo a pensar y ya me despejo. Ainhoa está en la cocina haciendo café, el olor me recuerda mil cosas esta mañana, a mi infancia, a mis primeros cafés en la casa en la que vivía con mi ex marido, a los cafés del piso esperando a mi *boy*... Mi *boy*. Arranco a llorar. Oigo a Ainhoa desde el baño:

—Te estoy oyendo, tonta, sal de ahí y ven, que tú sin café no eres nadie y lo sabes.

—Ya no lloro más.

—Llora si quieres pero rápido, que nos vamos a la playa.

—¿Qué hora es?

—Pronto pero la playa está desierta ahora y es nuestra hora.

Mi salvadora me está atendiendo como si fuera mi madre y yo esto lo valoro y lo sabré pagar, algún día, cuando escriba un libro, ella estará en mis

dedicatorias... Salimos y el sol me golpea la vista, me pongo las gafas, el pelo suelto al viento y mi tez un poco tersa por los llantos y el poquito de frío que corre me hacen sentirme guapa. Paseamos y casualmente vemos que hay una especie de museo callejero de coches de carreras y motos preciosas y extrañas, algún pequeño decorado de alguna película, una especie de mercadillo... Todo un espectáculo que fotografío y cuelgo en Facebook a la espera de un «algo» por parte de Sergio. Pero nada.

Pasamos el fin de semana sentadas en la arena y visitando el pueblo, comemos y bebemos por gentileza de la compra enorme que me ha hecho hacer Ainhoa y el domingo yo quiero irme a casa, no aguanto la espera de saber qué está pasando con Sergio. A ella le digo que mi ex marido me trae a los niños para no explicarle que estoy derrumbada, a punto de caer otra vez en sus redes y suplicarle que vuelva a mi vida por no pasarla sola. Salimos de Playa de Aro a las cinco de la tarde. Hoy Sergio hace noche, entra a las nueve y media. Mi idea es ir a la gasolinera por si le da por pasarse y verme. Cosa improbable pero por probar...

Llego a casa y dejo la maleta, no me molesto en colocar nada, salgo de casa a las ocho y media, llegaré a la gasolinera a menos diez, normalmente quedábamos a las nueve cuando entraba de noche. Hoy no vendrá, pero yo no puedo tirar la toalla, no puedo entender cómo es posible que esta historia finalice así, sin más, sin intentarlo. Él sabe que seremos amigos pase lo que pase, que no lo pienso traicionar.

Llego, paro el motor, miro al fondo de la calle pero no veo nada, solo pienso a mil por hora en qué hacer si lo veo, qué hacer si se para, qué decirle si puedo hablar con él. De repente, veo su Ford Fiesta aparecer, no me ve, está a punto de pasar de largo hacia la gasolinera, pero, en el último momento, para. Pisa el freno y suena casi un derrape. Me mira, da marcha atrás y abre la ventanilla:

—¿Qué haces?

—Esperarte. ¿Y tú?

—¿Aparco?

—Como veas.

Aparca el coche y se acerca al mío para montarse, como hacíamos siempre. Me paso al asiento trasero pero mantengo la distancia. Él se sienta apoyando la espalda en la puerta, con una pierna flexionada. Me mira, le miro. No decimos nada.

—Hola —le digo al final.

—Hola.
—¿Qué?
—No lo sé. Dime.
—No te espero más, ¿no? —Me mira meneando la cabeza en señal negativa y con los labios apretados.
—No sé cómo hacerlo. No puedo hacerlo. No soy capaz.
—Vaya.
—Lo siento.
—¿Me has querido alguna vez?
—Sí. Mucho. Te quiero.
—No digas más eso.
—Está bien. No te quiero.
—Ya. —Vuelve a menear la cabeza en sentido negativo y yo me quiero morir.
—Amor...
—No. No más amor.
—Perdón, es verdad.
—Bueno, a ver. Ha sido maravilloso vivir algo así, tan intenso. Hay miles de personas que se enamoran sin reciprocidad. Hay mucha gente que no ha podido vivir un amor así en su vida y yo tengo la suerte de haberte tenido. Poquito pero te he tenido. Supongo que es una suerte y que lo que pasará ahora es que el tiempo curará un poco esta herida.
—Te he hecho mucho daño. Me siento culpable. Lo he mandado todo a la mierda.
—Me has destrozado un poco la vida, pero yo puedo arreglarlo. Me costará un mundo pero saldré de esta.
—Claro que sí.
—Me han dicho que os vais este julio a Tailandia.
—Sí.
—¿Pensabas decírmelo?
—Supuse que te enterarías.
—¿Del dinero sisado?
—No. Lo compré yo cuando decidimos volver a intentarlo.
—Ya. Adiós.
—Lo siento.
—Sí, en el alma. Estaré mejor sin ti.

—Vaya.

Se baja del coche y se va dirección al centro, yo arranco y me voy a casa. Me acuesto y me muero un poco más. Lloro desconsoladamente, mi hijo mayor llama a la puerta para ver si quiero cenar, él va a hacerse una pechuga de pollo a la plancha. Le digo que no.

—¿Quieres hablar, mamá?

—No, gracias hijo. Mañana ya estaré mejor.

—Vale. ¿Les hago la cena a los niños y los acuesto?

—Sí, por favor. Gracias. Te quiero.

—Y yo mamá. —Cierra la puerta y lo oigo cacharrear en la cocina. Lloro porque me convierto también en la peor madre del mundo. Los compensaré.

Me duermo y me despierto porque entre mis sueños oigo su voz. Siempre su voz aparece entre la niebla para hacerme sentir que no lo he hecho tan mal, que algo he ganado, que no lo he perdido todo, pero su voz desaparece entre la niebla de mis sueños porque me despierto continuamente. Intento volver a soñar con él, quiero mantenerlo al menos en mis sueños pero no lo consigo. La niebla se ha llevado su voz. Imploro de nuevo a mi madre para que venga a ayudarme esta vez, como cuando era niña, sabiendo que no me oye, que no puede venir y que no es lo que puedo pedir a mi edad, sabiendo que debo pasar esto yo sola porque aquí me metí sola también, contra viento y marea, luchando por un cobarde que dice que me quiere pero que no tiene valor de dejarlo todo por mí. Por la mañana recibo un wasap de mi marido:

«Ayer dejé a los niños con Marcos, no estabas en casa, le dije que te dijera que hoy no los recogeré hasta las seis, si te parecía bien, porque vamos a comer a casa de mi amigo Gerard». Lo leo medio dormida. Me levanto y me preparo un café. Le digo: «Perfecto».

A medida que pasan las horas me encuentro peor, no quiero que mi ex marido me vea en este estado, así que le envío un mensaje, que si quiere, los deje en casa otra noche, que no me encuentre bien. Contesta, de forma lógica, que pasará a buscarlos y que yo me recupere tranquila y sin ellos. Me deja sin argumentos, no se me ocurren más mentiras y no tengo ganas de mentir más. Estoy tan harta de mentiras...

Llega a las cinco y diez. Abro y me vuelvo a mi manta de llorar, con la cara empapada en lágrimas mientras pienso en la mierda de vida que me espera ahora.

—¡Dios! ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No creo. —Su interés me hace llorar un poquito más. ¿Y yo he cambiado a este hombre por aquella mierda? ¿Puedes hacer que me muera sin ir a la cárcel?

Y pensar que he dejado a este tío, guapo, alto y sensato por aquel mojón cobarde, feo y bajito... Me desmorono.

—Hombre, que la madre de mis hijos esté en este estado y se quiera morir me preocupa y mucho.

—Supongo que sí. Pero se me pasará.

—Me asustas.

—No pasa nada, de verdad.

—Nadie llora así por nada. ¿Qué pasa? ¿Te has enamorado?

—Sí.

—De un casado, claro, o ¿no correspondido?

—Sí.

—Sí qué.

—De un casado.

—Joder... ¿Y ahora?

—Pues ahora que me siento engañada y humillada y gilipollas, pues no sé...

—¿Quién es?

—Uf.

—Lo conozco, vaya.

—Sí.

—Trabajo.

—Sí.

—Joder, dime quién es, si se puede, claro.

—Sergio.

—¿Cómo? ¿En serio? ¡Me dejas helado!

—Sí.

—¿Y Úrsula lo sabe?

—No lo tengo claro, según él, ella sospecha de mí pero ya no hay nada.

—Te ha dejado.

—No sé si lo he dejado yo, hice que caducara.

—Joder, qué burra eres, debes aprender a dejar a la gente.

—Qué gracioso.

—Mejor ponerle humor, ¿no? Va, cuéntamelo y hablamos un rato.

Me lo llevo a la habitación a hablar tranquilamente y le cuento lo sucedido. Él, tranquilo, como siempre ha sido, escucha atento. Hace alguna pregunta y me expresa lo mismo que Naia y que Ainhoa.

Después de hablar durante una hora y media me abraza y me dice que esté tranquila, que él estará siempre. Su abrazo me recuerda tiempos pasados, su olor, de nuevo, me trae recuerdos de nuestros comienzos. No lo he juzgado bien ni valorado ni nada, no he hecho nada bien. Sus ojos azules me miran de forma profunda y me besa suave en la mejilla.

Quizás es verdad, quizás sea él el amor de mi vida. ¿Es pronto para saberlo? Decidimos salir a cenar algo a cualquier hamburguesería del pueblo. Los niños están alborotados y nerviosos por la nueva situación, los cuatro cenando juntos, como hacíamos tantas veces antes, mamá sonrío y papá está contento y visiblemente nervioso. Hablamos de chorradas y de que ahora ha empezado a hacer ejercicio, que hace más de media hora en la elíptica mientras ve series en inglés y aprende algo mientras quema grasas. La verdad es que está imponente, no tiene grasa, le ha sentado bien la soltería, no como a mí, que estoy visiblemente más delgada pero muy demacrada por la vida que he llevado este tiempo. Durante la cena me dice:

—Sonriendo me gustas más.

—¿Me estás tirando los trastos? —le digo coqueta.

—No. —Mi gozo en un pozo... Jarra de agua fría por mi espalda.

—Vaya.

—¿Quieres que te los tire?

—Hombre... No serías el primer ex que se acuesta con su ex.

—Eso dicen mis amigos.

—¡Uy!

—Sí, dicen que con las ex siempre vuelve o puede volver a haber una sesión... Yo siempre les decía que con la mía no. Por ti, ¿eh?

—Pues no sería tan mala idea pasar una noche loca y acabar en tu casa.

—Nuestra.

—Tuya.

—Vale, mía.

—Jajajajaja..

La conversación fluye y nos sentimos a gusto, de vez en cuando pregunta si lo eché de menos alguna vez y yo respondo que he estado muy entretenida haciendo maldades. Los niños tienen que acostarse, que mañana hay cole y

me piden entre saltos de alegría que los acueste yo. Mi marido y yo nos miramos. Él asiente, dándome permiso, y yo accedo. Hace mucho tiempo que no parecíamos una familia normal.

Mi marido me mima y yo me dejo.

Llegamos a la que fue mi casa, en seguida me llega un olor familiar y me siento cómoda. Los niños están nerviosos y me enseñan sus cosas, cosa que yo ya conocía pero que ellos no recuerdan si yo aún vivía en casa cuando las compramos.

Los acostamos, les damos un beso y bajamos al salón. Sentados de nuevo en el sofá rojo, mi marido me invita a un chupito de *limonccelo*:

—Pero si tú no bebías.

—Ahora, de vez en cuando, lo pruebo, pero sigo igual.

—¿Sabes?

—Dime.

—Me alegro de estar en casa. —Me acurruco en el sofá con una sonrisa entre infantil y malévola.

—No tenías que haberte ido nunca.

—Ya. ¿Me das un beso?

—¿Segura?

—Sí, claro. —Me da un casto beso en los labios, casi tímido—. ¿Uno más bonito?

—Jajaja, sabía que dirías algo así. Vale, a ver así. —Nos besamos de forma larga y apasionada y algo se remueve de nuevo en mi estómago.

Supongo que llegados a este punto, con la confianza que tenemos, lo lógico sería irnos a la cama. Pero conozco a mi marido y él sí querrá ir a la cama pero también necesitará aclarar algo, lo que hace de forma casi inmediata:

—A ver, no sé qué es esto ni qué haces pero si estás segura, y yo sí lo estoy, antes de que esto sea un venirte a vivir a casa necesitamos hablar mucho. Tanto como para que no vuelva a ocurrir nada parecido.

—No sé qué decirte ni qué es esto, solo me apetece y tenemos que pensarlo bien antes de marear a los niños.

—Quédate a dormir.

—Me quedo.

Mientras nos acostamos y me muero de frío y de nervios, él me acurruca dándome calor, como hacía cada día de invierno mientras éramos una familia. Lo miro, miro esos ojos que tanto hice llorar no hace tanto. Me mira y su

calor aleja poco a poco el tiritar del cuerpo. Supongo que tenemos que hablar mucho. Él sigue siendo aquel hombre cariñoso que no me hubiera abandonado por correr detrás de una fantasía. Al día siguiente se levanta y me besa:

—Espérame aquí, en la cama.

—Vale —le digo casi en un suspiro mientras me arropa y me acurruco.

No me levanto para que los niños no me vean porque no queremos confundirlos. Acaba con ellos y los lleva al colegio y regresa con un café con leche.

—Mmm. Gracias. ¡Qué rico!

—A ver. Hablemos.

—¡Uy! Por eso el café.

—Te conozco mucho, sin café, no razones igual. —Sonríe.

—Venga, dispara.

—Yo puedo hacer todo lo que sea posible para que esto funcione de nuevo pero debo saber en qué fallé.

—Ok. Vamos deprisa y es culpa mía pero es que yo no sé ir despacio.

—¿Esta noche duermes en tu casa?

—Preferiría dormir acompañada, hace mucho que duermo sola. No me gusta.

—Ya estás yendo deprisa y yo no puedo negarte nada. Dime. ¿En qué fallé?

—No fallaste tú, lo hice yo. Me desencanté. Dejamos de salir, dejamos de ver series después de acostar a los niños y eso fue culpa mía, era nuestro momento, era nuestro relax diario, te volviste gruñón con los niños e impaciente...

—Eso puedo cambiarlo.

—La gente no cambia.

—Yo sí. Teníamos algo muy bonito y quiero recuperarlo.

—Yo también.

Cambio estado del WhatsApp: «Reencontrándome a mí misma... Contigo»

Capítulo 22

Sigo hablando por WhatsApp con Sergio y mi marido lo sabe porque entiende que somos amigos. La última conversación que tuve con él iba de lo mismo de siempre:

—Yo te quise. Yo te quiero.

—Me cansas, Sergio.

—De otra forma te cansaría...

—Ya nunca más me volverás a cansar de esa forma.

—Vaya. *Ok*.

Desde entonces han pasado dos días y nada, temo que se haya enfadado:

—¿Cómo vas?

—Pues mal.

—¿Por?

—A ver, Úrsula está mirándome el móvil todo el rato, te ha visto dos veces en cosas que no tenían importancia y me dice: «¿Sois amigos?» y yo le dije que sí, entonces ya se ha liado parda y me ha reprochado cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues que cree otra vez que tenemos un lío y, cuando estaba con esas, recibo tu mensaje y me mira el móvil y te ve...

—Pero si no ponía nada.

—Ya, pero entonces me pregunta: ¿Os escribís a menudo? Y tuve que decirle que tú a mí sí, que yo no.

—¿Perdona?

—Le he tenido que decir que tú y yo habíamos tenido algo, cuatro besos en el pueblo, pero que nada más, que no quise nada más y que tú no dejas de escribirme.

—¿Perdona? —No salgo de mi asombro—. Pues no me parece bien.

—Imagino que no.

—O sea, que para salvar tu culo, ¿me hundes a mí?

—Hombre...

—No, ni hablar, Sergio. O le dices tú la verdad o se la digo yo, esto no puede quedar como que yo soy la zorra del centro que se está queriendo trabajar al jefe y tú como que me dices que no me haces caso porque eres un hombre felizmente casado. Me niego, esto no queda así.

—Estoy trabajando. ¿Te puedo llamar?

—Por supuesto, yo no tengo nada que esconder porque he sido sincera con mi marido.

Y me llama y lo cojo furiosa:
—Dime.
—A ver, tranquila. Se lo digo yo. Te llamo ahora.
—¿La vas a llamar ahora?
—Sí. —Espero y nada. Sigo esperando y nada. A las dos horas lo llamo yo al fijo directo de su despacho.
—¿Sí?
—Soy yo. ¿Qué ha pasado?
—Pues se lo he dicho y muy mal. —Su voz suena llorosa y rota.
—¿Cómo de mal?
—Que no me moleste en ir a casa esta noche.
—Joder... ¿Y cómo estás?
—Mal.
—A ver, ¿qué coño le has dicho?
—La verdad.
—¿Qué verdad?
—La verdad. Que hemos estado liados, muy liados y que ahora somos amigos y, claro, no le ha parecido bien.
—Claro.
—Que si nos hemos acostado, que qué hemos hecho... Que cómo hemos follado. Preguntas de todo tipo y que no vuelva a casa.
—Vaya. Es que lo has hecho todo muy mal, Sergio.
—Ya. —Casi llora.
—Si necesitas algo... ¿Somos amigos, no?
—Sí, claro.
—Lo siento, Sergey.
—Ya.
—Esto es para siempre.
—Una persona a la que quiero mucho me dijo una vez que siempre es mucho tiempo.
—Esa frase es mía.
—Sí... Y ahora ni la una ni la otra.
—No te preocupes, se le pasará y te perdonará. Tú eres un embaucador mentiroso y manipulador al que ella creerá porque adora. Se comerá los cuernos con patatas —le espeto.
—Eso espero, te dejo. *Deu.*
Me queda un sinsabor insoportable, me voy a hablar con mi marido y le

cuento que posiblemente ellos se separen y lo que ha pasado, más que nada para que sepa cómo están las cosas. Mi marido me pregunta:

—¿Estamos bien nosotros, cariño?

—Sí, muy bien.

—¿Me quieres?

—Sí, claro.

—Pues entonces no pasará nada.

—Eres un amor.

—Recuérdalo.

—Sí.

No tengo noticias de él y no sé qué hacer. Me entero, por Naia, de que está trabajando y lo llamo.

—Ahora no puedo. —Sigue escondiéndome como si fuera su amante.

—Vale.

Recibo un wasap y saltan mis alarmas:

—Tú volviste con tu marido. No me llames más.

—¿? —Qué raro. ¿Qué pasa ahora? No contesto, por si a caso. Pero recibo otro.

—¿Quieres quedar para hablar? —Más raro todavía. Pero contesto:

—Hablamos mañana. —No recibo respuesta.

Me sobresalto con cada wasap, está pasando algo y me pone muy nerviosa no saber qué es. Hoy no digo nada. Mañana le escribo, a ver qué coño pasa. Pero recibo una llamada desde el fijo de su casa. ¡Coño! Pienso: esto sí que es extraño.

—¿Sí?

—Soy yo, no contestes ningún mensaje, Úrsu me ha quitado el móvil.

—Demasiado tarde.

—¿Cómo? Vaya ya lo arreglaré. Cuelga.

Ahora sí que estoy nerviosa y mi marido me lo nota, se lo cuento, no hay secretos. Alucina. A los dos días sin noticias tuyas, yo ya no sé qué hacer. Le escribo un triste hola:

—*Hi.*

—Has vuelto con tu marido, así que déjame en paz. —Flipo.

—Un día, que te deje, otro, que somos amigos, otro, que si he vuelto con mi marido, que te deje en paz. ¿Estás gilipollas o solo zumbado? —No me contesta. Aquí pasa algo raro.

—Lo siento.

—¿El qué? ¿Qué dices?

—¿Tú me quieres?

—Sí.

—Pues yo necesito oírtelo decir.

—¿?

—Dímelo.

—Te quiero, Ser.

Nada más, sin noticias. Vuelvo al trabajo mañana y coincido con él, así que esperaré a ver.

Son las siete, salgo de casa con la música a tope y el corazón hecho un nudo. No sé lo que me encontrará. Al llegar, me los encuentro a los dos de frente, él altanero, con la cabeza alta y una extraña sonrisa, casi no me mira, ella seria, me mira y no me saluda. Yo tampoco. Vale empiezo a entender...

Él no le ha contado la verdad, sino ella no estaría tan tranquila. Me doy cuenta de las mil mentiras, el día de la gasolinera no venía a verme a mí, nunca le dijo que quería separarse, ella nunca supo nada ni se intentó tirar de ningún terrado. Me ha estado mintiendo y yo he caído a cuatro patas como una quinceañera. Me arrepiento de tantas cosas... He sido tan estúpida. He metido la pata tan hasta el fondo... Mi madre, Ainhoa, Naia... Todas tenían razón. He sido su puta. ¿Los mensajes de ayer? Todo muy raro.

Ahora ella sigue pensando que yo le increpaba y que él es inmensamente feliz y por eso no me ha hecho ni caso, me ha dejado de acosadora y no tiene el coraje de decírmelo.

Él teme un enfrentamiento y al llegar al despacho huye a fumar con el otro jefe, lejos de mi alcance, un poco asustado me mira de reojo. No voy a ir a verte, no sufras.

Le envió un mensaje:

«No te voy a hacer nada, no hace falta que huyas». No recibo mensaje.

Han pasado varios meses desde entonces. Hace cambios de servicio para no verme, no he vuelto a recibir nada y a ella, que sí la he visto, la encuentro altanera y curiosa pero no me dice nada y yo no quiero decirle nada tampoco, todavía. Cuando no le queda otra que coincidir, ella también se cambia el servicio para estar y vigilarlo o vigilarme. Lo que no sabe es que el sofá en el que se sienta de vez en cuando para vigilar... En ese sofá pasaron muchas cosas. Casi me da un escalofrío. Como dice Naia: «Si las paredes de este centro hablaran...»

Naia me ha contado que ha ido viendo a Pol, que al final no ha aguantado

más y que había planteado el divorcio en casa y a su marido le pareció bien porque las cosas ya hacía tiempo que no funcionaban. La vi feliz, irradiaba felicidad por cada poro porque las niñas adoran a Pol y ella también, ha resultado ser un cambio de vida importante. Viven en un piso con vistas a la Seu de Lleida, con una terraza inmensa. Las niñas se han adaptado de lujo y el marido se ha ido a vivir al País Vasco, donde las niñas pasan las vacaciones escolares bañándose en la ría de Zumaia.

Algún día lo conoceré.

Ainhoa sigue a caballo entre Salamanca y Abrera, las cosas le van muy bien. Está embarazada de tres meses. Le han tenido que hacer la amniocentesis pero el feto está bien y será una niña. Se llamará Sandra.

Mi marido y yo mimamos nuestra relación como si fuera un divino tesoro, no podemos dejar que esto vuelva a empañar nuestras vidas. Hemos aprendido a saber que nos amamos y que lo que tenemos es más fuerte que cualquier embiste.

Sin embargo, Sergio, de vez en cuando, vuelve a coincidir conmigo y las malas lenguas dicen que ella tiene ataques de celos continuamente. Como dice Ainhoa, ella es la típica señora que se come los cuernos con patatas y él es un manipulador mentiroso y traidor, es de aquellos que sabe marear la perdiz y hará de la voluntad de Úrsula lo que él quiera.

Me he dado cuenta de que los últimos mensajes que me envió antes de dejar de hablarme y de verme han podido estar manipulados y lo que ha hecho es borrar los que le molestaban para poder demostrarle a su mujer que era yo la que le perseguía. Lo que su mujer leyó fue esta conversación a medias:

—¿Sí?

—Soy yo, no contestes ningún mensaje, Úrsu me ha quitado el móvil.

—Demasiado tarde.

—¿Cómo? Vaya, ya lo arreglaré. Cuelga.

Poco tiempo después, nerviosa, le envié un triste hola:

—*Hi.*

—Mira, has vuelto con tu marido, así que déjame en paz —me contestó y borró todos los que le seguían:

—A ver, un día que te deje, otro que somos amigos, otro que si he vuelto con mi marido que te deje en paz. ¿Estás gilipollas o solo zumbado?

—Lo siento.

—¿El qué? ¿Qué dices?

—¿Tú me quieres?

—Sí.

—Pues yo necesito oírtelo decir.

—¿?

—Dímelo.

Para que su mujer creyera su mentira, borró todos estos mensajes, excepto el último:

—Te quiero, Ser.

Al final me he dado cuenta de que he sido una persona muy débil que no he sabido valorar lo que tenía, que tengo un par de amigas muy valiosas a las que voy a cuidar y mimar mucho.

Hoy he recibido un wasap:

—¿Podemos hablarlo?

—No.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Iván, mi marido, por su infinita paciencia conmigo, por su comprensión, por su capacidad para relativizar su entorno, por su tesón a la hora de intentar comprenderme, aunque no siempre lo consiga, por su saber estar y su sinceridad, sobre todo por su sinceridad. Por el amor mutuo. Por ser el hombre que me da amor, paz y sosiego. Sin ti, descarrilo. Te amo.

A mi madre, por estar siempre. Eres una mujer fuerte, independiente y decidida. Te necesito en mi vida. Eres un gran ejemplo y una madre divertida y cálida. Después de muchos años, me he dado cuenta de que eres mi mejor amiga, para ello antes has tenido que educarme siendo madre, cosa que agradezco enormemente.

A mi hijo mayor, Marcos, por ser un chico inteligente, sensato, paciente y empático. Estoy muy orgullosa de ti.

A mis amigas, mis grandes tesoros, Nuria Anguita —mi Pepito Grillo— y Sandra Neira, por estar siempre a la altura, por haberme guiado, escuchado, soportado y atendido antes y durante la escritura de este libro. Sois de esas amigas que me levantan cuando nadie más ha visto que me he caído. Nunca os podré agradecer todo lo que habéis hecho por mí. Siempre estaré en deuda con vosotras.

A Pili, porque eres realmente especial.

A mis peques, Álex y Zak, por darme otro punto de vista sobre todas las cosas.

A mi padre, referente al que nunca llegaré a parecerme, por desgracia.

Table of Contents

[\(Sin título\)](#)

[\(Sin título\)](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Table of Contents

[\(Sin título\)](#)

[\(Sin título\)](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)